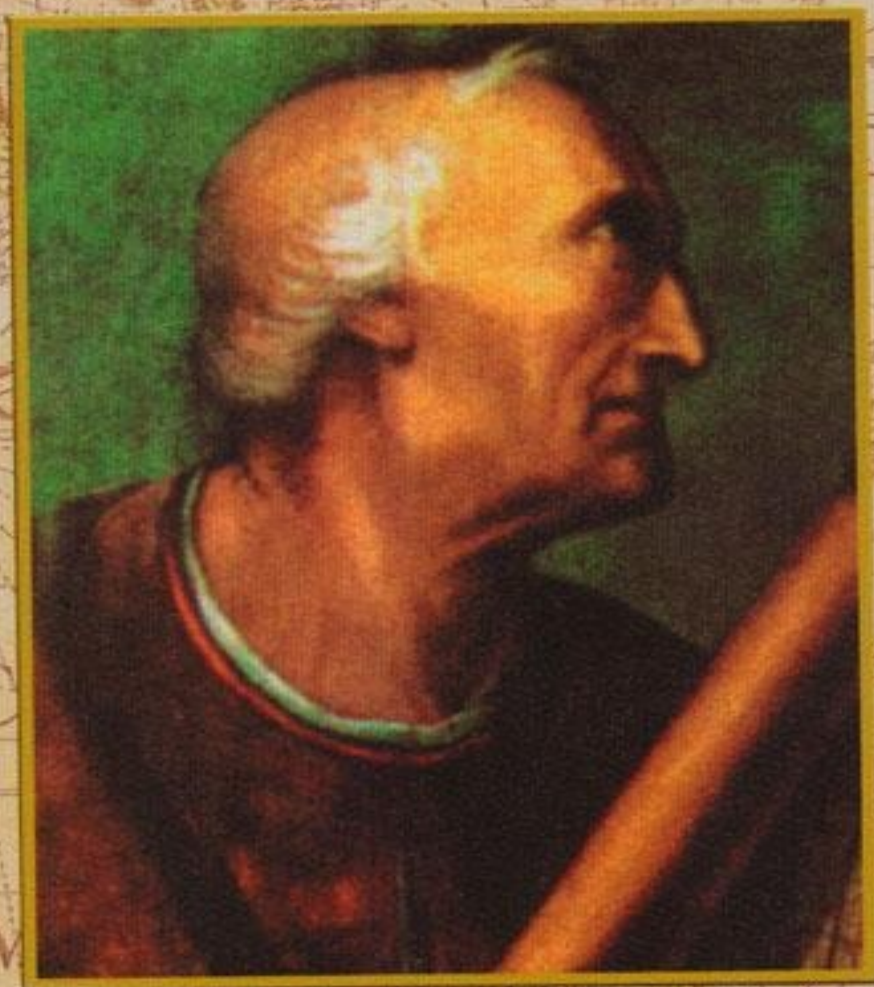


Miguel Betanzos

AMÉRIGO VESPUCCIO



NARRATIVAS HISTÓRICAS

Lectulandia

Américo Vespucio ha pasado a la historia sobre todo como el personaje que dio nombre a un continente, pero su propia trayectoria personal es poco conocida. Denostado en su momento entre exploradores y científicos, al tiempo que recibía honores oficiales, sus inicios como diplomático a las órdenes de los Médici le pusieron en contacto con aventureros que le llevaron a participar en una expedición al Nuevo Mundo financiada por la Corona española, y aún habría otro viaje bajo pabellón portugués, siempre con el propósito de conocer a fondo el nuevo continente y ofrecer a la comunidad científica y al mundo noticia fiel de lo que vio y averiguó acerca de la geografía, la meteorología, la fauna y la flora recién descubierta.

Lectulandia

Miguel Betanzos

Américo Vespucio

Hacia un mar de siete colores

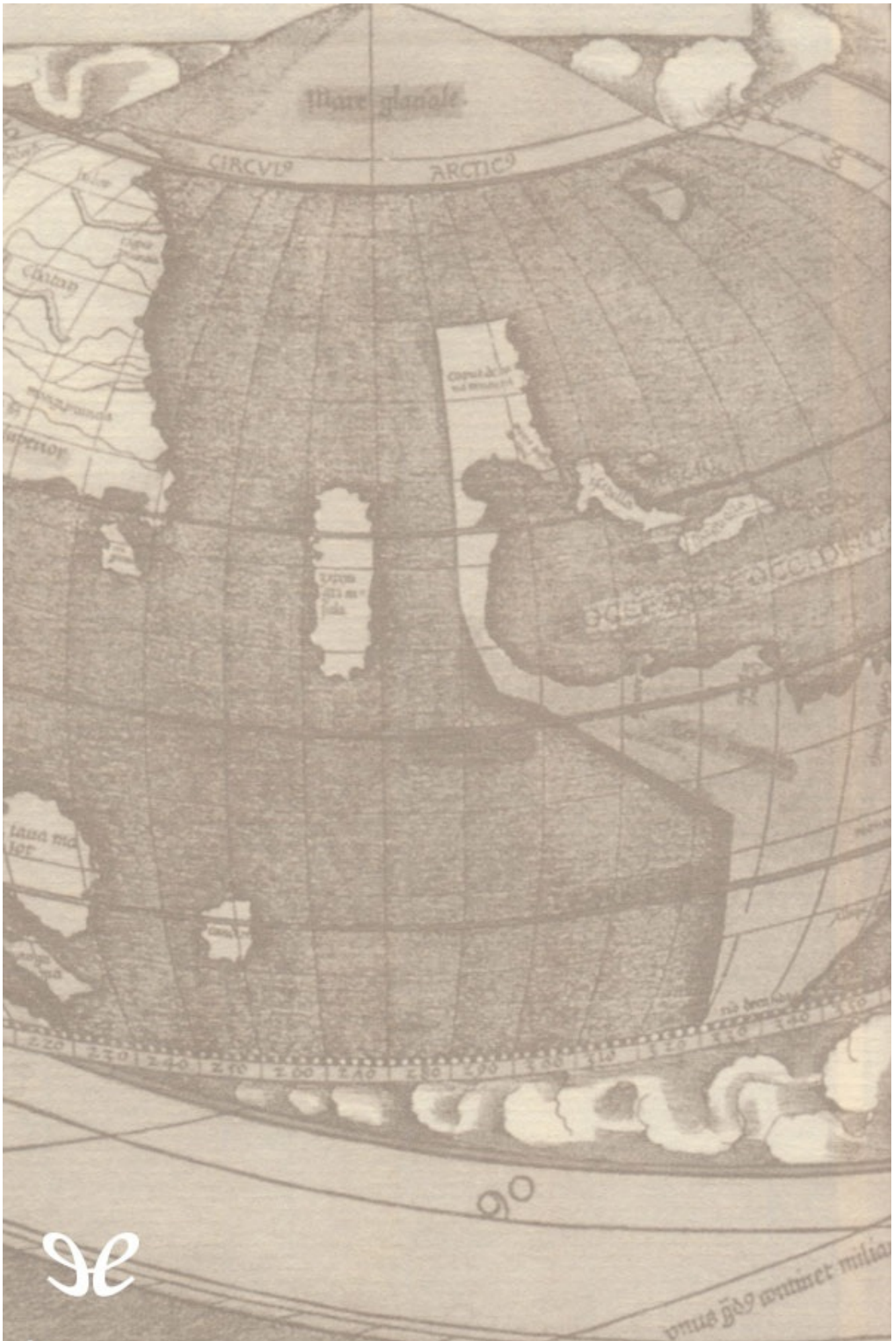
ePub r1.0

Titivillus 03.10.17

Título original: *Vespucio*
Miguel Betanzos, noviembre de 2002
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



A la memoria de mi abuelo francisco

*No puedo uno alzar los ojos a los cielos sin pensar en Galileo, ni bajarlos
a la tierra sin pensar en Vespucci.*

PIESTRO CANOVAI

NOTA PRELIMINAR



Las peripecias de un nombre

Durante mucho tiempo, en Europa, las gentes solían pronunciar y escribir los nombres extranjeros según la fonética y entonación de su propia lengua. Un apellido inglés o francés no tenía el mismo sonido en España que en Italia o Alemania, y por tanto cada uno lo escribía y pronunciaba a su manera. Así, por ejemplo, en Inglaterra, el navegante genovés Giovanni Gaboto era conocido como John Cabot. En Francia, el portugués Fernão de Magalhaes era llamado Magellan, mientras que en España su nombre era Magallanes. En la propia España sobran los ejemplos al respecto: el célebre cardenal francés Pierre d'Ailly es Pedro Aliaco; el cronista italiano Pietro Martire d'Anghiera es Pedro Mártir de Anglería; Niccolo Macchiavelli es Nicolás Maquiavelo, y hasta el genovés Christoforo Colombo pasa a la lengua española como Cristóbal Colón.

Con respecto al personaje que se retrata en este libro ocurre otro tanto. Si bien nació en Florencia bajo el nombre de Amerigo Vespucci, el mundo de habla hispana lo transfiguró en Américo Vespucio. Sin embargo, en vida del navegante florentino, su nombre dio tantas vueltas y revueltas que vale la pena enumerarlas.

Amerigo Vespucci fue bautizado en la iglesia de Sancta Lucia di Ognissanti el 18 de marzo de 1454. Es curioso que llevara el nombre de Amerigo, ya que pese a los

usos de la época y a la extrema religiosidad de su familia, no era aquél un nombre que apareciera en el santoral cristiano. Amerigo es una deformación toscana del nombre godo Amalarico, que a su vez proviene de Aymerillot y de Amaury. Pero además, el propio Amerigo no soñaba que de ahí en adelante, por razones de pronunciación, por mera torpeza o simplemente a causa de la anarquía ortográfica de la época, su nombre y su apellido serían distorsionados hasta el hartazgo.

En documentos pertenecientes a los siglos XV y XVI, es posible hallar al menos una veintena de formas distintas de escribir su nombre. Pasemos lista a algunas de ellas. En una carta escrita por el piloto español Alonso de Hojeda aparece mencionado como Morigo Vespuche, aunque el mismo Hojeda, algunos años después, lo llama Emerigo Vespuche. Hieronimo Vianello, secretario del embajador florentino en España, lo nombra como Almerigo Vespuchi. El propio Cristóbal Colón, en una carta dirigida a su hijo Diego, se refiere al florentino como Amerigo Vespuchy. De igual modo, en una misiva escrita por el célebre cardenal Cisneros, aparece como Amerrigo Vespucio. Poco más tarde, en su libro *Paesi novamente ritrovati*, Francazio de Montalboddo lo deforma aún más llamándolo Alberutio Vesputio, lo cual parece causar una suerte de «arrastre» de errores, pues de ahí en adelante algunos otros lo mencionarán como Alberico Vesputio. Pero aún hay más. El embajador veneciano Lunardo Ca Masser va más lejos que nadie y le inventa un nombre: en una carta escrita de su puño y letra, Amerigo es mencionado como Francesco Amerigo, sin que haya la menor razón que justifique ese primer nombre. Otro embajador veneciano, Francesco Corner, lo deforma aún más al llamarlo Almerico. Algún tiempo después, cuando el rey Fernando el Católico le concede el título de piloto mayor de España, dicta una real cédula en la que lo nombra Amerigo Despuchi. Poco después, otra cédula real le asigna un sueldo de 50 000 maravedíes al año y allí aparece como Amérigo de Espuche. Sin embargo, ese mismo día le es otorgado un aumento de 25 000 maravedíes, pero su nombre, acaso escrito por algún otro secretario, es ahora Amérigo Vispuche.

Naturalmente, a toda esta colección de errores es preciso añadir las muchas formas verbales de pronunciación, que suman otras tantas variantes al nombre de Amerigo. En Sevilla, por ejemplo, donde las gentes de pueblo se guiaban por oídas y fonéticas, el navegante florentino era conocido como Espuche, Vespuche, Espuchi, Bespuche, Bespucio y otras tantas formas similares.

Pero todavía hay más. Como se sabe, durante muchos siglos el idioma latino fue utilizado como una suerte de lengua universal entre los círculos ilustrados. Los más grandes pensadores y poetas solían escribir sus obras en aquel idioma inmortal, el mismo de César, Virgilio y Séneca. Muchos de ellos, asimismo, gustaban de latinizar su propio nombre, como si llamarse Erasmus en vez de Erasmo comportara mayor celebridad y prestigio. Pues bien, Amerigo no escapó a la tradición, y una vez más su nombre fue objeto de mezcolanzas, revoltijos y mutaciones. Por ejemplo, en la *Cosmographiae introductio*, el librito en que los monjes del monasterio de Saint Dié

bautizaron a América en su honor, se lo llama Americu Vesputiu. Martin Waldseemüller, el autor del mapa que acompaña al libro, escribe su nombre como Americi Vespuci. Giovanni del Giocondo, al traducir los viajes de Amerigo al latín, se refiere a él como Alberic Vespucci. Y otros muchos autores de la época lo llaman Americus Vespuccius, Americi Vesputti, Albericus Vespuccius y demás variantes.

Todo ello habla del habitual manipuleo de copistas, traductores e impresores y, por supuesto, del escaso interés de los copistas de aquellos años por mantener las formas correctas del lenguaje y la escritura. Pero además, sugiere la extraña conclusión de que sólo por casualidad el Nuevo Mundo ha recibido el nombre de América. Cuando el monje Martin Waldseemüller bautizó de ese modo a las Indias Occidentales, tenía ante sus ojos una carta de Vespucci traducida al latín en la que éste figuraba como Americu Vesputiu. De ahí que pensara en llamar América al nuevo continente, feminizando el nombre de Americu, del mismo modo que Europa y Asia habían recibido sus nombres de mujeres. Pero Waldseemüller, como hemos visto, podía haber tenido ante sí cualquier otra variante del nombre de Amerigo, en cuyo caso nuestro continente podría haberse llamado Amencia, Alberica, Albericia, Almeriga, Almerica, Ameriga, Meriga, Amerriga o Alberutia.

En lo que a este libro se refiere, pese a haberse hispanizado y aceptado la forma Américo Vespucio, conservaremos la grafía original italiana, esto es, Amerigo Vespucci. Así fue conocido siempre entre sus familiares y compatriotas, amén de que el nombre Amerigo posee, a nuestro juicio, un sonido más agradable y musical que su análogo español. No obstante, y vaya una curiosidad más, tampoco es literalmente correcto llamar Amerigo a nuestro personaje, pues en el acta de bautismo de la Iglesia de Ognissanti, ¡el poco ilustrado párroco anotó su nombre como Amerigho!



Una sombra anda tras mis pasos. Me persigue como un lobo, me acosa, me hostiga, acecha en cada rincón, busca importunar mis días y mortificar mi espíritu. Es la sombra de la más injusta y deshonrosa difamación. Mi nombre ha debido y aún debe soportar el más largo rosario de calumnias que pueda tolerar hombre alguno. ¿Qué no se ha dicho de mí? He sido tildado de advenedizo, de presuntuoso, de ladrón, de usurpador. Por todo el mundo ha corrido la infame patraña de que he falseado datos y alterado la fecha de mis viajes, de que he escrito libros espurios y cartas fraudulentas. Alguien ha dicho de mí que hasta he querido robar un continente. Otros más crueles aún han pretendido borrar me de la faz de la Tierra: «¡Ese Amerigo nunca existió! — Han dicho—. ¡Es una invención, una siniestra invención para dañar la fama del almirante Colombo!».

Pero aquí estoy, en mis últimos años, dispuesto a tomar la pluma de una vez y conjurar los mil y un rumores que pesan sobre mi persona.

Sé que es una tarea difícil. De ordinario he sido un hombre discreto y cauteloso,

un espíritu fino y sensato que jamás ha buscado la riña o la controversia. Pero ahora la sangre me hierve a causa de la indignación. Escribo con mano afiebrada y temblorosa, mi pulso se enardece, mis ojos brillan, a veces rasgo el papel con la irritación propia de quien ha sido humillado y tenido por falsario.

Debo decir que nunca he perseguido la fama ni he corrido en pos de tesoros o riquezas. Apenas he sido un hombre común, un buen piloto quizás, aunque sin mucho de héroe. Sin embargo, ha caído sobre mí todo el peso de la degradación. ¿Por qué? ¿Cuál es la razón de semejante ensañamiento hacia mi persona? ¿Quién ha querido mostrarme como un hábil estafador y un rufián que ha pretendido anunciarse a todos como el verdadero descubridor del Nuevo Mundo, y despojar así de aquella gloria al insigne almirante don Christoforo Colombo?

La historia es extensa y caprichosa. Un muy erudito fraile ha sido el primer eslabón de esta cadena de leyendas y engaños. Sostuvo, sin más argumentos que su propia tozudez, que yo pretendí arrogarme el descubrimiento del nuevo continente, que oculté la empresa del gran almirante genovés, que mandé confeccionar mapas y escritos enteros en favor de esa mentira. Y a los desatinos de aquel fraile no tardaron en sumarse otros muchos, como el de cierto oficial de la corona española que me trató de embaucador, o como aquel conocido sabio, prestigioso coleccionista de documentos, que me acusó de haberme atribuido el mando de una flota, cosa que jamás hice, que dio por falso uno de mis viajes al Nuevo Mundo, apoyado en una oscura fuente apócrifa, y que me endilgó el penoso título de usurpador al afirmar que bauticé a América con mi nombre, cuando en modo alguno tuve yo que ver con ello.

Pero eso no es todo. Dado que yo debía ser un aprovechado, algunos se permitieron incurrir en disparates. Hubo quien puso en tela de juicio mis viajes al servicio de la corona española, pues a su entender, el rey Fernando el Católico jamás habría confiado tales expediciones a un extranjero como yo. Por cierto, olvidaba este caballero que Colombo era italiano y Magallanes portugués, y sin embargo ambos habían trabajado para España.

Gran parte de estas ofensas, he de decirlo, se debieron a mi condición de extranjero. A muchos españoles no les cayó en gracia que las tierras del Nuevo Mundo llevaran el nombre de un florentino. Pero si tal hostilidad se desató en los reinos de España, no menos injurias he recibido en otras latitudes. Un inglés dijo de mí que era «un feliz impostor», y cierto renombrado poeta del Nuevo Mundo me dedicó tales invectivas que merecen citarse por entero: «Extraña que toda América — escribió este señor— deba llevar el nombre de un ladrón, Amerigo Vespucci, negociante de conservas en Sevilla, que salió en 1499 como subalterno de Hojeda, y cuyo puesto más elevado en el escalafón naval fue el de segundo contramaestre en una expedición que nunca se dio a la vela, pero quien se las arregló para suplantar en este mundo mentiroso a Colombo y bautizar la mitad del globo con su propio nombre de embaucador».

Siento que mi pluma vacila. No es sencillo deshacer la maraña de errores,

tropiezos y falsedades que se me han adjudicado. Hay quien me llama «novelista mentiroso», «personaje fatuo», «navegante como los había a montones». Pero eso no es todo. Otras lenguas han dicho que no he sido el primero en avistar la tierra del Brasil, y que jamás he estado en Portugal o prestado servicio alguno a esa corona. Por otra parte, mis cartas de viaje han desvelado a muchos eruditos. Se las ha husmeado al derecho y al revés en busca de errores, de faltas, de contradicciones, de plagios. Algunos doctores han querido ver en ellas una mera repetición de las crónicas de Marco Polo o de algún otro célebre viajero. Tratados hay en los que se analiza mi escritura, mis modismos literarios, mi lenguaje. Más de una vez se me han achacado erratas que, en realidad, debieran atribuirse al descuido o la impericia de copistas, traductores, secretarios o impresores. Y otros han llegado a borrar la cuestión de un plumazo dando por falsos y espurios mis escritos más importantes.

¿Cómo será posible deshacer la comedia de errores que aquel buen fraile ha tejido con su ignorancia, o tal vez movido por oscuros motivos políticos?

Es hora de que yo mismo dé a conocer mi alegato.

CAPÍTULO I



¡Ah, las maravillas de Oriente! ¿Quién no soñaba entonces con las maravillas de Oriente? ¿Quién no amaba el agua de rosa de Damasco, la canela de Sumatra, las cenizas vegetales de Beirut, el ámbar, el incienso, la mirra? Toda Florencia vivía fascinada por las extravagantes mercancías de Asia. Había una atracción de hechizo por la nuez moscada, el azafrán, los perfumes, el bálsamo. De Oriente parecía llegar una brisa misteriosa, un mágico perfume que inundaba la ciudad y prestaba un singular encanto a sus calles. Había mosaicos bizantinos en las iglesias, mármoles de colores en los pisos, alfombras de Persia, cortinajes adamascados. Pero si algo ponía a arder el deseo de los florentinos era la pimienta. No sólo daba un toque de refinamiento a la mesa de los ricos y los nobles, sino que era recetada por los médicos y apreciada por los embajadores, que la obsequiaban en sus visitas diplomáticas. Pimienta se daba en pago de mercancías, en pago de tributos y prebendas, o como parte del sueldo de los cónsules, oficiales y soldados de la ciudad.

¡Pimienta, canela, ámbar, azafrán, colmillos de elefante, polvo de oro, piedras exóticas! Todo ello venía de Oriente y hacía las delicias de cada florentino. Pero además, ¿quién de nosotros no imaginaba verse alguna vez en aquellas comarcas lejanas, viajar por esos paraísos de misterio y visitar los reinos del Gran Kan, repletos de magia y fantasía, hechos de la exquisita materia de los sueños?

Hacía casi dos siglos que Marco Polo había cautivado a todo el mundo con su libro acerca de Oriente. Desde entonces, en cada florentino vivía un trotamundos, un

alma errabunda que anhelaba echarse al mar y abandonarse a la aventura. Aquel librito era un verdadero compendio de los tesoros orientales. El veneciano revivía sus veinticuatro años en las tierras de Asia y hablaba de tantas y tan increíbles maravillas que toda Florencia se embriagaba con sus descripciones. Los hombres soñaban con los perfumes de Oriente, con el rico sabor de las especias, con la desnudez ambarina de una abultada y ondulante cortesana. Recuerdo haber leído aquellas páginas con tal embeleso que apenas conseguía despegar los ojos del libro.

Solía encerrarme en la biblioteca de mi tío Giorgio Antonio y hojear aquel libro hasta altas horas de la noche. Allí mis ojos vislumbraban los infinitos reinos del Gran Kan. Mi mente volaba hacia aquellas legendarias regiones, tierras de extrañas costumbres, de criaturas mágicas, de animales tan fabulosos como la jirafa, de pueblos y ciudades cuyos nombres trataba yo de retener en la memoria: Fugiu, Cambaluc, Sindufu, Coigangiu, Campcio. A cada instante alzaba mis ojos del libro y repetía en voz alta aquellos nombres que inundaban mis oídos como una música misteriosa. Me parecía descubrir en el aire el sonido de las flautas persas, de los cascabeles, de los panderos de Mossul. Desde siempre me había prometido remedar alguna vez las proezas del veneciano: ver con mis propios ojos los grandes palacios, las riquezas del Kan, la tumba de Santo Tomás el Apóstol, los hombres que eran capaces de abandonar un viaje si oían a otro estornudar y los brahmanes que, según contaba Marco Polo, alcanzaban edades tan extraordinarias que muchos de ellos superaban la centuria. Mientras pasaba aquellas páginas iba entrando en un raro estado de fascinación. Ya casi no existía nada a mi alrededor. Sólo vibraban los sonidos de Oriente y las imágenes de aquellas comarcas lejanas, demasiado remotas, pero que parecían atraerme con su canto de sirena.



Recuerdo que a veces llegaban a Florencia algunos viajeros venidos de Oriente. Arribaban al puerto de Pisa en naves tan cargadas de mercancías y artículos que parecían a punto de hundirse. En las plazas se alborotaban las gentes para verlos, para contemplar sus tesoros, para oír sus historias de países lejanos. Yo solía llegarme hasta allí y admirarlos como se admira a un sabio, a un descubridor de otros mundos, a un mago que posee secretos y arcanos desconocidos. Aquellos viajeros hablaban de países de ensueño que parecían sacados de una fábula. Más tarde corría yo hacia lo del tío Giorgio Antonio, volvía a encerrarme en su biblioteca y hurgaba entre sus bellísimos mapas de colores. Poco a poco empezaba a reconocer un sitio aquí, una ciudad allá, la boca de un gran río cuyo nombre había oído de labios de aquel viajero esa misma tarde. A veces, el tío Giorgio Antonio se aparecía de improviso en medio de la noche.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —me preguntaba.

Yo levantaba mis ojos y descubría su ventruda silueta junto a la puerta de la

biblioteca. El tío Giorgio Antonio sonreía con una mueca de ternura. Era un hombre bajo, rechoncho, de nariz prominente y ojos vivaces. Su figura apenas cabía entre el remolino de libros, mapas, globos terráqueos e instrumentos que atestaban la biblioteca. En su mirada estaba la inconfundible expresión del hombre contemplativo, del estudioso. Era un mirar sereno y reflexivo, pero había un perpetuo gesto de asombro en sus ojos, una leve chispa de curiosidad que siempre estaba encendida como una llama votiva.

—Cipango —decía yo—. El hombre que estaba hoy en la plaza habló de Cipango.

—Es una isla —me explicaba el tío Giorgio Antonio mientras sus ojos se iluminaban de entusiasmo—. Es una isla muy lejana, más allá del mar de la China.

—¿Y es cierto que en ella hay un palacio todo de oro?

—Pues eso dicen...

Giorgio Antonio era una persona sumamente piadosa. Solía afirmar que en la vida de todo hombre sólo existen dos opciones: casarse o meterse a fraile. Y él mismo había elegido meterse a fraile, porque las mujeres no parecían despertarle el menor interés. Lo que en verdad animaba su entusiasmo era el mundo de los libros, las colecciones de mapas, almanaques e instrumentos que atesoraba en su biblioteca y estudiaba con vocación de sabio. Desde tiempo atrás se ocupaba de mi educación. Me enseñaba geografía, latín, matemáticas, cosmografía y algo de retórica, pero también me instaba a escribir un cuaderno de ejercicios morales del que siempre he extraído valiosas enseñanzas para mi vida.

En la penumbra de la biblioteca, Giorgio Antonio parecía moverse como una inmensa mole negra. De vez en cuando abría un viejo cofre de roble y se ponía a hurgar dentro de él. Allí guardaba tesoros increíbles, un astrolabio, un compás, varios artilugios mecánicos, manuales de astrología, talismanes, unas viejas cartas de marear y antiguallas de todo tipo. De pronto sus manos extraían desde el fondo un antiguo mapamundi circular y lo desplegaron sobre el escritorio. Yo quedaba deslumbrado ante aquella obra de arte de la cartografía. Observaba las tres partes en que por entonces estaba dividido el mundo: Europa, Asia y África, veía la línea equinoccial, la rosa de los vientos, la hermosa profusión de dibujos y miniaturas que iluminaban cada vértice del planisferio. Allí el artista que había ilustrado los ornamentos había puesto el rostro de Ptolomeo. En el mar aparecían figuras de sirenas y dragones, monstruos mitológicos que estremecían por su aterradora estampa. A un costado, en finísima letra gótica, se leía el nombre del cartógrafo: Andreas Walsperger, 1448.

Entonces el tío Giorgio Antonio sonreía una vez más, posaba delicadamente su dedo sobre una pequeña isla y decía:

—Cipango, aquí está Cipango.

Y yo quedaba envuelto en una fantástica ensoñación. Aquel nombre cobraba una encantadora resonancia en mis oídos. El viajero de la tarde había contado insólitas maravillas acerca de aquel lugar. Había dicho que allí abundaban los unicornios, las

perlas rojas, tanto oro que las gentes no sabían qué hacer con él y, por supuesto, aquel espléndido palacio cuyos muros, pisos y techos estaban revestidos de una capa de oro fino de casi tres dedos de espesor. El propio Marco Polo había revelado que tantas eran las riquezas de Cipango que hasta el Gran Kan de la China, alguna vez, había enviado una flota entera para invadirlo. Sin embargo, sus pretensiones habían fracasado, pues allí el viento de Tramontana era tan furioso que los barcos habían terminado por estrellarse unos contra otros.

Debo decir que en aquellos años todo Oriente era un vasto escenario de sorpresas para mí. Entre otros muchos prodigios, el tío Giorgio Antonio solía hablarme del misterioso fray Giovanni, señor de tan vastos dominios en la India que, según decían los viajeros, tomaba cuatro meses atravesarlos en línea recta. Había en sus tierras una extraña fauna de criaturas insólitas. En una vieja crónica, el mismo fray Giovanni hablaba de camellos y lobos rojos que poblaban sus comarcas; contaba de leones negros y pájaros tan grandes que eran capaces de atrapar a un buey entre sus garras, llevarlo por los aires y darlo como alimento a sus polluelos. Y era allí donde habitaba el ave fénix, retozaban unicornios blancos, rojos y negros, vivían escarabajos del tamaño de una tortuga y volaban unas extrañísimas aves que, en cierto momento de sus vidas, elegían suicidarse estrellándose contra las rocas. Fray Giovanni poseía además un inmenso palacio cuyos muros eran de sardonio y piedra cornalina. Las ventanas eran de cristal puro, las mesas de oro y amatista, los aparadores de marfil y las salas y dormitorios de ónix. Y tan vasto era el poderío del fraile que hasta el bodeguero de palacio era arzobispo, el senescal era rey, el chambelán un alto miembro del clero y los sirvientes cortesanos.

—¿Sueñas con ir allá alguna vez? —me preguntaba el tío Giorgio Antonio.

Yo asentía sin quitar mis ojos del mapamundi. Tenía un espíritu demasiado soñador; tanto era así que ya me veía embarcado en una nave cuya proa rompía las olas del mar Índico en dirección a Oriente.

Pero de pronto volvía a resonar la voz de Giorgio Antonio:

—¿Y por qué no hacia Occidente?

Yo abría mis ojos de asombro. ¿Hacia Occidente? ¿Pero era posible que hubiese algo más allá de las costas españolas? Siempre había oído que allí, según rezaban los mapas, se acababa la tierra conocida y empezaba el Mare Ignatum, aquel inmenso océano desconocido al que nadie se había aventurado jamás. ¿Podía haber algo más allá? ¿No existía en el extremo más occidental de la península española un cabo llamado Finisterre, el «fin de la tierra»?

—¿Hacia Occidente? —repetía yo—. ¿Pero hay alguna tierra o alguna isla en medio del océano Atlántico?

Giorgio Antonio sonreía con algo de picardía.

—Tal vez, sobrino —murmuraba—. Aún nos queda mucho por saber de este mundo.



El tío Giorgio Antonio me sorprendía a veces con ideas extravagantes. Decía que los antiguos habían intuido la existencia de tierras ignotas, de islas y continentes situados más allá de las Columnas de Hércules. Muchos sabios doctores sostenían que el mundo no acababa en las costas ibéricas, que debía existir algún país remoto en medio del Atlántico, un país que hasta entonces había permanecido en las sombras. Se conocían muchas crónicas y leyendas referidas a aquel misterioso lugar. Quizás estuviera allí la tierra de las Hespérides de la que hablaban los griegos, tal vez los reinos de San Brandán que mencionaban los libros medievales, acaso la Antilia, o por qué no la Atlántida, aquel extraño continente que, según la leyenda, el mar se había tragado en el curso de una pavorosa noche. Conocía yo aquella historia a través de Platón, quien a su vez la había escuchado de labios de un viejo sacerdote egipcio. Decía el sabio de Atenas que alguna vez había existido una gran isla flotante más allá de las Columnas de Hércules. Era una tierra fértil y muy abundante en metales preciosos. Existía en ella un gran imperio cuyo rey, Atlas, se decía hijo del mismísimo Poseidón y gobernaba sobre una comunidad de hombres sabios y virtuosos. Pero alguna vez los habitantes de la Atlántida degeneraron arrastrados por el vicio y las pasiones humanas. Y fue entonces cuando Zeus les envió un furioso terremoto, tan violento que en una sola y espantosa noche toda la isla se hundió en el mar para siempre. Sólo quedaron sus restos, manojos de hierbas y algas flotando sobre el océano.

—¿Y es cierto que ha existido esa tierra? —preguntaba yo.

—Si no lo es, merecería serlo —opinaba Giorgio Antonio, y con un ligero mohín en sus labios añadía—: Aunque algunos sostienen que el viejo Platón era un tanto dado a las fantasías...

No ignoraba mi tío que muchos hombres de ciencia consideraban aquella historia una simple ficción, una de esas tantas alegorías de que gustaba echar mano el viejo Platón para asombrar a sus discípulos. No obstante, él mismo se dejaba subyugar por el encanto de la historia. Fuera o no verdad, se sentía atraído al pensar que tal vez hubiera todo un fabuloso continente durmiendo bajo las aguas del océano.

—Bien, bien. ¿Y la Antilia? —volvía a preguntar yo con obstinación.

—¡Ah, la antiisla! —Exclamaba Giorgio Antonio con un ademán de misterio—. ¡Cuántas cosas extrañas se han dicho de ella! La historia, mi querido sobrino, dice que hace muchísimo tiempo hubo siete obispos portugueses que se embarcaron hacia Poniente huyendo del peligro musulmán. Navegaron varios días hacia el ocaso y por fin dieron con una hermosa isla en la que fundaron siete espléndidas ciudades. Por desgracia no conocemos su nombre, pero ha sido siempre tan misteriosa que se ha hablado de ella como de una antiisla.

—¿Y dónde queda? —insistía yo.

Giorgio Antonio permanecía en silencio durante un instante. Su rostro mofletudo

se arrugaba en una mueca de incertidumbre. Fijaba sus ojos en el mapamundi con suma atención, enarcaba las cejas y por fin se encogía de hombros.

—Pues quién sabe —respondía a media voz—. Algunos la sitúan aquí o allá; otros dicen haberla visto aparecer y desaparecer en distintos lugares, como si fuera una isla fantasma...

Yo sentía una leve crispación. Me aterraba la idea de una isla fantasma, un pedazo de tierra al que imaginaba como un escenario de brumas tenebrosas y monstruos que acechaban desde la oscuridad. Sin embargo, al mismo tiempo me descubría maravillado por esa visión. Había algo en mí que me atraía hacia los arcanos del mundo, como si fuera uno de esos oscuros alquimistas que persiguen los secretos más recónditos de la naturaleza.

Mientras tanto, mi tío Giorgio Antonio seguía fascinándome con sus enseñanzas. Era un hombre apasionado y misterioso a la vez. Gustaba de mostrarse algo enigmático y oscuro, tal como aquellos antiguos oráculos que desorientaban a los hombres con acertijos y adivinanzas. De vez en cuando solía tentar mi curiosidad con una sabia mezcla de hechizo y erudición, pues sabía que de esa forma lograba cautivar mi interés. Él mismo era un voraz lector que se hundía entre los libros como si fueran arcones repletos de misterios y sorpresas. Cada tanto se encerraba en su biblioteca entre curiosos tratados de cosmografía o alquimia, y sólo emergía de allí uno o dos días más tarde, con el rostro agobiado y los ojos enrojecidos por la lectura. Era además un gran admirador del sabio Toscanelli, con quien había compartido deliciosas charlas en las academias de Florencia. El propio Toscanelli, de quien yo sabía muy poco por entonces, también era uno de esos espíritus agudos y vivaces que sólo aparecen de cuando en cuando. Toda su vida estaba envuelta en una nube de incógnitas. Decían algunos que se alimentaba sólo de vegetales, que jamás bebía vino y que hasta poseía dones de adivinación. Había reunido una enorme colección de mapas y manuscritos valiosísimos en su biblioteca. Toda Florencia lo tenía como el más capaz de los astrónomos, el mejor cosmógrafo y el más renombrado médico. Algunas veces yo lo veía caminar sobre la orilla opuesta del Arno. Recuerdo que me intrigaba su aire de eterna ensoñación, ese andar lento y pensativo de quien va ensimismado en sus delirios. Me gustaba pensar que alguna vez cruzaría yo el río y pasearía junto al sabio, y ambos hablaríamos de las rutas hacia Occidente, y de las tierras que allí se encuentran, y de los mapas, y de las naves, y de los mares...

Cuando por fin llegaba la noche, en la biblioteca, el tío Giorgio Antonio apagaba las velas y toda la habitación quedaba a oscuras. En aquellas noches claras el cielo se llenaba de tantas estrellas que parecía un gran manto luminoso. Algún rayo de luna se colaba a través de la ventana y dibujaba los contornos de la biblioteca. En la penumbra se advertía la fantasmagórica silueta de una esfera armilar, las agujas de un astrolabio, los muchos libros apretujados entre los anaqueles. Toda la habitación se teñía de un raro gris lunar. En silencio, Giorgio Antonio enrollaba cuidadosamente el mapamundi de Walsperger y lo devolvía a su cofre. Luego me llevaba hasta la

ventana y señalaba la constelación de la Osa Menor, un pequeño enjambre de siete estrellas en el septentrión de la bóveda celeste.

—Esa que ves allá es la Estrella Polar —decía—. Está siempre en dirección al norte. Si alguna vez debes pilotear un barco en alta mar, ella te será de gran utilidad para orientarte.

En mi mente se iluminaba un mar de siete colores. De pronto me veía una vez más sobre el alcázar de un galeón y aferrado a un timonel. Bajo velas hinchadas por el viento la nave cabeceaba entre espumas que le acariciaban el casco. En la línea del horizonte aparecían tierras desconocidas. El aire se estremecía con el perfume de islas nuevas, de países nunca vistos. Olía a canela, a laurel, a azafrán, a pimienta. Yo me sentía extasiado ante aquella escena imaginaria. Era como una hermosa alucinación que avivaba mis sentidos, con aquellos olores vegetales que me parecía husmear en el aire y que recordaban la sutil fragancia de las islas de la Especiería.

—¡Eh, despierta! —susurraba Giorgio Antonio.

Yo sacudía mi rostro y parecía volver de un sueño.

—He visto islas y países nuevos —murmuraba algo obnubilado.

—Has estado soñando despierto, sobrino.

—¡Pero he podido olerlos! ¡He podido percibir el aroma de la tierra desnuda!

—Lo que has percibido —sonreía el tío Giorgio Antonio— es el perfume de los sueños...



Cuando nos despedíamos, ya bien entrada la noche, mi tío solía insistirme con su rosario de enseñanzas morales. Me recordaba que fuera prudente, modesto, virtuoso y, por sobre todas las cosas, madrugador. En mi cuaderno de ejercicios, que escribía yo bajo su tutela, podía leerse el siguiente consejo:

Levántate temprano en la mañana, y no te dejes dominar por el mucho sueño, ¡oh, joven, que no has hecho sino divertirme, bailar y tocar música! No permanezcas ocioso. Trabaja antes de que envejezcas, de que te falten las fuerzas y te sientas infeliz y descontento. Porque si te esfuerzas en ser virtuoso antes de que la muerte venga a llamarte o se te acerque la vejez, créeme, te digo, que morirás feliz, y luego gozarás eternamente en la gloria de los santos, donde ninguno enferma, ni envejece, ni muere.

Aquella era para mi tío la más sabia de las recomendaciones. Él mismo transitaba su vida con la austeridad de un asceta. Casi siempre se acostaba muy temprano en la noche y antes de que saliera el sol ya andaba enredado entre sus libros y mapas. La mayoría de las veces comía en su misma biblioteca para no desperdiciar un ápice de tiempo, y si alguna licencia se permitía de cuando en cuando era una botella de Chianti de la que saboreaba hasta la última gota como si fuera un elixir.

Todo ello intentaba transmitírmelo como si yo fuera su discípulo preferido, o acaso el hijo que nunca tuvo ni tendría. Pero amén de tales exhortaciones, todas ellas siempre justas y bienintencionadas, había una en especial que jamás olvidaba

repetirme:

—No cuentes a tu padre nada de lo que hemos hablado.

Tales reparos, he de decirlo, estaban plenamente justificados, puesto que *sere* Nastagio Vespucci, mi padre, quería de todo para su hijo menos que anduviera con la cabeza volando por otras latitudes. No veía con buenos ojos las veleidades de los cosmógrafos, ni aprobaba las abstrusas porfías de doctores y eruditos. Quería para mí un futuro de negociante, de mercader, de hombre que llevara adelante los negocios de la familia y no se perdiera en remotas ensoñaciones que mucho alimentarían el espíritu, pero que nunca llevarían un ducado a mis bolsillos. El único de mis cuatro hermanos que había sido enviado a la Universidad era Antonio, el mayor, que tal como indicaban los hábitos era el natural destinatario de las glorias, los privilegios y hasta el mayor cariño y atención de mis padres. Acabó por heredar el título de notario y hacer buena carrera dentro de la *Signoria* de Florencia. Mis otros dos hermanos, Girolamo y Bernardo, casi no contaban en la familia. El primero se había largado a vivir de monje a Rhodas apenas supo valerse por sí mismo, y el segundo, a quien mejor que a nadie calzaba el papel de mendigo, era un pobre vagabundo aventurero que ya hacía tiempo se había marchado hacia Hungría a buscar fortuna.

Sólo yo, por tanto, gozaba del magro favor del destino. Pesaba sobre mí la maldición del rey Midas, obligado a transformar en oro todo lo que tocara. Pero no sabía mi padre, ni yo tampoco por entonces, que las secretas lecciones de mi tío Giorgio Antonio comenzaban a guiarme lentamente hacia el mar, hacia tierras desconocidas, hacia aquel fascinante mundo que se erguía más allá de las Columnas de Hércules.

CAPÍTULO II



Florenxia es una pequeña y majestuosa perla. Tan pequeña que un caminante, andando a paso tranquilo, puede recorrerla en algo más de una hora. Sin embargo, he de confesar que entre sus sólidas murallas, entre ese robusto cordón de piedras que la resguarda de sus enemigos, puede un hombre hallar el cielo y el infierno a cada paso. Por toda la ciudad hay barrios coloridos, árboles y huertos llenos de flores, pero también se acumula la inmundicia, el hedor de las tejedurías y la envidiada atmósfera de una ciudadela de veinte mil almas que hierve al ritmo de sus talleres. Acaso podrá el caminante extasiarse ante los bellos jardines y palacios, disfrutar de balcones pintorescos y tropezar con la casa de Sandro Botticelli o el taller de Leonardo da Vinci. Pero entre calle y calle sentirá el aire apestando a estiércol, verá los muchos enjambres de moscas que revolotean entre los basureros y deberá cubrirse las narices ante el horrible olor del cuero podrido y la lana estacionada. Quizás el mejor testigo de la sordidez florentina sea el propio río Arno. Sus aguas entran limpias y claras por Levante, pero se alejan hacia Poniente como si fuesen una cloaca oleosa repleta de tintes y desperdicios. En las mismas entrañas de la ciudad hay callejuelas tan sucias, tan tortuosas y llenas de animales sueltos que es toda una odisea andar por ellas. Flota allí el húmedo olor de las curtidurías, y no puede uno avanzar un paso sin apretarse el vientre como si estuviese en medio de un estercolero.

¡Ah, cuán grandes serán las miserias de esta ciudad, que hasta el propio Dante las ha cantado en un verso! «Alégrate, Florenxia —ha dicho nuestro poeta—, que tu

nombre es famoso en todo el infierno».

Pero más allá de aquellos engorros, Florencia ha sido la cuna de mi familia desde hace siglos. Hoy en día no puede uno andar entre sus apretados muros sin tropezar con algún Vespucci a cada paso. Es la mía una de esas grandes familias cuyos miembros están desparramados por todos los rincones de la ciudad. Entre mis parientes hay diplomáticos, viajeros, cortesanos, gentes de negocios, varios frailes predicadores, algunos artistas de renombre, y casi no existe un solo Vespucci cuya vida no se cruce con los destinos de la ciudad.

Pero diré que hablar de Florencia es, por sobre todas las cosas, hablar de los Medici. Acaso no haya en toda la redondez de la Tierra una familia tan rica y poderosa. En Italia son los más altos miembros del Gremio de Banqueros y Cambistas. Poseen un sinfín de bancos en Roma, Milán, Pisa, Génova y Venecia. Pero sus negocios también han cruzado las fronteras y prosperado en el resto de Europa. Los Medici tienen casas comerciales en Lyon, Amberes, Brujas, Aviñón, Lúbeck, Ginebra, Londres, Valencia y Barcelona. En los últimos años, algunos de sus agentes han procurado establecer lazos en África y en el Oriente, de modo que ahora la familia ha llegado a clavar sus garras en Alejandría y hasta en la propia Constantinopla.

Como era de esperarse, en Florencia y gran parte de Italia los Medici hacen y deshacen a su antojo. Dan príncipes a la república, obispos a la Iglesia y papas al trono de san Pedro. Manejan con tal astucia los hilos del poder que, gracias a sus mañas e influencias, hasta un aprendiz de pelagatos puede llegar a pontífice. Y no es ésta una exageración de mi parte. Tal fue el caso de Giovanni de Medici, el hijo del gran Lorenzo, quien alcanzó el trono papal a través de arreglos, favores y artimañas urdidas por su familia. Es posible que de otro modo jamás llegara a ser más que un fraile de provincia, pues el tal Giovanni no era hombre de muchas luces. Sin embargo, a nadie debe asombrar que alcanzara el trono de Roma, pues en virtud de aquellos mismos arreglos y favores, ya a los siete años de edad había recibido la tonsura y a los trece era cardenal.

Habida cuenta del poder de los Medici, desde hace casi un siglo el problema de todo florentino ha sido siempre el mismo: estar a favor o en contra de la familia. Quienes eligen su protección deben vivir en un eterno estado de obsecuencia. Si uno es poeta habrá de plasmar las hazañas de la familia en un verso; si es escultor deberá inmortalizarlos en la piedra; y si su oficio es la pintura no tendrá más remedio que retratarlos en un fresco. Pero quienes se oponen a los Medici —y hay quien se arriesga a semejante locura— pueden terminar sus días con un puñal clavado en la espalda, una soga amarrada al cuello o tal vez los estragos de algún veneno en las tripas, ya que en el manejo del cianuro, la cicuta y el láudano hay sobrados expertos entre los miembros de la familia.

No obstante, no se puede hablar de los Medici sin mencionar al más extraordinario de todos ellos: me refiero a Lorenzo, a quien todo el mundo siempre ha

apodado el Magnífico. En los años de mi juventud, Lorenzo era el hombre más célebre y ambicioso de Florencia, pero también el más amado y odiado entre todos los mortales. Media ciudad le rendía culto como a un dios, y la otra media ambicionaba rebajarle el cuello. Mientras tanto, el gran Lorenzo repartía su valioso tiempo entre la política, los negocios y el arte. Gobernaba la ciudad con mano de hierro, manejaba con ojo de águila sus bancos y casas comerciales y amén de ello se había convertido en el más generoso protector de los artistas florentinos. Pese a tantas y tan arduas ocupaciones, no era infrecuente verlo animando una mascarada o metido en fiestas y torneos. Y por si aquello no fuera suficiente, aún se daba tiempo para escribir poesías y componer himnos y canciones de Carnaval.

Lorenzo el Magnífico era, como todo florentino, un apasionado de las justas de caballería. Jamás perdía oportunidad de intervenir en alguna de ellas. Aún recuerdo su donosa estampa de caballero entrando a la plaza de Santa Croce, ornada de gala para celebrar aquellos legendarios combates. Llegaba montado a caballo y precedido por una veintena de escuderos. Todo él era una espléndida figura que deslumbraba con su presencia. Calzaba un jubón de terciopelo púrpura, gorro negro emplumado y una capa engastada con brillantes y rubíes. Un gran manantial de trescientas perlas envolvía la gualdrapa del caballo. A lo ancho de toda la plaza había flores y guirnaldas de varios colores, mientras una orquesta de músicos animaba la jornada con sus flautas, laúdes y tambores. En uno de los palcos solía estar la bella Lucrezia Donati, a quien el Magnífico amaba profundamente pese a ser la esposa de otro caballero, un tal Niccolo Ardingheli, que prefería ignorar el asunto por miedo a perder la cabeza. De pronto rompían las trompetas y comenzaba la justa. Eran trece competidores que se enfrentaban entre sí, trece valientes guerreros que trababan sus lanzas en medio de la gritería del público. Uno a uno iban chocando sobre la arena. El sol hacía brillar sus armaduras por entre la polvareda que levantaban los caballos. Algunos de los guerreros caían y se revolcaban en el suelo. Otros salían victoriosos y pasaban a la siguiente ronda. Pero al fin, como no podía ser de otro modo, Lorenzo el Magnífico se alzaba con el trofeo, pese a no ser un luchador muy vigoroso ni hombre de brazo robusto. Acabado el combate, Lucrezia Donati le entregaba una guirnalda de violetas que el Magnífico ponía en su cuello, mientras el pobre Ardingheli se mordía las uñas de celos sin poder decir una palabra. Y luego había una gran fiesta en la plaza de Santa Croce. Corría el vino griego en copones de bronce, estallaban los fuegos artificiales, había estruendo de música y alboroto de gentes que se entregaban al baile durante horas. Ya cerca de la madrugada terminaba el jolgorio con tal frenesí de alegrías y excesos que la plaza entera amanecía repleta de borrachos tirados en el piso. Durante días y días el aire olía a taberna y era preciso echar cubos de agua para lavar las inmundicias. Pero aquello valía la pena. Había sido toda una fiesta el contemplar a los guerreros, el verlos entrechocar sus lanzas, y sobre todo el gozar de la majestuosa figura del Magnífico engalanando la jornada.

Pero también he de decir que Lorenzo, como todo hombre sentado en el trono del

poder, no las tenía todas consigo. La suerte de los príncipes en Italia siempre ha sido tan azarosa como una tómbola. Con demasiada frecuencia, muchos han caído por efecto del veneno o acaso ensartados por algún filoso cuchillo. Vayan a cuento de ello las innumerables desgracias ocurridas en la ciudad de Milán, donde los Sforza se han cansado de urdir muertes sanguinarias para acabar con sus rivales, hasta que el propio Galeazzo María Sforza bebió su propia medicina y terminó sus días cosido a puñaladas en una iglesia mientras oía una misa. También en Bolonia ha ocurrido otro tanto. Allí, la familia de los Bentivoglio, enredada desde siempre en crímenes despiadados, pasó de ostentar la más suprema omnipotencia hasta caer en los abismos de la ruina. Aún se recuerda la dramática noche en que los nobles y poderosos Canetoli invitaron a los Bentivoglio a una espléndida cena. Todo iba bien hasta que, a la hora del postre, los anfitriones desenvainaron sus puñales y hubo degollina general. No quedó un solo Bentivoglio con vida. Pero la cosa no terminó allí. La familia Marescotti, vieja amiga del clan de los Bentivoglio, aguardó a que se enfriaran las cosas y luego se echó sobre los Canetoli con tal furia que despedazó a todos sus miembros e hizo clavar sus corazones en las puertas de la ciudad.

Pues bien, así andaba Italia en aquellos días de mi juventud, repleta de crímenes, traiciones y venganzas. Pero antes he mencionado a Lorenzo puesto que él mismo, en esos años, tuvo la desgracia de verse envuelto en una despiadada conjura en contra de su vida. Permitidme revelar los hechos, pues os darán una idea de por qué Dante ha escrito que Florencia es aclamada en los Infiernos.

Las cosas sucedieron más o menos de este modo. Lorenzo despertaba el odio de muchos otros comerciantes y banqueros que se veían aplastados por sus manejos. Por esa razón, a cada rato era hostigado por ellos, aunque la mayoría de las veces salía airoso de los embates. Sin embargo, en cierta ocasión estuvo cerca de perder el pellejo a causa de una bien planeada maniobra en su contra. Quienes tramaron el asunto fueron el arzobispo de Pisa, Messere Francesco Salvati, el conde Girolamo Riario y un riquísimo mercader florentino llamado Francesco Pazzi. Entre los tres se confabularon para quitarse de encima a Lorenzo del modo más efectivo posible: convirtiéndolo en cadáver. Después de mucho pensar dejaron el atentado en manos del capitán Giovanni Battista de Montesecco, un bruto mercenario que servía a las órdenes del conde Riario. Pero el capitán Montesecco puso una rara condición para hacerse cargo del trabajo: sólo mataría al Magnífico si el Papa mismo lo autorizaba a hacerlo. Parecía una locura sólo pensarlo, pero Montesecco se había plantado como una mula y no estaba dispuesto a mover un dedo sin la bendición del santo padre. Al fin, discutido el asunto, los conjurados se dirigieron a ver al papa Sixto IV y le expusieron el problema. El santo padre tampoco simpatizaba con Lorenzo, aunque le repugnaba la idea de un asesinato.

—Sabéis que odio a los Medici tanto como vosotros —comentó Sixto—. Pero basta de muertes en esta Italia. Sea lo que sea lo que estéis tramando, no deberá correr sangre alguna en la ciudad de Florencia.

Los hombres se miraron entre sí perplejos. Sin la muerte de Lorenzo cualquier aspiración al poder resultaba inútil.

—Su santidad —arguyó el conde Girolamo Riario—, haremos cuanto se pueda para evitar un derramamiento de sangre. Pero si por ventura eso ocurre, ¿perdonará su santidad a quien lo cause?

Sixto pareció enfurecerse.

—¡Sois todos unas bestias! —Resonó su vozarrón—. Ese Lorenzo es una víbora y ha sumido a toda Florencia en el vicio. Pero os repito que no quiero muerte alguna. ¡Ya basta de crímenes!

—Muy bien, su santidad —intervino el arzobispo Salvad—. Si éstos son vuestros deseos, quedaos tranquilo. Nosotros sabremos guiar a buen puerto nuestra barca.

Sin embargo, pese a las recomendaciones papales, los tres hombres dejaron el lugar decididos a matar a Lorenzo, Ya buscarían la manera de justificarse ante el santo padre en caso de que éste se molestara. Escogieron para el atentado la catedral de Florencia, un sitio que, dicho sea de paso, siempre ha gozado de la inestimable preferencia de todo criminal italiano. Ya se habían deshecho del capitán Montesecco y tenían a varios rufianes apostados entre los bancos de la iglesia. Poco después de comenzar la misa, cuyo rito oficiaba un sacerdote implicado en la conjura, los asesinos desenvainaron sus puñales y empezaron el ataque. En un santiamén Giuliano de Medici, hermano del Magnífico, recibió un navajazo en el vientre y quedó tendido en el suelo nadando en un charco de sangre. Lorenzo alcanzó a eludir el filo, trepó a la sacristía y desde allí ordenó a sus hombres que dieran caza a los criminales. Hubo una feroz persecución y en los días siguientes se atrapó a la mayoría de los implicados. Poco después, el arzobispo Salvad y sus cómplices más próximos fueron ahorcados sin la menor vacilación. Durante varias jornadas se vieron sus cuerpos balanceándose desde los balcones de la casa de gobierno. Aún recuerdo cómo espantaban sus ojos fuera de las órbitas y sus lenguas moradas colgando de las bocas abiertas. De ese modo Lorenzo terminó con los planes de sus adversarios, aunque en modo alguno se deshizo de todos sus enemigos.

Pero no he contado esta historia sólo para hablar de la sórdida Italia de aquellos días, sino en razón de un hecho que llegó a tocar de cerca a un miembro de mi familia. Según parece había muchos hombres más vinculados a la conjura. Algunos de ellos habían logrado huir de la redada y salvar el pellejo, aunque sólo por un tiempo. Cierta Bernardo Bandini, por ejemplo, fue encontrado tiempo después en la lejana Constantinopla, lo que demuestra cuán largas eran las garras de los Medici. No bien fue traído a Florencia acabó sus días ahorcado al igual que los demás. Pero otro de los asesinos, un tal Napoleone Francesi, consiguió eludir a los guardias y escapó de la ciudad. Dijeron las malas lenguas que un hombre le facilitó la fuga. Y ese hombre era, ¡ay!, mi tío Piero Vespucci.

Jamás supe si se prestó a semejante locura por una cuestión de humanidad, por odio hacia los Medici o simplemente por ser un ingenuo patán. El hecho es que los

hombres de Lorenzo arrestaron al pobre tío, lo enjaularon en un calabozo oscuro y luego lo torturaron durante casi veinte días. No obstante ello, pese a tantos flagelos y tormentos, no consiguieron arrancarle ninguna información. El tío Piero ignoraba la existencia de otros cómplices y sólo atinaba a gritar de dolor. Al fin acabó engrillado con fierros dentro de una cárcel florentina, aunque algún tiempo después, gracias a su buen comportamiento y a ciertos movimientos diplomáticos, los Medici le concedieron la libertad.

Sin embargo, hay destinos que parecen trazados desde la cuna, y uno de ellos era el de mi infortunado tío Piero. No bien dejó la cárcel huyó hacia Milán para evitarse problemas. Allí trabó amistad con la familia de los Sforza y logró hacerse con un puesto en su corte. Más tarde lo enviaron en misión a Alessandria para contener a cierto grupo de rebeldes que tenía en ascuas a los milaneses. Y aquélla fue la ruina final del tío Piero. En Alessandria descubrió al cabecilla de los rebeldes, hizo que rodearan su casa y lo obligó a salir. El hombre asomó la cabeza aterrado. Se sabía perdido ante sus captores, e hizo lo más usual en esos casos: rogó por un sacerdote para confesarse. Pero el tío Piero se mostró insensible a las súplicas.

—¡Vete a confesar al otro mundo! —le gritó en forma despiadada.

Y luego mandó que lo colgaran de un balcón.

Pero los enredos no terminaron allí, pues la venganza es una fruta muy codiciada en nuestra Italia. Los compañeros del muerto juraron revancha, y a la mañana siguiente cayeron por sorpresa sobre la casa de Piero. Lo agarraron por la garganta y le hicieron bailar una sogá ante sus ojos. Mi tío hizo lo único que le estaba a la mano entonces: rogar por un sacerdote.

—¿Quieres un sacerdote? —le preguntaron—. ¡Pues vete a confesar al otro mundo!

Luego lo colgaron de un balcón —ésta parece ser la función de los balcones en Italia—, pero la sogá estaba podrida y se quebró. Entonces mi tío se descendió, cayó sobre unos sacos de tierra y allí lo acribillaron a puñaladas.



He dicho antes que todo hombre en Florencia estaba vinculado de una u otra manera a la familia Medici. Algunos bajo el sino de la tragedia, como el caso de mi tío Piero Vespucci. Otros, la mayoría, a través de los muchos intereses políticos y mercantiles que la familia poseía en la ciudad y en el resto de Europa. Pues bien, ése fue el caso de otro de mis tíos, Guido Antonio Vespucci, y durante algún tiempo el mío propio.

Messere Guido Antonio Vespucci era, desde algunos años atrás, un fiel embajador de la familia Medici en todo el continente. Lorenzo le encargaba misiones de representación en los sitios más lejanos de Europa, seguro de su fino espíritu y notable destreza en cuestiones de cancillería. Guido Antonio era un hombre alto, elegante, siempre envuelto en una finísima capa roja que le daba un aire de tribuno

romano. Era de carácter amable y abierto, gustaba de conversar con todo el mundo y sus modales y maneras eran admirados en toda la ciudad. Pero por sobre todas las cosas, Guido Antonio poseía el más inapreciable don que pueda tener un diplomático: era un mentiroso.

Debo decir, no obstante, que era un mentiroso encantador. Se manejaba como un zorro entre príncipes y ministros. Sabía embaucar con elegancia, deformar los hechos con astucia y hasta era capaz de prometer el reino de los cielos a cualquiera con tal de cerrar un trato diplomático. Entre otras cosas, a él debía Lorenzo las delicadas gestiones que llevaron a su hijo Giovanni —aquel que ya era cardenal a los trece años— a convertirse en el papa León X. Aún muchos años después se recordaban sus negociaciones al respecto como un brillante ejemplo de la diplomacia florentina.

En aquellos años Lorenzo había comisionado a mi tío para viajar a Francia, donde era imperioso frenar el avance de una guerra que trastornaba a buena parte de Europa. No habré de detenerme en los entresijos de esa guerra —por lo demás, tan compleja como toda guerra entre papas y banqueros—, pero el hecho es que mi tío debía llevar entre su comitiva a un secretario particular, y como nadie más había a mano tuvo la ocurrencia de llevarme a mí. De pronto me hallé formando parte de una pomposa embajada, en medio de cancilleres, notarios, agregados y todo un largo séquito de camareros, ayudantes, fámulos y criados que atendían el equipaje, las mulas y los caballos.

Partimos hacia París en la primavera de 1478. Era mi primer viaje fuera de Italia y aún me recuerdo extasiado ante las bellezas del paisaje. Trepar los Apeninos es una empresa ardua, pero una vez en la cima queda el espíritu embriagado ante las enormes moles de piedra, los valles reverdecidos, las pequeñas villas de campesinos que desde la altura parecen dibujadas en el terreno.

Cada tanto tropezábamos con algún solitario castillo en medio de la montaña.

—Allí viven los Vaglianti —decía mi tío.

Y acto seguido, desplegabam ante mi asombro toda una vasta cronología de asesinatos, crueldades y venganzas que envolvían la historia de aquella familia. Solíamos detenernos a descansar en posadas o en algún monasterio perdido en la cresta de una montaña. Allí mi tío Guido Antonio, en noches silenciosas bajo el cielo límpido de Italia, se entretenía hablándome de los enredos y vericuetos de su oficio de embajador. Sin quererlo me aleccionaba acerca de todo ese mundo de hipocresías y sutilezas en el que debía moverse a diario. Sus enseñanzas, he de decirlo, habrían sonrojado a mi otro tío, Giorgio Antonio, hombre virtuoso y amigo de la verdad. Pero el hecho es que yo aprendía el difícil arte de sobrevivir entre príncipes, saber cómo ganar sus favores, reconocer sus debilidades y flaquezas y discernir cuándo es preciso retirarse antes de que a uno le corten la cabeza.

En ocasiones era fascinante oír su conversación. Recuerdo una vez que nos detuvimos a descansar en cierto monasterio benedictino construido en lo alto de una montaña. Toda la comitiva fue agasajada con un sabroso banquete, y cerca de la

medianoche, mi tío y yo salimos a echarnos sobre los pastos a mirar las estrellas. Curioso por aprender nuevas cosas, yo trataba de sonsacarlo acerca de los secretos y artimañas de su oficio.

—Mira, sobrino —me explicaba mi tío—, sólo existe un secreto que debes aprender: en este oficio nunca hay que decir la verdad.

Recuerdo que en aquella ocasión fruncí el ceño en una mueca de asombro. Habitado a las enseñanzas de mi otro tío, aquello me parecía indecente y errado. Sin embargo, continué escuchándolo.

—Deja la verdad para los frailes y los hombres de ciencia —añadió Guido Antonio mientras ponía sus manos detrás de la nuca—. En este mundillo debe uno aprender a mentir como un cretense...

Luego se quedó callado y contemplando el cielo. Detrás de nosotros se alzaban los muros del monasterio, que a esa hora parecían afantasmados por la escasa luz de unas antorchas. Casi toda la comitiva dormía después del ágape. Sólo se escuchaba el rumor de unos monjes entregados a rezos y plegarias. Al ver que yo no abría la boca, Guido Antonio siguió con su lección.

—Un diálogo entre embajadores —dijo en tono irónico— no es más que un prodigioso torneo de engaños. Uno sabe que el otro miente, y el otro sabe que uno lo sabe. Lo que importa, sobrino, es nunca perder la delicadeza y el buen gusto.

Yo lo escuchaba con gran atención. Por entonces era un joven despierto y ansioso por aprender lo que fuera. Cierto es que mi tío Giorgio Antonio me había enseñado mucho acerca de ciencias, retóricas y latines. Pero ahora, mi tío el embajador me revelaba otro mundo lleno de ruinas y mezquindades que también, por desgracia, forman y siempre formarán parte de la vida de los hombres.

—Recuérdalo siempre —concluyó mi tío al final de aquella noche—; en este oficio es necesario presuponer que todos los hombres son malvados.



Cuando por fin llegamos a la ciudad de París, todo se convirtió de inmediato en un revuelo de secretarios, embajadores y escribientes. Había delegaciones de muchos países europeos, todos ellos comprometidos hasta el tuétano en la guerra. Yo debía tomar notas de cuanto ocurría en cada reunión. Con minucia de escribano llevaba un registro de lo dicho por los otros embajadores, recogía rumores de terceros, anotaba los pareceres de mi tío Guido Antonio y hacía de correveidile de sus muchos mensajes. Muy pronto aprendí que en ese ambiente era necesario moverse con gran astucia y cuidado. A la reunión también asistían los enviados del Papa —enemigos del rey de Francia y de los Medici—, razón por la cual había que estar atento hasta de los menores detalles. No era extraño que acecharan espías en los rincones y hubiera intrigas y conciliábulos en cada pasillo.

Mi tío se desenvolvía con gran maestría entre sus iguales. Llegó a hacer buenas

migas con Philippe de Comiens, el representante del rey francés, y debatió muchas veces con él acerca de los avatares de la guerra. También le pidió que transmitiera a su rey una solicitud de Lorenzo de Medici, a saber, que confiscara los bienes y cerrara los bancos de la familia Pazzi en territorio francés. Como he dicho antes, los Pazzi habían formado parte de la conjura en contra de Lorenzo, por lo que éste buscaba arruinarlos como fuera. Otra de las reclamaciones de mi tío, según recuerdo, se refería a cierto corsario italiano, un tal Colombo, que bajo bandera francesa había atacado y robado varias naves florentinas en el Mediterráneo. El tal Colombo se había apropiado de tesoros invaluables que pertenecían a la familia Medici, y Guido Antonio debía protestar ante el rey por tales atropellos.

Como consecuencia de los muchos turbiones que sacudían a la Europa de entonces, la embajada acabó por durar casi dos años. Pero para mí, no todo fueron papeleos y anotaciones engorrosas. El arte del buen vivir existe en París como en ningún otro sitio del mundo, y eso fue lo que hice durante la mayor parte del tiempo. Recorrí sus calles coloridas, escuché su música, visité sus afamados burdeles y conversé con gentes de letras y diplomáticos de toda Europa.

Regresamos a Florencia a comienzos de 1481.

CAPÍTULO III



Solía decir mi tío el fraile Giorgio Antonio que toda actividad manual es algo impropio de un espíritu refinado. Tal como supe años más tarde, aquella idea se la había robado a los griegos, que juzgaban ruinoso y vulgar el ocuparse de labores manuales. Mi tío renegaba de mancillar sus dedos, y quizá por ese motivo sus dos grandes pasiones eran la geografía y la astronomía, pues ambas estudian objetos que no pueden tocarse, sino tan sólo observarse en la distancia. Para él, un mapa de la tierra o una carta del cielo eran algo más valioso y estimable que una riquísima joya.

Por lo demás, su admiración por los griegos lo había llevado a fabricarse todo un mundo de especulaciones y entes abstractos. Era devoto de Platón, de Aristarco de Samos, del gran Pitágoras y de muchos otros filósofos a quienes tenía por maestros indiscutibles en el arte de razonar. Decía que nadie como ellos había conseguido tanto con el solo empeño de su imaginación. Todo cuanto sabían hoy nuestros más insignes doctores ya había sido prefigurado, intuido, vislumbrado por aquellos gigantes que solían recostarse sobre una piedra desnuda y extraer un mundo entero de entre los abismos de su inteligencia. ¿Qué seríamos hoy sin el espíritu inquieto y curioso de aquellos hombres?

Pero además, de aquellos mismos griegos, mi tío Giorgio Antonio había aprendido a contemplar la naturaleza como si fuera una gran obra de arte.

—Debes mirar el mundo con ojos de poeta —solía decirme de vez en cuando.

Aquello, según comprendí muchos años después, hizo nacer en mí la fascinación

por los sueños y por conocer los secretos del mundo. El tío Giorgio Antonio me había descubierto el riquísimo universo de la razón, tan vasto y embriagante como lleno de contradicciones, pero a fin de cuentas el único que nos distingue de los animales y nos permite volar hacia tierras imaginarias aun sin movernos de nuestro lecho.

Pero de todo aquello, y de lo mucho que significó en mi vida, ya tendré oportunidad de hablar más adelante. Ahora, si el paciente lector lo permite, quisiera regresar a Florencia y recordar algunas más de sus calamidades.



No es una novedad que, de entre los infortunios de un príncipe, han de contarse las muchas conspiraciones que debe sofocar a cada rato. Ya he mencionado los siniestros intereses con que debió vérselas Lorenzo el Magnífico con ocasión del atentado contra su vida. Semejante estado de cosas, desde luego, termina por afectar a los poderosos, hasta tal punto que después de mucho trajinar en esos menesteres, acaban perdiendo el seso y viendo enemigos en todas partes. Llega un momento en que hasta un hijo, un hermano, una esposa o una amante se transforman en seres sospechosos, criaturas que parecen conspirar desde las sombras contra los intereses del príncipe.

Pues bien, eso fue lo que ocurrió en Florencia en aquellos años, y lo que terminó por dividir a la familia Medici en dos ramas opuestas, hostiles entre sí, razón por la cual toda la ciudad quedó desmembrada y al borde del caos. No mencionaría tal circunstancia si no fuera porque mi propio destino se vio Envuelto en la contienda, y porque la división entre los Medici fue el origen de todo cuanto ocurrió más tarde.

Todo se produjo a causa de una riña familiar. Sucede que Lorenzo el Magnífico tenía un primo lejano, también llamado Lorenzo, con quien se llevaba a las mil maravillas hasta que ambos descubrieron el ponzoñoso encanto del poder. De jóvenes habían sido amigos inseparables. Pero más tarde, el dinero, el recelo y las sospechas acabaron por convertirlos en furiosos adversarios. Poco a poco fue creciendo el rencor entre ellos, hasta tal punto que toda Florencia acabó dividida. Unos apoyaban a Lorenzo el Magnífico y otros a Lorenzo el Popolano, quien se hacía llamar así para ganarse el favor del pueblo, aunque era tan falsamente popular como su primo. Tanto era el odio que se profesaban entre sí que Lorenzo el Magnífico adjudicaba todas sus desgracias a Lorenzo el Popolano y Lorenzo el Popolano atribuía todas sus desventuras a Lorenzo el Magnífico. Como no podía ser de otra manera, mi propia familia estaba envuelta en el conflicto. Sin embargo, los Vespucci debíamos nadar entre ambas aguas, pues mi tío Guido Antonio solía prestar servicios diplomáticos al Magnífico, en tanto que Giorgio Antonio se hallaba próximo a las huestes del Popolano. En cuanto a mí, quiso la fortuna que acabara del lado del segundo.

Lorenzo de Pier Francesco de Medici, el Popolano, era un hombre tan inmensamente rico y poderoso como su primo. Sin embargo, tenía una cualidad que lo diferenciaba de aquél: sabía cuidar y administrar sus riquezas. Desde siempre el

Magnífico había sido manirroto y desordenado. Gastaba sus florines a carradas protegiendo a artistas y poetas, agasajando a sus huéspedes con lo mejor y organizando fiestas con tal aparato de esplendor que eran la envidia de los reyes europeos. En cambio el Popolano era austero y tacaño. Cuidaba de su fortuna como una leona de sus cachorros. No obstante, como su primo, tenía algunos afanes literarios y artísticos. Escribía autos sacramentales en verso y cada tanto gustaba de encomendar alguna obra a los más afamados pintores y escultores de Florencia.

Por mediación de mi tío Giorgio Antonio, Lorenzo el Popolano me mostró simpatía y algún tiempo después me ofreció trabajar a su servicio. Desde luego me fue imposible negarme. Ya he dicho que en Florencia debía uno estar a favor o en contra de los Medici, y en lo que a mí respecta no tenía ningún deseo de perder la cabeza en algún oscuro callejón. De modo que acepté gustoso el ofrecimiento. Lo primero que hizo Lorenzo fue cederme el cuidado de su hermosa casa de Florencia. Dado que él prefería vivir en su granja de Caffaggiolo, donde los aires de campo no eran tan insanos como en la ciudad, me ofreció hacerme cargo de aquella casa y de sus bienes. De pronto me hallé entre lujosas vajillas de Oriente, trastos de platería y enormes arcones repletos de joyas. Pero además, el Popolano me encomendó una buena parte de sus negocios en la ciudad. Entre otras cosas, debía yo tratar con mercaderes, vender los exquisitos vinos que él mismo embotellaba en Caffaggiolo, ofrecer sus valiosos tejidos de seda y vigilar de cerca algunas de sus operaciones bancarias. Debo decir que la tarea no era demasiado envidiable. Todos los días venían a verme gentes de la más estafalaria condición y con las más insólitas reclamaciones. Insistía alguno en que le adelantara dinero y otro que rebajara los precios del vino; llegaba algún otro protestando por el mal estado de unas mercancías, y venían unos cuantos a exigirme que pagara sus créditos de inmediato, so pena de enviarme a sus no muy amistosos cobradores.

Por esos días era yo un hombre muy solicitado, pues en realidad no sólo trabajaba a las órdenes del Popolano, sino que además me hallaba en buenos términos con su odiado primo el Magnífico. Por cierto, aquello me ponía a tiro de algunos problemas. No pocas veces llegaban a mi despacho emisarios del Magnífico instándome a traicionar al Popolano, y otras ocurría exactamente al revés. Sin embargo, la mayor parte del tiempo debía yo atender a simples moscardones que venían a rogarme favores o salvoconductos de toda clase. En alguna que otra ocasión me vi en aprietos, como sucedió con un tal Lucca de Colti, quien andaba desterrado por haber acuchillado a su mujer y me escribía para que intercediera al mismo tiempo ante el Popolano y el Magnífico, puesto que ambos le negaban el regreso a Florencia. Los argumentos de Colti eran algo curiosos. «*Carissimo Amerigo* —me había escrito en una carta—, yo asesiné a mi mujer porque estaba llevando una vida desarreglada, hecho que es público y de todos conocido en la ciudad. Pero el gobierno de Florencia no puede negarme el salvoconducto para volver, pues la maté en el pueblo de Luca, y ella no era florentina, sino de Sicilia».



A casa del Popolano solía llegar una buena cantidad de artistas, pintores, filósofos y poetas. Toda Florencia era por entonces como un remedo de la Arcadia. Tal era la admiración por la Grecia clásica que la ciudad gustaba decirse heredera de la vieja Atenas, como si la sabiduría y el espíritu griegos hubieran resucitado allí luego de siglos de olvido.

Mi tío Giorgio Antonio, más entusiasta que ninguno, solía animar calurosas veladas en casa del Popolano. En aquellos días su fama ya saltaba las fronteras de Italia y comenzaba a hacerse conocido en el resto de Europa. Era amigo del gran Reuchlin, Marsilio Ficino le había dedicado uno de sus ensayos y, por obra y gracia de mi otro tío, Guido Antonio —cuándo no—, había sido elevado a canónigo de la catedral de Florencia. Ahora, con el beneplácito de Lorenzo el Popolano, el bueno de Giorgio Antonio organizaba tertulias a las que acudían los personajes más célebres de la ciudad. Allí corrían el buen vino y las buenas ideas. Participaban hombres como Zenobio Acciaiuoli, teólogo y poeta, profundo conocedor del griego y del latín; Agnolo Poliziano, poeta y erudito en geografía; Theodoro Marullo, celebrado autor de unos bellísimos epigramas latinos; y por supuesto Marsilio Ficino, el gran médico y filósofo, quien profesaba tal pasión por la cultura griega que, pese a ser un devoto cristiano, mantenía siempre una lamparilla ardiendo bajo un busto de Platón, a quien veneraba como si fuera un santo.

En aquellas reuniones había, por sobre todas las cosas, un verdadero fervor por la geografía. La fascinación que provocaban los rincones desconocidos del mundo ponía a volar los sueños de aquellos hombres hasta el delirio. Cada uno disertaba sobre lo que había que agregar a Toscanelli, quitar a Ptolomeo o enmendar a Sacrobosco. A menudo yo dejaba las cuestiones de negocios, me escabullía hacia el salón de la casa y allí los oía discutir y exaltarse durante horas como apasionados tribunos. Debatían sobre mapas antiguos, hablaban de tierras ignotas, evocaban historias fabulosas de viajeros que decían haber llegado hasta los confines del mundo. Recuerdo el día en que por vez primera los escuché hablar acerca de una nueva tierra aún no descubierta. Quien inició la conversación fue mi propio tío.

—El arzobispo Antonino —dijo como si desafiara al resto de los comensales— afirma que existe un cuarto continente que aún no conocemos.

—¿Con qué argumentos? —lo interrogó Poliziano.

El tío Giorgio Antonio se puso de pie y dio unos pasos en torno a la gran mesa que dominaba la sala.

—Dice que el mundo está dividido en ocho partes —observó—, cuatro de tierra y cuatro de agua. Hasta ahora sólo conocemos tres partes de tierra: Europa, Asia y África. Por lo tanto, debe existir un cuarto continente para que se complete la proporción.

—¿Y pensáis que esa cuarta parte de tierra acaso esté hacia Poniente? —insistió

Poliziano.

—Pues, en realidad, hay varios indicios al respecto —le contestó Giorgio Antonio—. Se dice que los antiguos cartagineses dieron con una enorme porción de tierra navegando desde España hacia Poniente. Además, lo dice Manilio en su *Astronomicon*, lo ha afirmado san Isidoro de Sevilla y lo ha escrito san Clemente.

—¿San Clemente?

—Así es. En una de sus epístolas habla de «... el Océano y los mundos que están allende el Océano».

—Un momento —intervino el teólogo Zenobio Acciaiuoli—. A mi juicio, en modo alguno eso es un argumento. Dada la redondez de la Tierra, el mundo que señala san Clemente no puede ser otro que Asia.

—Juzgáis con razón, mi querido Acciaiuoli —le replicó Giorgio Antonio—. Pero olvidáis que en tiempos de Clemente se ignoraba la redondez de la Tierra. En mi opinión, el santo hablaba de un continente nuevo y desconocido.

De pronto se oyó un murmullo de reprobación en la sala. Era fray Jacoppo Battista, otro de los comensales, que luego de atorar sus fauces con un trago de vino se levantó de su silla y dijo:

—¡Pero, señores, hacedme el favor! ¿Qué es ese cuento de la redondez de la Tierra? Vosotros los filósofos os dejáis llevar por habladurías sin sentido.

La mayoría sonrió ante las escasas luces del padre. Había sido convidado a aquella reunión por su amistad con Giorgio Antonio, pero estaba lejos de compartir las opiniones de los presentes. Por entonces, al menos entre las gentes ilustradas, ya nadie dudaba acerca de la esfericidad de la Tierra. Era un hecho sin discusión posible. Sin embargo, el vulgo común y algunos frailes tozudos aún mantenían la vieja creencia de que el mundo era tan achatado como una hoja de papel.

—Mi estimado fray Jacoppo —le contestó Marsilio Ficino—, no sólo nuestro mundo es redondo, sino que habéis de saber que existen otras tierras, otras ciudades y otros hombres que habitan en el lado contrario al nuestro.

El fraile se enervó aun más. Sus mejillas estaban algo sonrojadas por el mucho vino bebido.

—¿Queréis hacerme creer, señor Ficino, que hay hombres que tienen sus pies al revés de los nuestros?

—Tal vez no sea la mejor manera de decirlo —sonrió Ficino—. Pero en cierto modo así es.

—¡Pues eso es un disparate! —Rezongó fray Jacoppo—. En tal caso la lluvia y la nieve caerían hacia arriba, el techo de una casa estaría debajo de sus cimientos y los hombres andarían de cabeza. Además, san Agustín ha dicho que todas esas necedades acerca de antípodas y tierras habitadas no provienen de relatos verídicos, sino de la mera conjetura del discurso.

—Agustín vivió en un siglo de ignorantes —le replicó Ficino con cierta dureza—. Hoy no pensaría lo mismo. De estar entre nosotros, seguramente se burlaría de las

insensateces que sostienen algunos mentecatos...

—¿Acaso me estáis llamando mentecato, señor Ficino? —Gruñó fray Jacoppo.

Ficino miró hacia otro lado y fingió no escuchar la protesta del fraile. En cambio se dirigió hacia los demás y con cierto aire de solemnidad observó que la cuestión de los antípodas era materia indiscutible. No podían caber dudas cuando tantos sabios y doctores ya se habían pronunciado al respecto.

—Alberto Magno y Cicerón afirman que existen —dijo.

—Pues san Basilio y san Gregorio dicen que no —replicó fray Jacoppo.

—Pero Alfragano opina que sí.

—Pues Beda sostiene que no.

En ese momento la discusión se había acalorado un poco. Ambos parecían empeñados en ver quién era capaz de esgrimir más autores en su favor.

—El gran Toscanelli dice que la existencia de antípodas es tan obvia que ni siquiera un niño podría negarlo —afirmó Ficino.

—¿Ah, sí? —Dudó el fraile—. Pues Lactancio, mi querido señor Ficino, se ha preguntado si puede haber alguien tan inepto que crea que los hombres andan de cabeza.

—¿Ahora sois vos quien me llama inepto, fray Jacoppo?

—Sólo repito lo que ha dicho Lactancio —alegó el fraile.

—¡Caballeros, caballeros! —Intervino de pronto Zenobio Acciaiuoli—. Procurad calmar vuestros temperamentos. Sé que ambos sois apasionados, pero hemos venido aquí tan sólo para debatir en paz.

Entonces el propio Acciaiuoli se levantó de su silla y caminó hacia donde estaban Ficino y fray Jacoppo. Les llenó sus copas de Chianti, les palmeó los hombros y los invitó a beber y serenar sus ánimos. Mientras tanto, para enfriar la controversia se dirigió hacia mí, que estaba sentado al otro lado de la mesa.

—¿Y tú, Amerigo? —me preguntó—. Ahora eres un joven ocupado en asuntos de negocios, pero siempre te han atraído las cuestiones geográficas. ¿Qué opinas de todo esto? ¿Hay habitantes al otro lado del globo?

Yo vacilé un instante. En verdad me sentía un tanto abrumado ante aquella pregunta. Hasta entonces yo no era sino un simple joven curioso a quien el tío Giorgio Antonio había interesado en el tema. ¿Qué podía valer mi opinión frente a estos hombres eruditos, maestros en el arte de la geografía y la cosmografía, sabedores de inmensos arcanos, lectores de Aristóteles, de Platón, de Toscanelli?

—¿Y bien, Amerigo? —Me insistió Acciaiuoli—. ¿Piensas que hay antípodas y que podrían ser habitables?

—Lo que creo —dije sin dejar de mirar a mi tío— es que algún día habrá que ir allá para comprobarlo...



Las muchas idas y venidas en los negocios de Lorenzo el Popolano me tenían a maltraer. No sólo había que lidiar con sus infinitos asuntos comerciales en Florencia, donde día a día era yo asaltado por mercaderes, cobradores, sacacuartos y pedigüños, sino que además debía ocuparme de sus extensas redes comerciales en Europa. Cada tanto Lorenzo despachaba agentes hacia las principales ciudades del continente, y era preciso vigilarlos con minuciosidad de cancerbero, pues no era extraño que algunos enviaran informes confusos, cuentas adulteradas o registros que despertaban un aluvión de sospechas en el Popolano. A veces regresaba de Caffaggiolo con los pelos de punta, mordiéndose los dedos de rabia y despachándose en un mar de insultos contra alguno de sus agentes.

—¡Ese condenado de Campofregoso! —Rugía—. ¡Lo envié a Barcelona a pagar una deuda y el muy rufián ha desaparecido con el dinero!

Una tarde Lorenzo me llamó a su despacho. Al entrar lo noté algo enfadado. Jadeaba un poco y tenía los cabellos revueltos, como si un minuto atrás se hubiese estado retorciendo de furia. Yo le conocía aquella expresión. Era la misma que se apoderaba de su rostro y de su cuerpo cuando algún negocio le era desfavorable o se enteraba de las estafas y pillerías de alguno de sus agentes. Cuando pudo serenarse del todo me dijo:

—Amerigo, creo que Tommaso Capponi se ha pasado de la raya...

De inmediato supe a qué se refería. El tal Capponi era su agente de negocios en Sevilla. Representaba allí sus intereses y comerciaba con terciopelos, damascos, satenes y tafetanes en su nombre. Hacía ya tiempo que el Popolano sospechaba de él y lo tenía entre ceja y ceja. Parecía ser que el muy bribón negociaba los precios a su antojo, robaba algunas mercaderías para sus propias arcas y luego adulteraba las cuentas para disfrazar el engaño. Hasta entonces todo había sido una mera presunción. Pero ahora Lorenzo había descubierto unas cuentas falsas que no dejaban dudas. Capponi estaba desplumando sus negocios en Sevilla y era necesario hacer algo al respecto.

—Quiero que te ocupes del caso —me dijo—. Es necesario espantar a ese Capponi antes de que me mande a la ruina.

Pero la idea no era sólo deshacerse del tal Capponi, sino buscar algún otro agente a quien el Popolano pudiera confiar sus negocios en Sevilla. Por fortuna, vivía allí un cierto mercader llamado Gianetto Berardi, conocido por Lorenzo a través de terceros, quien a su juicio podría ser el hombre indicado para reemplazar al truhán de Capponi. Sin embargo, de aquel Berardi no sabíamos demasiado. El Popolano apenas tenía algunas pocas noticias. Sabía que era miembro de una vieja familia florentina con más de medio siglo de estancia en España, pero no tenía la menor idea de qué clase de individuo era Berardi.

—Vete allá y averigua de él cuanto puedas —agregó el Popolano ante mi sorpresa—. Tal vez sea el hombre que necesito. Pero además te encargo otro asunto: procura darle una buena zurra de mi parte a ese Capponi.

Así fue como de pronto me vi en la necesidad de viajar a España, envuelto en los enredos y negocios del Popolano, y con el doble fin de investigar a un hombre y apalearlo a otro. Pero Lorenzo me asignó además una tercera misión. Sevilla estaba en medio de las turbulencias de una guerra, la misma que venía arrastrando toda España desde largo tiempo atrás para expulsar a los moros de la Península. Y la noticia de esa contienda había encendido las ambiciones comerciales del Popolano, quien solía decir que donde hay buenas guerras hay buenos negocios. Lorenzo había oído allí una buena presa y por tanto me pedía que estudiara la situación, que sondeara los negocios de importancia y le enviara informes detallados al respecto.

Poco después partí hacia España de no muy buena gana. El papel de negociante no me iba demasiado, y menos aún en aquellas circunstancias. Pero de no ser por ese viaje, muy otra hubiera sido la historia.

CAPÍTULO IV



Sevilla era clara y luminosa. Tenía el carisma de una ciudad encantadora y agradable. Toda ella estaba sembrada de callejuelas estrechas en las que circulaban recuas de mulas, burros y caballos. En las tabernas abundaba el vino dulce de Málaga, los más sabrosos mariscos y las mejores aceitunas de España. En cuanto a sus gentes, nada era más llamativo que la curiosa mezcla de razas que se advertía en las calles. De un lado para otro andaban hombres de tez oscura y ojos morunos, mujeres de piel de oliva y ojos de avellana. En verdad se sentía en el aire la larga presencia morisca en esas tierras. Allí, como en toda la Península, el alma de Oriente se había colado por el sur hacía ya setecientos años. Estaba en los palacios mudéjares, en la torre de la Giralda, en el maravilloso Alcázar, en los jardines de la Torre del Oro y en las hermosas mezquitas árabes, pero también en los ricos turbantes y vestidos que la usanza mora había traído desde las costas norteAfricanas.

Pese a estar bajo dominio árabe, por aquellos años, la ciudad continuaba manteniendo su antiguo espíritu romano. Tan Orgullosa estaba de él que se decía fundada por el mismísimo Hércules y amurallada por Julio César. Como en toda España, el alma de cada sevillano era como una fragua en la que se fundían muchas naciones y culturas. Asombraba descubrir la remota diversidad de pueblos que habían dejado su huella en aquel país. Aún se notaba la antigua presencia de los celtas, de los griegos, de los fenicios y los cartagineses, pero también sobrevivía el recio estilo de las construcciones romanas y la sombría arquitectura de los godos.

No obstante, lo que más llamó mi atención al llegar a Sevilla fue el barrio de Triana, allí donde se encontraban los andurriales portuarios de la ciudad. Todo él era un emporio de astilleros, posadas, bodegones y casuchas en donde vivían los hombres de mar. Las calles hervían de pescadores, marinos y capitanejos de mala muerte que andaban en busca de naves para salir a navegar. Por todas partes había negros de la estiba que arrastraban cajas y fardos de mercancías. El aire olía a pescado, a bosta de animales, a humo de chorizos al carbón. Pero lo más tentador, lo que en verdad me hechizaba de aquel sitio, era el río Guadalquivir. Su lecho era como una gran serpiente que lamía las costas de la ciudad y se alejaba manso hacia el sur, a confundir sus aguas con el Atlántico. Yo observaba las naves ancladas en el puerto y sentía un raro hormigueo en la sangre. Pensaba que muy cerca de allí, próximo a la desembocadura del río, se hallaba el estrecho de Gibraltar, las célebres Columnas de Hércules que separan a Europa de África. Era aquélla la mítica puerta hacia el Océano que durante siglos había despertado tantas fantasías y temores. ¿Qué habría más allá?, solía preguntarme al contemplar el río. ¿Qué se escondería tras las brumas del Atlántico? ¿Cuántas islas, países y continentes habría en esa inmensidad azul que nadie se había atrevido a cruzar jamás? Luego volvía mis ojos hacia las naves y pensaba que algún día, tal vez, la diosa Fortuna me llevaría hacia aquel mar inhóspito que se abría tras las Columnas de Hércules.

Pero también miraba hacia la ciudad y advertía el infausto clima de tensión que por entonces asolaba a toda España. El país vivía tiempos de revuelos y tormentas. La reina Isabel de Castilla y el rey Fernando de Aragón, maridados en el lecho y en la política, se habían prometido borrar toda presencia mora dentro de la Península. Tal era la obstinación por echarlos que la reina había jurado no mudar de camisa hasta tomar Granada, el último de los bastiones árabes. Y en aquel empeño vivía toda la España cristiana desde mucho tiempo atrás. A fuerza de guerras y combates ya se habían tomado varias ciudades. Había caído Málaga, había caído Toledo, había caído el poderoso califato de Córdoba. Las huestes musulmanas estaban retrocediendo hacia el sur, cada vez más débiles y arruinadas. Los propios reyezuelos árabes habían caído en el desorden y se combatían entre sí. Pero un cierto espíritu de nobleza los llevaba a hacerlo de un modo muy singular. No guerreaban con armas ni con sangre. Para humillar al vecino, cada uno procuraba tener la más copiosa biblioteca, el mayor número de poetas, los más ilustrados hombres de ciencia que engalanaran su corte. Sin embargo, ya se avecinaba el Final. No había mucho más que hacer, pues el ímpetu cristiano era imparable. Sólo faltaba reconquistar la ciudad de Granada. Y tal como estaban las cosas, aquello parecía solamente una cuestión de tiempo.



Debo decir que encontré Sevilla muy a mi gusto, no tan sólo por sus muchos esplendores y ornamentos, sino también por la numerosa colonia de italianos que

habitaba en la ciudad. Allí, desde hacía tiempo, vivían muchas familias de poderosos banqueros genoveses, tales como los Pinello, los Centurione, los Doria y, por supuesto, los Berardi, entre quienes estaba Gianetto, el hombre que en principio Lorenzo había elegido para conducir sus negocios en Sevilla. No me fue difícil hallarlo en la ciudad, ya que la suya era una familia conocida por todo el mundo, sobre todo en el barrio de Triana, donde tenían varias tiendas y casas de comercio. Tras ponerme en contacto con él supe de inmediato que era el hombre indicado para la tarea. Gianetto era afable, amistoso, hábil negociante y parecía digno de confianza. Desde luego, a los ojos del Popolano, aquello no era suficiente y aún había que indagar más acerca de sus contactos y posibilidades. Pero escribí a Lorenzo un elogioso informe sobre Berardi, y sólo era cuestión de esperar su decisión final al respecto.

Dicho sea de paso, aun después de haber recorrido cuanta posada, bodega y tugurio estuvo a mi alcance, no hallé siquiera rastros de Tommaso Capponi, aquel pillo que adulteraba las cuentas y robaba los dineros del Popolano. Llegué a pensar que tal vez, alertado por algún soplón, habría salido a todo correr al enterarse de que yo andaba por la ciudad.

Por lo demás, mientras aguardaba la respuesta de Lorenzo, transcurría mis días vagando por los entresijos de Sevilla, admirando sus jardines luminosos, viendo sus palacios y fortalezas y deambulando por el barrio de Triana. Por las noches Berardi solía invitarme a comer a su casa. Era un excelente anfitrión, talento que sin duda alguna le venía de sus ancestros florentinos. Entre manjares de pescado, mariscos y chorros de vino tinto, solíamos conversar hasta altas horas de la noche sobre lo que viniera a cuento. Berardi era hombre de finos modales, y como todo buen italiano amaba el lujo y los placeres de la buena mesa. En sus bodegas se arracimaban sacos y toneles de las más exquisitas especias de Oriente. Pero además, para mi grata sorpresa, tenía una afición inusual por los barcos, los viajes y las cuestiones marítimas. Conocía a muchos de los navegantes que andaban tentando fortuna por las calles de Sevilla, y en más de una ocasión me presentó a alguno de ellos. La mayoría era gente rústica, marinos habituados a timonear sin demasiada ciencia, pero cuyos relatos e historias de mar resultaban más que deliciosos a mis oídos.

Una de aquellas noches ocurrió algo digno de mención. Hablaba yo con Berardi de las viejas enseñanzas de mi tío Giorgio Antonio, de cómo había despertado en mí la pasión por los viajes y de su inveterada admiración por Toscanelli, cuyas teorías me había enseñado en mi temprana juventud.

—¿Toscanelli? —Repitió de pronto Berardi—. Pues aquí en Sevilla hay un loco italiano que no habla de otra cosa.

Aquello me dejó más que sorprendido, pues aunque en esos días yo había conocido a gran cantidad de marinos, dudaba de que alguno de ellos hubiese siquiera oído alguna vez el nombre del viejo Toscanelli.

—¿Y quién es ese italiano? —pregunté.

—¡Bah! —Suspiró Berardi—. En realidad es uno de esos pobres capitanejos de poca fortuna que andan pululando por la ciudad. No creo que os interese hablar con él. De hecho, en mi opinión debe de estar algo flojo del seso. Pero de todos modos, podría presentároslo si quisierais. Su nombre es Christoforo Colombo.

Naturalmente, le rogué que me lo presentara, de modo que algunos días después, en casa del propio Berardi, me vi compartiendo la mesa con el tal Colombo. No parecía ser un pobre capitanejo, tal como lo había llamado mi anfitrión, sino más bien un hombre de gran agudeza e ingenio para las cuestiones del mar, aunque la fortuna no le hubiese sido muy provechosa hasta entonces. Había nacido en Génova, era alto y delgado, rubio de barba y cabello, y la tez del rostro le tiraba hacia un rojo tan encendido que a veces parecía uno de esos vikingos del norte. Mientras charlábamos recordé que su nombre no me era del todo desconocido. Por cierto, un tal Colombo había sido aquel corsario que se dedicaba a robar las naves de los Medici en el Mediterráneo, y cuya condena había exigido mi tío Guido Antonio al rey francés, años atrás, en aquel viaje en que yo mismo lo había acompañado a París como su secretario. Desde luego, no quise quedarme con la duda.

—¿No seréis acaso aquel mismo Colombo que se dedicaba a desplumar naves florentinas en el Mediterráneo? —le pregunté.

Christoforo vaciló un momento. Sus ojos huidizos comenzaron a recorrer la sala como si buscaran una respuesta. Había un cierto hermetismo en sus facciones, quizás algún pasado sombrío que juzgaba oportuno callar. Sin embargo, no había malicia alguna en mi pregunta, sino más bien algo de picardía ante aquel hecho ocurrido hacía tantos años. Christoforo bebió un poco de vino, se encogió de hombros y dijo:

—Puede ser..., he salido de corso por tantos mares que ya ni recuerdo.

Yo sonreí ante la evasiva del genovés. Me había caído en gracia desde un principio. A medida que hablábamos descubría yo ciertas afinidades que nos aproximaban. Ya he dicho que, pese a las opiniones de Berardi, Christoforo parecía ser hombre de mucha pericia en cuestiones de marinería y navegación. Antes de asentarse en Sevilla había vivido casi una década en Portugal, donde, a través de algunos contactos, había llegado a ganarse un cierto aprecio de la corte lusitana. En aquellos años había navegado por las Azores y por Madeira, había traficado con esclavos en las Canarias y decía conocer las costas de Guinea como la palma de su mano. Por desgracia, ciertos pleitos con la justicia portuguesa lo habían obligado a huir de Lisboa rápidamente.

—¿Y de qué os acusaban? —le pregunté en confianza.

—Eso ya no tiene importancia —contestó chasqueando la lengua—. El hecho es que si me hubiera quedado en Portugal, ya no tendría cabeza que llevar sobre los hombros.

En ese momento un criado se acercó a la mesa con una fuente de aceitunas en salmuera y algunos trozos de queso. Fuera se oía el grito de un pregonero que avisaba de la corrida de toros del día siguiente. Eran casi las diez de la noche, pero en España

no hay horario para anunciar el sacro evento de los toros, que parece ser tan solemne como una misa.

—Me dice el señor Berardi que sois admirador de Toscanelli —dije cambiando de tema.

—¡Un sabio! —Exclamó Christoforo mientras daba cuenta de una aceituna—. ¡Un sabio y un adelantado! Estoy seguro de que algún día se harán realidad sus ideas.

Según me refirió entonces, Christoforo había oído hablar de Toscanelli hacía ya mucho tiempo, cuando vivía en Portugal. El sabio italiano sostenía que era perfectamente posible navegar hacia la India por Occidente, y no sólo eso, sino que la ruta era mucho más corta que en sentido contrario. Además, había trazado un mapa en donde Catay, Mangi, Ciamba y Cipango aparecían dibujados al otro lado del Atlántico, a poco más de setecientas leguas de las costas de España. Al saber de tales noticias, Christoforo se había quedado atónito. Hacía ya mucho tiempo que él sospechaba lo mismo, aunque por desgracia nadie le apoyaba, dado que era un simple marino sin prestigio alguno y hasta un poco delirante. Sin embargo, estando en Portugal, había pensado que tal vez la fama y el renombre de Toscanelli podían jugar a su favor, de modo que se había apresurado a escribir al sabio rogando que le enviara detalles, cartas, mapas, todo lo que pudiera servirle de testimonio para llevar a cabo su empresa.

—¿Y os respondió? —le pregunté ansioso.

—Por cierto que sí —exclamó Christoforo.

—¿Y qué os decía?

El genovés se puso de pie, hurgó entre sus ropas y extrajo un papel ajado. Era una carta de Toscanelli que siempre llevaba consigo, atesorada como una suerte de amuleto. El sabio le había enviado, en realidad, la copia de una carta que originalmente había escrito a Fernando Martins, canónigo de la catedral de Lisboa, para que éste interesara a los reyes portugueses en la empresa. Decía Toscanelli:

Me alegra mucho saber de la amistad que tienes con tu serenísimo y magnífico rey, y comoquiera que muchas veces he discutido del brevísimo camino que hay de acá a las Indias, donde nacen las especias, por vía del mar, y que es mucho más corto que el camino que hoy hacéis por Guinea, y me dices que su alteza querría le diese algunas aclaraciones o demostraciones para poder estudiar y ver si es posible tomar esa ruta. Yo podría mostrárselo con la esfera en la mano, y hacerle ver cómo es la distribución del mundo. A falta de esto he pensado, para mayor facilidad e inteligencia, mostrar ese camino con un mapa semejante a los que se hacen para navegar. Y así os lo envío hecho y diseñado de mi propia mano. En él veréis dibujado el límite de Occidente, tomando desde Irlanda hacia el sur hasta llegar a Guinea, con todas las islas que a lo largo de ese camino se encuentran. Frente a esta línea del Poniente está dibujado el principio de la India con las islas y lugares adonde podréis ir. En cuanto al polo sur, podréis apartaros de la línea equinoccial por bastante espacio. Y andando leguas llegaréis a tierras fertilísimas con toda suerte de especierías y gemas y piedras preciosas. Y no os maravilléis si yo llamo Poniente a los países donde nace la especiería, que comúnmente se dice se encuentran en el Levante; porque aquellos que naveguen siempre hacia el Poniente encontrarán esos lugares en el Poniente, y los que anden por tierra hacia Levante los encontrarán en el Levante.

—¿Y decís que el propio Toscanelli os ha enviado esta copia? —pregunté.

—Así es —afirmó Christoforo con un cierto orgullo—. Sin embargo, a mi entender el sabio ha errado en un punto: él calcula una distancia de tres millas por legua, lo cual me parece demasiado poco. Si así fuera, alcanzar las Indias por Occidente sería casi imposible. Yo creo que el Atlántico no debe de ser tan ancho. Me inclino a hablar de cuatro millas por legua. En tal caso la travesía hasta Cipango ya no sería tan larga.

—¿Pero es realmente posible tal empresa? Christoforo dobló la carta de Toscanelli y volvió a guardarla entre sus ropas.

—Mi querido Amerigo, el viejo Aristóteles decía que la franja de mar que separa a España de la parte oriental de Asia no debe de ser muy grande. Asimismo, Séneca afirmaba que hasta podía franquearse en pocos días. Y lo mismo ha sostenido el cardenal Pierre d’Ailly, siempre que los vientos sean favorables...

Las palabras del genovés quedaron flotando en el aire. Recuerdo que en ese momento permanecimos callados durante un buen rato. Yo sentía que, al igual que mi tío Giorgio Antonio, aquel Christoforo tenía el don de entusiasmarme con sus proyectos. Algunas de sus ideas me eran tan familiares que de inmediato quedé prendado de ellas. Acaso ambos estábamos hechos de la misma madera, pertenecíamos a esa extraña raza de argonautas subyugados por el mar y sus encantos. Sin embargo, el genovés tenía una veneración casi religiosa por los asuntos marítimos. Había leído y releído cien veces la *Imago Mundi* del cardenal D’Ailly, y en su cabeza flotaban las infinitas maravillas que habitaban aquellas páginas: lagunas de cristal, filones de oro a flor de tierra, países de ensueño. Tales eran sus anhelos que había convertido al cardenal en su profeta y a la *Imago Mundi* en su Biblia.

Aquella vez en casa de Berardi hablamos hasta bien entrada la noche. En un momento dado el propio anfitrión, muerto de sueño, se disculpó y se dirigió a sus habitaciones a descansar. Pero Christoforo y yo continuamos un buen rato parloteando acerca de mapas, barcos y tierras lejanas. Estábamos como embrujados por el silencio de la noche. En nuestras mentes se dibujaba toda una geografía misteriosa de países ocultos, regiones que no aparecían en los mapas ni en las cartas de marear, tierras que se avecinaban a los confines del mundo, allí donde ninguna criatura humana había puesto sus ojos jamás. Ambos nos sentíamos arrobados por la seducción de lo desconocido. Por las ventanas entraba un aire tibio que parecía traer un suave perfume a especias tropicales. Olía a laurel, a azafrán, a tomillo, a canela. Yo creía recordar el aroma de aquel perfume. Mi tío Giorgio Antonio me había enseñado a reconocerlo hacía ya muchos años. Era el perfume de los sueños.



Sin duda el tal Christoforo era todo un personaje. Berardi mismo ya me había advertido de ello. Tenía una imaginación desbordante y llena de fantasías, pero al mismo tiempo había una agudeza y una habilidad poco comunes en su carácter.

Hablaba en una jerga tan enrevesada que parecía como si Dios le hubiese puesto una torre de Babel en la cabeza. Aun siendo natural de Génova, se expresaba en un español con aires de portugués, pero de cuando en cuando mezclaba alguna palabra italiana, algún término en catalán o algún latinajo entre frase y frase. Dicho de otro modo, parecía uno de esos típicos hombres de mar que chapurrean en cien lenguas pero no hablan bien en ninguna. En aquellos tiempos ya había merodeado por varias cortes hablando de sus ideas, y se había hecho experto en argumentar, buscar apoyos, generar confianzas y esquivar a los maledicentes de turno. A fuerza de confrontar sus opiniones con las de muchos entendidos, él mismo se había convertido en un gran conocedor de la geografía y la cosmografía. Para ello había devorado libros antiguos, visto una y mil veces las obras de Plinio, de Marco Polo, del papa Pío II, y se sabía de memoria las tablas de Ptolomeo y Alfragano. Pero semejante caudal de conocimientos no le había sido de gran provecho hasta ese momento. Ni sus fatigosas gestiones ni la carta de Toscanelli habían logrado convencer a los reyes de Portugal de sus proyectos. Y en España había sucedido otro tanto. En un principio, valiéndose de grandes esfuerzos, había logrado encender una cierta chispa de curiosidad en el ansia de Fernando e Isabel. Tanto es así que ambos llegaron a ordenar una junta de expertos para evaluar el caso. El genovés se vio de pronto hablando ante sabios astrónomos, cosmógrafos, letrados y astrólogos. Pero el resultado fue tan desastroso como la vez anterior en Lisboa: los miembros de la junta lo tildaron de loco y extraviado en imaginерías. Para colmo de males, había pedido altísimos privilegios en caso de hallar nuevas tierras. Y aquello terminó por espantar a sus altezas, que estaban hasta la coronilla con el asunto de echar a los moros y no disponían de medios para financiar disparates.

Pero Christoforo era terco y siguió emperrado en la cuestión. Por entonces pensaba en ir a Francia a seducir al rey de aquel país, y mientras tanto se había puesto a lucubrar un nuevo modo de persuasión. Tantos años de batallar contra eruditos le habían demostrado que acaso era mejor atacar por otro flanco: el de los frailes y hombres de Iglesia. Muchos de ellos gozaban de gran favor en las cortes, y eso era lo que el genovés necesitaba como el agua. Sin embargo, existía un escollo: para convencer a los frailes no había que enredarse en cuestiones de cosmografía, sino hablar con las sagradas escrituras en la mano. Para ellos tenía más peso una sentencia de la Biblia que mil cálculos de astronomía. Por eso Christoforo había comenzado a hablar como una suerte de profeta. Al dirigirse a los frailes no citaba a Toscanelli ni a Ptolomeo, sino a san Isidoro de Sevilla o al venerable Beda. No exhibía mapas ni antiguos textos de cosmografía, sino versículos de la escritura o citas de los padres de la Iglesia. Y así, por aquellos días, se había ganado la simpatía de algunos frailes que soñaban con llegar a Asia y divulgar la fe de Cristo entre aquellos pueblos infieles.

En cuanto a mí, como ya he dicho, me entusiasmaban sobremanera las ideas del genovés. Había algo en su personalidad, algo en sus ojos, que transmitía un cierto embeleso a quien lo escuchaba. Tenía una gran vehemencia para hablar de aquello

que lo obsesionaba hasta el delirio. Mas, por desgracia, no estaba yo en condiciones de entregarme a proyectos de ninguna clase. Debía abandonar Sevilla cuanto antes y regresar a Italia a dar cuenta de mis gestiones al Popolano.

Por lo pronto, sentía que mi estancia en España había sido como una iniciación, un primer paso hacia el anchuroso océano que se abría más allá de sus costas. Estos eran los confines del mundo, y todo lo que hubiera más allá tenía el raro sabor del misterio.

Dejé Sevilla con la impresión de que las dulces sirenas del mar cantaban su mágica melodía en mis oídos.

CAPÍTULO V



Antes de regresar a Florencia me detuve unos pocos días en Piombino. Allí tenían su señorío los Appiano, familia emparentada con los Vespucci por ciertos lejanos lazos de sangre. Piombino era un pequeño pueblito frente a la isla de Elba, tan pequeño que allí los Appiano hacían y deshacían a su antojo cuanto les viniera en gana. Tal era la omnipotencia de la familia que el príncipe Jacopo III, patriarca de los Appiano, había dejado establecido antes de su muerte que todo aquel que se revelase contra el gobierno debía morir encerrado en la cárcel, no sin antes padecer veinticinco vueltas de cuerda en el potro de tormento. A mi llegada a Piombino, su hijo Jacopo IV se había hecho cargo de la señoría con idéntico recelo. Era un pequeño déspota con ínfulas de emperador romano que, de no ser porque Piombino carecía de suficientes armas y soldados, ya haría tiempo que se hubiera lanzado sobre toda Europa con afanes de conquista.

Pese a tan ingratos auspicios, fui recibido con la mayor cordialidad. Jacopo IV demostró desde el primer momento un singular interés hacia mi persona, aunque, debo decirlo, en modo alguno por razones familiares. Lo que en realidad motivaba sus gentilezas era un terrible problema que aquel tiranuelo venía padeciendo desde hacía tiempo. La pequeña islita de Elba, perteneciente a su señorío, llevaba unos cuantos años sufriendo el feroz ataque de los corsarios españoles, y al enterarse de que yo venía de aquel país, Jacopo se interesó de inmediato acerca de todo cuanto pudiera decirle de la situación española. En verdad las incursiones a la isla eran

brutales. Cada día irrumpían oleadas de piratas, despojaban a todo el mundo y se marchaban como habían llegado sin que nadie atinara siquiera a defenderse. Los propios habitantes de Elba estaban tan hartos de semejantes piraterías que habían pensado en abandonar la isla y marcharse a vivir a otras tierras. Para colmo, la misma aldea de Piombino se veía amenazada por los ataques: nada impedía que, en cualquier momento, algún desmañado corsario desviara el rumbo y cayera sobre sus costas. Diré de paso que la situación era de lo más absurda, pues aquellos mismos piratas españoles también solían causar estragos en los alrededores de Nápoles, cuyo rey era pariente cercano de Fernando el Católico. Pero, por lo visto, entre bueyes suele haber cornadas de vez en cuando.

Jacopo IV me acribilló a preguntas acerca de los monarcas españoles, de la política del reino y de la mejor forma de elevar una protesta que acabase de una vez con el flagelo corsario. Desde luego, traté de hacer todo cuanto estuviera a mi alcance para ayudarlo a detener los ataques, aun cuando no era mucho lo que se podía intentar. Sin embargo, mis consejos no cayeron en saco roto. Sugerí a Jacopo que enviara una protesta formal a España, la cual redacté yo mismo en términos diplomáticos y con tal elegancia que hubiera merecido la aprobación de mi tío Guido Antonio. La respuesta no se hizo esperar, y para sorpresa de Jacopo resultó más favorable de lo que pudiera pensarse. Fernando le escribió una larga carta llena de disculpas, diciéndose ignorante de la situación, pero además, informando de que ordenaría a todos sus capitanes que dejasen de merodear los dominios de Piombino, so pena de fuertes multas para quien desobedeciese la medida. Aquello alegró tanto al sufrido Jacopo que fui agasajado a cuerpo de rey hasta el final de mi estancia.

No mucho más hubo que hacer en aquel pueblito. Algunos días después ya me encontraba en Pisa, que a decir verdad era casi como mi propia tierra. Había unos cuantos Vespucci diseminados por la ciudad, de modo que me alojé en casa de uno de mis tíos lejanos, Vittorio, que tenía una hermosa finca próxima al Amo.

Pisa era algo así como la puerta al mar de Florencia. Allí el Amo iba a trenzarse con el Mediterráneo y convertía a aquella ciudad en todo un gran muestrario de naves, gentes de mar y aventureros de toda clase. En las calles se hablaba a diario de asuntos de navegación y todo el mundo estaba al tanto de las increíbles proezas de los portugueses, maestros en las artes del mar. Precisamente en esos días se supo la noticia de que un tal Bartholomeu Dias, que había partido de Lisboa, había alcanzado con sus naves por primera vez el extremo sur de África. La hazaña en verdad merecía laureles de gloria. Hacía ya mucho tiempo que los portugueses navegaban las costas Africanas. Ya habían reconocido gran parte del continente, pero el mayor anhelo del reino era alcanzar el punto más austral de África, tarea nada sencilla dados los peligrosos arrecifes y tormentas que trababan la navegación en aquellos mares. Pero ahora Bartholomeu Dias lo había conseguido al fin. La grata noticia de su viaje enervó a toda Europa y allí en Pisa fue recibida como un hecho inusitado. Entre las gentes de mar no se hablaba de otra cosa sino de la gran maestría de aquel navegante

portugués. De seguro debía de tratarse de un muy diestro piloto, ya que un marino de medio pelo se hubiera estrellado contra el primer obstáculo en aquellos lugares infernales. De hecho, se sabía que allí soplaban vientos terribles y que el mar solía embravecerse como en ningún otro sitio del planeta. El propio Dias había estado perdido durante varias semanas en el mar, después de una furiosa tormenta que le había hecho perder el rumbo y extraviar la costa. Pero a fuerza de timonear sus naves con destreza había logrado arribar de nuevo a tierra firme, sobre un sitio al que bautizó con el nombre de cabo Tormentoso a causa de las feroces turbonadas. Allí la propia tripulación se negó a seguir adelante y toda la expedición debió regresar a Lisboa. Pero la gran odisea ya estaba cumplida. Ahora Portugal se anotaba un triunfo más en su heroica exploración del mundo y abría una nueva ruta hacia los mares de Oriente.

Sólo debo agregar que el rey portugués, en una astuta maniobra de su parte, juzgó oportuno cambiar el nombre de cabo Tormentoso por el de cabo de Buena Esperanza. No se trató de un mero capricho sino de alta estrategia. Un lugar llamado cabo Tormentoso, pensó su majestad, jamás inspiraría a otros marinos a aventurarse nuevamente.



En Pisa me reuní con el Popolano, quien se encontraba allí por aquellos días, y ambos tratamos en detalle los asuntos de Sevilla. En un principio Lorenzo se escandalizó ante la sorpresiva desaparición de Tommaso Capponi, a quien deseaba ver ahorcado de lo alto de la torre de la ciudad. Pero más tarde logró serenarse y comenzó a interrogarme con todo recelo acerca de Gianetto Berardi. Durante horas debí rendirle una fatigosa descripción de sus contactos comerciales en España, de su solvencia económica y hasta de su honestidad, pues Lorenzo no deseaba un agente que tuviera pleito alguno con la justicia de aquel reino. Pese a todas mis recomendaciones, el Popolano aún no daba el brazo a torcer y se mostraba reacio a aceptarlo. Exigía saber todo cuanto fuera posible. Llegó a preguntarme si el tal Berardi, a mi juicio, era confiable y hombre de palabra, cosa rara en estos tiempos en que nadie se fía de promesas y juramentos. Pero al fin, después de muchas idas y venidas, pareció quedar satisfecho con mis informes y decidió tomar a Berardi como su agente. No hay nada que supere el celo de los Medici en cuestiones de negocios.

En aquellos días, mientras hurgaba en los estantes de una vieja librería de Pisa, tuve la fortuna de hallar un hermoso mapa confeccionado por el célebre geógrafo mallorquín Gabriel de Valesca. Era una bellísima pieza de cartografía, pero, además, una obra maestra de caligrafía y dibujo que había sido adornada por un miniaturista de primer orden. Debo confesar que lo hallé casi por casualidad, apretujado entre otros mapas, cartas náuticas, libros de viajes y pergaminos antiguos que atestaban la librería. Recuerdo la irresistible fascinación que experimenté al verlo. El librero pedía

por él la suma de 130 ducados de oro fino, una verdadera fortuna. Pero sentí tales deseos de poseerlo que terminé por gastarme hasta la última moneda en él. Acaso me recordaba los espléndidos y misteriosos mapas con que mi tío Giorgio Antonio me enseñaba la geografía siendo yo niño.

Regresé a Florencia, por fin, con el mapa atesorado entre mis ropas.



Al entrar a la ciudad advertí que algo extraño estaba sucediendo. Había grandes tumultos en las calles, gentes enardecidas que corrían de un lado para otro, escenas de pánico y gritos arrebatados, como si un repentino fervor se hubiese adueñado de todo el mundo. Por toda la ciudad se habían alzado enormes piras en las que el vulgo arrojaba telas, pinturas, instrumentos de música, prendas de lujo y un sinfín de cosas más. Todos parecían hechizados ante las enormes llamaradas. Algunos se desgañitaban dando gritos y lanzando insultos a los cuatro vientos, como si una suerte de furia reprimida hubiera estallado de repente. Muchos tomaban piedras del suelo y las arrojaban a los balcones de algunas casas, pisoteaban los jardines y tiraban barro y excrementos sobre los palacios de la ciudad.

Tal como pude enterarme después, un hombre los había incitado a semejante locura. Se trataba de un oscuro fraile de Ferrara que el destino había puesto allí como prior del convento de San Marco. Su nombre era Girolamo Savonarola, y ya daría mucho que hablar a toda Europa. Tenía la verba apasionada de un profeta del apocalipsis. Tiempo atrás se había subido al púlpito de su convento decidido a purificar de una vez por todas a aquella Florencia que tenía por pecaminosa y entregada a los placeres mundanos. En sus sermones tronaba contra los vicios de la nobleza, criticaba las costumbres licenciosas y hasta arremetía contra la corrupción del clero. Muchas gentes que acudían a su convento habían caído como embrujadas bajo las prédicas de aquel sacerdote enérgico y severo. Con amenazas infernales había puesto a temblar a las almas asustadizas que lo seguían como si fuera un enviado del cielo. Sin ir más lejos, él mismo se creía iluminado por Dios y escogido para encarnar una nueva cruzada contra las eternas huestes de Satanás.

Por cierto, para lavar los pecados de aquella Florencia impura y hundida en la depravación, el fraile no había recurrido a plegaria alguna, sino al poder del fuego purificador. En su opinión, todo debía ser quemado, entregado a las llamas que destruyen el mal. Sólo así Florencia volvería a recobrar la gracia de Dios.



¡Y cuán revuelta estaba la ciudad en esos días! Recuerdo que al poco tiempo de mi llegada tuve la sensación de que todo se dirigía hacia los abismos de una guerra civil. La virulencia del fraile había despertado las iras de todo el mundo como nunca hasta entonces. Pero si bien es cierto que Savonarola era un hombre rígido, intransigente y

acaso un tanto fanático, la verdad es que había puesto el dedo en una llaga que Florencia tenía abierta desde hacía muchos años. En cierta forma no le faltaba razón en sus arremetidas contra ciertos miembros de la nobleza, ya que el lujo desmedido de algunos de ellos estaba arruinando a gran parte del vulgo, que apenas tenía para comer. Por ese motivo no resultaba extraño que media ciudad —y sobre todo los más pobres— hubiera caído subyugada bajo su prédica. Pero además, el fraile había escogido a Lorenzo el Magnífico como el blanco principal de sus ataques. ¡Qué no decía de él en sus sermones! Lo tildaba de endemoniado, pecador, agente de Satanás, enviado de los Infiernos. Más aún, inflamado de un cierto espíritu profético, se había atrevido a afirmar que Lorenzo acabaría por ser expulsado de la ciudad, desterrado y quemado en la hoguera, mientras que él permanecería en Florencia para santificarla y purificar su corrupción.

De más está decir que con semejante controversia de por medio, la ciudad volvió a partirse en dos una vez más. Y esta vez las cosas se tornaron demasiado peligrosas, ya que nada enfurece más el espíritu de los hombres que el fanatismo religioso.

En lo que a mí respecta, yo no estaba ni con unos ni con otros. Me repugnaba que ambos bandos se enzarzaran como perros y gatos. Sin embargo, mi propia familia se hallaba dividida a causa de semejante porfía. Mi tío el embajador Guido Antonio, fiel servidor del Magnífico, rechazaba la postura y los violentos sermones de Savonarola. En cambio Giorgio Antonio estaba de su lado, no sólo porque abjuraba del modo en que Lorenzo gobernaba la ciudad, sino también porque se hallaba unido a las huestes del Popolano, quien a su vez apoyaba al fraile como una forma de combatir a su primo. No obstante, y por fortuna, los Vespucci aún mantenían la cordura en medio de aquella tempestad. No había llegado a mi familia el odio que animaba a las dos facciones rivales, y por lo tanto no cabía esperar una de esas horribles masacres fratricidas que tanto abundaban en la Italia de esos días.

Con todo, hubo un momento en que las cosas se pusieron al rojo vivo. Savonarola pareció estar a punto de bajarse del púlpito y arengar a la muchedumbre para que tomara las armas. Desde luego, aquello hubiera acabado en una carnicería, de modo que mi tío Guido Antonio y otros cuatro hombres, resueltos a devolver la sensatez a la ciudad, decidieron hablar con el fraile y bajar la intensidad de la controversia. Pensaban que, de ser posible una reunión entre Savonarola y el Magnífico, tal vez hubiera esperanzas de que Florencia no acabara sumida en una catástrofe.

Los cinco hombres, pues, se dirigieron al convento de San Marco y pidieron hablar con el fraile. Savonarola los hizo esperar más de lo corriente, y cuando al fin apareció en la sala traía el semblante ofuscado, atravesado por una mueca de irritación. Según parece, ya sabía de la intención de sus visitantes.

—¡No tenéis nada que hacer aquí! —les dijo de repente—. De seguro diréis que vinisteis por propia iniciativa. ¡Pero eso es mentira! Sé que Lorenzo os ha enviado.

—Pero su merced... —Atinaron a decir los hombres.

—¡Nada! —Los interrumpió el fraile—. ¡No quiero escucharos! Regresad con

Lorenzo y decidle que Dios no presta oídos a los ruegos de un pecador. Y además recordadle que ya se cumplirá la profecía: ¡yo limpiaré Florencia y él se irá a los infiernos!

No hubo nada más que hacer ante la rigidez del fraile. Los cinco hombres se quedaron boquiabiertos, y más aún mi tío Guido Antonio, que no había tenido siquiera la posibilidad de ensayar sus muy numerosas argucias diplomáticas.

Pero poco tiempo después el mismo Savonarola empezó a cavarse su propia fosa. En verdad, tenía un defecto imperdonable: hablaba más de la cuenta, y una lengua demasiado inquieta nunca ha sido aconsejable en Italia. Su perdición comenzó el día en que el enérgico fraile, no satisfecho con fustigar la corrupción florentina, la emprendió nada menos que contra los vicios y desórdenes del Vaticano. Sin que le temblara el pulso se puso a criticar los placeres impúdicos que reinaban en la santa sede, tronó contra las inmoralidades del Papa y lo amonestó por sus tormentosos amores con la bella Julia Farnesio. Pero lo que olvidó el fraile, para su desgracia, fue que en el trono romano había un Borgia. Y es de sobra sabido que quien se enfrenta a un Borgia rara vez acaba en otro sitio que no sea una hoguera. Poco tiempo después, ni corto ni perezoso, el Santo Oficio de la Inquisición le ordenó viajar de inmediato a Roma para presentarse ante un tribunal.



Como ya he dicho antes, yo no estaba ni con unos ni con otros. Sabía que detrás de la polémica se movían oscuros intereses políticos, y éstos no eran asuntos que atrajesen mi atención. Por entonces vivía yo en otros sueños, en otras ilusiones que día a día poblaban mi cabeza. Mi reciente visita a Sevilla me había echado a volar la imaginación, y ahora no deseaba otra cosa que regresar allá una vez más, volver a respirar el sugestivo olor del mar que flotaba en las costas de España.

Mientras tanto, en Florencia, durante los pocos instantes de paz que dejaba la lucha política, se volvían a encender las fantasías de viajes y descubrimientos. La fabulosa travesía de Bartholomeu Dias hacia el sur de África no sólo había animado a muchos viajeros, sino también a los poetas y hombres de ciencia florentinos. Poliziano había escrito al rey de Portugal rogando le enviase documentos, noticias, informes y todo lo concerniente al viaje hacia el cabo de Buena Esperanza, con el objeto de componer una gran crónica en latín, la lengua de los hechos inmortales. Desde luego, el rey portugués aceptó de inmediato, sabedor del prestigio de Poliziano, pero sobre todo del esplendor y la fama de Florencia, que en esos tiempos era la luz de Europa. A nadie escapaba que hacer la historia de un hecho entre las letras florentinas era como concederle la eternidad.

Entretanto, se reavivaban las viejas cuestiones de antaño. La gesta de Bartholomeu Dias había develado muchos de los grandes misterios que intrigaban a Platón, a Aristóteles, a Ptolomeo, a san Isidoro de Sevilla. Por fin se había alcanzado

el austro Africano y ahora se descorría el velo de tantos arcanos y leyendas que habían inquietado a los geógrafos antiguos. Mi tío Giorgio Antonio y sus amigos ocupaban largas tertulias discutiendo las recientes novedades. Día tras día se entusiasmaban al descubrir que cada nueva exploración, cada nuevo viaje hacia tierras desconocidas, confirmaba milagrosamente las teorías aristotélicas, las intuiciones platónicas y los cálculos de Ptolomeo.

Cierto es que no todo el mundo lo festejaba con tanto entusiasmo. Algunos decían que la hazaña portuguesa, en realidad, no tenía un ápice de novedosa. Recuerdo que cierta vez Marsilio Ficino llegó a poner en tela de juicio la prioridad lusitana en llegar al sur del África.

—Yo no sé por qué tanto alboroto —observó en una reunión en casa del Popolano—. A fin de cuentas, ese Bartholomeu Dias no ha descubierto nada nuevo.

La mayoría de los comensales lo miró con curiosidad.

—¿Qué queréis decir con eso? —le preguntó Poliziano.

Sin que se le moviera una pestaña Ficino contestó:

—Pues que el sur del África ya fue visitado hace tiempo. No me preguntéis por quién, pero todos vosotros habéis visto el mapamundi de fra Mauro y sabéis que en él aparece bien delineado el austro Africano.

La opinión de Ficino era del todo acertada. Desde hacía tiempo, en Florencia se conocía el extraño mapa de fra Mauro, publicado en 1459, donde África se veía perfectamente dibujada en toda su extensión. De hecho, lo mismo ocurría con otros varios mapas: el de Andres Bianco de 1436, el anónimo genovés de 1447, el portulano de Francesco Pizigani de 1367 y hasta las viejísimas cartas de Heródoto y Ptolomeo, aunque en ellas el sur del continente Africano se desdibujaba en una serie de trazos inciertos. Varias copias de aquellos mapas circulaban por la ciudad o estaban guardadas en la biblioteca del convento de San Marco. De algunas otras se sabía por boca de viajeros, de exploradores o de aficionados a la cartografía. Sin embargo, pese a aquellos testimonios, la cuestión seguía envuelta en el misterio. ¿Cómo se habían podido dibujar aquellos mapas? ¿Quién había llegado a latitudes tan australes como para permitirle conocer los contornos del África? Se hablaba de antiguos marinos genoveses, de venecianos, de catalanes y hasta de mercaderes árabes. El propio fra Mauro había dejado una crónica en la que se hablaba de cierta expedición que, partiendo desde el mar Rojo, habría dado la vuelta a África allá por 1420. Pero los nombres de aquellos navegantes se habían perdido entre las oscuridades del tiempo.



Pasaba yo esos días en Florencia entregado como siempre a los negocios del Popolano. Lorenzo confiaba cada vez más en mis gestiones, y tanto era así que en algunas de sus operaciones comerciales me había entregado las riendas para que yo

actuara según mis propios criterios. Por otra parte, su influencia en la política florentina había crecido desde la aparición de Savonarola. Las acciones del fraile habían debilitado a Lorenzo el Magnífico, y en ese río revuelto el Popolano era quien sacaba la mejor ganancia. Pero, con todo, seguía yo sin tener demasiado interés en tales asuntos. Ya andaba rozando los cuarenta años y no me resignaba a acabar mi vida entre libros de comercio, letras de cambio y transacciones de mercancías. Muchos de mis amigos ya eran grandes señores en Florencia. Ghirlandaio y Botticelli estaban encumbrados entre los mejores artistas florentinos; otros hacían carrera en la Signoría; algunos ya eran banqueros o notarios de renombre; y no pocos escalaban posiciones importantes dentro de la jerarquía religiosa. En cambio mi vida estaba a la deriva. Ni siquiera había formado una familia, no amaba a mujer alguna y mis pasiones de hombre se limitaban a algunas excursiones amorosas a los burdeles de la ciudad. Cierto es que podía tener un futuro promisorio, una riqueza considerable y una buena posición bajo la tutela del Popolano. Pero cada vez más sentía la atracción de lo incierto, lo riesgoso y lo aventurado.

Fue entonces cuando, una vez más, se presentó la oportunidad de viajar a Sevilla. La razón era la misma de siempre: los asuntos comerciales de Lorenzo. Pero esta vez ocurrió algo, un suceso totalmente inesperado, que iba a cambiar mi vida para siempre.

CAPÍTULO VI



Llegué a Sevilla a comienzos del año 1492. ¡Cuán alborotada estaba España en esos días! ¡Qué jolgorio en las calles y en las plazas! ¡Cuánta música, flores, vinos y verbenas! Por fin había caído Granada y todo era un solo festejo desde Gibraltar hasta los Pirineos. Ya casi no quedaban moros en la Península, y los pocos que había se marcharían pronto hacia las costas de África. España se alegraba de haber recuperado la fe de Cristo para su pueblo.

A mi llegada a la ciudad todo estaba patas arriba. Las gentes estallaban de alegría en las calles y por fin se vivían horas de felicidad y regocijo tras tantos años de combates. Después de todo, los españoles venían guerreando a sangre y fuego desde los oscuros tiempos del rey Pelayo, siempre combatiendo hacia el sur, arremetiendo contra la fiera cimitarra del moro en batallas sangrientas y despiadadas. La lucha había sido terrible y hasta cruel en muchos casos. Pero ahora las huestes de Isabel y Fernando habían llegado hasta esa última perla, hasta ese último reino de Granada que aún permanecía en manos musulmanas. La capitulación de la ciudad ocurrió poco tiempo antes de mi llegada a Sevilla. Después de un largo asedio de casi diez años, los moros, devorados por guerras internas, discordias, envidias y rivalidades de harén, acabaron por rendir sus tropas ante el ejército español. El rey Boabdil, último soberano moro de Granada, entregó las llaves de la ciudad a Isabel y Fernando, luego se retiró a sus habitaciones y se dice que allí rompió a llorar como un niño. Su propia madre le dijo: «Haces bien en llorar como una mujer lo que no supiste defender como

un hombre».

Sea como fuere, Granada había vuelto a manos españolas y la hora final del islam había sonado ya en estos reinos. Toda la campaña había demandado hombres, dinero, mercenarios y tantos impuestos y contribuciones que media España había quedado en la miseria. Pero había caído la bandera de la media luna, se había alzado en su lugar el pendón de Santiago y todo allí parecía vivirse en aires de parranda.



Desde luego, España estaba desangrada, pero sentía la gloria del triunfo. Del primero al último, sus hombres se jactaban de haber ganado su cruzada contra el islam, haberse quitado a los moros de encima y haberlos devuelto a las costas norteAfricanas. Sin embargo, yo veía aquella victoria como un arma de doble filo. En aquel afán por echar a los moros y barrer toda huella musulmana de la península, el país entero se había herido a sí mismo. Cierto es que ahora España disfrutaba de su propia tierra, pero junto con los moros se habían ido las fabulosas riquezas del saber oriental, la ciencia de los griegos y los egipcios, los muchos astrónomos, matemáticos, físicos y doctores como Abu-Qasim Maslama, conocido como el Euclides español, que habían tenido que abandonar España y dejarla sin sus grandes colegios y bibliotecas. El reino también había perdido la escuela astronómica de Toledo y expulsado a gran cantidad de médicos, botánicos, músicos, artistas y poetas musulmanes. Ya nunca más volverían los magníficos artífices mudéjares; ya no estaría Azarquiel, ni Said de Toledo, ni quienes habían erigido las maravillas de Córdoba, sus hermosos jardines, sus bibliotecas y su increíble palacio de Al-Zahra, aquel revestido de tejas de plata, muros de mármol y puertas de oro y ébano, en cuyo gran salón había una enorme fuente de mercurio líquido puesta de tal modo que reverberaba al sol de la mañana y producía un juego de infinitos rayos de luz que atravesaban la habitación.

Mucho costaría a España recobrar tales esplendores.



Por lo que a mí respecta, en Sevilla volví a encontrarme con Gianetto Berardi, a quien entregué por fin la autorización de Lorenzo para encargarse de sus negocios en España. Berardi recibió la buena nueva con mucho entusiasmo y lo celebramos con un gran banquete y un generoso vino de sus propias bodegas. Sin embargo, fue él quien en realidad me transmitió una gran noticia. Parecía ser que aquel Christoforo Colombo, después de haber revoloteado una vez más por la corte española, al fin había obtenido el favor de los reyes para concretar sus proyectos de navegación hacia Occidente.

—Sí, Amerigo —me dijo Berardi aquella noche en medio de la cena—. Parece que el muy testarudo lo ha conseguido.

—¿Pero cómo demonios ha podido hacerlo? —le pregunté.

Berardi bebió su copa de vino y se encogió de hombros.

—Pues vaya uno a saber —respondió—. A mí me huele que ese genovés debe de ser amigo del diablo o quizá tenga la lengua embrujada. No sólo ha obtenido dinero y apoyo para su empresa, sino que el muy pillo hasta se ganó la simpatía de la reina Isabel, que, como tú sabes, es más hosca que una culebra.

Yo no pude más que reír de la graciosa comparación. De oídas sabía que en verdad la reina Isabel era una brava mujer, una amazona que montaba como el mejor jinete y deslumbraba por su sola estampa. Se decía que era bastante áspera de carácter, severa hasta el tuétano y casi hombruna en sus gestos. Pero sólo Dios sabía por qué motivos aquel bribón de Christoforo había logrado persuadirla. Berardi me explicó que, tal vez, la suerte de Colombo se debía al hecho de haber aparecido en el momento oportuno. Tras la expulsión de los moros España vivía tiempos de gloria y conquista. Había en los reyes un ímpetu desmedido por ensanchar horizontes y prolongar latitudes. Tal había sido el empuje de la batalla contra los moros que ahora el país se había desbordado y quería más y más. Ambicionaba entrar en África, llegar hasta Asia, abarcar Oriente. Y Christoforo les había venido como anillo al dedo a aquellos reyes que soñaban con ganar océanos y poner el mundo bajo su tutela. No obstante había existido un serio inconveniente: en sus tratos con la corona, el genovés pedía más de la cuenta y eso había hecho vacilar a los monarcas. Reclamaba para sí los títulos de almirante de la mar oceánica, y virrey y gobernador general de las tierras que descubriera; además, solicitaba la décima parte de las ganancias que España obtuviese en la empresa; y por fin exigía que tales mercedes y privilegios le fueran otorgados de por vida a él y a sus descendientes. En un principio Isabel y Fernando se habían escandalizado ante semejantes demandas. Parecían demasiados títulos y privilegios para un solo hombre. Pero según parece el genovés terminó por hechizarlos con sus mañas. Les prometió regresar con tantas riquezas y beneficios que los reyes no pudieron eludir la tentación. Pese a que las arcas del reino estaban agotadas, Isabel y Fernando acabaron por aceptar las peticiones y se comprometieron a financiar la mitad del proyecto. Christoforo mismo consiguió el resto a fuerza de mendigar entre mercaderes y comerciantes. Incluso el propio Gianetto Berardi había cedido ante sus ruegos. Después de una larga noche de charlas animada por un exquisito tinto malagueño, Christoforo había logrado arrancarle 180 000 maravedíes para costear su empresa.

—¿No os lo he dicho? —Suspiró resignado Berardi aquella noche—. Ese genovés es amigo del diablo...



En esos días sobrevino otra tempestad para España. Aún brillaba el júbilo por la reciente caída de Granada cuando los reyes dieron la súbita orden de expulsar a todos

los judíos de la península. Al parecer, no satisfechos con haber vencido a los moros, ahora querían despojarse de toda presencia judía en tierra española. La decisión provocó un enorme revuelo, dada la gran cantidad de judíos que vivían allí desde hacía muchos siglos. En un principio nadie podía creer que de buenas a primeras los reyes hubieran tomado semejante resolución. Pero Fernando e Isabel se mantuvieron en sus trece y ordenaron cumplir la medida a rajatabla. De un día para el otro he visto las rutas y caminos atestados de familias judías dirigiéndose hacia las fronteras, algunos con lo puesto y otros con apenas una mula o algún carro desvencijado en el que llevar sus trastos. El espectáculo era el de un largo y tedioso cortejo de lamentos. La mayoría estaba en tan miserable estado que aquello parecía una enorme procesión de mendigos. Habían tenido que dejar sus casas y sus bienes, malvendiéndolos a quien los aprovechase, dando una casa por un asno o una viña entera por un poco de lienzo, y ahora caminaban hacia tan inciertos destinos como el norte de África, Portugal, Turquía o algún reino perdido en los Balcanes. El edicto de expulsión también les prohibía llevar consigo su oro, sus bienes y sus joyas, pero se sabía de algunos que se tragaban sus monedas y alhajas, y una vez que pasaban la frontera las evacuaban de sus vientres. Había quienes decían haber visto a algunas mujeres judías, que en esto eran más tragonas que los hombres, cargando hasta treinta ducados de oro en las tripas.

Berardi me explicó que la medida adoptada por los reyes obedecía a la creciente fobia antijudía que por entonces se estaba generando en España. Sin embargo, agregó a media voz, no debían descartarse las imperiosas necesidades económicas que padecía el reino. La lucha contra el moro había devorado las arcas, y dado que muchos judíos eran ricos, dueños de bancos y grandes empresas, los reyes no habían tenido empacho en expulsarlos y quedarse con sus tesoros.

Con todo, la corona les había otorgado una alternativa: cualquier judío podía quedarse en territorio español siempre y cuando abrazara la muy piadosa, misericordiosa, dulce y compasiva fe del cristianismo. En otras palabras, amad a Cristo o largaos de esta tierra. La mayoría de los judíos, como ya he dicho, eligió las fronteras y el exilio. Pero otros muchos optaron por quedarse en España y mudar de religión. De pronto hubo miles de apresurados bautismos, abluciones forzosas, ritos en los que Cristo entró a la fuerza en el alma hebrea. He de decir que muchos de ellos se convertían por el terror al castigo, ya que el no hacerlo significaba la cárcel y a veces hasta el fuego. Pero eso no era todo. Aquellos judíos «conversos», o «cristianos nuevos», tal como se llamaba a quienes mudaban de religión, comenzaron a vivir bajo un constante estado de sospecha de parte del resto de la población. Todo el mundo los consideraba bautizados por mera conveniencia y por lo tanto insinceros en su fe. Se hablaba de que la conversión al cristianismo había sido tan sólo un pretexto para eludir el exilio, pero que en el fondo conservaban sus viejos ritos y creencias. Y aquello provocó un sinfín de atrocidades en toda la península. Los judíos conversos empezaron a vivir en el más absoluto terror que se pueda imaginar. Se los encerraba

en barrios aislados de todo el mundo, las juderías, como si fueran leprosos o criaturas pestilentes, y no podían andar libres por otros lugares, pues bastaba que alguien los reconociera en algún callejón para que de inmediato se juntara una muchedumbre y les arrojara piedras y escupitajos. Había quien se jactaba de poder detectarlos por ese «olor a judío» del que tanto se hablaba en España en esos tiempos, y que provenía de los muchos aceites, carnes y ajos refritos con que guisaban sus comidas. A veces el vulgo entraba a saco en las juderías, derribaba las puertas, se hacía con lo que fuera, monedas, ropas, adornos, y luego corría a esconder el botín a su casa. En medio del desorden, más de un judío solía caer al suelo de un garrotazo. Muchos aprovechaban para ajustarle las cuentas al viejo usurero que los había tenido a maltraer durante años. Y en medio de aquel caos la barbarie se estaba adueñando del reino. Todo judío, aun cuando estuviera bautizado en la fe de Cristo, era sospechoso de persistir en sus creencias y costumbres. Se decía que no comían puerco, que respetaban las pascuas y sábados, que adquirían aceite para las lámparas de algunas sinagogas ocultas y que había ciertos judíos rabinos que seguían predicando en secreto la antigua ley de Moisés. Hasta había quienes sostenían que, luego de ser bautizados, muchos judíos corrían a sus casas a lavarse y quitarse todo vestigio de agua bendita que pudieran tener en el cuerpo. Y tanta indignación habían despertado estas prácticas que, por entonces, no había peor delito que el de «judaizar». Aquella palabreja se había puesto de moda en España, y el asunto había llegado a tales extremos que empezaron a crearse tribunales especiales para castigar toda aquella herética depravación. Se otorgó al Santo Oficio de la Inquisición la facultad de juzgar a los conversos, hurgar en la pureza de su fe y extirpar el error de sus herejías.

Yo mismo he visto el proceder de algunos de esos tribunales. Solían llegar a cada ciudad con toda una numerosa comitiva de integrantes: inquisidores, fiscales, asesores, auxiliares y una buena cantidad de personal subalterno. Lo primero que hacían era llenar de edictos las plazas y lugares públicos. En ellos invitaban a las gentes a denunciarse a sí mismas y a denunciar a los demás, luego enumeraban los más comunes errores de la fe, las proposiciones heréticas y todo cuanto fuera contrario a la pureza católica. Poco después la ciudad entera empezaba a hervir de acusaciones y denuncias, la mayoría anónimas, mientras todo el mundo caía en el más absoluto pánico. Los vecinos se miraban recelosos, todos sospechaban de todos y hasta el cristiano viejo más fanático debía poner sus barbas a remojar, pues no era extraño que alguien lo denunciara por mero afán de venganza. Una vez encerrado en prisión, ningún acusado tenía el derecho de saber quién lo había denunciado ni por qué. Más tarde se estudiaban los cargos y, si se hallaban razones suficientes, el tribunal abría un proceso. El sospechoso era informado acerca de los supuestos delitos que había cometido y se le invitaba a confesarlos por sí mismo. Si negaba los cargos en su contra, podía convocar testigos favorables y esgrimir cuanta prueba se le antojara. Pero en verdad era muy difícil que el tribunal hubiera ordenado procesar a un reo sin todo un aparato de acusaciones bajo la manga. Por lo tanto, y ante la

defensa del prisionero, los jueces no tardaban en invocar nuevos cargos, había nuevas defensas y en ello se rellenaba un expediente tras otro en un proceso que podía durar años. Por fin, tras muchas idas y venidas se dictaba la sentencia, y si el pobre infeliz no había reventado en las mazmorras, salía en libertad si era inocente, o bien, en una ceremonia pública a la que asistían el pueblo y las autoridades, se lo condenaba a galeras, a la flagelación, al exilio o a las llamas del quemadero.

Así estaban las cosas por aquellos años. A mi juicio, no sabía España cuánto se estaba dañando a sí misma a causa de aquel régimen de miedo. Se habían despertado en el pueblo la intolerancia, la sospecha y el miedo. A cada paso las gentes se descubrían inseguras y amenazadas. Muchos veían a los inquisidores con una mezcla de respeto y pavor, pues aun cuando casi todos ellos eran hombres sencillos y probos, no faltaban algunos que sembraban el miedo con su dureza. Por lo demás, toda la sociedad estaba envenenada a causa de la nefasta obsesión por la limpieza de sangre. A cualquiera se le exigían pruebas constantes de ortodoxia cristiana. Para ejercer un cargo público, para entrar en los cabildos, en las órdenes religiosas o en los cuerpos militares, todo el mundo debía presentar cartas de limpieza de sangre, y no sólo las propias, sino también las de sus padres y abuelos. Una sola gota de sangre judía bastaba para que un hombre se convirtiera en un paria. Y por extraño que parezca, hasta los propios conversos habían caído en esta obsesión. Muchos de ellos, para demostrar su fidelidad a la nueva fe, se habían transformado en rabiosos delatores y perseguidores de sus congéneres.

Se estaba incubando una terrible enfermedad en la península. Acaso España estaba demasiado enceguecida por su reciente victoria sobre los moros. Pero lo cierto es que aquel pueblo extraordinario se encaminaba hacia los abismos de la locura. Muchos opinaban que, de seguir así las cosas, todo el país acabaría por convertirse en un escenario de horror, destrucción y muerte.



Una de aquellas mañanas fui a Palos con Berardi. El sitio era un pequeño puerto cuya mayor actividad era el comercio marítimo con Guinea y otros puntos de la costa Africana. Allí, sobre la barra de Saltes, había un inusual movimiento de gentes que hormigueaban en torno a una nao y dos carabelas. Eran las naves con que Christoforo Colombo iría hacia Poniente. A bordo aún había varias cuadrillas de peones que se empeñaban en remachar, clavetear, anudar cordajes y embrear las grietas. Todo el aire alrededor de las naves olía a aceite de ballena, resina de pino y brea.

Los hombres que estaban a bordo, casi un centenar entre las tres carabelas, habían embarcado la noche anterior. Se decía que muchos eran criminales, bandidos, gentes de la peor calaña, pues sólo entre esa escoria había podido el capitán Colombo reunir a su tripulación. Yo los veía trepados a la quilla o parados en el entrepuente, algunos con cara de susto ante la incierta travesía que estaba por comenzar.

De pronto Berardi y yo advertimos el rostro de Christoforo asomado por encima de la barandilla de una de las naves. Poco después él mismo nos descubrió entre el grupo de gentes que habían ido al puerto a curiosear. Rápido como el rayo, el genovés bajó por la escalerilla de la nave y nos abrazó calurosamente. Se lo veía algo excitado y nervioso. Según dijo, hacía ya varios días que no podía dormir, atareado como estaba en mil tareas y preparativos. Los tres intercambiamos saludos y comentarios acerca del viaje y las condiciones del tiempo, que aquella mañana parecía más que favorable para la navegación. Mientras hablábamos, yo eché una ojeada más certera a las naves y me quedé sorprendido por lo rudimentario de su estructura. Según supe más tarde, dos de ellas habían sido construidas por los vecinos de Palos a modo de castigo. Algunos años atrás, por desobedecer una ordenanza real, todo el pueblo había sido condenado a servir a los reyes por un período de dos meses. La pena había quedado en suspenso, pero ahora había llegado la oportunidad de cumplirla: todo Palos había tenido que armar dos carabelas a su propia costa. Eran aquellas que yo veía allá, sobre la barra del puerto, y cuya no muy saludable estampa me daba escalofríos.

—¿Y en eso os haréis a la mar? —le pregunté a Christoforo.

Antes de contestarme, el genovés echó un vistazo a las carabelas y se encogió de hombros. En verdad no parecían apropiadas para atravesar tantas millas de océano abierto como se esperaba. No eran sino tres barcazas de tablones y trapos que acaso hicieran agua al tercer día o acabaran volcando frente a alguna tempestad.

—Por desgracia no ha habido dinero para más —suspiró Christoforo.

—Pues, como dicen en esta tierra —exclamé—, ¡vos sí que tenéis cojones...!

Sin embargo, aun cuando temía por lo endeble de aquellas naves, en mi interior brillaba una chispa de ilusión. Me sentía tentado de viajar. Quería dejar los negocios del Popolano y hacerme a la vela en ese mismo momento. Pero en aquellos días mis obligaciones me mantenían atado a Sevilla. Christoforo advirtió la llama que iluminaba mis ojos.

—Vos deberíais estar allí arriba —dijo mientras señalaba una de las naves.

Pero ya era demasiado tarde. Acababa de sonar un silbato a bordo y la marinería empezaba a agitarse en cubierta. Christoforo nos abrazó una vez más y subió a su nao a la carrera. Eran las ocho de la mañana del viernes 3 de agosto de 1492. La brisa matinal había tensado las velas. Christoforo mandó soltar amarras, y con una majestuosa solemnidad las tres naves comenzaron a deslizarse a través de la ría de Saltes. Pronto alcanzarían el mar abierto.

En tierra quedamos Berardi, yo y el grupo de curiosos que ya empezaba a despejar el lugar. Berardi parecía algo nervioso. Acaso estaba inquieto por los 180 000 maravedíes que había invertido en esas tres naves destartadas, repletas de asesinos y malhechores, y que además iban hacia un tan oscuro destino que espantaba con sólo imaginarlo. Tal vez pensaba que esas carabelas eran demasiado vulnerables, demasiado quebradizas para aguantar los embates del océano. O quizá temía que ante

el primer descuido, Christoforo acabase colgado del palo mayor, o arrojado al agua, o con un puñal en las tripas, ya que los rostros de la tripulación no parecían muy fiables.

—¿Creéis que volverán algún día, Amerigo? —me preguntó con cierta vacilación.

Yo aparté mis ojos del horizonte y me quedé un instante en silencio. Por mi mente desfilaban mares de ensueño, islas encantadas, regiones que ningún ojo humano había visto jamás. Sabía que Christoforo tenía aquella misma clase de visiones, que precisamente eran aquellos sueños los que animaban su empresa. Y sabía que si un hombre persigue sus sueños, tarde o temprano los alcanzará.

—Vos mismo lo habéis dicho —le respondí—. Ese genovés es amigo del diablo...

CAPÍTULO VII



Pasaron varios meses, más de medio año de una angustiosa espera en la que Berardi y yo nos reuníamos cada día a echar suertes sobre el regreso del genovés. Ya había transcurrido demasiado tiempo y sin embargo las naves no aparecían en el horizonte. El propio Berardi, quizás algo preocupado por su dinero, se ponía a esgrimir hasta la más insólita conjetura. Sugería que tal vez Christoforo ya hubiese tocado tierra hacía tiempo, pero que habría dado con tan inmensas maravillas que acaso estaría viviendo como un gran señor del mundo, rodeado de tesoros y riquezas. También era posible que el Gran Kan de la China, a quien se suponía debía encontrar al final del viaje —y para quien la reina Isabel enviaba una serie de cartas—, lo hubiese mandado liquidar por el intento de invadir sus tierras. Sin embargo, la más probable causa de la demora, sin duda, debía de ser algo tan vulgar como un naufragio, la pérdida del rumbo o quizás el haber sido tragados por ese mar de lodo y algas que, según Platón, habría quedado tras el hundimiento de la Atlántida.

Pero llegó la Semana Santa de 1493 y unas desvencijadas naves se dibujaron en el horizonte. El muy bribón lo había logrado. Tras un lento despliegue de amarras encajó las carabelas en la barra de Saltes, se hizo un grave silencio en el puerto y unos pocos minutos después, como si fuera una gran estampida de toros, se vio a los tripulantes bajar a tierra enloquecidos. La mayoría iba a estrecharse en abrazos con sus familiares. Otros se perdían en el interior de las callejas, en busca de alguna taberna mugrosa en la que saciar el garguero. Pero no había transcurrido una hora de

la llegada cuando empezaron los rumores. Christoforo aún no había descendido a tierra y permanecía encerrado en su camarote, pero entre el revuelo de la muchedumbre ya comenzaban a oírse las insólitas noticias de lo ocurrido. De boca de los marineros se escuchaban relatos inciertos, retorcidos, viciados de errores e imprecisiones. Casi todos ellos eran gentes toscas, y a decir verdad no tenían demasiada idea de lo que había sucedido, por lo que resultaba harto difícil comprender de lo que hablaban.

No obstante, en algo coincidían casi todos: las cosas a bordo, al parecer, habían sido un completo desastre. Algunos se quejaban en voz alta de ese genovés despiadado, hideputa y cabrón. Decían que tenía la ira del diablo pintada en los ojos y que se había hecho temer como una fiera durante toda la travesía. Martín Alonso Pinzón, el capitán de una de las naves, había bajado echando pullas contra el genovés, y decía querer ir a meterse a un convento para calmar su rabia. Muchos rumoreaban que durante la travesía a bordo todo había sido resentimientos y peleas entre los capitanes, los marinos y, por supuesto, Colombo, quien parecía tratar a los hombres como un carretero a sus bueyes, es decir, a puro latigazo. Para colmo de males, explicaban algunos, tanto viaje sólo había servido para dar con unos pocos islotes de mala muerte, abrasados por el calor y repletos de bichos, y sin la menor sombra de los palacios, tesoros o esplendores que había prometido el genovés. Lo único que se traía a bordo era, según comentaban todos, un raro cargamento de criaturas misteriosas, algunas aves tan extrañas como inútiles y apenas unos pocos pedacitos de oro sucio.

Sin embargo, poco después, el propio Christoforo bajó a tierra inflado como un buey. Parecía un senador romano pavoneándose ante las gentes del pueblo. Llevaba una capa repleta de colores, el pelo extendido al viento, y apenas sonreía, como si fuese un dios bajando las escalinatas de su templo. Antes de arribar a España había fondeado en Lisboa y dado cuenta de su descubrimiento al rey Juan II de Portugal, el mismo que una década atrás lo había sacado a patadas de su corte al saber de sus proyectos. Esta vez Juan se había mordido los codos de rabia por haberlo dejado escurrir en aquella oportunidad. Tal fue el desconuelo en la corte lusitana que, según supe más tarde, algunos ministros habían sugerido asesinar a Christoforo. Pero por fortuna su alteza no los escuchó. Dejó marchar al genovés a España y le envió sus parabienes a Fernando e Isabel, aunque en privado se arrancara los cabellos y echara maldiciones por su falta de previsión.

Ahora Christoforo había llegado a España y comenzaba su gran procesión hacia la corte. En pocos días la noticia de su llegada fue despachada a los cuatro vientos y las gentes de los pueblos comenzaron a esperar su paso mordidos de curiosidad. Se amontonaban en los caminos para verlo. Salían los venteros y las fregonas, venían niños de otros pueblos, llegaban los pobres campesinos y estacionaban sus burros durante horas para ver el teatral cortejo del que tanto se hablaba. Y por allí pasaba el genovés, envuelto en una comparsa de colores, con unos rarísimos pajarracos verdes

que chillaban como puercos y seguido por una decena de misteriosas criaturas que no paraban de mirar a todos lados y cuchichear entre sí.

—Son indios —decía Christoforo a los intrigados campesinos.

Y todo el mundo se acercaba a verlos, a tocarlos, a hurgar en sus dentaduras, a buscarles el rabo y las pezuñas. Los pobres diablos apenas dominaban el pánico. ¿Qué era todo este mundo de animales monstruosos, de hombres con barbas, de mujeres tapadas hasta el cogote? ¿Qué eran esos olores que se cocinaban en ollas de un tan extraño material que rebrillaba al sol? ¿Por qué estos aires eran tan fríos y este sol tan apagado? Ellos venían de una tierra llena de ardores, de un lugar en donde el cielo se prendía en matices de fuego, de un murmullo de mar, de una arena tan blanca como leche de coco. Y aquí no atinaban sino a arracimarse entre sí, temerosos, inquietos ante estos miles de ojos que los observaban como si fueran criaturas sacadas de un bestiario medieval.



Pocos días después Christoforo se apareció en casa de Berardi. Lo primero que dijo al cruzar la puerta fue:

—¡He visto Cipango, Amerigo; he visto Cipango!

A todas luces parecía a punto de estallar de euforia. Había ido a casa de mi anfitrión a darnos las nuevas de su viaje, y ante una mesa repleta de manjares y elixires comunicó a todo el mundo un espíritu de celebración.

Algunos días antes había entrado en Sevilla con el esplendor de un caballero de fortuna. Nobles, condes, príncipes, miembros del clero, todos lo habían recibido entre cánticos y oraciones, callejas revestidas de colgaduras, cintas, banderolas y terciopelos. Poco más tarde viajó a Barcelona a ver a los reyes. Entre otras cosas, llevaba consigo a seis de los indios más resistentes, y al llegar a la corte los hizo desfilar ante todo el mundo como prueba de sus hallazgos. En un santiamén toda la comitiva real quedó deslumbrada. Los sabios y eruditos del reino opinaron que, efectivamente, no podía tratarse más que de indios del Ganges o de Cipango. No era posible que fueran de África, pues no eran negros como las gentes de Senegal o de Etiopía. Éstos tenían la piel de un suave matiz canela que, como sostenían los doctores en sus libros, era sin duda el color de los habitantes de Asia. Sin embargo, había algo extraño en aquellas criaturas. No hablaban en ninguna de las lenguas conocidas de Oriente y no daban señales de comprender cuando un geógrafo de la corte les mencionaba ciudades de Asia. No obstante, fue el propio Colombo quien explicó el enigma.

—Estos son simples pescadores de las costas —dijo a los sabios mientras señalaba a los asustadizos nativos—. La región de las grandes ciudades y los grandes palacios está más allá.

Pocos días después Christoforo regresó a Sevilla una vez más, y ahora estaba en

casa de Berardi. Se lo veía contento y satisfecho, no sólo por haber cruzado el océano y alcanzado Asia, sino también porque ahora, después de tantos rechazos y negativas, podría al fin dedicar una socarrona carcajada a los sabios y doctores que tanto se habían burlado de él. Si antes parecía apocado y remiso, ahora se mostraba exageradamente engreído y vanidoso.

—¿Y cómo es todo allá? —le pregunté ansioso mientras ambos bebíamos un exquisito vino de las bodegas de Berardi.

—¡Deberíais verlo con vuestros propios ojos, Amerigo! —Exclamó el genovés mientras se mandaba al buche un pedazo de tocino—. ¡Todo es tan distinto a este mundo! Allá las gentes viven como en los primeros días de la Creación. Andan desnudos, no conocen el hierro, tienen pocas riquezas...

—¿Pocas riquezas? —Lo interrumpí con cierta sorpresa—. ¿Pero cómo es posible? Se dice por ahí que habéis visto ríos de oro, piedras preciosas, especiería de la más variada...

Christoforo sonrió con un dejo de picardía. En realidad no había tales cosas por ningún lado. Pero con gran astucia de su parte, él mismo había echado a volar el rumor de que esas tierras eran riquísimas y estaban llenas de tesoros. Quería inflamar la curiosidad de las gentes, enloquecerlos pintando un escenario mágico y fabuloso, pues de otro modo nadie se hubiera interesado en el asunto. Ciertamente, no le había sido difícil tramar el cuento. A decir verdad casi no había abierto la boca, pero a todo sitio adónde iba se exhibía ante el vulgo con sus indios, sus pajarracos exóticos y su estampa de nauta de otros mundos. El resto lo había hecho el viento, las lenguas populares, la fantasía de los hombres y mujeres de pueblo que siempre gustan de agigantar un rumor hasta convertirlo en leyenda.

—En verdad, Amerigo —susurró Christoforo—, no hay casi nada de provecho en aquellas tierras. El único tesoro existente allí son los indios para esclavizar...



Algunos días más tarde Christoforo me confesó que en Barcelona, después de habersele otorgado oficialmente el título de «Almirante de la mar oceánica y virrey y gobernador de las islas descubiertas en las Indias», el rey Fernando le había mencionado la posibilidad de armar una segunda expedición.

—En realidad yo mismo le he urgido a hacerlo —me confió—. Le he dicho a su majestad que no debe dejar que los portugueses tomen la delantera.

Naturalmente, el genovés tenía toda la razón del mundo. Enterados del descubrimiento hecho por España, los portugueses no tardarían en lanzar sus naves por la misma ruta. Por ese motivo, era necesario emprender la carrera cuanto antes para cerrarle el mar a Lisboa. De seguro la corte lusitana, siempre al acecho en esas cuestiones, ya estaría reclutando marinos para enviarlos hacia las nuevas tierras. Y aprovechando tal circunstancia Christoforo había puesto a hervir los oídos del rey

Fernando.

—Su majestad —le había dicho—, yo no querría volver allá y encontrar una bandera portuguesa hincada sobre la tierra.

Y Fernando había estado de acuerdo. No era ningún tonto y sabía de las afiladas garras del rey portugués. Pero, además, Christoforo hablaba de dar un paso más allá. Si aquella vez había logrado tocar las primeras islas de Cipango, ahora llegaría más al Oriente, a plena tierra firme, allí donde Marco Polo había dicho que existían palacios de oro, calles de mármol y selvas de canela. Por otra parte, había tentado a los reyes con su idea de esclavizar a los indios. Fernando e Isabel querían a toda costa rellenar las arcas de España, arruinadas por la guerra contra los moros, y el genovés les ofrecía una provechosa fuente de ingresos. Desde luego, sus altezas no lo pensaron demasiado.

—Ahora debes ayudarme, Amerigo —me rogó Christoforo aquella vez—. El rey me ha dado su visto bueno para organizar un segundo viaje, y pienso hacerlo desde aquí, de Sevilla. Sé que tú conoces a mucha gente en esta ciudad. Por eso creo que serías de gran ayuda para armar la expedición. Y quién sabe, hasta podrías venir en ella...

Yo preferí no hacer comentario alguno, aunque por dentro mi alma ardiera en deseos de viajar. Sin embargo, estaban mis obligaciones comerciales y por el momento no me era posible desligarme de ellas. No obstante, acepté con gusto ayudar a Christoforo en la organización de su empresa. El propio Berardi se sumó a la tarea por razones económicas, de modo que a partir de entonces ambos nos convertimos en estrechos colaboradores del genovés.

Había muchísimo que hacer. En esta ocasión la cosa iba a ser de mayor envergadura que la vez anterior, pues se trataba de armar una flota de diecisiete naves y mil quinientos hombres de tripulación. Quien se haría cargo de la mayor parte de los gastos era un tal Pinello, un genovés rico que había aumentado su fortuna con el oro y las joyas secuestrados a los judíos durante su expulsión. Pero además había otros tantos mercaderes que andaban tras el negocio. Ya no se trataba de la alocada empresa de un aventurero. Ahora se pisaba en firme y todo el mundo quería sacar su tajada.

Entretanto, metidos en el asunto hasta la coronilla, Berardi y yo andábamos de un lado para otro. Viajábamos a Cádiz, a Málaga, a Palos, y huroneábamos entre los andurriales del barrio de Triana en busca de hombres capaces para la expedición. Por otra parte, mucho había que hacer para alistar las naves. Era preciso comprar bizcocho, aceite, harina, vinagre, quesos y, dado que las intenciones de esta nueva expedición distaban de ser amigables, también había que hacerse de cañones, lanzas y espadas. Además, los reyes pensaban en las tierras descubiertas, de modo que también fue necesario embarcar albañiles, labriegos, herreros, carpinteros y, por supuesto, sacerdotes.

Debía yo andar con sumo cuidado en los preparativos, ya que la empresa de las

Indias había sacado de sus madrigueras a una buena cantidad de bribones y estafadores. Día a día me enfrentaba a fraudes y abusos de toda laya. De entre quienes armaban las naves y abastecían las provisiones, la mitad eran rufianes que sólo buscaban hacer su agosto como fuera. Compraba yo harina y llegaba con gorgojos. Pagaba buenos dineros por cordajes y me entregaban sogas podridas. Mandaba a pedir caballos andaluces, de los de crines largas y grupa elevada, y me traían hambrientos jamelgos llenos de mataduras. Recuerdo haber comprado en una ocasión ocho puercas de a setenta maravedíes la pieza, y el muy canalla del porquero apareció con ocho porcinas tan flacas y enfermas que se les veía el costillar.

Toda la organización y el abastecimiento de las naves eran celosamente supervisados por el obispo Juan Rodríguez de Fonseca, un terco sacerdote a quien los reyes habían puesto como su representante para los asuntos de Indias. Era Fonseca un hombre difícil, desconfiado a más no poder, con esa expresión de perpetuo recelo que los años de tratar con pecadores habían esculpido en su rostro. Cada papel, cada expediente, cada cuenta, por mínima que fuese, era examinada al derecho y al revés por sus ojos de perro guardián, que no dejaban pasar la menor irregularidad. El propio Christoforo estaba harto del obispo. Le exasperaba que fuese tan detallista, avaro y regañón. Y tal era su rechazo que me había pedido que yo tratase con él en su lugar, pues cada vez que ambos se enzarzaban en una discusión ardía Troya.



Por fin, tras muchos meses de arduo trabajo, la flota se hizo a la vela. No me demoraré en referir los pormenores de aquella expedición. Sólo diré que en esa oportunidad, el genovés permaneció casi tres años en las Indias. Sin embargo, lo que ocurrió durante su larga ausencia merece ser mencionado en esta pequeña crónica, dado el enorme escándalo que se produjo en España a causa de sus muchos arrebatos.

Las cosas sucedieron más o menos de este modo. El genovés había llegado nuevamente a las Indias, y esta vez había logrado instalar allí una pequeña población. Al cabo de unos pocos meses, tal como estaba previsto, algunas naves comenzaron a regresar a España trayendo noticias de lo ocurrido en aquellas latitudes. Y al parecer, según el testimonio de los viajeros, todo allá se había convertido en un verdadero caos. No había un solo marino que no echara pestes en contra de Christoforo, de su tiránica manera de gobernar y de sus numerosas crueldades.

Cierta noche llegó a casa de Berardi uno de aquellos viajeros que apenas el día anterior había vuelto en una de las naves. El pobre estaba totalmente desesperado.

—¡Es un demonio, señor Berardi! —exclamaba—. ¡Ese genovés es un demonio!

Jadeaba como un loco y apenas podía contenerse. Parecía haber escapado de una batalla, o acaso del mismísimo infierno. Berardi había tratado de serenarlo y le había ofrecido un trago de vino. Pero aun así el pobre continuaba alterado y con los ojos enrojecidos de ira.

—¡Está loco de remate! —seguía repitiendo el marinero.

—¡Calmaos! ¡Calmaos, por favor! —le insistía Berardi.

Al fin, después de mucho alboroto, el hombre pareció componer el semblante. Poco a poco le volvieron los colores al rostro y comenzó a respirar con normalidad. Por cierto, decía tener mucho que decir acerca de ese genovés desquiciado, de ese tozudo italiano al que los reyes habían dado el gobierno de las Indias. Parecía ser que los peores tiranos de la historia se quedaban en nada frente a aquel hombre engegucido por el poder. Gobernaba como un déspota. Creía que todos le debían la obediencia absoluta de un súbdito, de un siervo de la gleba. A quien se enfrentaba a él lo amenazaba con rebanarle la nariz. O con colgarlo si las cosas iban a mayores.

—Yo mismo he salvado el pellejo de milagro —dijo el marinero—. Por una tontería de unos bizcochos me hizo zumbiar su espada en las orejas... Pero, además —continuó—, todo allá en las Indias es espantoso y lleno de peligros. Las selvas se tragan a los hombres, hay alimañas del tamaño de un puerco y hace tanto calor que el hierro se derrite bajo el sol. Y le aseguro, señor Berardi, que el oro no crece de los árboles como dice ese loco genovés...

Poco después las cosas se complicaron aún más, y esta vez con respecto a los propios indios. Ya he dicho que Christoforo, en su afán de procurarse riquezas, los había considerado como una valiosísima mercancía para esclavizar. En un principio las cosas le habían resultado a pedir de boca. Tanto es así que empezó a despachar lotes de esclavos a casa de Berardi, quien a su vez los ponía en manos del obispo Fonseca para que los vendiese. Dicho sea de paso, aún recuerdo a esos pobres indios llegando apretujados en los barcos, muertos de frío y de hambre, y acabando en las manos de reyes, cardenales y traficantes. No obstante, en algún momento el diablo metió la cola y todo comenzó a enredarse. Algunos teólogos de la corte susurraron a los reyes que aquellos indios no debían ser esclavizados, pues ninguno de ellos había sido obtenido como botín de guerra, sino por las simples mañas y pillerías del genovés. Desde tiempos muy remotos se tenía por norma establecida que sólo la guerra otorgaba el derecho de esclavizar a los prisioneros. Por ese motivo, Fernando e Isabel quedaron dudando ante el problema. Ciertamente es que, con ser antigua, aquella norma era violada continuamente. Pero ciertas presiones y el consejo de algunos teólogos convencieron a sus altezas de que no debían participar en el asunto. Por lo pronto, trabaron las ventas de esclavos y pusieron a estudiar la cuestión bajo la lupa de doctores y teólogos de la Iglesia. Y entonces todo se volvió una maraña de enredos jurídicos y teologales. Se cruzaron opiniones y argumentos y cada uno dijo lo suyo. Como en cualquier debate de esta naturaleza, todo el mundo acudió a las fuentes canónicas en busca de citas y fundamentos. Pero eso no resolvió las cosas, ya que en la Biblia hay tantos argumentos en contra de la esclavitud como a favor de ella. Acto seguido se le escribió al propio Christoforo para que diese explicaciones de su forma de hacer cautivos a los indios. Pero el muy porfiado, lejos de atender a la cuestión, respondió que le importaba un comino si había atrapado a los indios en guerra o con

sutilezas y engaños. Lo que contaba, a su juicio, era el magnífico tesoro que aquellos infelices podían significar para sus bolsillos y para las arcas del reino. Sin embargo, tras enterarse de lo que ocurría en España, donde sus esclavos eran objeto de inútiles debates y digresiones, el genovés empezó a echar chispas por los ojos y se enfureció como un lobo hambriento.

Sin embargo, aquello fue sólo el principio. El colmo de su rabia le llegó al enterarse de lo que tramaban los reyes. Ciertamente es que Isabel y Fernando le habían concedido el gobierno absoluto de las Indias, tal como se desprende de las Capitulaciones de Santa Fe que ambos habían firmado antes del viaje. Pero, luego del descubrimiento, y al advertir que el Almirante podía hacerse demasiado poderoso, sus altezas decidieron recortarle sus atribuciones y abrir las tierras descubiertas a todo el mundo. De un día para el otro lanzaron una real cédula que autorizaba a cualquier marino a hacerse a la mar y ganar nuevos territorios para la corona española. Y aquello fue un golpe durísimo para el genovés. Hasta entonces se había visto como el dueño y señor de medio mundo, pero ahora los reyes lo bajaban a la realidad de un garrotazo. Lo que perseguían, desde luego, era restarle fuerzas, impedir que se atragantase con tanto poder y, llegado el caso, se le ocurriera separar sus propios dominios del resto de España. Por tal motivo empezaron a otorgar títulos y mercedes a cuanto caballero se ofreciese a marchar a las Indias. Y aquella decisión real terminó por desmoronar las pretensiones del Almirante. Dicen que al enterarse de la noticia se ofuscó tanto que encaneció de la noche a la mañana.



Entretanto, el nuevo proyecto de los reyes entusiasmó de buenas a primeras a muchísimos navegantes, aventureros y hombres de fortuna. En toda España se advertía el hambre por hallar nuevas tierras y nuevos tesoros, y más aún en Sevilla, donde las calles y las tabernas hervían de gentes que no hablaban de otra cosa que de irse a las Indias. Quien estaba más que embriagado con el proyecto era el propio Berardi. Veía en ello un negocio tan fabuloso que escribió a los reyes proponiendo una suerte de monopolio, un acuerdo según el cual, a cambio de precios razonables, él sería el único autorizado para fletar naves a las Indias. Tal confianza tenía en su inversión que, para obtener el favor real, se comprometía a rebajar el anterior precio de 3000 maravedíes por tonelada a 2000. Y si algún negociante llegaba con precios menores, él siempre ofrecería bajar su oferta en 1000 maravedíes. En un principio los reyes aceptaron su propuesta, pero al cabo de un tiempo surgieron algunas controversias. Fue el obispo Fonseca quien puso el grito en el cielo. Dijo a los reyes que a un precio tan ridículo, Berardi sólo podría ofrecer naves tan miserables que harían agua ante la menor ondulación del mar. Los monarcas escucharon a Fonseca y decidieron tratar con otros negociantes. Pero Berardi corrió a salvar el negocio y al fin llegó a un acuerdo satisfactorio.



En esos días yo andaba de un lado para otro ocupado en mil tareas. Ya había logrado una cierta independencia económica y poco a poco empezaba a hacer mis propios negocios en España. Al mismo tiempo me ocupaba de vigilar los asuntos del Popolano y ayudaba a Berardi en su nueva empresa. Debía moverme con bastante celeridad, alistar naves, preparar tripulantes, conseguir provisiones y, sobre todo, hablar con quienes regresaban de las Indias, pues traían riquísimos datos acerca del mar, los vientos y las mejores rutas que seguir. En las noches, metido en una oscura taberna del barrio de Triana, escuchaba hablar a los pilotos de Indias, hombres a quienes todo el mundo oía con admiración. Desde siempre se habían juntado allí marinos de río o gentes que habían navegado el Mediterráneo. Pero hasta entonces nadie tenía experiencia en alta mar. Sólo aquellos pilotos habían cruzado el océano, sólo ellos habían transitado los reinos abismales de Poseidón y sabían de olas gigantes, de tifones, de tempestades que revuelven los mares y hacen temblar a las embarcaciones.

Pero todo se complicó unos pocos días después, cuando Berardi enfermó de repente y su salud comenzó a empeorar de tal modo que ya se presentía un final cercano. Pasó unos cuantos meses postrado en su lecho, dirigiendo sus negocios desde allí, pero, en opinión de los médicos, ya no cabían grandes esperanzas de que pudiera recuperarse.

Cierta noche, tras haber desmejorado tanto que ya sólo era piel y huesos, nos mandó llamar a mí y a varios de sus amigos para hacer su testamento. Su habitación estaba casi a oscuras, invadida por el humo de incensarios que ardían junto a su lecho. Con un hilo de voz Berardi nos sonrió y dijo:

—Quiero que tú, Amerigo Vespucci, y tú, Jeronimo Rufaldo, y tú, Diego de Ocaña, os hagáis cargo de mis asuntos. Cuidad mucho de mi hija, y no olvidéis pagar mis deudas a Donato Niccolini y a Cesare Ibarci.

Debo confesar que los tres nos miramos extrañados. Naturalmente, deseábamos complacer la voluntad del moribundo y estábamos dispuestos a hacernos cargo de sus cosas. Pero en cuanto a las deudas, aquello era imposible. Sabíamos que las arcas de Berardi se hallaban del todo exhaustas, pues en los últimos tiempos había puesto demasiado dinero en naves y expediciones que aún no habían rendido sus frutos. Con toda la delicadeza que pude, me acerqué a Berardi y le susurré al oído:

—Señor, respecto de esas deudas...

—Lo sé, lo sé —balbuceó Berardi desde el lecho—. Pensáis que no tengo con qué pagarlas, ¿verdad? Pues no hay de qué preocuparse: recordad que aún Christoforo me debe 180 000 maravedíes. Cobradle cuando regrese de las Indias...

Desde luego, Berardi confiaba ciegamente en el genovés. Durante casi tres años había trabajado con celo y honestidad en bien de sus intereses. Casi tres años en que había descuidado hasta sus propios negocios para atender los del almirante. Y sabía

que la empresa de las Indias no podía fallar. Tarde o temprano esas nuevas tierras comenzarían a dar su beneficio. El mismo Christoforo lo había convencido de ello.

—He confiado en su palabra —dijo Berardi, y tras dedicarme una ligera sonrisa, agregó—: Aunque puede que me equivoque, por supuesto. Ya sabéis, Amerigo, que ese genovés tiene la lengua embrujada...

Algunas horas después la salud del enfermo empeoró aún más. Sus ojos ya casi no tenían brillo. Reinaba un silencio apacible en la habitación. A un costado del lecho, junto a una vela, un escribiente había estado confeccionando el acta testamentaria. Allí constaban las instrucciones del moribundo y su última voluntad. Al concluir el documento, el notario que presidía la ceremonia lo releyó con atención, se aproximó a Berardi y le dijo:

—Ahora sólo falta vuestra firma, señor.

Berardi asintió con la cabeza, aunque ya su mirada parecía extraviarse en la penumbra de la habitación. El notario mojó una pluma y se inclinó sobre el lecho junto con el documento. Pero las manos de Berardi permanecieron inmóviles. No tenía fuerzas ni siquiera para rubricar el testamento.

—Está bien —ordenó el notario—. Quienes estáis aquí sois todos testigos de la última voluntad del señor Gianetto Berardi. Con eso es suficiente.



Berardi entregó su alma unos pocos días después. Jeronimo Rufaldo, Diego de Ocaña y yo quedamos como sus apoderados, con facultades para administrar sus bienes y liquidar su herencia. De más está decir que lamenté su muerte tanto como la de mi propio padre. Berardi había sido sumamente bondadoso conmigo. Me había cobijado con gran amabilidad en su casa y hecho participar en la mayoría de sus asuntos. Pero, además, gracias a él había yo tomado contacto con los ambientes marinos de Sevilla. A él debía el haber trabado amistad con hombres de mar y con aquellos «indianos», tal como se empezaba a llamar a quienes regresaban de las Indias.

Ahora, tras su muerte, se acercaba el momento de cumplir un sueño.

CAPÍTULO VIII



Y una vez más regresó el genovés de las Indias. Habían sido casi tres años de una larga y accidentada expedición. Pero si la vez anterior había vuelto a España enfundado en ropajes de gloria, ahora llegaba envuelto en harapos de mendigo. Nunca he visto a alguien tan vencido por sus propias obsesiones y fracasos. Bajó a tierra en silencio, con la expresión de un hombre arruinado y vestido con un grueso hábito de franciscano, como si con ello buscara un modo de expiar sus tormentos. Venía de una trágica lucha contra los hombres, contra la naturaleza y contra las enfermedades. De los españoles que había dejado en su anterior viaje halló sólo una parva de huesos. Aun así quiso erigir una nueva población, pero la arrasaron las pestes. Obstinado en hallar riquezas, juntó a un grupo de hombres y marchó hacia el interior en busca de filones de oro y palacios de cristal, pero no dio sino con grandes pantanos, calor, serpientes venenosas, hormigas que devoran a un cristiano en menos de lo que canta un gallo. Más tarde se largó a navegar entre un rosario de islas hermosas, pero no halló siquiera una noticia acerca de las huestes del Gran Kan. Luego regresó al campamento y encontró a sus compañeros tiritando a causa de una fiebre desconocida. Con todo, y pese a no tener indicios demasiado firmes, se emperró en que aquello era Catay, la tan ansiada tierra firme del continente asiático, y obligó a sus hombres a jurarlo a la fuerza ante un escribano. Todo el mundo estampó su firma de mala gana, aunque el vasco Juan de la Cosa, cartógrafo de la expedición, dibujó aquella tierra en forma de isla. Algunos meses más tarde un funcionario de la

corte española fue enviado hacia las nuevas tierras. El ya diezmado almirante lo creyó su salvación. Por fin venía el apoyo y la ayuda que tanto necesitaba para gobernar sus Indias. Pero se equivocaba del todo. El funcionario iba con el ojo artero de un celador. Los reyes habían recibido torrentes de murmuraciones, quejas y protestas, y lo enviaban para vigilar, para juzgar, para censurar los muchos desmanes del genovés. De inmediato ambos se enfrentaron hasta que saltaron chispas. Tanto es así que, cuando el funcionario decidió volver a España a rendir su informe, el almirante se apresuró a regresar con él, temeroso de que el hombre exagerara ante los reyes y lo dejara pataleando en el aire. De un día para otro abandonó las Indias con el fracaso a cuestas. Se había cansado de cavar y revolver la tierra en busca de oro, y sin embargo volvía con los bolsillos vacíos. Claro que aún estaban los esclavos. Christoforo lo había dicho desde el principio: eran el verdadero y tal vez el único tesoro de las Indias. Pero para su desgracia, todos esos embrollos jurídicos y teológicos en la corte le habían echado el negocio a perder. En consecuencia, nada: ni el oro, ni los palacios, ni las sedas orientales, ni los esclavos. Sólo volvió con algunas pocas chucherías y bagatelas. Cruzó el océano y arribó a España embarcado en un par de carabelitas, una de ellas construida en las Indias con los restos de otras hundidas, y con casi doscientos cincuenta cristianos a bordo apretados como ratas. Él mismo bajó a tierra envuelto en lágrimas y abatido por la desesperanza. El sueño se le había roto en pedazos.



Pocos días después de arribar a Sevilla Christoforo apareció en casa de Berardi. Al verlo aquella tarde me pareció estar frente a un espantajo. Ciertamente había encanecido, estaba flaco y se le adivinaba una mirada llena de amargura.

—¡Pasad, pasad por Dios! —exclamé.

Christoforo entró en la casa sin apenas levantar los ojos del suelo. Andaba casi tambaleándose sobre sus pies. Aún vestía los hábitos de la Orden Tercera de San Francisco, que le daban un aire casi melancólico y atormentado a su figura. Entró en la sala y se echó sobre una mecedora, como derrumbado por su propia tristeza.

—Es inútil, Amerigo —se quejó el almirante de la mar oceánica—. Le he dado a España la mitad del mundo y sin embargo me tratan como a un perro...

—¿Pero qué ha sucedido? —pregunté.

—¡Intrigas, intrigas y más intrigas! —Rezongó el genovés—. La corte de España está llena de confabuladores y mentirosos...

Poco después se despachó en un rosario de lamentos. Largo y tendido habló de su mala fortuna, pero sobre todo de los muchos seres miserables y envidiosos que pululaban en la corte española. Todos ellos habían hecho correr rumores nefastos acerca de su persona mientras estaba en las Indias. Todos lo habían pintado como un tirano y un demonio ante los reyes. Y Fernando e Isabel se habían tragado el cuento

de principio a fin. Hasta le habían puesto a un perro sabueso para que lo vigilara día y noche, y estaban haciendo todo lo posible para quitarle sus títulos.

—Y no sólo eso —añadió el genovés—. Ahora ni siquiera tienen interés en recibirme de nuevo en la corte. Me han enviado una carta diciendo que seguramente debo de estar fatigado y que es mejor que descanse por un tiempo. ¡Al diablo! He cruzado el mar más ancho del mundo y ahora sus majestades no se dignan siquiera a prestarme su apoyo.

En ese momento una criada de la casa entró en la sala con una jarra de vino y algunos trozos de queso. Por un instante los ojos de Christoforo se distrajeron ante el enorme busto de la muchacha. Traía puesto un jubón tan apretado que los pechos parecían a punto de reventarle el talle. Sin decir una palabra la muchacha dejó el queso y el vino sobre la mesa y se marchó de vuelta hacia la cocina.

—¿Y no habéis reclamado? —pregunté—. ¿No habéis escrito a los reyes para que os escuchen?

—Sí... sí... —balbuceó el Almirante, que aún parecía retener en sus ojos la visión de aquellos pechos inmensos.

Debo decir que en aquel momento me extrañó sobremanera la conducta del Almirante. Lo había visto llegar desolado y lúgubre y, sin embargo, por alguna oscura razón, sus ojos parecían haberse achispado tras ver a aquella pulposa criada. Tal vez, pensé, habían sido muchos meses de amarguras y agonías. Quizás el envejecido almirante necesitaba una carne de mujer que le devolviera algo de su vitalidad.

—Sí —volvió a decir el genovés—. He escrito a los reyes varias veces, Amerigo. Pero según parece andan muy entretenidos con la boda de su hija.

Enseguida Christoforo bebió un poco de vino y probó algunos trozos de queso. Tragaba lentamente, como si le pesara el solo hecho de llevarse comida a la boca. Entre bocado y bocado se lamentó de la muerte de Berardi, lo cual no sólo empañaba su corazón, sino también sus ilusiones de organizar un tercer viaje a las Indias. Al fin y al cabo, Berardi había sido uno de los pocos que había confiado ciegamente en sus proyectos y había prestado una gran cantidad de dinero sin chistar. Ahora quizá tendría que recorrer otros pasillos, golpear otras puertas, agujonear el bolsillo de otros banqueros en busca de fondos. Desde luego, todo ello le parecía casi humillante después de lo que había hecho por España. Entretanto, yo pensaba en cuántas volteretas da la fortuna en esta vida. Tiempo atrás la corte lo había erigido en almirante de la mar oceánica, y sin embargo ahora debía arrastrarse como un pordiosero si quería regresar a las Indias.

—Muchos aquí no me tragan por ser italiano —siguió diciendo el genovés—. ¡Qué tontería! ¡Como si Italia se llevara alguna porción de lo descubierto!

Continuamos hablando un buen rato hasta que se hizo de noche en Sevilla y asomaron algunos puntos de luz en el cielo. En un momento Christoforo se puso de pie y comenzó a recorrer la sala. Al parecer, la comida y los vapores del vino lo habían reanimado un poco. Yo veía alumbrarse en sus ojos aquella rara llama de

pasión que ya le conocía de antes, ese mismo brillo que iluminaba su rostro cuando pensaba en sus mares y en sus viajes.

—¡Pero, en fin —dijo de repente—, al menos he visto Catay, Amerigo! ¡De una vez por todas he pisado la tierra firme de Asia!

Yo quedé algo sobresaltado ante la repentina expresión del genovés. No esperaba esa reacción en quien algunas horas atrás había llegado a la casa deshecho en lágrimas y lamentos. Pero más aún me llamó la atención el arranque de euforia del Almirante. Sabía yo que había regresado de Asia tan sólo con un puñado de baratijas: cintos, collares, telas de algodón, máscaras horribles y apenas unas pocas briznas de oro de baja estofa. Durante meses había devorado leguas y leguas de una selva ardiente sin hallar más que alimañas ocultas en el follaje. ¿Dónde diablos estaban, pues, las doradas ciudades de las que había hablado Marco Polo? ¿Qué había de aquellos reinos repletos de mármoles y piedras preciosas? Su entusiasmo parecía más bien el de un loco alucinado. Al preguntarle dónde se hallaban los supuestos tesoros de las Indias, Christoforo respondió:

—Están aún más allá. Os lo aseguro, Amerigo. Yo sólo he visto unas pocas regiones costeras. Los reinos del Gran Kan se hallan algunas jornadas más hacia el Poniente. Si no fuera porque he debido retornar a España a toda prisa, yo mismo los hubiese encontrado.

En ese momento la conversación se desvió de rumbo una vez más. Yo me mostré curioso por saber acerca de ciertas cuestiones de navegación. Quién sabe, pensaba para mí, tal vez fuera a echarme a la mar algún día, y en ese caso era bueno aprender los secretos de aquel océano de fábula que el genovés había cruzado. Al preguntarle qué oscuros secretos y misterios ocultaba el Atlántico en su vasta extensión, Christoforo se quedó en silencio algunos instantes y luego dijo:

—Los vientos, Amerigo. El gran secreto es conocer y domar los vientos del océano. Para un marino no hay nada más imprescindible que saberse de memoria las treinta y dos partes en que se divide la rosa de los vientos. Pero además —agregó en voz baja—, hay otro secreto que debéis conocer: la Tierra no es redonda...

—¿Cómo?

—Calma, hombre, calma. Lo que quiero decir es que no es *exactamente* redonda. ¿Tenéis por casualidad algún mapamundi a mano?

—Algo mejor que eso —respondí.

Me puse de pie de un salto y marché hacia un cuarto vecino al salón intrigado hasta la médula. Poco después regresé con un inmenso y colorido globo terráqueo entre mis manos. Al verlo, el genovés quedó maravillado.

—¡Una esfera de Behaim! —exclamó—. ¿Cómo diablos la habéis obtenido?

—Es sólo una reproducción —expliqué—. Berardi la compró hace algún tiempo a un tendero de la ciudad.

El genovés se mostró fascinado ante el encanto de la esfera. Se trataba de un fino trabajo de cartografía, quizás el primero en mostrar a la Tierra en forma de globo. Lo

había compuesto el célebre Martin de Behaim, en Núremberg, inspirado en el bello mapamundi de Martellus Germanus. Pero Behaim había tenido la feliz idea de cortar su mapa en trozos, pegarlos sobre un globo de latón, e introducir en él un eje de polo a polo, de tal modo que todo el conjunto pudiera imitar el movimiento de rotación terrestre. El mapa en sí mismo era un exquisito trabajo artesanal. Cada continente estaba poblado de seres pintorescos: en la tenebrosa África aparecía dibujado un negro, en Tartaria un príncipe mongol, en Turquía un califa con su turbante. Asimismo, los mares estaban erizados de criaturas extrañas: había sirenas, tritones, delfines enormes con rostro humano. Y cada uno de los océanos estaba pintado de azul, a excepción del mar Rojo, que aparecía coloreado con un brillante rojo bermellón.

Christoforo se inclinó sobre la esfera y la hizo girar lentamente sobre su eje.

—¿Veis aquí? —me dijo mientras apoyaba uno de sus dedos sobre la línea ecuatorial—. Pues bien, he descubierto, Amerigo, que nuestro mundo está lejos de ser una esfera perfecta. Posee ciertas deformaciones y achatamientos. Casi podría decirse que más se parece a una pera que a una naranja. Es como si fuera un... un...

En ese momento regresó una vez más la criada de los pechos generosos. Venía a traer un poco más de vino, queso y aceitunas. Christoforo volvió a quedarse mudo ante la opulenta figura de la muchacha. Sus ojos no podían despegarse de ese busto que parecía a punto de brincarle fuera del escote.

—¡Eso! ¡Una teta! —Exclamó de pronto—. ¡La Tierra es como una enorme teta de mujer! ¡Toda bien redonda salvo allí donde tiene el pezón...!

No necesito decir que la muchacha salió espantada de la habitación y no volvió a regresar en toda la noche. Aquella vez, Christoforo y yo acabamos de hablar de madrugada, cuando ya el sol renacía en los campos de Sevilla. Cansado y muerto de sueño, el genovés se retiró con la promesa de que volveríamos a encontrarnos en los próximos días para hablar de las cuestiones del mar. Pero no sabía yo que, al menos durante bastante tiempo, ambos no volveríamos a vernos. Un hecho ocurrido en esos días cambió el destino de mi vida.



Una semana después de mi encuentro con Colombo, y tras oír algunos rumores en las calles, pude enterarme de que el rey Fernando se hallaba dispuesto a enviar una nueva flota hacia las Indias. De entrada, el propio Christoforo quedaba descartado de la misma. De hecho, lo que buscaba Fernando era precisamente una opinión distinta a la del genovés, alguien que visitara las nuevas tierras y confirmara lo dicho por el Almirante, o bien revelara sus fantasías y exageraciones. Fernando quería hacerse una imagen imparcial de lo que en verdad ocurría allá. Eran tantas las habladurías, tantos los rumores de quienes regresaban, tantas las promesas que le había hecho Christoforo, que el rey ya no sabía si dominaba una tierra de esplendores o un páramo

vacío y desolado.

Por entonces yo llevaba casi cuatro años viviendo en España. Había ido allí a negociar mercancías y durante todo ese tiempo mi vida había estado sujeta a los vaivenes de la fortuna, que unas veces tiene al hombre en la cima de la rueda y otras lo arroja fuera de allí. Pero aquella existencia se me estaba haciendo tan enfadosa como rutinaria. De algún modo necesitaba sacudirme el yugo de la monotonía. Y fue así que, tras haber conocido los azares del comercio y sus estrecheces, decidí un día abandonarlo todo y dedicar mi vida a propósitos más laudables. Casi podía sentir en mi espíritu las encendidas palabras de Ulises, tentado de abandonar sus amores y sus bienes por el susurrante encanto del mar: ni las dulzuras paternas, había confesado el héroe homérico, ni la piedad debida a un padre anciano, ni el amor hacia la joven y hermosa Penélope habían podido vencer su afán de lanzarse al mar abierto y conocer el mundo, los vicios y las virtudes de los hombres.

Y fue entonces cuando me dispuse a viajar y ver parte del orbe y de sus maravillas.



De inmediato escribí una carta al rey Fernando y para mi sorpresa fui elegido para formar parte de una flota de cuatro naves que poco después zarparía hacia las Indias. ¿Cuál fue el motivo de esa elección? Pues aún hoy lo ignoro. Era yo en verdad un marino de cartón, un navegante de la boca para afuera, alguien que sólo había escuchado historias de pilotos en las tabernas y bodegones. Por supuesto, andaba entre carabelas desde hacía tiempo, pero sólo en calidad de mercader, proveyendo el bizcocho o ayudando a preparar una expedición. También había leído un sinfín de tratados de cosmología, conocía una buena cantidad de mapas y cartas náuticas, recordaba las enseñanzas de Toscanelli y las sabrosas lecciones de mi tío Giorgio Antonio. Pero meterse a cruzar el Atlántico en una carabela era cosa más bien de héroe espartano que de sabio ateniense. En otras palabras, yo podía muy bien descifrar las coordenadas de un mapa y leer el registro de algunos instrumentos, pero manejar un astrolabio en tierra firme no es lo mismo que hacerlo bajo una rabiosa tormenta en alta mar.

Aun así, Fernando me eligió para participar en el viaje. Desde luego, no iría yo con mando alguno, sino como un simple veedor. De hecho, si en algo podía haber pesado mi elección debía de ser, quizás, en que no era un mal observador después de todo. Conocía algo de geografías y de mapas, y lo que era aún más importante, sabía leer y escribir, cosa que la mayor parte de la tripulación, y hasta algunos pilotos, ignoraba por completo.

Sea como fuere me vi envuelto en los avatares de una expedición hacia las Indias. Aquello me obligó a dejar casi todos mis bienes y negocios en el aire, ya que un viaje de esa naturaleza, sujeto a tantos riesgos y catástrofes, suponía la posibilidad de no

regresar jamás. Pero me sentía tan atraído por emprender la travesía que no me importó deshacerme de cuantas posesiones tenía hasta entonces. Más aún, aquello fue como una liberación. Sentí que mi vida comenzaba de nuevo, sin pertenencias, sin compromisos que debieran cumplirse, sin deuda alguna que pagar, invadido por la extraña y grácil sensación de no poseer nada. Y en ese maravilloso estado de libertad comencé a vivir los días siguientes, ocupado en los trajines propios de toda expedición, mientras aguardaba ansioso el día de la partida.

Dicho sea de paso, una cierta discreción me impide revelar en esta crónica el nombre de quienes llevaron el mando de las naves. La razón es que aquél era un viaje un tanto diferente de los demás. Ya he dicho que Fernando pretendía comprobar las informaciones del almirante y obtener datos objetivos, ajenos a las tendenciosas opiniones del genovés. Por tal motivo, no era aconsejable para su majestad hacer pública la existencia de este proyecto. Tampoco se trataba de un secreto de Estado, entiéndase bien, sino de mantener una cierta reserva para evitar enfrentamientos. El nombre de los capitanes, tanto como el mío propio, quedó archivado en expedientes a los que sólo el rey Fernando y unos pocos tuvieron acceso. Diré solamente que uno de ellos era un viejo y conocido cartógrafo, y el otro un avezado marino de gran fama en esos años. Pero nada más.



Preparar las cuatro naves fue una tarea de cíclopes. Había escaso presupuesto y para colmo debía obrarse con gran rapidez. El rey había sido terminante:

—Que se arreglen con lo que tengan —había dicho.

Y la orden debía cumplirse a rajatabla, aunque para ello hubiera que aguzar el ingenio y utilizar materiales de segunda mano. En el astillero se hacía todo lo posible. Si no había brea se usaba resina. Si faltaba el hierro se usaban cabos y cordajes. Si no había lienzo para el juanete, pues no habría juanete. Jornada tras jornada invadían el lugar gentes que pedían embarcarse. La variedad era asombrosa: venían costureros y sastres, aprendices de cocina, escribanos, traductores. Algunos eran simples grumetes, hombres con algo de experiencia o marinos de cierta reputación. Pero la mayoría era la escoria de la ribera: vagos andrajosos, rufianes que apuñalarían al Papa a cambio de un trozo de pan. Además, para muchos era tentador el solo hecho de subirse a un barco, y no por el placer de la aventura, sino por los rumores que hablaban de lo bien que se comía a bordo: carne y vino tinto tres veces a la semana, gachas cuatro veces, queso todas las noches y una buena porción de cebollas, puerros, ajos y sardinas.

En el puerto, junto a las naves, yo procuraba supervisar la cargazón de mercancías y vigilar que todo se hiciera en buenos términos. Ya tenía bastante experiencia en los engaños y trapacerías que solían abundar en este negocio, y por tal motivo los capitanes me habían escogido para hacerme cargo de la tarea. A veces también me

ocupaba de reclutar a la tripulación, engorroso trabajo que en ocasiones se volvía un tormento, ya que muchos aspirantes trataban de colarse a bordo como fuera. No faltaban aquellos que traían recomendaciones y cartas de algún príncipe o algún marqués, aun cuando no supieran distinguir entre babor y estribor. La mayor parte de ellos eran jovenzuelos con más ganas que experiencia. Yo los recibía siempre de la misma manera:

—Nombre.

—Juanillo Alonso, señor.

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete años, señor.

—Y dime, Juanillo, ¿eres capaz de robar un gato?

La mayor parte de las veces el muchacho se quedaba mudo ante la pregunta. No sabía qué diablos responder. Pensaba que acaso era una broma por mi parte, que le estaba tomando el pelo o que procuraba hacerlo caer en una trampa a fin de descubrir si era un loco o un retrasado. Sin embargo, no había tal cosa. Ignoraba el muchachote que, después del capitán y los marineros, una buena provisión de gatos era lo más imprescindible en toda bodega de un barco. Allí abajo se reproducen las ratas como en ningún otro sitio. Traen enfermedades, son molestas, devoran la comida y de noche no dejan dormir a causa de su continuo mordisquear y horadar y roer el maderamen del barco. Por esa razón, todo el que quería unirse a la tripulación debía traer consigo algún gato fuerte y saludable. Y como no era de esperar que ningún muchacho de pueblo tuviera con qué comprarlo, debía ser capaz de robárselo a alguien, de preferencia a alguno de los tenderos de la ciudad, que solían atesorarlos a montones dentro de su bodega con el mismo fin.

—Consigue algún gato como sea y te dejaré subir a bordo.



En Cádiz ya estaba todo listo para la partida. Debo decir que ciertos murmullos que se oían por ahí no resultaban demasiado alentadores. Como en toda expedición de largo alcance, sobran los malos augurios.

—Estos cascarones no llegarán siquiera a las Canarias —murmuraban las gentes del puerto.

Algunos decían que los tablones del casco parecían de papel, que las velas estaban podridas, que se veían colonias de gusanos entre las juntas de la madera y que el costillar rezongaba como una vieja chillona. Alguien con ínfulas de brujo anunció que no era aquella una buena época para zarpar debido a la posición de los astros. Pero aun frente a tales pronósticos al fin nos echamos a la mar. Soltamos amarras el día 10 de mayo de 1497, una jornada de sol promisorio y vientos amigables. Todo empezó con un suave crujido de tablas, un ligero bamboleo y por fin la proa apuntando en dirección al mar. En virtud de las prevenciones del rey, partimos

en silencio, sin banderolas ni salvas de cañonazos, y sin el furioso estrépito ni la encendida gritería que suele acompañar una salida de gradas. Sólo se oían, a bordo, el rosario de voces con que la marinería se desplazaba en cubierta y el severo desgañitarse de los capitanes, empeñados en controlar las faenas desde el alcázar. Diré que me asombraba y aún me asombra el torrente de imprecaciones, insultos y groserías que sueltan los marinos españoles en tales casos. No saben pronunciar una sola orden sin acompañarla de toda suerte de maldiciones, blasfemias y palabrotas. ¡Soltad las velas, carajo! ¡Tensad las drizas, hideputas! ¡Cojones, hombres, cojones! ¡Virad a babor, por las bragas del demonio! Pero aquello no es más que el regocijo, el buen humor, el gozo que infla los pechos y suelta las lenguas. A bordo se oyen risotadas y burlas, porque lo bueno está por venir, se huele en el aire salado, en las brisas, en el humo que ya emerge de las cocinas y abre el apetito de los hombres.

CAPÍTULO IX



Durante los primeros días de viaje se descargaron uno tras otro varios aguaceros sobre las naves. Es una extraña sensación ver el agua cayendo de firme sobre las olas. Todo el océano parece oscuro, sólido, acribillado por miles de gotas que le arrancan destellos de espuma blanca. Pese a la lluvia yo salía a cubierta a ver el cielo. No me importaba mojarme. Sentía que el aire salado me embriagaba, me desbocaba el pulso, me devolvía a aquellos audaces tiempos de juventud en que junto a mi tío Giorgio Antonio ambos soñábamos con atravesar el océano. Y ahora por fin yo estaba allí, acodado sobre la barandilla de popa, mientras observaba las costas de España que se alejaban lentamente bajo el manto de la lluvia. Pensaba que atrás había quedado el encierro en ciudades amuralladas, sórdidas, hechas de piedra y tierra. Atrás habían quedado las muchas intrigas de los hombres, las suspicacias mundanas, el acecho y las preocupaciones. Ahora se vivía en aquel mar que todo lo vuelve sublime, en aquel océano abierto que muda el carácter de los hombres y los convierte en dioses.



Habíamos salido de Cádiz y dejado atrás la estrecha garganta donde plantó Hércules sus dos famosas columnas. Sevilla a la derecha y Ceuta a la izquierda. Más allá se abría el ancho mar que sólo unos pocos habían atravesado hasta entonces. Era opinión de Dante que aquel océano era un mar sin gentes, tan misterioso y sombrío

que a ningún navegante le estaba permitido franquearlo. Pero no en vano recordaba yo entonces a Dante. Nos hallábamos en el preciso lugar en que el poeta había labrado la ruina de Ulises. Allí el héroe griego, después de su largo periplo a través del Mediterráneo, había querido aventurarse hada la alta mar. Allí mismo había visto las arenas de Marruecos y la isla de los Sardos. Y desde allí, según cantaba el poeta, se había lanzado tras el sol a través del océano. Pero las nerviosas aguas del Atlántico habían arruinado su sueño. Yo había leído aquellos versos hacía muchísimo tiempo, y sin embargo aún me parecía recordar los terribles lamentos de Ulises. Un furioso torbellino se había levantado en el mar. El viento revolvió las aguas y sacudía la nave. Tres veces le había hecho dar vueltas sobre sí misma. Pero a la cuarta vez la popa se elevó en el aire y empujó al barco hacia el fondo, hundiendo a todos los tripulantes en las profundidades, y arrancando el penoso gemido de Ulises, que desde el abismo decía:

... y luego el mar volvió a cerrarse sobre nosotros.

Algunos días después hicimos nuestra primera escala en las islas Afortunadas, que ahora se llaman Canarias por los muchos perros que según se dice había allí en los primeros tiempos. Una pequeña abertura en los acantilados de la isla Gomera nos sirvió de puerto para las naves. Todo el mundo bajó a tierra con algo de alivio, ya que en los días anteriores la navegación había sido un tanto incómoda a causa del calor y la falta de vientos.

En las Canarias abundaban los manantiales de agua pura y había suficiente leña, cerdos y gallinas para cargar en las naves y abastecernos el resto del trayecto. Por lo demás, aquellas islas maravillaban por sus aires y su clima, que no en vano les habían hecho recibir el nombre de Afortunadas. Los vientos del océano las inundaban de una constante brisa fresca y húmeda. Tan placentera y venturosa era aquella región que los antiguos tenían por cierto que allí debían hallarse los Campos Elíseos.

Los pocos lugareños que habitaban las islas eran gentes apacibles, campesinos que andaban tranquilos entre sus recuas de mulas y sus huertas siempre reverdecidas. Sin embargo, casi todos ellos eran bastante huraños y cerrados. No hacían mucho caso de los pocos navegantes que por entonces comenzaban a frecuentar las islas, acaso por sentirse invadidos en su tranquilidad. Pero quien lograra tirarles de la lengua podía enterarse de algunas sabrosas noticias, como por ejemplo de ciertas expediciones portuguesas que solían rondar por allí en esos años, o de las no muy amigables maneras del almirante Colombo, quien había hecho escala en la Gomera en sus dos viajes anteriores y al parecer no había dejado un buen recuerdo entre los campesinos. A veces, ganada la confianza de algún pastor, era posible oír rumores de naves misteriosas, expediciones anónimas, pilotos desconocidos que alguna vez habían anclado en las islas. Muchas de las historias sonaban a cuento, naturalmente, o a meras fantasías inventadas por labriegos aburridos. Pero en ocasiones se trataba de relatos cuya veracidad era casi indudable. Entre muchas de las historias que he oído

se hablaba de cierta nave tripulada por marinos vascos que, a comienzos de siglo, había hecho allí provisión de agua y leña, y luego seguido viaje hacia Poniente. Cerca de un año más tarde la misma nave había vuelto a aparecer en las islas, pero esta vez con el velamen raído, las tablas comidas por el salitre y algunos de los tripulantes aquejados de una extraña enfermedad. Decían los marinos vascos haberse topado con una tierra enorme al otro lado del océano, una tierra habitada por hombres desnudos, amigos del sol y habladores de una lengua desconocida. Aseguraban que había pájaros de un rarísimo plumaje moteado, serpientes enormes capaces de tragarse entero a un jabalí y muchísimas mariposas de colores nunca vistos. Aquélla debía ser el Asia con que había topado Colombo, aunque estos marineros vascos dijeran haberla visto casi un siglo antes que el genovés. Pero eso no era todo. Desde hacía mucho tiempo, los campesinos de las Canarias sabían que alguna gran porción de tierra debía hallarse hacia Poniente, ya que, a veces, cuando soplaba el viento del oeste, las playas de las islas se llenaban de maderos, cañas, piedras trabajadas, restos de pinos y hasta cadáveres de rasgos desconocidos. En ocasiones, al salir de pesca, muchos traían objetos extraños enmarañados entre sus redes. Podría o no darse crédito a aquellos rumores, pero, en definitiva, quizás el genovés Colombo no había sido el primero en saber de los indios.

Las islas Canarias eran, además, el último bastión para el regocijo de las carnes. Allí se palpaban los últimos muslos de mujer, se acariciaban los últimos pechos, se besaban las últimas bocas antes de emprender la extensa travesía oceánica. Algunos campesinos entregaban a sus propias hijas por unas pocas monedas, y otros hacían lo mismo con sus esposas o hermanas. No obstante, dado que la navegación a través de las islas comenzó a hacerse cada vez más frecuente en esos años, la oferta femenina empezó a cobrar visos de negocio. Cuantas más naves llegaban, más demanda había de mujeres. Y andando el tiempo aquello terminó por convertirse en una ramería. Cierta anciana matrona de Cádiz no había tenido mejor idea que instalarse allí y montar un precario burdel en un galpón de la Gomera. Era una rolliza mujerona ya vieja para el oficio, pero que sabía muy bien cómo entenderse con los rudos marineros que visitaban la isla. Por entonces tenía una media docena de jovencitas que trabajaban a su servicio, todas ellas venidas de la península, y administraba el negocio con tanto provecho que ya soñaba con abrir otro burdel en las islas de Cabo Verde. Lo que nunca había logrado era poner bajo su tutela a alguna muchacha de la isla, ya que los celosos campesinos veían con malos ojos tener que compartir los beneficios. De hecho, a veces solían apedrearle el negocio y harían lo imposible por echarla de allí. Pero la mujer tenía más cojones que un guerrero y no se dejaba amedrentar por nadie. Años después, con ocasión de otro de mis viajes, volví a encontrarla en aquella misma situación. Estaba tan gorda como un barril, envuelta en baratijas de orfebrería y pintarrajeada de la cabeza a los pies. Sin embargo, el negocio parecía marchar viento en popa. Tenía ya más de medio centenar de muchachas que trabajaban para ella, incluidas algunas indias que se había hecho traer del otro lado

del océano.

—¿Amerigo? —Me dijo al verme en aquella ocasión—. Sí, yo te recuerdo bien; tú quisiste largarte sin pagarme una vez...

Ocho días en total permanecimos anclados en las Canarias. La mañana de nuestra partida se rezaron las consabidas plegarias, los marinos cargaron las naves con provisiones y hubo abrazos y promesas en el puerto. Un último calor de mujer quedó impregnado en la piel de los hombres. Y de nuevo se izaron los trapos y se amarraron los cordajes y se oyó el ronco vozarrón de los capitanes con su arenga de insultos y palabrotas. Ahora sí entraríamos en el verdadero océano. Hasta aquí el viaje había sido sencillo y sin grandes tropiezos. Estas islas eran como un último eslabón de Europa, y se tenía allí la sensación de estar aún en casa. Pero de entonces en adelante entraríamos en un ancho y desconocido piélago. ¿Qué endiablada fortuna nos aguardaría? ¿Qué planes tendrían los dioses para nosotros? Ahora comenzaban a vislumbrarse gestos de miedo en el rostro de los hombres. Lo que se abría a nuestros ojos era algo más que un inmenso océano. Era el terror a las tormentas, a las aguas amenazantes, a los abismos sin retorno. Nada costaba imaginar el viento furioso dando capirotazos en el velamen, o las olas batiendo sobre los cascos, o el armazón del buque reventando en pedazos, o tal vez esas horribles noches en que nada se mueve, cuando las velas parecen espectros y todo huele a muerte. Mirábamos hacia el horizonte abierto y sólo se veía la nada. Todo era un inmenso desierto de agua y silencio. Y ante aquella inescrutable visión descubríamos nuestra propia y absurda pequeñez. Sentíamos el frío del mar en los huesos, la náusea en las tripas, la oscuridad en el alma. ¿Cómo sería posible cruzar aquel averno sin la ayuda de los dioses? Quizás estuviéramos locos al adentrarnos en aquel mar cargado de sueños, pero también de tempestades y misterios.



Algunas noches salía yo a cubierta a caminar y oler el perfume del océano. Eran noches claras y silenciosas. Dada la latitud en que nos hallábamos, el aire era templado y soplaba una brisa tenue que hacía deslizarse las naves con gran majestuosidad. A lo lejos se veían chispazos de luz, estrellas fugaces que rasgaban el cielo y acababan hundiéndose en el mar. Ciertas noches el aire estaba tan cálido y sereno que algunos de los hombres se ponían a dormir en cubierta. No había luces en el barco, a excepción de una tenue lámpara de aceite que se bamboleaba sobre el entrepuente. Pero la luz era tan débil que apenas formaba un pequeño halo ambarino a su alrededor. Toda la nave estaba en penumbra, y los trapos que colgaban de los mástiles no parecían velas, sino las vestiduras de un fantasma.

Cierta noche, en cubierta, mientras oía el rumor del mar apoyado sobre la barandilla, noté la presencia de un joven grumete que se paró a mi lado. Estaba demasiado oscuro, pero aun así me pareció que el pobre debía de estar algo asustado,

ya que se le oía castañetear los dientes. Al preguntarle qué diablos le ocurría, el muchacho se acercó aún más, me miró con sus ojos llenos de espanto y dijo:

—¿Usted cree que será verdad lo que dicen, señor Amerigo?

—¿De qué hablas? —volví a preguntarle.

—Todas esas historias de monstruos, señor Amerigo. Allá en Cádiz los hombres dicen que en el fondo del mar habitan criaturas peligrosas y horribles.

Yo hice un leve gesto para tratar de calmarlo. Por supuesto, conocía cientos de aquellas historias desde que era niño. Estaban en boca de muchos hombres de mar y hasta de ciertos eruditos. Pero no era muy cuerdo tomarlas al pie de la letra. No obstante, el muchacho parecía tenerlas por ciertas.

—Sí, señor Amerigo —insistió—. He oído cosas muy extrañas sobre el océano. Se habla de serpientes gigantescas que habitan bajo las aguas; se dice que hay pulpos enormes que pueden envolver una nave con sus tentáculos y luego destrozarla en pedazos...

El joven seguía demasiado inquieto y temeroso. En la oscuridad, yo creía ver sus ojos abiertos como dos uvas espiando la superficie del mar, como si de un momento a otro fuera a surgir una bestia submarina dispuesta a tragarse el barco entero.

—No debes hacer caso de esas leyendas —le dije.

—¡Pero no son leyendas, señor Amerigo! —Se obstinó el muchacho—. Sé de naves que llevan enormes campanas y las hacen sonar durante la noche para ahuyentar a esas criaturas.

—Eso son tonterías —insistí.

Sin embargo, debo reconocer que en mi propia voz notaba yo un ligero matiz de incertidumbre. Aunque conocí las muchas habladurías acerca de los fondos del océano, casi todas poco dignas de crédito, no lograba evitar que me corriera un ligero escalofrío por la espalda al ver esas aguas oscuras, ese mar tenebroso que corría bajo la nave. En última instancia, ¿quién podía saber qué endemoniadas criaturas habitarían en ese abismo? Era bien largo el catálogo de historias que se conocían al respecto. Se hablaba de engendros terribles como Escila y Caribdis; de horribles lagartos que solían caer sobre las naves y hundirlas bajo su propio peso; de ogros capaces de provocar trombas marinas; de grandes cangrejos; de dragones que podían engullir a una flota entera. Y, por supuesto, allí estaba el relato bíblico del Leviatán, aquel monstruo tan feroz que el mar se retiraba a su paso; o la historia del pobre Jonás, tragado y regurgitado por una enorme ballena; o la numerosa y temible fauna submarina de la que había hablado Plinio en sus páginas. Por cierto, yo no era hombre dado a supercherías de ninguna clase, ni aficionado a creer en las muchas tonterías y rumores que circulaban entre el vulgo. Pero allí, en alta mar, intimidado por la reciedumbre de aquellas aguas, me descubría tan crédulo y supersticioso como aquel joven grumete.

No obstante, procuré infundirle ánimos.

—No te preocupes —le dije—. Nada va a sucedernos.

En ese momento se oyeron pasos detrás de nosotros. Un instante después emergió de entre la oscuridad la silueta de otro joven grumete que viajaba a bordo de la nave. Había estado escuchando la conversación desde las sombras y tenía en los ojos el mismo aire de espanto que su compañero.

—¿Y qué hay del fin del mundo, señor Amerigo? —me preguntó.

Yo dejé escapar una sonrisa que se diluyó en la oscuridad.

—Sí —insistió el muchacho—. Allá en el pueblo dicen que el océano se acaba alguna vez y que las naves caen al vacío...

—¿Es verdad eso, señor Amerigo? —Preguntó el otro muchacho—. ¿Es verdad que hay enormes precipicios allá donde termina el mar?

Debo confesar que en ese instante me sentí incapaz de responder. Desde luego, podía haberles dicho que la redondez de la Tierra era un hecho comprobado y vuelto a comprobar, que no existía abismo alguno en ningún sitio, tal como no podía haberlo en un cuerpo esférico. Pero ciertas leyendas estaban demasiado arraigadas en la mente del vulgo. Aquellos dos jóvenes, tanto como la mayoría de las gentes poco ilustradas, estaban más dispuestos a creer en algún horroroso dragón antes que en la esfericidad del globo. Ni aun si lo hubieran comprobado por sí mismos habrían sido capaces de eludir el engaño. Para zanjar el asunto de una buena vez, me volví hacia ambos y dije:

—Idos a dormir, que mañana habrá mucho que hacer a bordo.



He de confesar que, más allá de las supercherías, ocurren cosas extrañas en alta mar. Casi todo el tiempo navegábamos en calma, rodeados por una inmensa soledad que estremecía el espíritu, Pero a veces el océano parecía despertar de su letargo y poblarse de imágenes espectrales. De pronto, como salidas de la nada, se veían cosas que aparecían y desaparecían, sonidos misteriosos que llegaban de ninguna parte. Por cierto, una sensación de rara quietud solía instalarse en el mar hacia el mediodía, cuando el sol se derramaba sobre la cubierta y hacía hervir los aires. A esa hora la línea del horizonte se volvía confusa, imprecisa, desdibujada. El mar entero semejaba un extenso páramo, un desierto en el que asomaban espejismos y fantasmagorías. Con frecuencia alguien de la tripulación creía avistar algún barco o algún islote. Pero un rato después ya no había nada. Era tan sólo una ensoñación, un delirio causado por los ardores del mediodía.

A veces se escuchaba un rumor abisal, las aguas parecían trastornarse, el aire se detenía y de pronto asomaba desde las profundidades una gran bestia de piel reluciente, erizada de hongos y musgos que semejaban piedras incrustadas. Toda su monstruosa estampa recordaba a la de una gran criatura mitológica. Se movía con lentitud, casi con desgana, y parecía contemplarnos con ojos inexpresivos y misteriosos. Durante una o dos millas acompañaba a nuestras naves, nadando

majestuosa entre las aguas, y luego se hundía una vez más a encontrarse nuevamente con sus moradas oscuras y silenciosas. Algunos creían ver malos augurios en esa clase de apariciones. Un jovenzuelo algo temeroso hasta solía arrojarse de rodillas en cubierta y rezar una desesperada plegaria para ahuyentar al demonio. Pero gracias al cielo nadie llegó a enfermar de locura, cosa harto frecuente entre la joven e inexperta marinería.

Una tarde parecieron encrespase las olas, como si el mar se hubiese puesto a hervir de repente. Un alboroto de voces arrojó a todos los marinos hacia estribor. Y allí, sobre las aguas, entregados a una danza de cabriolas y revoltijos, vimos un cardumen de delfines que seguía el recorrido de nuestra nave. Daban volteretas, brincaban, se hundían y volvían a salir en un estallido de espumas que se sumaban a la estela del barco. Toda la tripulación estaba fascinada ante el espectáculo.

—¡Sonríen! —Gritaba alguno de los hombres—. ¿Habéis visto cómo los muy cabrones sonríen?

Y en verdad aquellas curiosas criaturas parecían querer decirnos algo con su alfabeto de piruetas y corcovos. Acaso eran emisarios de Poseidón, miembros de su cortejo de tritones enviados por el dios para anunciarnos alguna tormenta o quizá para vigilar nuestra ruta. Aquella vez, el jovenzuelo de las plegarias no corrió a echarse de rodillas, pero según dijo uno de sus compañeros, había encendido una vela junto a su camastro y no paraba de invocar a la Virgen durante todo el día.



Hacia la hora del crepúsculo, terminadas ya las faenas de a bordo, algunos hombres salían a andar por cubierta y a dejarse acariciar por el aire marino. Sólo quedaban en sus puestos el timonel, un vigía trepado a las cofas y el capitán, que solía encerrarse en su camarote a lidiar con sus cartas de navegación. Ya se habían barrido las cubiertas, se había echado vinagre en los pisos, revisado las calas, ensebado los cordajes y ajustado los cabos. Ahora los hombres se distendían de sus tareas diarias y gozaban de un bien merecido descanso. La mayoría solía echarse a oír el rumor del mar. Pero unos pocos, atraídos por la curiosidad, se reunían en torno a mí para oír historias de la lejana Florencia.

—¡Cuéntenos más, señor Amerigo —pedían a coro—, cuéntenos más sobre la bella Simonetta!

—¡Ah, la bella Simonetta! —Suspiraba yo ante la petición de los grumetes—. Jamás habéis visto ni jamás veréis una mujer más hermosa...

Y luego les contaba deliciosas historias acerca de aquella joven que había sido la criatura más dulce y encantadora que mis ojos hubieran conocido jamás. Aún recuerdo la primera vez que la vi. Yo era apenas un mozo. Ella había llegado a Florencia con sus jóvenes veinte años, y toda la ciudad había quedado hechizada ante su hermosura. Sin duda alguna tenía el don de embrujar a los hombres, de dejarlos

boquiabiertos, suspendidos en un suave éxtasis de ensueño. Había venido desde Roma, donde prelados y cardenales la habían agasajado en una fastuosa ceremonia en su honor, y hasta el propio Papa le había cantado misa en San Pedro. Más tarde había arribado a nuestra ciudad, invitada a la boda entre el señor de Ferrara y la hija del rey de Nápoles, aunque a decir verdad, el pomposo baile más parecía hecho en atención a ella que para honra de los propios novios.

Aquellas tardes en cubierta yo gustaba de evocar a la bella Simonetta, pero también, como una forma de enardecer la imaginación de los marinos, me permitía inventar historias sabrosas y algo picantes acerca de la hermosa joven.

—Imaginad música de laúdes —susurraba ante los jóvenes—. Sobre las mesas hay exquisitos manjares, vino del mejor, manteles adamascados, copas de fino cristal. En el aire flota el suave perfume de las flores. ¿Podéis sentirlo?

Algunos marineros cerraban los ojos y parecían inmersos en un sueño. Eran muchachones algo toscos y de pocas luces. Pero allí, en medio del océano, la imaginación de los hombres parece acalorarse con mayor facilidad.

—Ahora mirad hacia allá —continuaba yo—, mirad entre los lirios del jardín. ¿Veis ese grupo de muchachas? Simonetta está entre ellas. Es la del vestido púrpura y los ojos del color del cielo. ¿Podéis verla? ¿Notáis los hilos de perlas que se anudan en sus cabellos? Es hermosa, ¿verdad? Ahora fijaos cómo sonrío. ¿No son encantadores sus labios? ¿Y esos hoyuelos que se forman en sus mejillas?

En el rostro de algunos hombres se dibujaba una sonrisa de placer. Se descubrían como arrobados, subyugados ante el relato.

—Os gustaría acariciar sus cabellos, ¿no es así? —continuaba—. Pues hacedlo, id hacia ella. No dejéis que se vaya con algún otro. Eso es, muy bien. Ahora estáis junto a la hermosa Simonetta y podéis sentir la delicada tersura de esos cabellos rubios como el trigo. Pero ¿qué esperáis? Abrazadla por la cintura, vamos, abrazadla y dejaos invadir por el calor de su piel. Es suave y blanca y huele a azahares, ¿no es verdad? Ahora ella os mira con sus ojos del color del cielo. Parece estar encantada de que la toméis en vuestros brazos. Le habéis gustado... Pero ¿qué ocurre ahora? Ella os toma de la mano y lentamente os conduce hacia un sitio apartado, lejos de todos los invitados. Es un pequeño remanso entre la hierba en donde cantan los ruiseñores. Estáis allí los dos solos, envueltos por el aire tibio de la mañana y por el verde suave de los pastos. Simonetta os sonrío dulcemente y, ¡oh, caramba!, os pide que le quitéis el vestido. ¡Vamos, hacedlo! ¿Qué esperáis? ¡Quitadle su hermoso vestido y complaced sus deseos! Eso es, así, con mucha lentitud. Ahora podéis verla desnuda, blanca como un lirio de agua y con esos dorados cabellos que parecen manantiales de miel. ¿Notáis la ternura de su mirada? Os está pidiendo que la beséis. ¡Vamos! ¿Qué diablos esperáis? Besadla, besadla de una vez y acariciad su rostro y sus hombros y sus piernas y...

De pronto uno de los grumetes parecía despertar del hechizo.

—¡Basta! —gritaba—. ¡Basta ya, por el amor de Dios!

—¿Pero qué os ocurre? —preguntaba yo.

El muchacho se tomaba la cabeza entre las manos y miraba hacia el mar.

—¡Pues que si continuáis hablando acabaré por echarme al agua y nadar hasta Florencia!

CAPÍTULO X



Atardecer en el mar. No temo decir que nada hay comparable en belleza y esplendor a ese momento. Cuando el sol empieza a caer sobre las aguas del océano, todo el cielo parece encenderse en colores de fuego, como si un gigantesco incendio tuviese lugar en los abismos del horizonte. El maderamen de las naves toma un tono parduzco, semejante al del pellejo de un alazán. Los herrajes se vuelven cobrizos. Las jarcias y aparejos se tiñen de canela. La arboladura parece un racimo de antorchas y las velas arden como llamas de oro. Mis ojos solían regocijarse hasta la saciedad ante aquel inmenso y emocionante espectáculo. Casi siempre me echaba sobre los maderos de la popa y desde allí contemplaba el paño de las velas, que parecía un gigantesco lienzo bañado en miel. A veces imaginaba estar lejos, muy lejos de la nave, quizá flotando sobre algún bote de remos, y desde allí la observaba en la distancia. Veía el casco de madera y las velas que llameaban por la luz del sol. Y todo parecía como un bellissimo aguafuerte de ocres, dorados y rojos.

Algo muy diferente ocurre durante las mañanas en alta mar. A esa hora del día parece flotar un silencio casi sobrenatural en el aire. Los hombres comienzan a despertar y a espabilarse del sueño. Algunos se echan cubos de agua de mar en la cabeza para lavarse un poco. El escozor de la sal es un tanto molesto y hace arder la piel, pero menos aún se soportan el sudor y la roña. De las cocinas ya emerge el aroma de los bizcochos recién horneados, y se ven algunos grumetes haciendo fila para obtener su ración. Sin duda alguna, los aires marinos suelen despertar un hambre

voraz en la tripulación. Tanto es así que, en aquel viaje, nuestro capitán había juzgado oportuno apostar un guardia en la bodega para impedir saqueos o incursiones nocturnas.

Después de tragar su bizcocho la marinería se entregaba a las tareas del día. Había mucho que hacer y era preciso acabar lo más pronto posible, antes de que el sol cayera de lleno y pusiera a arder las cubiertas. En cambio a esa hora de la mañana el aire era fresco y olía a esperanza. Tal vez hoy, murmuraban los hombres, tal vez esta misma tarde o esta misma noche avistemos Asia y, quién sabe, soñaban algunos, acaso demos con los palacios de oro y jade que no ha podido hallar el Almirante.



Alguna de aquellas tardes andaba yo por cubierta cuando vi a un grupo de marinos arracimados bajo las velas. La mayor parte de ellos se hallaban echados en el piso de madera o apoyados contra las bordas. Escuchaban embelesados a un grumete que tenía un libro entre sus manos y trataba de leerles algunos pasajes. Al acercarme al grupo escuché al muchacho que decía:

—Con tal compañía estando el rey Lisuarte, en tanto placer como oídes, queriendo ya la fortuna comenzar su obra con que aquella gran fiesta en turbación puesta fuese, entró por la puerta del palacio una doncella asaz hermosa, cubierta de luto, e hincando los hinojos ante el Rey, le dijo:

»—Señor, todos han placer, sino yo sola, que he cuita e tristeza, e la no puedo perder sino por vos.

»—Amiga —dijo el Rey—, ¿qué cuita es esa que habéis?

Entonces la doncella refirió, llorando, que su padre sufría injusta prisión de que sólo podían hacerle libre los dos mejores caballeros del mundo. Tanto impresionaron sus palabras y lágrimas a la Reina y al Rey, que le dieron a don Galaor y a Amadís para que fueran a libertar al prisionero, ya que otros mejores caballeros en parte alguna se podrían hallar...

De pronto el muchacho calló su voz y cerró el libro. Frente a él se hallaba fray Jesús de Cárdenas hecho una furia.

—¿Pero qué disparates son éstos? —preguntó el fraile, enfadado.

El grumete se había sorprendido tanto ante la aparición de fray Jesús que el libro casi se le cae de entre las manos. Entre la marinería asomaron algunos murmullos de reprobación. Todos querían seguir oyendo aquel relato que los cautivaba y llenaba de curiosidad. Pero al parecer fray Jesús reprobaba con gran dureza aquellas lecturas.

—¡He preguntado qué disparates son éstos! —insistió con una mueca de irritación.

El grumete que había estado leyendo se puso de pie, caminó hacia el sacerdote y con el rostro algo avergonzado le extendió el libro que tenía entre sus manos.

—Es el *Amadís de Gaula*, vuestra merced —respondió con toda inocencia—. ¿No conocéis el *Amadís*?

—¡Por supuesto que lo conozco! —Rezongó el fraile—. ¿Pero qué hacéis leyendo esas cosas? ¿Acaso no sabéis que corrompen la mente y ensucian el alma?

Tanto el grumete del libro como los que estaban oyendo se quedaron sorprendidos. Sabían que fray Jesús de Cárdenas era un hombre severo y puntilloso, de esos que poseen el temple sanguíneo y suelen rabiar de cólera ante la menor controversia. La corona lo había metido en aquellas naves con el propósito de regar la fe de Cristo en los pueblos que se descubrieran. Pero fray Jesús no sólo aspiraba a enseñar el Evangelio en las Indias, sino también a hacer lo propio con aquel rebaño de marineros que viajaban a bordo, gentes rudas, ignorantes y no muy interesadas en cuestiones de religión. Por ese motivo se había enfadado tanto al oír a aquel grumete, acaso el único que sabía leer de toda la tripulación, y que no había tenido mejor idea que deleitar a sus compañeros con sabrosos pasajes del *Amadís*.

—No comprendo, vuestra merced —balbuceó el muchacho.

—¿No comprendéis, eh? —Rugió el fraile—. ¡Pues esas lecturas infames no sirven para nada! ¡Lo único que harán es calentaros el cerebro!

Los grumetes apenas entendían los recelos del fraile. Hasta donde yo sé, la marinería ha gustado siempre de oír aquellos entretenidos relatos de caballeros andantes, repletos de princesas, dragones, espadas y gigantes de fuerza descomunal. En verdad, en casi toda España el vulgo seguía con apasionado entusiasmo las sagas del *Amadís de Gaula*, de *Palmerín de Inglaterra*, de *Tirante el Blanco*, de *Tristán de Leonis*, así como el *Primaleón*, la *Celestina* y la *Cárcel de Amor*, que se vendían como pan caliente en las tiendas y librerías. Pero desde hacía algún tiempo, muchos frailes y doctores venían llevando adelante una feroz cruzada en contra de aquella clase de literatura. Tales librejos, alegaban los doctores, apartaban al hombre de las obras serias y edificantes, llenaban su cabeza de imaginaciones febriles e incitaban a la más horrenda sensualidad. Algunos sabios y hombres de letras habían llegado a componer serios tratados condenando las malas influencias de esos libros entre el vulgo. ¡Qué no habían dicho sobre aquellos folletines morbosos y destructores! Con una proverbial solemnidad afirmaban que eran abyectos, que hacían al hombre insidioso, que inflamaban y agitaban la codicia, que encendían deseos sucios y bestiales, que roían la moral de la humanidad. Por cierto, muchos habían reclamado su prohibición por parte de las autoridades, y hasta había un sabio filósofo que decía que era preferible perder la vista y el oído antes que probar el veneno de esas historias de amores y combates.

—¡Pero, vuestra merced! —Gimoteó el grumete—. A los hombres les encantan estos relatos...

—¡Ya lo creo! —replicó fray Jesús enojado—. ¡Sin embargo, no son más que inmundas patrañas y engañifas! Vosotros, señores, en vez de cultivar vuestro espíritu con obras edificantes, preferís entregaros a esa clase de bajezas que sólo os contaminan el alma. No entendéis que os estáis dejando arrastrar por todas esas fantasías y hasta llegáis a creerlas de verdad. ¿O no es así? Vuestra imaginación se

llena de invenciones y termináis pensando que el mundo es como en esos disparatados folletines. ¡Decidme, decidme que estoy equivocado si no! Ya no sabéis distinguir entre la realidad y la ficción. ¿O acaso creéis que es verdad lo de esos gigantes y dragones? ¿Pensáis que puede un solo caballero enfrentarse con su espada a un gigante, sufrir cuatrocientas heridas en el cuerpo, ser dejado por muerto y sin embargo al día siguiente levantarse sano y salvo y tornar a hacer armas con otros gigantes, luchar como un tigre y vencerlos, y después trepar a un castillo erizado de peligros, rescatar a una hermosa doncella, ganar su amor, casarse más tarde y por fin vivir envuelto entre sedas y oros y joyas? ¡Qué locura, señores! ¡Qué locura es disfrutar con esa clase de vanidades!

Fray Jesús estaba a punto de estallar de irritación. Los ojos se le habían vuelto dos bolas de fuego. Aferraba en su mano un crucifijo al que parecía a punto de estrangular. Tal expresión tenía en el rostro que hasta los marineros se habían asustado.

—Calmaos, vuestra merced —le rogó el grumete con suavidad—. Si tanto os enfadan estas lecturas, decidnos qué conviene leer, qué puede sernos de utilidad y provecho a mí y a mis compañeros.

En ese momento el fraile pareció recuperar la moderación. Destensó sus manos y poco a poco le volvió el color al rostro.

—Muy bien —balbuceó—. ¿Queréis narraciones edificantes? Pues entonces leed historias de varones ejemplares, vidas de santos, devocionarios, libros de catecismo...

—¡Pero esas cosas son aburridas, vuestra merced!

—¡Pues entonces no leáis nada! —gritó enojado.

Y en ese mismo instante, como si fuera un tigre, se abalanzó sobre el grumete, le arrancó el *Amadís* de las manos y con gran violencia lo arrojó al mar.

—¡Cualquier cosa —gritó mientras se marchaba—, cualquier cosa es mejor que esa maldita ponzoña que teníais entre las manos!



Durante los días siguientes navegamos sobre un extraño colchón de algas que cubría la superficie del agua. Habían aparecido de pronto en mitad del océano, y era tan rara su presencia allí que algunos llegaron a pensar que la tierra no debía de andar lejos. Flotaban sobre las olas y enturbiaban el mar hasta tal punto que todo semejaba un enorme lodazal. Muchas se pegaban a los maderos del casco y las arrastrábamos como si fuesen racimos de guirnaldas. También había algunos pequeños cangrejos del tamaño de un pulgar enredados entre la maraña. Uno de los hombres pescó algunas algas con un bichero y entonces vimos que eran de un color verde muy oscuro y del tamaño aproximado de un codo. En sí mismas no tenían nada de raro, pero aun así despertaron ciertos temores entre la marinería.

—¿Y qué tal si más adelante se hacen más grandes? —Preguntó uno de los

grumetes—. ¿No podríamos quedarnos enredados aquí para siempre?

Otros se veían presa de riesgos aún más inminentes.

—Si hay algas en la superficie, de seguro debe haber rocas abajo —opinó el timonel.

—¿Rocas? —preguntó otro de los grumetes alarmado—. Eso quiere decir que podemos encallar en cualquier momento, ¿no es así?

—Y en medio del mar... —agregó otro, más asustado aún.

En ese momento, mientras revisaba un trozo de aquellas algas verdosas, el capitán del barco se me aproximó con un gesto de preocupación en el rostro.

—¿Tú qué crees, Amerigo? —preguntó—. ¿Qué diablos hacen aquí estas algas?

—No estoy muy seguro —observé con algo de resquemor—, pero si no me equivoco, puede que el viejo Platón estuviera en lo cierto.

Y ante la mirada perpleja de mi interlocutor le hablé de la vieja leyenda de la Atlántida, aquella que tantas veces había oído en mi infancia de boca de Giorgio Antonio, y según la cual debajo de este océano debía de hallarse todo un inmenso continente sumergido hacía muchísimo tiempo. En una de sus obras Platón había escrito que, tras aquel colosal hundimiento, una vasta capa de lodo y algas habría permanecido en la superficie del mar. Poco después el lodo se habría disuelto entre el oleaje y hundido en el fondo del océano. Pero todo un gran manto de algas habría quedado flotando como un triste recuerdo del continente perdido.

—Sin duda —agregué—, éste es el Mar de los Sargazos.

Algunos días más tarde salimos del enredo de algas y continuamos navegando en dirección al oeste. En lo que a mi trabajo respecta, que consistía en determinar alturas y posiciones, debo decir que no las tenía todas conmigo. Medir las distancias y longitudes no era una tarea sencilla, dado que no había medios para calcular el tiempo con la suficiente exactitud. Entre otras cosas no podíamos utilizar relojes, pues el movimiento de la nave alteraba los mecanismos. De hecho, si bien traíamos a bordo un par de relojes de arena, las constantes sacudidas y bamboleos llegaban a atrasar el tiempo hasta cuatro minutos por hora, lo que en alta mar puede traer serios problemas en el momento de establecer el rumbo correcto. El defecto era del todo insalvable, y no lo lográbamos remediarlo aun cuando colgáramos las ampolletas en el aire para mantenerlas fuera de los embates de las olas. Además, siempre se perdían algunos segundos al dar vuelta el reloj, o bien la arena se humedecía de tal forma que se estancaba en el cuello de las ampolletas. Para colmo, el grumete que vigilaba los relojes era algo corto de seso, y en ocasiones se olvidaba o se quedaba dormido a la hora de voltearlos.

Por fortuna, y pese a aquellos contratiempos, avanzábamos a paso bastante regular. Salvo por algunos ventarrones que soplaban de vez en cuando, la mayor parte del tiempo las naves cabeceaban sobre el oleaje a una velocidad constante, la cual me encargaba de medir arrojando al agua un trozo de madera desde la proa y contando el tiempo en que la popa tardaba en alcanzarlo. Para ello me valía de una pequeña

ampolleta de un minuto, aunque algunos días después, hecha añicos por la torpeza de aquel mismo grumete, debí utilizar mi propio pulso para medir el tiempo.

Cierta noche, resuelto a gozar de la ternura del clima y de los aires calmos, permanecí en cubierta junto a unos obenques hasta quedarme dormido. Recuerdo haber soñado que al fin arribábamos a un sitio fabuloso, hecho con ribetes de leyenda y donde todo parecía permanecer en estado casi virginal. No había allí edificios ni iglesias ni construcción alguna. Ni siquiera se veían hombres o animales. Tan sólo había silencio, y apenas se divisaba entre la vegetación la huella de alguna criatura imposible de reconocer. Recuerdo que parecía reinar una quietud y un sosiego tan apacibles que todo parecía inmóvil. Pero había algo extraño en aquel escenario. En mi sueño tenía yo la rara sensación de estar extraviado en el tiempo, como si me hallara en los primeros días de la Creación del mundo. Todo a mi alrededor parecía a medio hacer, envuelto en un aura de pureza, de nitidez, de perfección. Acaso la mano del Creador aún estaría modelando el barro original, dando forma a las rocas y a los árboles, fraguando cada playa y cada rincón de esta tierra. Quizá ni siquiera el tiempo mismo habría sido inventado aún. El Señor estaría aguardando el momento oportuno de echar a andar el gigantesco reloj del Universo, con el implacable paso de sus horas, minutos y segundos que todo lo corrompen.

Entonces me dije a mí mismo que, naturalmente, aquello debía de ser un sueño. No podía ser de otra manera, ya que todo a mi alrededor se veía como en una vaga y brumosa alucinación. El aire mismo olía como huele en los sueños, con una suave y confusa fragancia a tierra mojada y vahos de selva.

Pero entonces me desperté, sacudido por una mano que me palmeaba el hombro con insistencia.

—Amerigo, Amerigo, despierta —susurró una voz.

Yo abrí los ojos y apenas alcancé a distinguir un suave color rosado en el cielo. Estaba amaneciendo, y lentamente las sombras de la noche se iban disipando ante la ambigua claridad del alba. Entonces me puse de pie y sentí que los huesos me chillaban como madera vieja. Hacía algo de frío. Los maderos del barco ya no guardaban la tibieza del día anterior y había una finísima neblina que flotaba sobre la superficie del mar.

—¿Por qué me has despertado? —pregunté sorprendido.

—¿No lo notas? —dijo el marino.

—¿Qué cosa?

El hombre miró hacia la línea del horizonte y alzó la nariz como hacen los perros cuando husmean el aire.

—El mar —dijo—. El mar huele raro...

Yo sacudí mis ropas, asomé la cabeza por encima de la barandilla y aspiré un poco del aire oceánico. Ciertamente, el mar tenía un olor distinto, un olor que parecía no venir de ninguna parte. No eran los vapores que emergían de las cocinas, ni era el tufo de las bodegas, donde a veces los alimentos se echaban a perder. Tampoco era la

sentina, ni el olor de la brea, ni el salitre del mar. Las ráfagas que llegaban del océano parecían tener una suave fragancia a tierra mojada y vahos de selva.

—Sí, tienes razón —contesté—. Me parece que al fin hemos llegado.



Aquel mismo día, hacia las primeras horas de la tarde, uno de los vigías alcanzó a ver la costa de las Indias. Casi de inmediato comenzaron a revolotear sobre las naves algunos alcatraces y otros pájaros que llaman rabos de junco. Por fin habíamos llegado a nuestro destino tras casi cuarenta días de viaje. A unas pocas leguas de la costa empezó el hervor entre la marinería, el mismo hervor y excitación que preceden a cualquier arribo a tierra, pero multiplicado aún más esta vez, dado el ignoto sitio al que habíamos llegado. En verdad, no sabíamos ni remotamente en qué parte de Asia nos hallábamos. Quizás en tierras de Cipango, quizás en los fabulosos dominios del Gran Kan, o tal vez en la misma primitiva jungla habitada por indios a la que había llegado el genovés unos años antes.

A la mañana siguiente los vientos nos empujaron hacia una franja de tierra verde junto al agua. Era como una especie de lengua de selva que parecía emerger del mar, y, curiosamente, se parecía demasiado al virginal escenario con el que había soñado la noche anterior. Al recordarlo, tuve la extraña sensación de que toda aquella mata de jungla debía de ser tan pura y fresca como en el primer día de la Creación.

Anclamos las naves a legua y media de la costa^[1]. Echamos los bateles al mar y un rato después alcanzamos un cordón de arenas suaves y finas, tan blancas que hacían arder los ojos. Desde el intenso follaje nos llegaban los perfumes de la selva. El aire transportaba una rara mezcla de olores a leña húmeda, a frutas maduras, a flores, a lagunas de agua dulce, a resinas desconocidas. Pero desde la maleza también llegaban olores humanos. Pronto advertimos que había algunos indios agazapados tras la vegetación. Apenas se veían sus ojillos asustadizos, sus negras pupilas confundidas entre matas de bejuco y espesos cañaverales. Procuramos hacerles gestos de paz y amistad y agitamos en el aire algunos de esos regalos que toda embajada lleva consigo a modo de ofrenda. Pero los indios no se movieron de su lugar. Tal vez les aterraban nuestras figuras, mitad hombre y mitad hierro, o acaso veían algo maléfico en el acerado brillo de nuestras espadas.

Sea como fuere, cuando los indios se retiraron hacia el interior de la selva, hicimos un pequeño campamento y pasamos casi todo el día echados sobre la playa, felices de estar en esta tierra nueva que se abría a nuestros pies, hasta que la noche se cerró sobre nosotros y decidimos abandonar el lugar. Las naves estaban ancladas en medio del mar, sin abrigo alguno y a merced del oleaje, por lo que era preciso buscar algún sitio a modo de ensenada en el que pudiesen estar seguras. Una vez a bordo navegamos hacia el norte durante dos días y dos noches, continuamente seguidos por grupos de indios que nos observaban desde la playa, y a la mañana del tercer día

hallamos un sitio seguro para echar el ancla. Una vez más arrojamos los bateles al agua y saltamos a tierra. Los pocos indios que se asomaron a vernos, luego de curiosear un rato volvieron a ocultarse tras la espesura silvestre. Pero esta vez fue tal nuestro empeño en hablar con ellos, tal nuestra ostentosa exhibición de cascabeles, espejos, abalorios y bagatelas, que algunos parecieron olvidar su timidez y comenzaron a acercarse. Fácilmente hicimos amistad con la mayoría, si es que amistad puede llamarse al intercambio de gestos, regalos y sonrisas, hasta que una vez más llegó la noche y regresamos a las naves.

Debo decir, no obstante, que aquel primer contacto con los indios había sido bastante cauteloso. Como era de esperarse, de uno y otro lado existían desconfianzas y temores. Pero al día siguiente de haber llegado a ese sitio nos llevamos una sorpresa. No había amanecido aún cuando oímos desde las naves una estruendosa gritería en la playa. Asomados a las bordas, ya con la primera claridad de la mañana, vimos a centenares de indios arracimados en la costa. Estaban allí con sus mujeres y sus hijos, y parecían dispuestos a trabar amistad con nosotros. Entonces bajamos a los botes y comenzamos a remar hacia tierra, mientras algunos de ellos se echaban al agua para ir a nuestro encuentro. Desde los bateles observábamos sus rostros de cobre, sus cabellos negros y brillantes como el azabache y sus sonrisas como perlas. Se movían como peces entre la espuma. No braceaban con estilo alguno, sino que pataleaban del mismo modo que lo hacen los perros cuando se echan al agua. Pero aun así todos ellos parecían grandísimos nadadores, y sobre todo las mujeres, a quienes tiempo después vimos retozar entre las olas a casi dos leguas de la costa, sin un mísero tablón al que abrazarse ni el menor asomo de cansancio dibujado en el rostro.

Aquella mañana anduvimos entre playas de maravilla y fuimos atendidos como príncipes. Por vez primera degustamos el inefable sabor de muchas frutas desconocidas, pintadas en colores ardientes y cuya pulpa recordaba a la ambrosía de los dioses. Las había de gran variedad, tamaño y color. Aún ignorábamos sus nombres, pero allí estaban las de gajos carnosos, las de piel suave y tersa, las de pulpa azucarada, las agrídulces, las de hueso tan brillante que parecía pintado al barniz, y las de zumo tan dulce como la miel.

Mientras tanto, el trato con los indios se había hecho afable y cordial. Todo eran miradas curiosas de uno y otro lado. Los indios no podían despegar sus ojos del hierro, de los yelmos y del acero de las espadas, en tanto que las gentes de nuestra tripulación no podían despegar sus ojos de las indias. A su modo eran mujeres bellísimas. Andaban tan desnudas como en la época de la primera inocencia, pero aquello no parecía importarles lo más mínimo. Tenían el pelo negro y brillante y el cuerpo carnoso, pero rara vez se veía alguna de ellas con los pechos caídos o el vientre colgando. He de decir que eran algo lujuriosas, tan desvergonzadas como una hembra de burdel, y, tal como advertiríamos poco después, se mostraban bastante deseosas de ayuntarse con nosotros...



Primer viaje de Vespucci, 1497-1498



CAPÍTULO XI



Algunas noches más tarde, mientras dormía de cara al cielo tumbado sobre un colchón de hojas de palmera, fui despertado bruscamente por dos grumetes que llegaron a la carrera. Tenían en el rostro una mezcla de asombro y desesperación. Cuando al fin pudieron serenarse uno de ellos exclamó:

—¡Señor Amerigo, díganos cuándo partirá la flota de aquí!

La pregunta me tomó tan de sorpresa que apenas atiné a reaccionar. No imaginaba por qué aquellos dos muchachones deseaban saber tal cosa, ni menos aún por qué lo exigían con tal impetuosidad como para arrancarme del sueño.

—No lo sé —respondí aún medio dormido—. Tal vez en dos o tres días. Pero si queréis saberlo con tanta urgencia, más vale que preguntéis a los capitanes.

Entonces ambos grumetes se miraron entre sí y luego uno de ellos habló.

—Pues nosotros nos quedamos...

—Sí —agregó el otro—, nos quedamos aquí para siempre.

Me levanté de mi improvisado colchón, me sacudí algunos restos de arena y los miré con algo de extrañeza. ¿Qué disparate era ese de querer permanecer en aquel sitio? Habíamos ido allí a explorar y descubrir tierras, y no a dejar asentamiento alguno en esa parte del mundo. Las instrucciones del rey Fernando eran bien claras: tan sólo observar el terreno y hacer ciertos cálculos respecto de la geografía. Pero en los planes no estaba previsto fundar ciudades ni nada por el estilo. Además, cada hombre de la tripulación era un valioso elemento y no podíamos permitirnos el lujo

de perder a ninguno. Con todo, aún me intrigaba el motivo por el que ambos jovencitos quisieran permanecer allí. ¿Qué podrían encontrar en esos parajes desconocidos, tan lejanos y diferentes de su tierra natal de España? Cuando les pregunté el motivo de semejante pretensión, ambos respondieron a coro:

—Las mujeres, señor Amerigo.

—¿Las mujeres?

—Sí, señor Amerigo. Jamás hemos visto hembras tan ardientes como éstas.

Y luego, con una suerte de inusitado fervor en el rostro, ambos grumetes se despacharon sin tapujos acerca de las desmesuras amorosas de las indias. Parecía ser que la noche anterior habían andado en tratos carnales con algunas de ellas, y según se entendía, las muchachas parecían ser insaciables y tan libertinas como una ramera de pueblo. No tenían pudor alguno y se entregaban a los placeres del sexo con tal desvergüenza que hasta los dos muchachones se habían quedado atónitos. Copulaban como leonas en celo y no parecían cansarse nunca. Además, ellas mismas tomaban la iniciativa en aquellas cuestiones, no como las recatadas damiselas españolas, a quienes era preciso convencer con mil artimañas, derribar sus pudores y despojarlas de sus muchos escrúpulos a la hora del amor. En cambio, y ante la sorpresa de los grumetes, aquellas indias se habían ofrecido ellas mismas con la mayor naturalidad, la mejor sonrisa y una voracidad imposible de saciar.

—Pedían más y más, señor Amerigo —dijo uno de los grumetes.

—Sí, hemos quedado exhaustos —completó el otro.

Yo los había escuchado con atención, aunque a decir verdad aún no daba crédito a mis oídos y pensaba que debían de estar bromeando. Sin embargo, cuando transcurrieron algunos instantes y se hizo evidente que hablaban en serio, caí en la cuenta de lo ocurrido y sentí que una ola de sangre caliente me subía a la cabeza.

—¡Sois unas bestias! —rugí—. ¡Estáis rematadamente locos! ¿O acaso queréis morir acribillados a flechazos?

Los dos grumetes me miraron sin comprender una palabra. Uno de ellos trató de hablar y explicarse, pero lo atajé antes de que abriera la boca y entre gritos los reprendí a ambos por su insensatez. Me sentía tan furioso que apenas conseguía hablar, pero como mejor pude traté de explicarles que nosotros éramos recién llegados a aquella tierra desconocida, tan sólo meros huéspedes entre esas gentes a las que debíamos tratar con cautela y respeto, y sin embargo aquellos dos patanes no habían tenido mejor ocurrencia que ponerse a fornicar con sus mujeres. Aquello podía haber terminado en una masacre.

—¡Si yo fuera otro os haría cortar la cabeza ahora mismo! —rezongué—. ¿No pensasteis que os podían pescar sus padres? ¿Qué diablos hubierais hecho entonces?

—¿Sus padres? —Repitió uno de los grumetes—. Pero, señor Amerigo, ¡ellos mismos nos dieron a sus hijas...!

Yo quedé atónito ante la respuesta. Una vez más creí que se trataba de una broma, o tal vez de una manera de eludir el castigo, pues aun cuando no los hubiera hecho

degollar, al menos habría ordenado que les sacudieran el lomo con una buena tunda de azotes. Pero luego me explicaron —y más tarde lo comprobé por mí mismo— que aquella era una práctica habitual entre las gentes de esa tierra. La tarde anterior, mientras ambos vagaban por la playa, dos hombres los habían llamado desde una tienda y, una vez adentro, por medio de ciertos gestos, les habían dado a entender que tomaran a sus hijas y yacieran con ellas a su antojo. En un principio ambos jovenzuelos no habían sabido qué demonios hacer. Como es natural, sospechaban de alguna trampa o quizá de algún extraño ritual que fuera a saber Dios en qué desgracia podría terminar. Pero al ver que las indias se les echaban encima, los llenaban de caricias y se apretujaban contra sus cuerpos, las sospechas se esfumaron en un santiamén. Los cuatro se arrojaron sobre el suelo de la tienda y estuvieron revolcándose un buen rato hasta que los dos atribulados grumetes se rindieron de fatiga.

Supe más tarde que aquel hábito era común en muchas partes de las Indias. Vaya a saberse por qué endemoniada razón los hombres ceden a sus mujeres al antojo de cualquier visitante, y no sólo eso, sino que lo hacen con la mayor simpatía y liberalidad. Tienen aquella costumbre por honrosa y como una muestra de amistad y cortesía. Tanto los padres como los maridos entregan a sus mujeres con total desparpajo, aun si se trata de mozas vírgenes, y si el agraciado caballero no tiene dónde yacer con ellas, hasta le ofrecen sus cabañas, su comida y sus ropas. El propósito es que el invitado se huelgue a sus anchas mientras permanece allí. Y si al partir de viaje la mujer quiere irse con él, es libre de hacerlo sin que el marido o el padre estorben su decisión.

Extraña costumbre la de estos nativos. Desde luego, en Europa repugnaría a todo el mundo y hasta haría sonrojar a los mismísimos califas árabes, de quienes se dice que en las cuestiones del amor hacen gala de gran libertinaje. En cuanto a mí, confesaré que tales prácticas me dejaron algo desconcertado. Cualquiera podría afirmar que este raro proceder de los indios es un atropello a las buenas costumbres, o bien condenarlo en nombre de la muy cristiana fidelidad que toda esposa debe a su marido. Yo mismo hubiera opinado tal cosa en otras circunstancias. Pero viajar algunos cientos de millas a través del océano sin ni siquiera una hembra a bordo, y peor aún, viendo día tras día el mugriento y espantoso rostro de la marinería, es algo que acaba con las convicciones de cualquiera. Dicho sea de paso, he llegado a ver algunos curas y capellanes rendirse a los ardores de las indias al visitar esas tierras. Otros, por supuesto, se mantuvieron firmes en sus creencias, como el propio fray Jesús de Cárdenas, aquel sacerdote que venía con nosotros, que armó un escándalo terrible al enterarse del extraño comportamiento de los nativos. Recuerdo que hablé con los capitanes de la urgente necesidad de evangelizar a aquellos paganos, aunque, a decir verdad, sospechaba que ya hacía rato el demonio los había ganado para su causa. De todas maneras, algunos grumetes sugerían con cierta malicia que fray Jesús terminaría por caer él mismo en las garras del demonio.

—Uno de estos días —comentaban en secreto—, alguna indiecita le hará volar la sotana y ¡adiós fray Jesús!

Confesaré por fin, no sin cierto pudor, que tras algunas prevenciones yo mismo acabé por rendirme al singular agasajo de mis anfitriones. Me fue cedida la hermosa hija de uno de los jefes y, como pude comprobar en numerosas ocasiones, las indias eran en efecto insaciables. Pero no me detendré en pormenores y detalles, puesto que no es mi intención ofender el pudor de los lectores. Diré en cambio que, a nuestros ojos, la vida amorosa de esos indios parece sobradamente curiosa. No usan entre ellos el matrimonio y cual si fueran animales cada uno toma las mujeres que quiere en el momento que quiere, y si luego elige deshacerse de alguna de ellas lo hace sin ningún recelo, que ni la propia mujer ni nadie lo tomará como una ofensa. Pero lo que más asombra en todos los naturales de aquella tierra es lo muy lujuriosos que son, y sobre todo las hembras. Es cosa de maravilla las muchas artimañas de que se valen para satisfacer sus propios apetitos y los de su amante. Para ello suelen emplear ciertos yerbajos, pócimas y preparados secretos que encienden el furor de los hombres, y aún hay otros muchos y muy curiosos artificios que callo por recato.

En cuanto a los dos ansiosos grumetes, y pese a sus muchos ruegos, les advertí que era del todo imposible abandonar la expedición.

—Ni soñarlo —dije con cierta dureza—. En modo alguno podéis quedaros en estas tierras.

—¡Pero, señor Amerigo! —protestaron a dúo.

—Imposible —recalqué.

Y luego los vi marcharse refunfuñando hacia el interior de la selva, dando patadas sobre la arena y acaso mascullando planes para regresar algún día y fundar allí un vasto harén de mujeres indígenas.



En los días siguientes continuamos con una franca y detallada exploración del terreno. Además de tomar mediciones, yo hacía las veces de improvisado cartógrafo y trataba de pergeñar mis mapas con la mayor prolijidad. No era fácil, pues aquella era una tierra escabrosa, bastante irregular y atestada de muchísimos riachos que iban a desembocar en el océano. Pero después de algunos días de práctica empecé a dominar con cierta maestría el arte de los mapas. Aun sin ser un experto, había aprendido a calcular los grados sobre la esfera, las distancias en leguas, la posición de los astros y el manejo de escalas y coordenadas.

Amén de tales cuestiones, pasaba la mayor parte del tiempo anotando minuciosas crónicas acerca del raro escenario al que habíamos llegado. Para nosotros todo era nuevo y deslumbrante. Cada palmo de tierra escondía secretos maravillosos que ansiábamos develar. Sentía yo una ferviente curiosidad y procuraba introducirme hasta en el más ínfimo rincón de la selva. Así, pasaba horas hurgando en el fondo de

algún arroyuelo, en la vaina de un fruto, en una mariposa de colores iridiscentes o en el portentoso arabesco dibujado en el caparazón de un molusco. Era casi inverosímil descubrir tanta belleza en el pétalo jaspeado de una flor, cubierto de una delgada pelusilla rosa y cuyas nervaduras parecían un fino entramado semejante a los más ricos tapices del Oriente. Quedaba fascinado ante un delicioso fruto de piel fresca y sabor almibarado, cuyo raro color, en cuestión de horas, pasaba del verde claro al amarillo y luego al encarnado y por fin al rojo sangre. Veía la multitud de gotas vidriosas que anidaban en la corola de una flor, desde la cual emergía un racimo de apéndices rematados por infinitas barbillas de colores, visitadas por abejas que libaban de su jugo.

Todo aquello me provocaba una suerte de embrujo. Quizá por eso mismo mi espíritu no era consciente de lo que estaba sucediendo, pero más tarde comprendí que tenía el singular privilegio de ser un *descubridor* en el más cabal sentido de la palabra. No obstante, en mi afán por detallar todo cuanto percibían mis sentidos, tropezaba allí con mi propia condición de forastero en un mundo inexplorado. A veces me era imposible traducir en palabras lo que veían mis ojos. Sin duda, cualquier lengua conocida se vería en aprietos para nombrar y describir tantas aves fabulosas, tantos insectos, tantas criaturas que allí parecían brotar como de una fuente inagotable. Las selvas daban la impresión de explotar de vida a cada paso. En un solo árbol he llegado a contar diecisiete clases diferentes de hormigas. Cada pequeño riacho hervía en un sinfín de peces de colores y la fauna que anidaba en las alturas llenaría por sí misma un tratado de mil páginas.

Todo en aquella selva parecía sacado de los sueños de un pintor, pero de un pintor que se hubiese propuesto romper las formas, inventar un mundo de extravagancias, una geometría nueva de curvas, recurvas y volteretas.

Pero sin duda lo que más atraía mi interés eran los propios indios. Me preguntaba con qué extraña argamasa habría fabricado el Señor a aquellas criaturas. Como ya creo haber dicho, andaban desnudos todo el tiempo, sus figuras eran bien proporcionadas y su pellejo tenía el color de la canela en polvo. En cuanto a sus rostros, asombraba ver que no se dejaran crecer pelo alguno ni en las cejas ni en las pestañas. Aquello les daba una expresión más que extraña en el rostro, aunque me es difícil emitir juicio alguno acerca de su belleza. De hecho, una breve reflexión acerca de ese asunto acaso fuera un tanto arriesgada. Las mujeres no poseen, quizá, la elegancia y delicia de las damas europeas; no visten fastuosos ropajes ni usan peinado alguno que no sea el dejarse crecer el cabello de forma natural; además, en nada se parecen a la bella Simonetta, a quien he mencionado algunas páginas atrás y cuyo rostro inspiró nada menos que la *Venus* de Botticelli. Pero hay en las indias una suerte de hermosura virginal, un encanto salvaje que seduce por su misma frescura. Frente a ellas teníamos la impresión de estar contemplando a la naturaleza misma en su estado más puro. No hemos visto a ninguna de ellas que se embadurnase el rostro de coloretos, arreboles, carmines, polvos de arroz o todo el rosario de afeites y

maquillajes con que las europeas suelen disimular su fiereza. Allí no había siquiera un taparrabos que ocultara las vergüenzas, porque a juicio de aquellos indios no había vergüenza alguna que ocultar.

Por lo demás, lo que de su vida y costumbres conocimos fue motivo de asombro para todos nosotros. Aquellos indios eran gentes pacíficas y amables, pero cuando guerreaban entre sí eran capaces de las más indecibles crueldades que puedan imaginarse. No tienen por costumbre tomar prisioneros de ninguna clase, sino que tras acabar la guerra aniquilan hasta al último de sus enemigos. Quizá semejante hostilidad tenga alguna semejanza con el fanatismo brutal que aún hoy en día provocan las guerras de religión en Europa, ya que los indios no van al combate por ambición de tierras, ni por codicia, ni por ansias de reinar, sino sencillamente por rivalidades ancestrales. Basta una antigua enemistad, una remota pelea entre dos hombres, para que sus descendientes se enzarcen en guerra por siempre. Sin lugar a dudas los anima el más oscuro instinto de venganza. Suele ocurrir que un hombre haya matado a otro, y entonces el pariente más viejo del muerto se levanta en armas y va arengando a todos por las calles para que vayan a cobrarse venganza. Todo el mundo responde al llamamiento, incluso las mujeres, que van detrás de los hombres cargando fardos pesadísimos, a veces durante tantas leguas que parece imposible dar crédito a su fuerza y resistencia. En el campo de batalla no existe plan ni estrategia alguna. Por cierto, ni siquiera hay un capitán que dirija y mande a la tropa, pues cada uno de los guerreros pelea por sí mismo y sin hacer caso de ninguna orden. Llevan arcos y flechas muy bien confeccionados, y en la punta de éstas amarran dientes de animales o de peces que a veces suelen untar con un extraño y terrible veneno cuyos efectos, como pudimos observar en varias ocasiones, son realmente monstruosos.

Su forma de vida es sencilla y quizá deliciosa. A excepción de lo que acabo de decir acerca de las guerras, no parece haber grandes disputas entre los miembros de una comunidad. Tanto es así que ni siquiera existe el castigo al malhechor, dado que muy rara vez alguno da motivos para ello. Hablan poco y en voz baja, y tienen una tal diversidad de lenguas que entre pueblos vecinos no se entienden el uno con el otro. Dicho sea de paso, sostienen algunos eruditos que el número total de lenguas en el mundo es de setenta y siete. Pues bien, me permito disentir con esa opinión. En aquel primer viaje a las Indias hemos oído tal cantidad de idiomas diferentes que acaso aquella cifra deba elevarse hasta cerca de mil. Diré que de cien en cien leguas se habla un idioma distinto, lo cual, desde luego, puso en serios aprietos a nuestros intérpretes.

Pero permitidme continuar con mis descripciones. Debo decir que, a todas luces, muchas de las conductas de aquellos hombres resultarían casi bárbaras a los ojos de un europeo. Por ejemplo, es cierto que son gentes limpias, que toman baños de río varias veces al día y que para evacuar el vientre van a esconderse entre la maleza. Pero tales reparos se esfuman del todo al hacer sus aguas menores, pues muchas veces ocurrió que estaban hablando con nosotros y de pronto, sin volverse ni

avergonzarse, orinaban allí mismo sin siquiera inmutarse por ello.

Comen sus alimentos a cualquier hora del día y en forma desordenada. No temo en decir que son tan glotones como una ballena, y a veces parecen tragar con tal desenfreno que sólo por milagro no se atragantan. Las mujeres paren como conejas, y lo hacen con tal facilidad que algunas horas después de dar a luz ya andan como si nada hubiera pasado. Las más viejas conocen de hechizos y brujerías, y es una suerte que allí no existan tribunales de la Inquisición, pues de haberlos más de una iría a parar a la hoguera.

Por lo demás, pueden andar por el bosque y reconocer cientos de yerbajos que utilizan para curar enfermedades, para encender la lujuria y hasta para matar criaturas en el vientre de su madre, ya que no es raro que muchas mujeres quieran abortar, a veces por el mero capricho de vengarse de sus maridos.

En aquellas tierras, cuando alguien muere es enterrado junto con algunos alimentos y un poco de agua, tal como hacían los faraones egipcios, para que el muerto pueda alimentarse durante su viaje hacia las moradas profundas. No hay velatorios ni llantos, y en ocasiones hasta parecen bárbaros y desalmados, pues cuando alguien está muy enfermo y cercano a la muerte, sus parientes lo llevan hacia la espesura selvática y allí lo abandonan junto con agua y comida para unos cuatro o cinco días. Si el pobre moribundo se recupera solo, come algunos bocados, recobra las fuerzas y él mismo regresa a la población, donde es recibido entre ceremonias de bienvenida. Pero en verdad son pocos los que retornan. La mayoría muere en la selva, ya sea por efecto de la enfermedad o tal vez devorado por las muchas fieras y alimañas que abundan por allí.

Pero sin duda la más insólita de sus costumbres, la que más admiraba y desconcertaba a nuestros hombres, era el escasísimo interés de estos indios por las riquezas. No conocían el comercio y ninguno atesoraba bienes más allá de los necesarios. Parecían contentarse con lo que la dulce naturaleza les proporcionaba. Cosas tales como el oro, las joyas y las perlas, que en Europa causan baños de sangre y despiertan la peor codicia de los hombres, allí eran tenidas por simples chucherías sin ninguna importancia.

Semejante conducta despertó bastante extrañeza en algunos de nuestros hombres. No es un secreto que muchos han ido y aún hoy van a las Indias deslumbrados por el oro. Desde los testimonios de Marco Polo y los rumores que encendió el genovés Colombo, las cabezas de muchos se llenaron de ilusiones doradas. Y para colmo, el raro comportamiento de los indios no hizo más que agigantar esa fiebre. Algunos creían que no había allí más oro que el que estaba a la vista. Pero había quien sospechaba que el escaso aprecio de los indios por el metal precioso se debía, ciertamente, a que abundaba por todas partes. Acaso fueran tantas las minas, tantos los filones auríferos o las montañas de metal dorado, que aquellas gentes ya hubieran perdido todo interés en él. En lo que a mí respecta, la cuestión no me movía en lo más mínimo. Más aún, ignoraba y aún ignoro por qué tantos y tantos hombres persiguen

el rico metal con semejantes ardores. El propio genovés Colombo parecía embrujado. Muchas veces he leído las crónicas de su primer viaje y notado que hace más referencias al oro que a cualquier otra cosa. Andaba tras él como si fuera una obsesión. Lo buscaba día y noche, lo invocaba en sus plegarias, acechaba tras las vetas como esos sabuesos que husmean el aire para rastrear a su presa. En cambio, yo no había ido allá para hacer tesoros ni riquezas. No soy hombre de natural codicioso ni jamás he ambicionado lujos y fortunas. Por el contrario, en las Indias mi espíritu se regocijaba más con la maravilla de las tierras, con su fauna exótica y sus paisajes encantadores antes que con la posesión de bienes materiales.

Quizás, al final de toda esta aventura, he sido yo el único en salir enriquecido.

CAPÍTULO XII



Algunos días más tarde, continuamos viaje en dirección al norte siguiendo la línea de la costa. Desde las naves divisábamos el esplendor de aquellas playas doradas y blancas, y esa floresta verde brillante que reverberaba bajo el sol tropical. En todo momento navegábamos extasiados ante el paisaje de aquellas selvas, pero aun cuando el escenario nos invitaba a ir a tierra para explorar sus infinitas maravillas, continuábamos nuestra ruta sin distraernos del gran objetivo de la expedición, del máximo anhelo de todos, de lo que en verdad habíamos venido a buscar: el Sinus Magnus.

Desde los inicios de la expedición, tal como he dicho más atrás, el propósito de la corona había sido el de verificar las descripciones del almirante Colombo. Sin embargo, existía un segundo objetivo, acaso más importante que el anterior, aun cuando resultara mucho más difícil de alcanzar. Me refiero a hallar el paso al Sinus Magnus, un sitio que tanto la corona de España como la de Portugal suponían el punto más estratégico dentro de la geografía de Oriente.

La cuestión del Sinus Magnus se remontaba hasta el propio Ptolomeo. En sus viejos mapas del siglo II, el gran sabio de Alejandría había dibujado los contornos de Asia y la mayoría de las grandes islas que poblaban esos mares. Allí aparecían Cipango, la India, Catay, el poderoso Ganges y la misteriosa isla de Taprobana. Pero también, en la región más austral de aquellas tierras, había un gran golfo que bañaba las costas de la India y que en el mapa era nombrado como Sinus Magnus, en

español, Golfo Grande. En las márgenes de aquel enorme golfo se hallaba el corazón de Asia, las más bellas y ricas ciudades de la India y sus famosos mercados repletos de telas, de joyas y de la más variada especiería oriental. Sin embargo, era preciso hallar algún paso que nos condujera hacia aquel lugar. Según nuestros cálculos nos encontrábamos en la parte más oriental del continente asiático, y para llegar al centro era necesario dar con alguna ruta que nos condujera hacia el Sinus Magnus. El propio Ptolomeo ya había señalado una posible vía de acceso: el cabo de Catigara, un promontorio ubicado a unos ocho grados y medio por debajo de la línea ecuatorial. Por el momento nos hallábamos lejos de ese sitio. Sin embargo, era posible que existieran algunos otros pasos a lo largo de la costa. De hecho, en esos días navegábamos muy por encima de la línea ecuatorial, y todos nuestros esfuerzos se orientaban a dar con alguna abertura situada dentro de esa latitud. Quizá la porción de Asia en que nos encontrábamos era como una gran lengua de tierra, o tal vez una enorme isla, razón por la cual, si bordeábamos sus costas hacia el norte, acaso podríamos dar con el ansiado paso tarde o temprano.

Mientras tanto, la navegación se tornaba cada vez más ardua. He dicho ya que las costas eran deslumbrantes, pero todo lo que tenían de bello lo tenían de engañoso. Envueltas entre la bruma de la jungla o escondidas tras una cortina de manglares, a veces nos impedían ver las orillas con claridad. Aquello no sólo dificultaba la navegación en sí misma, sino también nuestras pretensiones de hallar el Sinus Magnus. Trepados a las cofas, los pobres vigías debían observar el terreno con gran atención, ya que en cualquier sitio, aun por entre la infinita espesura o tras la boca de alguna ensenada, podía hallarse el tan misterioso paso. En cuanto al gobierno de las naves, el irregular diseño de las costas era motivo de trastornos y confusiones. Cuando los días eran nublados o lluviosos, cosa que ocurría con bastante frecuencia, no era posible saber a ciencia cierta en qué dirección estábamos navegando. Solíamos perder el rumbo con facilidad, y no era extraño que delante de alguna maraña de juncas nos diera la impresión de que habíamos pasado ya por allí.

—Si no fuera porque es imposible —murmuraba a veces el capitán—, diría que esta playa es la misma que atravesamos ayer...

Bajábamos a tierra casi todos los días y siempre hallábamos gentes con quienes tratar. A decir verdad, el motivo de nuestras escalas era un tanto peculiar. La mayoría de las veces era preciso fondear tan sólo para abastecernos de agua fresca y bastimentos. Pero en ocasiones la razón obedecía al desesperado clamor de los grumetes. Muchos de ellos se habían aficionado a yacer con las indias, y llegaban a amenazar con amotinarse si cada tanto no se les daba la oportunidad de hacerlo.

Una vez en tierra cada uno iba a lo suyo. Los capitanes a enredarse entre la selva y los grumetes a enredarse entre las indias. Yo, por mi parte, aunque no me privaba de tales placeres, trataba de hacerme entender por los indios para procurarme alguna información acerca del paso que nos llevara al Sinus Magnus. Por desgracia, la operación no era nada sencilla. Debía hablar con gestos y no siempre lograba

hacerme entender. Se me quedaban mirando como si fuera un loco haciendo morisquetas en el aire. Otras veces, sin embargo, ellos mismos prorrumpían a hablar hasta por los codos. Ante alguna pregunta por mi parte respondían gritando o empezaban a discutir entre ellos dándose ligeros coscorrónes en la cabeza. Después cada uno decía lo suyo y señalaban hacia todos lados sin ponerse de acuerdo jamás, al igual que marionetas de circo sumidas en una porfía. A causa de todo ello las respuestas eran sobradamente confusas y hasta contradictorias, cuando no se trataba de meros engaños. Pronto descubrí que era necesario desconfiar tanto de los indios como de un usurero genovés. Algunos tenían cierta picardía y parecían propensos a fabular sus respuestas. Ignoro si lo hacían por mera diversión o tal vez por quitarse a tan molestos visitantes de encima, pues muchas veces algunos de mis compañeros se ponían demasiado fastidiosos al interrogarlos sobre dónde hallar oro y riquezas, y ellos siempre señalaban lejos, bien lejos, como si en realidad buscaran deshacerse de tan engorrosos preguntones.



Una de aquellas jornadas, a mediodía, me hallaba yo descansando en una hermosa playa saturada de luz. Estaba echado sobre una hamaca de algodón colgada entre dos árboles, maravilla de aquellas nuevas tierras a la que todo el mundo parecía haberse aficionado. Allí se duerme como suspendido en el aire y acariciado por la ternura del algodón. Los indios nos habían regalado sólo unas pocas. Quienes gozábamos de tan singular privilegio éramos los dos capitanes, algunos pocos hombres de la tripulación y yo mismo. Los demás se hallaban tumbados sobre la arena, bajo la grata sombra de uveros y palmeras. Hacía calor y era preciso ahuyentar los mosquitos a palmetazos. Pero la delicia del paisaje bien valía esa pequeña molestia. Desde mi hamaca observaba yo el mar verde esmeralda y sentía un raptó de éxtasis al saberme por fin en esas tierras. Era uno de esos raros instantes de júbilo y goce pleno, uno de esos momentos en que el espíritu parece embriagarse de felicidad.

Se había hecho un silencio prodigioso en la playa y casi todo el mundo dormía bajo los aires sofocantes del trópico. Yo permanecía despierto. No quería perderme aquel instante en que mis sentidos estaban como arrobados por la seducción del paisaje. Si me hubiera sido posible hacerlo, habría detenido el tiempo y dilatado las horas para que ese momento quedara tocado de eternidad. Sin embargo, en medio de aquella exaltación llegaba a sentirme como una suerte de intruso, un ser cuya presencia destruía el misterioso arcano de aquel lugar de ensueño. ¿Qué podía hacer el hombre, pensaba para mis adentros, sino romper la magia que anidaba en esos parajes? ¿Qué podía hacer sino perturbar el remanso de un arroyo, el hondo silencio de la noche, el apacible bamboleo de una hoja de palmera meciéndose al viento? De los fondos de la selva me llegaba el perfume de las frutas maduras y un suave y desconocido olor que acaso emanara de algún hongo silvestre o de alguna planta

aromática. Entre el ramaje de los árboles advertía un sinfín de aves de plumaje esmaltado y brillante. Parecía imposible que la naturaleza hubiera creado esos matices. Ni la más bella pintura de Ghirlandaio, ni el más hermoso fresco de Botticelli eran capaces de imitar aquellos colores tan vivos, aquella tonalidad iridiscente que la naturaleza había puesto en el embozo de las aves. En nada podían compararse el azul de Prusia, las tierras de Siena, los pigmentos de ocre o de carmín frente al luminoso ropaje de los guacamayos, al negro tornasol de los tucanes con su estrafalario pico anaranjado, o frente a aquel espectro de matices cambiantes, aquella chispa fosforescente a la que se asemejaban los colibríes. Con toda razón, pensaba, los indios gustaban de embellecer su entorno con plumas. Cada objeto, cada ritual, cada vestimenta sagrada ostentaba un manojo de plumas. Era como una forma de honrar y venerar al ave. Pero aquello también escondía un cierto anhelo de imitación. El indio quería ser pájaro. Así había imaginado a sus dioses y así quería imaginarse a sí mismo, porque no ignoraba que el ave es, de entre todas las criaturas que pueblan el mundo, la más sublime y perfecta.

Pero si toda aquella exuberancia vivía allí, en los bordes de la selva, ¿qué no habría más adentro, mucho más adentro, en los abismos sin fondo que parecía tener aquella jungla espesa y oscura? Yo imaginaba con estupor las leguas y leguas de vegetación cerrada, las muchas rarezas y misterios que habitarían hacia allá, en aquellas honduras impenetrables en que se sumergía la selva. Quizá fuera todo un enredo inverosímil de plantas, una maraña de follajes anudados entre sí como la urdimbre de una hiedra. Pero en realidad, sobre aquel averno invisible sólo cabía imaginar, especular, intuir la presencia o quizá la ausencia de todo un conjunto fabuloso de criaturas y especies.

Poco después me quedé dormido. Sobre la deliciosa hamaca de algodón, como suspendido entre las nubes, me había dejado invadir por esa dulce modorra que sobreviene en las horas mortecinas de la tarde. Pero pronto desperté ante un bramido espantoso que sacudió el aire. En un santiamén el cielo se llenó de nubes y empezó a caer una lluvia persistente y abrumadora. Algunos hombres, reacios al agua dulce, corrieron a guarecerse bajo la protección de los árboles, aunque yo permanecí en mi hamaca, dejándome empapar, impregnar, saturar de aquella lluvia cálida y suave que había comenzado a anegar la selva y a poner colores de gris en el paisaje. El aire se había perfumado de un deleitoso olor a bosques mojados. Por la violencia del aguacero parecía uno de esos típicos chaparrones del trópico, semejantes a los que ocurren en las costas del África, donde el cielo de pronto se quiebra en relámpagos, rompe a llover con furia y poco después se prende una vez más el sol de la tarde.

Pero transcurrieron las horas y el agua no cesó de caer. Ya se habían formado grandes charcos y arroyuelos entre las honduras de la arena. En los linderos de la selva flotaba un barrizal hecho de limo y hojarasca podrida. Y llegó la noche y aún continuaba lloviendo sin pausa. Ni siquiera se oía el canto de las aves nocturnas o el grito de los monos. Todo estaba dominado por el insistente rumor del agua, que daba

de lleno sobre el verde tierno de las palmeras y arrancaba a la jungla vibraciones musicales.



En aquella ocasión llovió durante cuatro días seguidos. La tierra ya parecía asfixiada de tanta agua. Cuando por fin amainaron los chaparrones, algunos hombres y yo nos metimos entre la urdimbre selvática y quedamos aturcidos ante el espectáculo de tantos animales muertos, riachos desbordados, colchones de hojarasca y pedazos de tierra convertidos en sucios pantanales. En algunos sitios el nivel del agua había alcanzado un palmo de altura y muchos árboles se habían desplomado a causa de la blandura del terreno. En la orilla de los riachos se acumulaba el cieno y la podredumbre venida de los interiores selváticos. Resueltos a explorar aquel infierno, avanzamos entre lodazales hundidos hasta las rodillas y respirando el húmedo vapor que se había levantado con la salida del sol. Era casi un suplicio atravesar aquellos obstáculos. Las ropas se nos pegaban al pellejo, el barro del suelo se adhería a las botas y a cada paso sentíamos las piernas como rellenas de plomo. Envuelta en aquella bruma espesa, la jungla toda había cobrado un aspecto fantasmagórico. Resonaba el canto de algún papagayo en la lejanía, se oían gritos de animales y todo el escenario parecía el interior de una caverna. De pronto, el indio que nos acompañaba se detuvo, trepó a horcajadas sobre un árbol, arrancó una rama de un tirón y se llevó un extremo a la boca. Un gran chorro de agua brotó del interior de la corteza. Enseguida se la pasó al capitán y éste repitió la operación.

—Es fresca y dulce —dijo sorprendido.

Uno a uno el resto de los hombres fuimos apagando nuestra sed de ese extraño modo y luego seguimos adelante. Los cuatro días de lluvia continua habían provocado un gran deterioro en el terreno. Toda la selva a nuestro alrededor parecía sucia y llena de broza. Sin embargo, al mismo tiempo había brotado un insólito universo de entre la espesura húmeda de la tierra. Aquí y allá proliferaban hongos de mil formas y tamaños. Reverdecían musgos entre la madera podrida. Las rocas se pintaban de un moho amarillento, como si una suerte de herrumbre le hubiese salido a la piedra. Y a cada paso hallábamos cientos de coloridos insectos, renacuajos, alimañas y sabandijas de toda especie haciendo su agosto entre el colchón de hojas muertas.

Me admiraba yo de tales prodigios cuando, de pronto, el indio que venía con nosotros nos hizo señas de que lo siguiéramos en silencio. Echamos a andar hacia un sitio en donde la vegetación se apretaba de tal modo que apenas podía filtrarse la luz del sol. Junto a un pequeño riacho, cubierto por la corriente fangosa, yacía patas arriba el cuerpo de un animal semejante a un tigre, de pellejo oscuro, hinchado de tal modo que el vientre parecía a punto de reventarle. Sin duda había muerto a causa de la inundación y ahora estaba siendo pasto de los muchos gusanos de la selva. Pero al

otro lado del curso de agua vimos un monstruo horrible que nos dejó espantados. Estaba mimetizado entre la espesura y apenas se movía. Era algo así como una gruesa serpiente, aunque tenía patas armadas de fuertes uñas y una enorme cresta sobre el espinazo. De no ser porque carecía de alas, hubiera jurado que se trataba de un dragón^[2]. Con una agilidad increíble, el indio atravesó el riacho de un salto y antes de que el animal pudiera reaccionar se le echó encima y le amarró una cuerda al hocico, tal como se hace con los perros alanos para que no muerdan. Después lo tomó de la cola, se lo echó al hombro y emprendimos el regreso hacia el campamento.

En el trayecto nos sucedió un doloroso percance. Marchaba yo abstraído en la visión del follaje cuando de repente advertí que algo extraño ocurría. Algunos de mis compañeros empezaron a retorcerse y a sacudir el pecho de un modo inexplicable, como si trataran de sacarse de encima a un enemigo invisible. No acertaba yo a comprender lo que sucedía cuando sentí un dolor agudísimo en medio de la espalda. Parecía como si un clavo de hierro se me hubiera hundido entre las costillas. Me volví instintivamente y no vi a nadie detrás de mí, pero en ese momento descubrí horrorizado un enorme panal de abejas que colgaba de un árbol cercano. Era tan grande como el pecho de un hombre adulto. Sin embargo, no parecía tratarse de abejas comunes, sino de una especie un tanto más pequeña que la habitual. Aun así, podría jurar que sus aguijones eran diez veces más dolorosos. De niño he sido picado en numerosas ocasiones por las abejas y avispa de mi tío Niccolo Vespucci, quien tenía un vasto criadero de avispa en Peretola —por cierto, mi apellido viene de *vespa*, que en italiano significa avispa—, pero jamás aquellas picaduras habían pasado de un leve pinchazo con algo de escozor. Esta vez, sin embargo, el dolor fue tan intenso que creí haberme clavado una púa de acero. En ese momento temí que se tratara de aquellas mortíferas abejas Africanas cuya picadura, según se dice, es capaz de liquidar a un hombre en cuestión de horas. Pronto el dolor se hizo más y más intenso. Sentía que la sangre me inundaba la cabeza a borbotones. Algunos de mis compañeros trataban de mitigar el tormento y se revolcaban desesperados entre la hojarasca. Pero quiso la fortuna que un rato después el suplicio comenzara a amainar. Lentamente nos fuimos recobrando del sofocón y poco a poco el dolor fue desapareciendo. Curiosamente, el indio se reía a carcajadas de nuestro infortunado tropiezo. Para nuestro asombro, era el único a quien los bicharracos no habían picado, y ello en virtud de un muy raro artificio: al ver que los insectos se nos echaban encima, se había quedado totalmente inmóvil, en cuclillas, de espaldas al enorme panal y con ambas manos detrás de la nuca. Ignoro qué extraño modo sería aquél de conjurar el ataque, pero lo cierto es que ninguna de las abejas se aproximó para picarlo.

Dos o tres días permanecimos con estas gentes y luego seguimos rumbo hacia el norte.



Unas pocas jornadas después, durante un amanecer calmo y silencioso, nuestras naves se detuvieron frente a un enredo de casuchas edificadas sobre el agua. Parecía aquello una suerte de rústica Venecia hecha de cañas y troncos. Había en total cerca de cuarenta viviendas, todas ellas unidas por estrechos puentes de madera. Al descubrir nuestra presencia, algunos de los indios que habitaban allí se zambulleron en el mar y nadaron en dirección a las naves. Otros se nos aproximaron en pequeñas canoas hechas de troncos. Desde los barcos largamos los bateles al agua y algunos de nuestros hombres salieron al encuentro de las canoas. Pero entonces ocurrió algo curioso. Conforme más nos aproximábamos unos a otros, los indios parecían dudar en seguir remando. Acaso habían visto el rebrillar del acero que hace lagrimear los ojos. De repente todos ellos dieron la vuelta y regresaron a tierra en sus canoas, pero desde allí nos hicieron señas de que volverían enseguida. Transcurrieron algunos minutos y en efecto regresaron, pero esta vez con una sorpresa: amontonadas en las canoas venían casi una veintena de mujeres jóvenes y hermosas. Los hombres de la tripulación quedaron maravillados ante el inesperado obsequio. Cuando las naves estuvieron cerca unas de otras, tendieron sus manos y recibieron a las indias en medio de gritos y ademanes rijosos. Aquello parecía una gran fiesta de bienvenida. Las canoas y los bateles se habían confundido en medio del mar y había saludos, gestos de amistad y sonrisas en ambos lados. En el agua nadaban y chapoteaban otros muchos indios que habían llegado hasta allí por sus propios medios.

Sin embargo, allí no acabaron las sorpresas. No había transcurrido un cuarto de hora cuando desde las casuchas comenzaron a llegar gritos estridentes y desesperados. Eran varias mujeres viejas, de cabellos grises, que se habían puesto a chillar como enloquecidas. De entre los nuestros nadie acertaba a comprender qué diablos estaba ocurriendo, aunque sea como fuere aquellos gritos no parecían en modo alguno auspiciosos. De repente, las indias que se hallaban en los bateles se arrojaron al agua y todas las canoas empezaron a alejarse, mientras una lluvia de flechas empezaba a caer sobre nosotros. Los indios que estaban en el agua dejaron asomar un centenar de lanzas que traían escondidas y comenzaron a arrojarlas enfurecidos. Otros daban gritos que parecían de guerra y querían trepar a los bateles para capturarnos y arrojarnos al agua.

Habíamos caído en una feroz emboscada. Sin embargo, los indios ignoraban que teníamos algo más mortífero que un arco y una flecha.

En un principio apenas conseguimos reaccionar ante la trampa. No acertábamos a comprender lo que sucedía. Primero se habían acercado entre gestos de amistad, en calma, cediéndonos a sus mujeres. Y luego se produjo aquel espantoso chillido de las viejas que parecía haberlos enardecido como fieras. Pero, repuestos de la sorpresa, algunos de los nuestros manipularon sus armas de fuego y comenzaron a disparar sobre los indios. Reventaron varios chispazos en el aire y el estampido los hizo huir hacia la playa, aunque varios de ellos quedaron muertos o heridos sobre las olas. Sin duda no se esperaban semejante respuesta. Al ver que retrocedían, el capitán ordenó

perseguirlos, de modo que llevamos los bateles hacia la costa, saltamos a tierra y entramos en sus casas. No obstante, allí no quedaban sino unos pocos indios viejos y algunas mozas. Los demás habían huido hacia la selva, donde era imposible atraparlos. Entonces tomamos algunas cosas de poco valor, nos quedamos con los prisioneros, y no quisimos incendiar sus casas por razones de conciencia.

Una vez en los barcos engrillamos a cada uno de los hombres con un trozo de hierro en los pies. Por orden del capitán las mujeres quedaron libres en la cubierta, lo cual resultó hartamente imprudente, ya que al otro día se habían esfumado del modo más sutil del mundo.

Y así acabó nuestra primera y sangrienta escaramuza en aquellas tierras. Varios días después aún nos causaba estupor el modo en que habían ocurrido los hechos. Acaso teníamos mucho que aprender todavía sobre esas gentes.

CAPÍTULO XIII



Cierta vez, en la tranquilidad de la mañana, el silencio a bordo se vio interrumpido por el recio vozarrón de un grumete.

—¡Larguémonos de aquí! —Se oyó de repente.

El grito se repitió como un rápido y torrencioso eco entre la marinería. De pronto el maderamen de las naves pareció retumbar como una caverna. Decenas de voces se habían aunado en una rabiosa gritería. Inútil era el ruego del capitán, que había trepado como un gato al puente de mando y desde allí intentaba acallar el estrépito en cubierta. Sobre la playa, arracimados bajo el sol de la mañana, había tantos indios juntos que aquello semejaba un gran batallón de hormigas en pie de guerra. En un primer vistazo parecían quizá tres mil o cuatro mil almas apretujadas en la playa. Reunidos en las bordas de estribor los hombres miraban aquel espectáculo y se llenaban de pavor. Querían huir, salir a todo correr de aquellos mares, hinchar las velas con la fuerza de sus propios pulmones. Si unas pocas decenas de indios habían causado el revuelo de la vez anterior, ¿qué no podrían hacer estos miles, acaso pertrechados con lanzas, flechas venenosas o quién sabe cuántos endiablados artificios y máquinas de guerra? En cubierta se sucedían los conciliábulos. Nuestra intención era bajar a tierra, pues necesitábamos ciertos bastimentos para las naves. Pero en semejantes condiciones acaso fuera una locura. ¿Qué podía ocurrir si aquellos indios se nos echaban encima? En esa ocasión ni los mosquetes habrían valido de algo, pues ni siquiera había tantas balas a bordo como para detener a la

décima parte de los indios que había en la playa. Y peor aún, quizás habría muchísimos más agazapados entre las oscuridades de la selva. Además, la tripulación de nuestras naves distaba mucho de ser una tropa de guerra. La mayoría de los grumetes se asustaba ante el menor mosquetazo y a muchos les daba náuseas el olor de la pólvora. Habían ido allí a descubrir tierras y no a dejar el pellejo en una batalla.

Sin embargo, mientras discutíamos qué hacer con nuestras naves, algo extraño empezó a suceder en la playa. Poco a poco los indios comenzaron a retirarse hacia el bosque sin dar muestras de querer combatir. Era raro verlos regresar a su selva después de haberse apostado allí como un ejército. Algunos minutos más tarde la arena de la playa estaba casi desierta. Apenas quedaban unos pocos niños chapoteando en la orilla y algún indio viejo meciéndose en una hamaca. Entonces, sin quitar los ojos de la playa, uno de los capitanes ordenó:

—¡Largad los bateles al agua! ¡Bajamos a tierra!

Hubo tal revuelo entre la marinería que más de uno pensó en echar al agua al propio capitán.

—Que vaya él si quiere —murmuró un grumete a mis espaldas.

En ese momento, dos mozos se me aproximaron con un gesto de espanto en el rostro.

—¡Haga algo, señor Amerigo! —Dijeron a coro—. ¡No deje que nos maten como perros!

Pero no era yo quien mandaba en esas cosas, y por lo tanto no había manera de modificar la decisión. De cualquier modo, traté de persuadir al capitán diciéndole que no pusiera en riesgo la vida de aquellos pobres muchachones. Hubo una breve discusión entre nosotros, pero al fin, tras algunas protestas, se decidió que bajarían a tierra solamente quienes tuvieran ánimo de hacerlo por su propia voluntad.

Naturalmente, yo me uní a la comitiva sin pensarlo. Nunca he sido hombre de coraje, pero a veces mi extrema curiosidad me ha hecho parecerlo. Casi de inmediato soltamos los bateles al agua y después de atravesar un pequeño cordón de arrecifes coralinos llegamos a la playa. Los niños y los viejos ya se habían ido y todo el sitio estaba desierto. Entonces marchamos hacia el interior de la selva, anduvimos casi a tientas durante un corto trecho y por fin dimos con un gran poblado lleno de casuchas de paja y barro. Lo extraño era que allí no había un alma. La aldea entera estaba absolutamente deshabitada, aunque existían algunos signos de vida, pues de tanto en tanto veíamos arder algunas fogatas en las que se asaban animales de varias especies: grandes caracoles, peces enormes y muchas de aquellas serpientes con patas que habíamos conocido unos días atrás.

Juzgamos que la indiada seguramente debía de hallarse tras los bosques, razón por la cual decidimos quedarnos allí y esperarlos en silencio. Nuestro escaso número era tal vez la mejor garantía de nuestra seguridad. De haber sido una tropa grande, acaso los nativos nos hubieran considerado peligrosos. Pero siendo tan pocos y vulnerables ni siquiera nos tomarían en serio.

Algunas horas después unos pocos indios se aproximaron, y luego otros y otros, hasta que el poblado entero regresó de sus escondrijos. Para nuestra sorpresa, volvían en calma y sin la menor actitud de hostilidad. Más aún, parecían corderos mansos que entraran a un establo guiados por su pastor. Un rato después ya cambiábamos regalos y saludos, y pronto se hicieron tan amigables que, ante el regocijo de muchos de nuestros grumetes, empezaron a ofrecernos a sus mujeres. Al parecer, habíamos ganado su confianza a causa de un par de indios que traíamos prisioneros, y que resultaron ser enemigos de este pueblo desde hacía mucho tiempo. Supimos luego que aquél no era en verdad su poblado y que sólo habían ido hasta allí a pescar. En realidad, todos ellos vivían a unas dos o tres leguas hacia el interior de la selva, y no tardaron en rogarnos que fuéramos de visita a sus aldeas, pues deseaban recibirnos con una gran celebración en nuestro honor. Desde luego, antes de tomar una decisión hubimos de pensarlo un rato.

—¿Y si es otro embuste? —opinó uno de los hombres.

—Cierto —agregó otro haciendo gestos en el aire—. Primero los muy redomados nos dan a sus mujeres, luego nos sonríen, nos hacen tragar el anzuelo y después, ¡zas!, reventados a flechazos.

Entre los hombres flotaba una nube de incertidumbre. Desde luego, era posible que estos indios fueran tanto o más mañosos que los anteriores. ¿Quién podía saberlo? ¿Acaso la vez pasada no había ocurrido lo mismo? Era natural sospechar de ellos, y hasta el propio fray Jesús de Cárdenas se mostraba desconfiado.

—Aquí hay gato encerrado —murmuró entre dientes—. Un hombre que os ofrece a sus mujeres es un loco, un chulo o alguien que os quiere tender una emboscada. Si queréis saber mi opinión, creo que el mismísimo diablo está detrás de todo esto.

Los hombres aún vacilaban. Ya fuera a causa del diablo o de alguna muy malvada estrategia de guerra, lo cierto era que estaban temerosos de internarse en la jungla. Sin embargo, siempre ha habido un feroz espíritu de osadía en el alma española. No en vano el país venía de ocho centurias de sangre y fuego que habían templado a los hombres y les habían puesto agallas de bravura. Acaso hubiera un Cid Campeador en todo español que se preciara.

—Dinos qué piensas, Amerigo —me rogó en un momento el capitán—. Tú eres hombre sensato y no te dejas llevar por los impulsos de la sangre.

Yo me rasqué la barbilla y eché una mirada al rostro de los indios.

—Pues una cosa es cierta —dije—. Si hubieran querido liquidarnos ya tendríamos flechas hasta en...

—¡Hasta en el culo! —Me interrumpió uno de los grumetes—. ¡Si vamos con estos salvajes nos perforarán el culo a flechazos!

Pero al fin, debo decirlo, primó la guapeza española. Después de haber hecho consejo, acordamos ir veintiocho de los nuestros bien prevenidos, y con el firme propósito de morir si fuera necesario. Nos adentramos en la selva y a unas tres leguas de la playa dimos con el caserío de los indios. Para nuestro alivio, no ocurrió ninguna

desgracia, sino más bien al contrario. Se mostraron muy solícitos. Nos recibieron con un sinfín de ceremonias, algunas de ellas tan bárbaras que no basta la pluma para describirlas. También hubo danzas extrañas, cantos que más bien semejaban lamentos, y hasta nos dieron a probar la carne de esas serpientes con patas que ya he descrito antes, la cual rechazamos amablemente, pues tal era su repugnante aspecto que el sólo verla nos daba empacho. Esa misma noche volvieron a ofrecernos a sus mujeres, y esta vez las mozas se mostraron tan lujuriosas que apenas pudimos defendernos de ellas.

Al día siguiente llegaron gentes de otros pueblos, y era cosa de maravilla ver lo que se alegraban de nuestra presencia. Todos ellos nos rogaban que visitáramos sus poblaciones y conociéramos a sus familias, que nos harían objeto de grandes honores y recibimientos. Y, en efecto, durante cerca de nueve días anduvimos de aldea en aldea, siempre atendidos como reyes, y si al fin decidimos volver a las naves fue por no sembrar la inquietud en los que habían permanecido a bordo, que de seguro a esas alturas ya nos creerían hechos despojos.

Cientos de indios nos acompañaron de vuelta cargando nuestras cosas, y si alguno de nosotros se fatigaba lo cargaban a él también en sus redes. Se consideraban dichosos y honrados si, cuando era preciso atravesar un río, les permitíamos llevarnos a cuestras. Frente a tantas y tan amables dignidades, fray Jesús no dejaba de mostrarse algo molesto. Se preguntaba cómo era posible que aquellos salvajes, ignorantes de las doctrinas de Cristo, fueran tan mansos, tan serviciales y tan atentos con el prójimo. ¿Quién podía haberles enseñado tales cosas? Él mismo abrigaba su propia opinión.

—¡El diablo! —decía indignado—. ¡Seguramente es el propio diablo quien los ha adoctrinado para engañarnos!

Cuando por fin llegamos a la costa, se mostraron tan deseosos de conocer nuestras naves que debimos cargar a varios de ellos en los bateles y llevarlos a bordo. El resto se echó al agua y fue nadando. Una vez llegados a las carabelas treparon como niños, ávidos de verlo todo, de husmear en cada rincón, de tocar las piezas de hierro y el vidrio de los faroles. Se asombraban del enorme tamaño de las naves y hacían morisquetas de payaso cuando algún instrumento desconocido los movía a risa. En un momento dado hicimos algunos disparos de artillería, y fue tal el espanto de aquellos pobres infelices que muchos de ellos se arrojaron al agua como ranas a un pantano.

Más tarde regresamos a tierra una vez más. Fray Jesús de Cárdenas improvisó una pequeña pila bautismal sobre la arena y durante horas y horas se ocupó de bendecir y bautizar a los indios, que sin saberlo entregaron sus almas a Jesucristo, se convirtieron en miembros de una Iglesia a la que no conocían y quedaron bajo la tutela espiritual de un Papa de cuya existencia ni siquiera tenían noticia. No obstante, tomaron aquello con tanto entusiasmo que hubieran sido la envidia de más de un cristiano europeo.

En las siguientes jornadas volvimos a tierra varias veces, casi siempre en busca de

agua y alimentos, y si al principio muchos de los nuestros se habían mostrado reacios a desembarcar, ahora nadie quería permanecer a bordo un minuto, sobre todo a causa de la muy sugestiva compañía de las indias.



Una de esas tardes ocurrió un hecho infausto. Recuerdo que era domingo, pues algunas horas atrás habíamos celebrado misa y todo el mundo había comulgado con fray Jesús. Caía un sol que parecía incendiar la jungla. Arracimados en el poblacho, nativos y visitantes aprovechábamos la sombra de las cabañas para sestar. Yo estaba echado sobre una hamaca de algodón. Ya me había entusiasmado con aquella deliciosa forma de holgazanear que habían inventado los indios. Mientras me aireaba con una hoja de palma, mis labios degustaban la apetitosa pulpa de una fruta jugosa de carne rubia y sabor dulce. Debo decir que me había apasionado con la exquisitez de aquella fruta desconocida; de hecho, unos pocos días atrás había comido tantas que a punto estuve de empacharme. Pero en aquella calurosa tarde algo vino a interrumpir la calma. Yo me hallaba observando a unos pequeños indiecitos que jugaban con una movediza lagartija amarrada por la cola, cuando advertí que fray Jesús entraba en la cabaña como un ventarrón. Tenía un semblante indescifrable en el rostro, una mezcla de horror y pesadumbre que espantaba por sí misma. Estaba todo blanco y un sudor frío le corría por la frente. Al verlo me quedé pasmado.

—¡Pero, por todos los cielos! ¿Qué os sucede? —le pregunté sin darle tiempo a decir nada.

Fray Jesús avanzó unos pasos y sin abrir la boca se echó sobre una esterilla de paja. Luego se cubrió el rostro con las manos, como si quisiera ocultarse tras ellas. Había venido a decirme algo, pero era algo tan atroz, tan siniestro, que apenas podía articular palabra. Hasta los pequeños indiecitos habían dejado en paz a su lagartija y miraban los ojos angustiados del fraile. Sólo al cabo de algunos minutos consiguió hablar.

—Se comen entre ellos... —murmuró espantado.

Al principio no comprendí lo que decía. Hice un gesto de extrañeza y esperé a que el sacerdote se explicara. Pero fray Jesús estaba demasiado aturdido y apenas podía balbucear alguna frase. Entonces traté de serenarlo, apoyé una mano en su hombro y lo palmeé con suavidad, hasta que poco a poco fue componiendo el semblante.

—Sí, Amerigo —continuó diciendo fray Jesús—, estos indios se comen entre ellos; son antropófagos, apresan a sus enemigos y después los engullen, tal como tú o yo podríamos hacer con un cordero.

Yo vacilé un momento ante lo dicho por el fraile. Aquello sonaba tan disparatado que llegué a pensar que habría perdido el juicio. Acaso los ardores de la selva le habían puesto a calentar el seso y ahora estaba delirando como un alucinado. Sin

embargo, el cura no parecía uno de esos locos que ven visiones. Tal era su horror que no podía ser fruto de alguna fantasía.

—Lo he visto, Amerigo —insistió fray Jesús—, lo he visto con mis propios ojos.

Y enseguida me contó que algunos indios, en las primeras horas de la tarde, lo habían invitado a ver otras partes de su aldea. Tras aceptar gustoso, fray Jesús fue conducido hacia un abra distante un par de leguas del poblado. Era una pequeña abertura en la selva con dos o tres casuchas mal construidas. Y allí, aterrado hasta la médula, el fraile se había quedado pálido al descubrir el monstruoso espectáculo de varios cadáveres humanos despedazados y puestos sobre las brasas de una fogata. Los indios le habían dado a entender que eran prisioneros de guerra. A algunos de ellos los cebaban durante meses, luego los cortaban en pedazos, ensartaban los miembros en varillas de madera y los ponían a asar. Más tarde los engullían como si fuera cabrito adobado.

—Creedme, Amerigo, es horrible...

—¿Pero no os habréis confundido? —Pregunté como para salir de dudas—. ¿No serían acaso trozos de algún animal, alguna especie de simio sin pelos o algo así?

—Ojalá mis sentidos me hubiesen engañado —gimió fray Jesús—. Pero no, Amerigo. He visto cráneos humanos, ojos, piernas, dedos... Y creedme, reconozco a un cristiano cuando lo veo..., aun hecho pedazos.

Fray Jesús se cubrió el rostro una vez más. Acaso nunca en toda su vida hubiera imaginado tan repugnante barbarie. Por cierto, estaba tan azorado que ni siquiera pensaba en culpar al diablo por semejante aberración. Tras esas manos que cubrían su rostro, me parecía oírlo llorar y deshacerse en lamentos. Poco después murmuró algo inentendible, como si tratase de ahogar su llanto en una plegaria.

—Hablad —le rogué—. Descargad vuestra pena sobre mí.

Pero fray Jesús apenas me respondió.

—Os lo agradezco, Amerigo —dijo—. Pero sólo recordaba aquel versículo de las Sagradas Escrituras: «Si tus ojos te han hecho ver el mal, ¡arráncatelos!».



Sólo cuando estuvimos de vuelta en las naves, seguros y protegidos de aquellos indios, acabó fray Jesús de santiguarse como un loco y dejó la marinería de temblar de espanto. Fea cosa es morir de un flechazo, pero algo peor aún es imaginarse triturado, mordisqueado, roído a dentelladas por un indio hambriento, luego enredado en las entrañas de su estómago y por fin, conforme al ciclo natural de las necesidades humanas...

Pero mejor será continuar adelante con el relato.

Llevábamos ya varios meses de viaje y las naves comenzaban a renquear. Los aparejos estaban maltrechos, las calas hacían agua y la tripulación se mostraba fatigada. Con tales condiciones a bordo había una sola alternativa: emprender el

regreso a España. Sin embargo, era necesario hacer algunas reparaciones antes de emprender el viaje de vuelta. Por tal motivo acordamos buscar un buen sitio en la costa para arrimar las naves y calafatearlas. Después de algunos días de navegar hallamos un puerto en buenas condiciones. Saltamos a tierra y erigimos un pequeño bastión sobre la playa. Cerca de un millar de indios pacíficos nos recibieron con gestos de amistad, aunque no por ello olvidamos bajar armados hasta los dientes. Más tarde, descargadas y aligeradas las naves, las llevamos a tierra para curarlas de sus muchas cicatrices. Aquellas gentes nos prestaron grandísima ayuda, nos dieron alimento y nos alojaron en sus casas durante el tiempo en que se demoraron las reparaciones, que fueron unos treinta y siete días. Poco antes de marcharnos, con gestos de preocupación en el rostro, los indios nos hablaron de un pueblo que vivía a unas cien leguas de allí, y que en ciertas épocas del año venían con sus canoas a atacarlos. Según entendimos eran gentes muy feroces y crueles. Peleaban como guerreros endemoniados, mataban a muchos, capturaban a otros y, naturalmente, se los comían. Con tanto miedo nos hablaron de aquella tribu que les prometimos vengarlos en caso de toparnos con ellos, aunque, a decir verdad, no teníamos la menor intención de hacerlo.

Reparadas las naves, con un olor a breas nuevas que emergía de las calas, nos echamos al mar en dirección al nordeste sin más provisión que la necesaria y con la esperanza de no demorar demasiado el regreso, ya que apenas había alimentos para unos veinte días de viaje. Lo que sí traíamos a bordo eran unos cuantos de esos raros pajarracos que habíamos visto en la selva y que nos habían fascinado con sus plumajes. Pero lo más extraño en ellos era que hablaban, o al menos imitaban ciertos sonidos que mucho se parecen a la aguardentosa voz de un borracho. Tanto llamaba la atención esta cualidad que algunos muchachotes, para matar el tedio, pasaban el rato enseñándoles insultos y palabrotas que los pajarracos repetían todo el tiempo, de tal suerte que hasta el propio rey de España salía mal parado. Sin embargo, tal era el alboroto que provocaban que el capitán ya sabía de qué echar mano en caso de que faltaran alimentos.

Continuamos navegando y al cabo de siete días tropezamos con un rosario de islas hermosas, algunas pobladas y otras desiertas. Resueltos a bajar en una de ellas, se nos enfrentaron unos cuatrocientos indios provistos de arcos, flechas y lanzas, empenachados con un riquísimo plumerío y haciendo sonar unos cuernos estridentes que, a todas luces, les servían como ritual de guerra. Hubo algunas escaramuzas, disparamos nuestros mosquetes, hicimos fuego de artillería y al fin se pusieron en fuga tras los montes. Pero resultaron ser tan belicosos, tan cabezones y testarudos que un rato después ya los teníamos encima de nuevo. Nuestros ballesteros y espingarderos se cansaban de matarlos como moscas, pero ellos volvían una y otra vez, siempre en medio del barullo de sus cuernos, hasta que por fin logramos hacer que se replegasen y los seguimos hasta su poblado. Aun allí mismo, diezmados y sin fuerzas, continuaban guerreando con una bravura increíble. Eran tan osados para el

combate que hasta he visto a uno de ellos con las tripas reventadas de un mosquetazo que incluso así continuaba peleando como un león. Pero al cabo de algunas horas de lucha se rindieron. Tomamos cerca de doscientos cincuenta prisioneros; luego el capitán ordenó incendiar el pueblo y por fin regresamos a las naves. Allí quedaron todos arracimados en las bodegas, no sin que fray Jesús interrogara al capitán acerca de sus propósitos respecto de la indiada.

—¿Qué pensáis hacer con ellos? —le preguntó.

—Esclavizarlos, por supuesto —respondió el capitán.

—Si pensáis venderlos en España os sacarán corriendo. ¿O no recordáis lo sucedido con el almirante Colombo?

El capitán dejó escapar una irónica sonrisa.

—Éstos son prisioneros de guerra, mi querido padre, y por tanto está permitido esclavizarlos. Si ese almirante no fuera tan tonto se habría inventado una guerra y ahora tendría esclavos a carradas...

Un par de días después, ya repuestos de la refriega con los indios, hicimos vela hacia España.

CAPÍTULO XIV



Después de muchas jornadas de navegación a través del mar, en las primeras horas de un amanecer de octubre, advertimos un promontorio erizado de casuchas. Más allá de los azules del océano se levantaba Cádiz, envuelta aún en las brumas del alba. En cubierta ya algunos hombres se habían precipitado a las bordas para contemplar la madre patria. Hacía ya más de un año que la habíamos dejado y ahora regresábamos teñidos de leyenda, casi como argonautas que vuelven de las Hespérides. Si el viento no cambiaba, aproximadamente al mediodía estaríamos fondeando en el puerto. Pero en ese momento se había armado todo un revuelo de faenas y preparativos a bordo. Se sentía en el aire el desesperado anhelo de la marinería de llegar a puerto. En un minuto salieron a relucir espejos, peines, jabones y navajas. No era cuestión de saltar a tierra hecho un estropajo después de tantos días de navegación. Se rescataron de la bodega los últimos toneles de agua dulce y todo el mundo se puso a lavarse los cabellos, a acicalarse, a rasurarse las barbas, a limpiarse la roña del cuello y de las uñas. Todo a bordo parecía despertar de repente, como si los días en el mar hubiesen sido un sueño apacible, un remanso que ahora se veía interrumpido por la llegada.

Entre quienes se hallaban en tierra sucedía otro tanto. Desde muy temprano se habían visto las velas dibujadas en el horizonte, y poco después los arrabales portuarios habían comenzado a hervir de gentes. Un concierto de sogas y aparejos empezaba a resonar en el fondeadero. Avisados del arribo de las naves, familiares, amigos y curiosos habían trepado a los muros, a los techos, a las copas de los árboles.

Cada uno quería ser el primero en divisar a la tripulación, el primero en reconocer el rostro de un hijo o de un amigo asomado a la cubierta. Más adentro, en el seno de los barrios bajos, otro mundo empezaba a despertar ante la noticia. Alertadas por el vocerío de la muchedumbre, las prostitutas de la ciudad emergían de sus madrigueras. Ellas también corrían a lavarse, a embozarse en atuendos de jarana, a echarse perfumes y fragancias, porque sabían que toda embarcación llegada a puerto es negocio seguro, y más aún cuando el viaje ha sido tan largo.

Después de maniobrar entre boyas y tajamares, las naves atracaron por fin en la ensenada del puerto. Poco a poco la marinería bajó a tierra envuelta en alegres y coloridas vestiduras. Por supuesto, no se trataba de las lujosas y afamadas sedas de Oriente, pero estaban hechas de retazos de selva, de colores y texturas en los que se adivinaba el frescor de una tierra exótica y virginal. Todo el mundo tenía lo suyo. Quien no llevaba atuendos de algodón, cintajos en los cuellos o amuletos de coral, ostentaba sobre la cabeza un vistoso penacho de plumas tornasoladas. Además, cada hombre cargaba un rico muestrario de chucherías y abalorios. Había máscaras rituales, dientes de mono, pedazos de flechas, yerbajos de hechicero. Había quien llevaba jaulas con tucanes y guacamayos. Y hasta alguno, a modo de trofeo, exhibía varios mechones de pelo de india anudados en trenzas.

Toda la muchedumbre reunida en el puerto reía y celebraba nuestra llegada. Y la cosa iría para rato. Por dos o tres días la ciudad toda respiró aires de parranda. Tabernas y bodegones abrieron hasta la madrugada en un prodigio derroche de aguardientes, vinos, perniles de cerdo y hembras, sobre todo hembras, que por algunos maravedíes se echaron en los catres del fondo para solaz de la marinería.



Una vez más nos hallábamos en suelo español. Poco después de arribar al puerto de Cádiz me trasladé a Sevilla, donde estaban mis buenos amigos, mi casa y cierta moza llamada María Cerezo de la que ya tendré oportunidad de hablar. Con alguna sorpresa me enteré de que el almirante Christoforo Colombo ya se había hecho a la mar una vez más. Por lo visto, el rey Fernando había decidido enviarlo a las Indias aun sin esperar nuestro regreso. Ignoro la razón de aquella urgencia, ya que se suponía que nuestros informes debían ser vitales para la decisión del rey. Pero acaso el genovés había echado mano una vez más de sus muy endiabladas artimañas y había logrado convencer a Fernando de la necesidad de zarpar lo antes posible. Sea como fuere, hacía varios meses que el genovés se había hecho a la vela, y ya comenzaban a llegar malas noticias de su estancia en las Indias. Ahora se trataba de motines y revueltas. Al parecer, Colombo tenía que apaciguar a sus propios hombres a cada rato. Se le sublevaban hasta por capricho. Uno de sus criados, con quien siempre había tenido tratos amables y cordiales, ahora le mostraba los dientes y no reconocía su autoridad. Se rumoreaba que una vez más Christoforo se estaba comportando como un tirano

despiadado. Sin embargo, también volaban otras noticias algo más auspiciosas. Al parecer, el genovés había dado con una isla repleta de perlas, se había topado con algo más de oro en la tierra y, por fin, a modo de hallazgo geográfico, sus naves habían atravesado la boca de cierto inmenso río de aguas tan bravas que se internaban unas cuantas millas mar adentro. Pero lo curioso era que allí el Almirante se había quedado como hechizado. De pronto, la visión de aquellas aguas le había traído a la memoria sus viejas lecturas del cardenal D'Ailly, quien en su *Imago Mundi* hablaba de ríos encantados y fuentes de la juventud. No sin cierta imaginación, Colombo pensó que acaso aquel río podría conducirlo hacia lugares de ensueño y montañas de oro y esmeraldas. Pero lo más asombroso, lo más extraordinario de todo fue que allí, frente a las bocas de aquel río, el genovés dijo hallarse ante el mismísimo Paraíso Terrenal del que hablan las Escrituras. Puede que aquello fuera un disparate o una más de sus tantas imaginaciones, pero lo cierto es que halló tales dulzuras en el aire y tal esplendor en los paisajes que no tuvo empacho en afirmar que aquéllos debían de ser los Jardines del Edén.

Naturalmente, se tratara o no de un engaño, los reyes Fernando e Isabel se quedaron más que pasmados ante tales noticias. Primero, una isla atestada de perlas, luego el hallazgo de más oro en la tierra y finalmente el haber dado con el mismísimo Paraíso Terrenal. ¿Con qué más podría soñar un monarca en este mundo? Pero ya he dicho que Fernando e Isabel no eran tontos. Admiraban la destreza y osadía del genovés como navegante, pero también sabían de sus muchas mañas como fabulador. Por ese motivo, lo primero que hicieron fue desconfiar de sus palabras. Lo segundo, organizar una nueva expedición hacia las Indias, tripulada por terceros, con el propósito de comprobar una vez más si las noticias del Almirante eran ciertas, o si todo el asunto de sus descubrimientos no le había trastornado el seso y provocado alucinaciones. Desde luego, la prudencia de los Reyes Católicos era proverbial.



Cierto día, a la hora del almuerzo, me hallaba yo en una vieja taberna de los bajos fondos de Sevilla. Era un tugurio al que solía ir con bastante frecuencia. Allí, pese a la mugre, a la densa humareda del aire y a algún que otro ratón que pululaba entre los rincones, se servía el mejor marisco de la ciudad. Entre las muchas exquisiteces había mejillones en vinagre, pulpo, cangrejo al ajillo, rabas en salsa verde, anguila a la marinera. El rollizo cocinero vivía sepultado entre los humos de la cocina. Decían algunos que provenía de una antigua familia griega, sabedora de recetas arcanas y experta en platos de mar. Guisaba como nadie el calamar en su tinta, la langosta con salsa de cebolla, las almejas en vinagreta y una fuerte y jugosa paella que servía en cazuelas crepitantes de hervor.

Aquella vez yo había pedido un plato de mejillones con arroz y azafrán. De beber, una botella de exquisito vino de Málaga. Mientras le daba al diente charlaba de mesa

a mesa con otros marinos, gentes de puerto que gustaban del buen pescado y del buen marisco. De pronto escuché el ruido de unas botas que se aproximaban a mi mesa.

—¿Morigo Vespuche? —me preguntó el dueño de esas botas con una voz quebrada.

Yo me quedé mirándolo un momento. Portaba un grueso espadón al cinto, tenía una pluma en el sombrero y llevaba una capa negra que le llegaba hasta los pies. Era de barbas renegridas y pellejo agrietado, como de cuero reseco. Por el porte semejaba un oficial del reino.

—Amerigo —dije—, mi nombre es Amerigo Vespucci.

—Pues como sea —gruñó el otro como si no le importara un rábano—. Soy el capitán Alonso de Hojeda y he venido a ofreceros trabajo.

En ese momento reconocí el nombre. Por supuesto, se trataba del bravo Hojeda, aquel corajudo castellano que había acompañado al almirante Colombo en su segundo viaje a las Indias. De él se contaban historias que parecían sacadas de una leyenda o, mejor aún, de una novela de caballerías. Algunos decían deberle hasta su propia vida. Y no era cuento, ya que en una de las islas recién halladas, cierto contingente de hombres se había perdido en las entrañas de la selva y el propio Hojeda se había ofrecido a buscarlos pese a ser casi una locura. Con unos cuarenta hombres se había metido entre pantanos infestados de víboras y nubes de mosquitos. Días y días pasaron entre hambrunas y peligros, vagando sin rumbo en medio del averno selvático. Pero al fin había logrado regresar, y no solo con los hombres perdidos, sino también con historias increíbles: allá, en el interior de la selva, según decía, había encontrado sándalo, jengibre, incienso y hasta palomas y ruiseñores.

—¿De qué clase de trabajo me habláis? —le pregunté.

—Hablo de viajar a las Indias, por supuesto —enfaticó Hojeda—. El rey está organizando otra expedición.

—¿Y por qué yo?

El bravo Hojeda se sentó a mi mesa y, como si fuera la cosa más natural del mundo, respondió:

—Pues porque ya habéis viajado una vez y sabéis del asunto. Pero además, porque aquí en Sevilla se dice que sois bueno en esas cosas; y lo más importante de todo, porque al rey Fernando así se le antoja.



De modo tan imperioso me vi envuelto una vez más en la empresa de las Indias. Fernando y sus ministros me habían escogido, según creo, por mis dotes de buen observador y por ciertas destrezas que, sin ánimo de ser petulante, había yo adquirido como nadie en mi anterior travesía. No sin cierto orgullo debo decir que en las calles de Sevilla mi nombre ya empezaba a sonar en boca de las gentes de mar como el de un avezado piloto. Aquello me daba un gran prestigio como navegante, ya que las

opiniones surgidas de entre el pueblo marineró a veces suelen tener más peso que los títulos de una escuela. Por otra parte, el rey Fernando buscaba en mí la voz de un testigo imparcial. El capitán Alonso de Hojeda era un valioso hombre de mar, no cabe duda de ello, pero su palabra no resultaba del todo confiable, ya que sus relaciones con el almirante Colombo llevaban camino de arruinarse. Poco a poco se había convertido en otro más de los tantos enemigos que el genovés iba ganándose, y a causa de ello el rey no podía fiarse demasiado de sus opiniones. En cambio, yo estaba lejos de tales refriegas. No sentía animosidad alguna hacia Colombo y, por lo tanto, mis testimonios servirían de contrapeso a las virtuales exageraciones de Hojeda. Se me había llamado, además, por ser entendido en cuestiones de cosmografía y asuntos pertenecientes al cielo, ya que uno de los fines de la expedición consistía en observar y traer noticias acerca de la bóveda celeste en aquellas latitudes australes. Nos acompañaría el vasco Juan de la Cosa, quien ya había formado parte del primer y el segundo viajes de Colombo a las Indias y, milagrosamente, según creo, aún estaba en buenas relaciones con él. Ahora el vasco se había convertido en un magnífico cartógrafo, un artista de los mapas que vivía obsesionado con la idea de reducir el mundo entero a un plano de latitudes y longitudes. Desde luego, aquella destreza era más que suficiente para que Fernando lo incluyera en la expedición.

Aún quedaba mucho por hacer en cuanto a la preparación y el alistamiento de las naves. Mas, por el momento, gozaba yo de la felicidad de estar de nuevo en tierra sevillana. Allí pasaba los días entre charlas y reuniones en las que, dada mi anterior expedición a las Indias, me convertía invariablemente en el centro de atención de todo el mundo. Gentes de toda laya se acercaban a preguntarme acerca del viaje, de los naturales de aquella tierra y de las muchas historias que corrían acerca de sus extrañas costumbres. A todas luces, la mayoría continuaba aferrada a los viejos rumores y habladurías de siempre: «¿Cómo es el otro lado del mundo, señor Vespucci?», «¿Es cierto que los indios tienen los pies al revés?», «Díganos la verdad, ¿el oro cuelga de los árboles o son todo patrañas?». Más de uno se mostraba un tanto escéptico acerca de la expedición misma: «¡Mentiras! —Rugía—. ¡Todo esto es un cuento! ¡Argucias del rey Fernando para distraer a la opinión pública de los temas serios y acuciantes!».

A veces las preguntas eran un tanto molestas y enrevesadas.

—Y decidme, señor Vespucci —me solía inquirir algún caballero de vez en cuando—, ¿por qué nunca nos visitan esos habitantes de otras tierras?

Yo dudaba sobre la respuesta. Las primeras veces contestaba que los indios carecían de naves y medios adecuados para atravesar el océano y llegar hasta Europa. Sin embargo, más adelante empecé a responder de otro modo. Escogí un argumento que, sin duda, hubiera encantado a los sabios de Florencia.

—Los indios son hombres satisfechos con su mundo —observaba con un cierto aire de solemnidad—. Todo lo tienen en gran abundancia y no precisan nada más. En modo alguno son gentes como nosotros, que siempre estamos deseosos de glorias,

riquezas y conquistas. Ellos, por el contrario, prefieren la paz antes que la guerra, su propia casa antes que la del vecino. He visto algunos que ni siquiera conocen el uso de las armas.

Pero desde luego, no siempre eran curiosos o incrédulos quienes se acercaban a mi lado a interrogarme. Cierta vez, en el calor de una reunión celebrada en casa de un mercader sevillano, una dulce voz de mujer me susurró al oído:

—Qué pena para estos reinos de España que un caballero tan elegante deba marcharse otra vez a las Indias.

Su nombre era María Cerezo y acabé por casarme con ella. Tenía uno de esos cabellos renegridos y brillantes que abundan en la tierra española, una hermosa piel de aceituna y un soberbio fuego andaluz en la mirada. Aquella noche le hablé de las Indias, de lo extenso del viaje y de cómo extraña uno en ese tiempo el calor de una mujer de cabellos renegridos, piel de aceituna y un soberbio fuego andaluz en la mirada. Naturalmente, no mencioné que las muchachas indias, al otro lado del océano, se ocupaban de menguar bastante esas añoranzas. Pero aquello no hubiera hecho sino romper el delicioso encanto de esos momentos.

Aquella misma noche, enredados en los fondos del jardín, acabé por proponerle matrimonio. María Cerezo me miró y dijo:

—Mi madre dice que no hay peor desgracia en el mundo que ser la esposa de un marino.

Traté de salir del paso lo mejor que pude.

—Si lo dices por mí —contesté sin mostrarme preocupado—, en realidad no soy lo que se dice un marino. He ido una vez a las Indias y quizá vuelva a hacerlo una vez más. Pero mi lugar está aquí en Sevilla, o tal vez en Florencia.

Aquello pareció convencerla, no se detuvo a pensar demasiado y unos pocos días después contrajimos matrimonio en una iglesia de Sevilla. Acaso el lector se sorprenda de tanta rapidez, pero así fueron las cosas.

¿Que si he tenido amores antes de María? Ya he dicho que, en opinión de mi tío Giorgio Antonio, sólo dos destinos cabían a un hombre: casarse o meterse a fraile. A decir verdad, yo no había tenido oportunidad de ejercer ninguno de ellos, y hasta ese momento ni siquiera pensaba en hacerlo. Desde luego, siempre me había llamado la atención que los hombres casados, hartos de sus esposas, quisieran meterse a frailes, mientras que los frailes, hastiados del celibato, acabaran persiguiendo barraganas. Sin embargo, no era aquél un asunto que me tocara de cerca. Por supuesto, de joven había ido como cualquiera a holgarme en los burdeles florentinos, sitios apestosos y no muy recomendables. Pero nunca se había cruzado en mi vida una mujer como María, por lo que a partir de aquella noche todo cambió para siempre.



Por esos días llegaron a España algunas noticias acerca de los recientes progresos

marítimos del vecino reino de Portugal. Cierta caballero navegante llamado Vasco da Gama había doblado el sur de África y seguido camino hacia las ciudades indias de Calicut, Pandarana, Mangalor y Goa. Aquella larga travesía no era sino la culminación de una vieja idea portuguesa que hundía sus raíces en la afamada escuela de Enrique el Navegante. El gran Enrique había sido el motor de la marina lusitana. Unos cincuenta años atrás había organizado una gran escuela de pilotos, astrónomos, cosmógrafos, constructores de naves y nautas de primer nivel que se habían convertido en la envidia de Europa. Fundó su gran escuela en el cabo de Sagrés, un hermoso lugar que dominaba el océano y donde el mar arrojaba su espuma sobre lo alto de las rocas. Pese a que el mismo Enrique jamás se había embarcado hacia el océano, todo lo que Portugal había hallado en África provenía de su ímpetu. Sin embargo, tras los viajes de Colombo, el predominio lusitano en los mares se vio jaqueado por España. Portugal quedó en desventaja y comenzó a perder la carrera. Pero hacia el final del siglo llegó al trono de Lisboa un rey ambicioso y todo se giró una vez más. Don Manuel I, pues de él se trata, procuró hacer lo imposible por restaurar la primacía portuguesa en los mares. Estimulado por los nuevos hallazgos españoles, quiso también dirigirse hacia las Indias, pero no a través del Atlántico, sino por el otro lado, bordeando el sur de África. Ya he mencionado antes que el gran Bartholomeu Dias, unos pocos años atrás, había conseguido llegar hasta el austro Africano con sus naves. Pero ahora faltaba el paso decisivo: doblar el cabo de Buena Esperanza y ver qué había del otro lado.

Para ello el rey don Manuel no contrató a un piloto sino a un gentilhomme de su corte, aquel Vasco da Gama del que he hablado hace poco. Pronto se organizó la expedición y Da Gama partió con sus naves. Se dice que durante la travesía se apartaron tanto de las costas Africanas que hasta vieron volar aves que de seguro provendrían de las Indias de Colombo. Más tarde, Da Gama dobló el cabo de Buena Esperanza y llegó a una tierra a la que bautizó Natal, pues faltaba poco para la Navidad. Siguió luego hacia Mozambique, Mombasa, Melinde, y allí se encontró con una flota de barcos árabes. Éstos le dieron riquísimas noticias acerca de lo que hallaría más allá. A cambio, Da Gama les enseñó un astrolabio que traía en sus naves, pero se dice que los árabes ni siquiera se inmutaron, ya que en las suyas traían uno mucho más perfecto.

Algunos días más tarde el portugués atravesó el Índico y fue a dar a la ciudad de Calicut, un inmenso emporio de tejidos, especias, drogas, metales y piedras preciosas. Dominaba el lugar un reyezuelo brahmán llamado Zamorim, aunque el comercio de los mares estaba enteramente en manos de los mercaderes árabes. Vasco da Gama pronto advirtió que no era del todo bienvenido. Muchos mercaderes árabes temían su presencia, ya que conocían demasiado las mañas portuguesas y su avidez de nuevos mercados. Tal revuelo despertaron las naves de Da Gama que pronto se vieron rodeadas de sambucos moros, paraos hindúes y galeras egipcias en pie de guerra. Hasta hubo unas pocas escaramuzas y algunos portugueses lo pagaron con su vida.

Entonces Da Gama entendió que era urgente largarse de allí. Dio algunos rodeos en busca de mercancías, tuvo algunos tratos de negocios con el rey Zamorim y poco después emprendió el regreso a Portugal antes de que las cimitarras moras liquidaran a toda la tripulación. La vuelta fue más que penosa: arribaron a Lisboa tan sólo cincuenta y cinco de los ciento cuarenta y ocho hombres que habían salido. No obstante, la proeza estaba cumplida. Don Manuel I podía vanagloriarse de haber puesto un laurel más en el trono de su reino, y Vasco da Gama un trofeo más en su vida de cortesano. Ahora Portugal había llegado a las Indias por la ruta de Oriente y comenzaba una feroz carrera contra España por adueñarse de esos mercados.

Entretanto, mis días en Sevilla transcurrían en calma, rodeado de amigos, y ahora bajo el grato calor de María Cerezo. Pero ¡ay, cuán tornadizo y cambiante es el espíritu del hombre! Recuerdo haber estado en las Indias y añorar la estancia en Sevilla. Pero una vez allí, en la paciente y cómoda serenidad de mi hogar, mi caprichoso espíritu se veía atraído una vez más por las Indias, por sus aires de fuego y sus muchos peligros.

Quizás en el océano era donde mi alma encontraba su mayor regocijo y felicidad.

CAPÍTULO XV



La noche se derramaba con suavidad sobre los andurriales de Sevilla. El aire traía una dulzura que invitaba a los asuntos del amor. En nuestro lecho, hundidos entre sábanas de Oriente, María Cerezo y yo contemplábamos el incitante resplandor lunar que llegaba desde la ventana. La luz se adueñaba del cuerpo desnudo de María y le daba un matiz agrisado a su piel de aceituna. Yo observaba sus cabellos negros, casi idénticos al intenso azabache de las indias, y pensaba en ella como en una ardorosa fruta del trópico. María tenía la piel tersa de la guayaba, su carne era dulce y quemante como el ananá, su desnudez tenía la frescura del coquero verdecido y olía a fresa silvestre. María era una selva, una selva mojada y envuelta en brumas después de un aguacero.

Era medianoche, hacía calor y fuera se oía el murmullo del Guadalquivir. Yo estaba sentado en la cama sin poder conciliar el sueño. Mis ojos se repartían entre la ventana, allí donde apenas se dibujaba algún moribundo farol, y aquella hermosa mujer, aquel racimo de frutos deliciosos que dormía a mi lado. Pero en medio de la noche algo sucedió. De pronto María despertó y se volvió hacia mí. A través de la escasa penumbra adivinaba yo sus ojos abiertos y su respiración entrecortada.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

Ella ronroneó con la voz teñida de sueño y luego me dijo:

—¿Por qué no duermes?

Yo me aproximé aún más a su cuerpo y la envolví entre mis brazos.

—Sabes que mañana partimos a las Indias... —dije.

—¿Pero no es eso lo que quieres? ¿No es lo que has querido siempre?

—Sí, pero también estás tú...

María se recogió sobre sí misma y dejó escapar un mohín de ternura de sus labios. Sabía que mi viaje significaba meses o tal vez años de una dolorosa ausencia. En lo profundo de su alma ella misma ya se había imaginado la tormentosa soledad que debería vivir durante todo ese tiempo. Serían noches de agónica espera, días y días de incertidumbre, mañanas y tardes en que iría a sentarse a la orilla del mar, sobre algún farallón de piedra, y allí sus ojos se hundirían en la inmensidad del océano, esperando, siempre esperando el dibujarse de unas naves sobre la línea del horizonte. María sabía de la angustia que aquello significaba. Debía de ser duro y difícil para ella. Pero también sabía que yo era uno de esos raros espíritus a quienes el mar embruja, seduce, atrae como por hechizo. Aun cuando aquello la incomodaba, sabía que debía compartir mi amor con el océano. Quizás hasta el fin de mis días le sería yo infiel con la espuma del mar, con los aires salados, con el murmullo de las olas.

Aquella noche, casi a punto de quedarse dormida, María me miró con sus dulces ojos de azabache y susurró:

—Está bien. No debes inquietarte por mí. Pero al menos dile al mar que deje algo de Amerigo para esta pobre mujer...



Tras acabar los trabajos de alistamiento, nuestras naves por fin salieron de Cádiz a los 16 días del mes de mayo de 1499. Como ya era habitual en esta clase de rutas, bordeamos las Canarias, atravesamos las islas del Cabo Verde y durante algunas jornadas costeamos las ardientes arenas de África. Fueron días tan calmos y de tal serenidad en el mar que podíamos hablarnos de una nave a la otra. A veces, cuando apretaba el calor, los hombres se arrojaban al agua y chapoteaban durante horas bajo las bordas. Al fin, después de algunos días de navegación, dimos con la Isla del Fuego, bajamos a hacer provisión de agua y leña e inmediatamente después nos dirigimos a mar abierto.

La travesía era normal, aunque un poco lenta a causa de la falta de vientos. En cubierta, para amenizar las muchas horas muertas, el capitán Alonso de Hojeda había hecho traer naipes, dados y cubiletes, y hasta un gracioso enano bufón llamado Juanillo Ponce, que años más tarde andaría rogando en vano una pensión del rey tras haber dado la vuelta al mundo. El propio Hojeda, pese a su carácter un tanto áspero, en el fondo era hombre aficionado a las bromas y jaranas. Al respecto solía contar cómo algunos años atrás, sus grandes dotes de equilibrista le habían ganado nada menos que la simpatía de la reina Isabel. El asunto había sido bastante gracioso. Cierta mañana, sobre la altísima torre de la Giralda, el capitán Hojeda se hallaba junto a la reina Isabel tratando cuestiones marítimas. En un momento dado la reina se

acercó a una de las ventanas y se puso a contemplar el paisaje de la ciudad. Desde allí sus ojos dominaban toda Sevilla. Se veían las gruesas murallas, el Alcázar, las callejas apretadas y los jardines de pinos y naranjos. Tal era la altura que la reina hasta sentía algunos vahídos. Saliendo de la propia ventana había un madero de unos veinte pies de largo, uno de cuyos extremos flotaba sobre el vacío. Hojeda estaba a un lado de la reina y miraba la ciudad. Pero repentinamente, sin decir esta boca es mía, trepó a la ventana y empezó a caminar sobre el madero haciendo equilibrio. Isabel quedó pasmada del susto. Se le abrieron los ojos como dos ciruelas y estuvo a punto de gritar de espanto. «¿Qué hace este loco?», preguntó desesperada. Poco después Hojeda llegó hasta el extremo del madero y se detuvo. Allí, con toda Sevilla debajo de sus pies, el muy osado improvisó algunas piruetas, luego se quitó el sombrero inclinándose ante la atribulada reina y por fin regresó a la ventana. Dicen que Isabel, temblando de la cabeza a los pies, no supo si premiarlo con un beso o mandarlo a enjaular a una prisión. Pero al fin sonrió y se mostró halagada por la proeza.



Continuamos navegando sin novedad a través del océano. Algunos días más tarde tomamos la decisión de adoptar dos rutas diferentes. Una de las carabelas, con el propio Hojeda al mando, tomaría la misma ruta por la que había navegado años atrás el genovés Colombo. La otra, en la que iría yo, pondría proa más hacia el sur y trataría de buscar nuevas tierras bajo la línea ecuatorial.

Durante el viaje pasaba yo mucho tiempo en cubierta, sobre todo por las noches, atareado en descifrar la belleza de los cielos. Debo confesar que es propio de todo buen florentino amar las estrellas. De mi tío Giorgio Antonio había aprendido el nombre de muchas de ellas, así como también el de los planetas y las constelaciones. Una de aquellas noches el cielo se llenó de estrellas nuevas, desconocidas, y pronto fue evidente que nos hallábamos sobre la línea ecuatorial. Pocos días después, según tuve ocasión de verificar con mis instrumentos, habíamos cruzado hacia el hemisferio sur del globo. Aun cuando los portugueses ya lo habían hecho tiempo atrás, fue todo un regocijo el sabernos por primera vez del otro lado del Ecuador, y más aún para algunos asustadizos grumetes que venían a bordo, ya que una antigua y oscura leyenda hablaba de que allí, bajo la línea que divide el planeta en dos mitades, las aguas del mar entraban en ebullición, el aire estaba cargado de enfermedades y tal era el ardor del clima que precipitaba a los hombres en la locura. Pero nada de aquello había ocurrido. Por el contrario, nunca el aire se nos había hecho tan suave y la navegación tan confortable.

En mi cuidadosa exploración de los cielos trataba yo de anotar todo cuanto mis ojos veían de novedoso. Hacia el norte ya se veían los últimos vestigios de la Estrella Polar, aquella misma que mi tío Giorgio Antonio, alguna vez, me había señalado como la mejor guía de todo buen marino en el hemisferio boreal. Aprovechando

aquella misma idea, miraba luego hacia el austro y procuraba hallar alguna estrella que sirviera a los mismos fines en el hemisferio sur. Sin embargo, pasaban las noches y no conseguía dar con ninguna. Todas cuantas podía ver tenían órbitas demasiado amplias y en algún momento se hundían en el horizonte. Con todo, algo sorprendente ocurrió en esos días. Por mera casualidad me hallaba explorando el cielo cuando recordé unos versos de Dante:

Me volví a la derecha y me hallé enfrente
del otro polo, y vi en él cuatro estrellas
que sólo ha visto la primera gente.
Gozaba el cielo de sus llamas bellas:
¡oh viudo Septentrión, pues qué privado
tú por siempre jamás has de estar de ellas!

¿No tendría Dante razón? En sus sueños había visto cuatro estrellas, cuatro hermosos astros que no podían observarse desde el hemisferio norte. Y he de decir que aquí, sobre estos cielos del sur, descubrí yo cuatro estrellas que forman una cruz, y cuyo movimiento parecía tan corto que servía para señalar el polo austral. Sin embargo, aún esperaba observarlas con mayor detenimiento y obtener conclusiones más propicias.

En esos estudios me hallaba cuando unos pocos días después avistamos tierra.

A distancia parecía aquél un sitio lleno de esplendores vegetales. Largamos los botes y fuimos hacia la costa. Allí la selva estaba poblada de árboles enormes y aromáticos. De todos ellos manaban perfumes balsámicos, fragancias suaves y deleitosas que nos daban gran placer.

Quisimos ir selva adentro, pero tal era la apretazón de aquella jungla que se nos hizo imposible. Entonces regresamos a las naves y continuamos navegando hacia el norte hasta que, algunos días después, dimos con la boca de un río tan enorme y caudaloso que sus aguas empujaban a las del mar y se metían bien adentro del océano^[3]. Lo echamos a suerte y decidimos entrar en aquel vasto río, y lo que allí pudimos ver nos dejó a todos boquiabiertos.

Era aquél un paisaje raro, inverosímil, por momentos bello y por momentos siniestro. Avanzábamos con mucha cautela, pues el escenario era tan extraño y aterrador como el interior de una caverna. El agua estaba repleta de juncos y camalotes en los que se advertían hervideros de alimañas y serpientes. Asomaban pájaros rarísimos y de formas tan grotescas que parecían criaturas deformes, habitantes de un mundo lóbrego y misterioso. También había gran cantidad de loros y papagayos de colores brillantes y otras muchas aves que nadie acertaba a reconocer. Se las oía cantar desde los árboles, y el sonido era tan suave y melodioso que a veces nos deteníamos a escuchar embelesados. Pero más adelante la selva se contrajo sobre sí misma y pareció envolver el cauce del río oscureciendo el cielo con sus negros ramazones. Allí el aire era tan brumoso y caliente que los botes debían avanzar casi a ciegas. Se oían gritos extraños, aullidos guturales. Algunos hombres tenían miedo y

dudaban en seguir.

—¿Dónde estamos? —preguntó una voz en medio del silencio.

Pero nadie respondió. Todos nos sentíamos perplejos ante el sombrío espectáculo de aquel lugar de tinieblas. Por momentos se veían escuetas señales de vida humana: casuchas desvencijadas, cuencos de barro, atuendos raídos que colgaban de una rama como las vestiduras de un fantasma. Pero había un silencio de muerte en el aire, como si ese lugar hubiese sido abandonado muchísimo tiempo atrás.

—Regresemos —dijo por fin la voz del capitán—. Sólo Dios sabe qué diablos habrá más allá de esta boca de lobo...



Volvimos a las naves de inmediato y emprendimos una vez más nuestro rumbo hacia el norte, siempre bordeando la costa. Pocos días después arribamos a una isla repleta de gentes, y una vez en tierra supimos con horror que se trataba de caníbales. Había huesos y restos humanos arrojados por todas partes. Cráneos, manos y pies yacían comidos sobre la tierra, y era cosa de espanto el ver aquellas partes mordisqueadas y abandonadas entre las brasas. Pero aun cuando estábamos casi indefensos, los indios no se mostraron hostiles hacia nosotros. Nos dieron a entender que no se comían entre ellos, sino que cada tanto se embarcaban en sus canoas, iban hacia otras islas vecinas y allí se hacían de su macabro botín. No necesito decir que permanecimos tan sólo lo indispensable entre esas gentes, no fuera a ser que tuvieran la ocurrencia de cambiar sus costumbres.

No me detendré a referir lo ocurrido en los días siguientes, puesto que mi relato se convertiría en una mera repetición. Sólo diré que navegamos aquellas costas y entablamos relación con muchos pueblos de indios. Uno de ellos nos llamó grandemente la atención, por encontrar allí las gentes más feas y bestiales que hubiéramos visto jamás. Andaban siempre con los carrillos hinchados por una hierba verde que rumiaban como vacas, y tan infladas tenían las fauces que apenas podían hablar.

Por lo demás, la mayoría de los pueblos que conocimos no diferían mucho en su aspecto y costumbres de los que ya nos eran familiares. He de hacer notar, sin embargo, que nuestra breve estancia en el hemisferio austral sirvió para comprobar lo erróneo de cierta opinión corriente entre algunos de nuestros filósofos, quienes aseguran que es imposible vivir en la Zona Tórrida a causa de los grandes calores. Pues bien, nada más ajeno a la verdad. He podido comprobar por mí mismo que allí los aires son frescos y templados, y que las gentes viven y gozan de gran salud como en ninguna otra región del planeta. Creo que nuestro viaje, entre otras cosas, sirvió para borrar de un plumazo los muchos disparates que se habían dicho al respecto, como los de cierto doctor de Bérgamo, que ha sostenido que la Zona Tórrida es árida, estéril y deshabitada, o lo afirmado por otros muchos eruditos, para quienes los aires

tropicales son mortíferos a causa de la gran cantidad de fiebres y enfermedades que provocan.



Uno de aquellos días arribamos a una muy curiosa isla llena de pájaros y tortugas de mar^[4]. Exploramos el terreno durante algunos días, y grande fue nuestra sorpresa al descubrir, sobre la costa sur de la isla, una enorme fuente escondida entre las rocas de cuyo fondo manaba una especie de licor aceitoso que parecía betún. De inmediato pensamos en aquel betún de Judea que se dice brota del Mar Muerto, y al que algunos llaman *stercus demonis* y otros *petróleo*. Tanto manaba aquel aceite que llegaba hasta el mar y lo cubría de una capa negra y oleosa. Se dice en Europa que el tal betún de Judea es provechoso remedio para la gota y otros males que proceden del frío. Pero entre las gentes más piadosas, suponiendo que aquello sea en efecto el estiércol del demonio, se tiene por cierto que las fuentes de donde brota no son sino puertas de acceso al infierno. Por las dudas, juzgamos prudente no acercarnos demasiado.

Pero aparte de tales aceites, en esa misma isla hallamos una verdadera delicia: perlas.

Al poco tiempo de nuestra llegada los nativos nos obsequiaron algunas de las más hermosas perlas que se hayan visto, y más tarde nos condujeron hacia el sitio en donde las pescaban. Maravillaba el sólo ver lo diestros que eran en ese oficio. Escogían el lugar en donde creían que había ostras, se acercaban hasta allí en sus canoas y luego se echaban al agua. Un buen rato después emergían con un gran racimo de ostras en la mano y las arrojaban sobre la canoa para luego hundirse una vez más, y luego otra y otra, y así durante horas. A veces las ostras se hallaban a tal profundidad que los indios se amarraban piedras al cuello para llegar hasta abajo. Una vez allí recogían las ostras, se despojaban del lastre y salían a flote. Tal vez se me tachará de mentiroso, pero he visto algunos que llegaban a permanecer casi un cuarto de hora debajo del agua, y luego emergían con el resuello tan sereno como si hubiesen estado en tierra. Claro está que a veces ocurrían desgracias. En más de una ocasión alguno se zambullía en el mar y poco después se veía un remolino en las aguas. Unos segundos más tarde el indio volvía a aparecer, pero esta vez hecho pedazos, ya que el pobre infeliz había sido destrozado por algún tiburón o algún lagarto.

He dicho ya que el oro siempre me ha tenido sin cuidado. Pero una perla es capaz de ejercer en mí la seducción más infinita. En verdad, no hay florentino que resista el sutil encanto de una perla. Por cierto, perlas se regalan en Florencia a una novia, perlas lleva un caballero en sus arreos durante una justa, y perlas ha pintado Botticelli en los cabellos de la hermosa Simonetta. Por tal motivo, se me perdonará el haber obtenido de un nativo nada menos que ciento cincuenta y siete perlas a cambio de un cascabel, y más aún cuando a él mismo no le parecieron mal vendidas, ya que en

cuanto tuvo el cascabel se lo metió en la boca y desapareció en el bosque, temeroso de que yo me arrepintiera del negocio.

Por supuesto, en ese momento ni pensé en enseñar aquellas perlas a la reina Isabel cuando llegáramos a España.



Poco después las naves continuaron su marcha. Cada tanto era preciso ir a tierra por agua o bastimentos. Sin embargo, no era nada sencillo, pues aquellas regiones estaban infestadas de indios feroces y belicosos. Casi a diario nos veíamos envueltos en algún combate o escapábamos milagrosamente de una lluvia de lanzazos. Los nativos guerreaban con sus arcos, flechas y lanzas, y eran tan bravos como fieras acorraladas. No obstante, el acero español casi siempre se abría paso entre la madera leñosa. Rompía y quebraba y despedazaba todo cuanto se le ponía delante. Por desgracia, los propios marineros habían comenzado a aficionarse a la guerra. Estaban subyugados por la sangre y avanzaban como bestias por entre las poblaciones de nativos. Cada vez con más frecuencia luchaban, mataban, saqueaban y prendían fuego a las aldeas.

Una mañana bajamos a una isla que parecía deshabitada. Era un remanso después de tantos encuentros, pillajes y matanzas. Pero de pronto alguien descubrió huellas en la arena, y no eran huellas de tamaño normal, sino de seres gigantes. Aún se las veía frescas y parecían internarse en la selva. Algunos hombres temblequearon ante el insólito prodigio.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó uno de los marineros.

—¡Pues meternos en la selva! —le respondió otro sin vacilar—. ¿O acaso os faltan cojones?

Un rato después, cerca de una docena de hombres avanzábamos entre la broza enredada. Íbamos bien armados, pero aun así marchábamos con gran cuidado. Una cosa era pelear contra indios y otra contra gigantes. Era preciso abrir los ojos como una lechuza. ¿Qué enorme criatura podía surgir de entre los árboles? Un poco más adelante llegamos a una pequeña aldea de apenas unas doce casuchas. Todo hacía sospechar que las huellas venían desde allí. Pero una vez dentro descubrimos que sólo había dos viejas y tres muchachas, aunque todas ellas eran tan altas que sobrepasaban en dos cabezas al más alto de los nuestros. No obstante se las veía algo asustadas. Una, de ellas, sin decir una palabra, nos trajo comida y viandas que saboreamos en silencio. Pero mientras comíamos, uno de nuestros hombres tuvo una ocurrencia.

—¿Cuánto creéis que pagaría un circo por tener a una de éstas? —preguntó.

—¿Y por qué no el propio rey? —dijo otro—. Al bueno de Fernando le encantaría un monigote de carne y hueso.

—Siempre y cuando no se entere la reina...

—Siempre y cuando no se entere, por supuesto.

—Pues entonces llevémonos a las más jóvenes.

Sin embargo, en ese momento unos cuarenta hombres irrumpieron en el poblado. Eran tan altos que aun puestos de rodillas sobrepasaban a los nuestros. Traían arcos grandísimos, flechas de un brazo y medio de largo y porras que destrozarían a un cristiano de un solo golpe. Sin poder dar crédito a nuestros ojos, permanecemos inmóviles y en silencio.

Aunque permanecían sin atacarnos, aquellos colosos no parecían muy simpáticos, de modo que nuestra pretensión de tomar a las muchachas se esfumó en el aire.

—¿Qué decías tú de llevarnos a quién? —dijo algún gracioso que nunca falta.

Sin decir una palabra salimos de la cabaña y lentamente emprendimos el camino de regreso a las naves. Los indios nos siguieron, aunque sin el menor gesto de hostilidad. Uno a uno íbamos en fila a través de la selva, siempre seguidos por aquellos gigantones a un tiro de piedra. A cada rato pensábamos cuándo se nos echarían encima, o si sólo estaban allí para cerciorarse de que dejáramos sus tierras. Al fin llegamos a la playa, subimos a los botes y empezamos a remar. Pero aún no habíamos llegado a las naves cuando el cielo se llenó de flechas. La mayoría se precipitaba sobre el mar y algunas caían de lleno sobre los botes. Dos o tres hombres sufrieron algún desgarró en las ropas o alguna despellejadura. Pero disparamos un par de tiros de bombardas y eso sirvió para asustarlos. Al oír los estampidos huyeron todos hacia el monte, y con ello se terminó aquella infausta jornada.

Como no podía ser de otra manera, bauticé a aquella ínsula como isla de los Gigantes^[5].



Segundo viaje de Vespucci, 1499-1500



CAPÍTULO XVI



En el mes de febrero las naves entraron en un mar de ensueño poblado de un sinfín de islotes. Había una tal claridad en el aire y un tal exceso de luz que el mar parecía envuelto en un tornasol de colores y matices. Los marineros de la tripulación estaban deslumbrados ante el variado reflejo de las aguas. Cada jornada el mar aparecía pintado de colores distintos. Un día se navegaba entre un oleaje verde esmeralda, otro las aguas parecían del color del cielo, un tercero semejaban el gris de una perla. A veces, en el curso de una sola tarde, avanzábamos entre un espectro de tonalidades tan diverso que aquello parecía la paleta de un pintor. Y era allí, en aquel mar cambiante y lleno de colores, donde la naturaleza había puesto una infinidad de islas e islotes salpicados sobre las aguas.

Yo solía trepar a las cofas y desde aquellas alturas, bañado por la calidez de la brisa marina, contemplaba el maravilloso paisaje insular. Lo que más me sorprendía era la compleja variedad de colores y formas. No parecía posible que un solo Dios, un solo Hacedor, hubiera creado tal impetuosa diversidad. Cada isla parecía hecha por un orfebre distinto, empeñado en dar a su obra un estilo único, particular, diferente a cualquier otro. Alguna semejaba una gran roca pelada, acostada sobre las aguas como una piedra muerta. Otra hervía de vida, con una vegetación tan fresca y brillante que el sol parecía arrancarle chispazos de luz. Una tercera emergía del agua como si fuese un vasto murallón de rocas. Una cuarta parecía haber sido acribillada a cañonazos, con enormes buracos horadados entre la piedra. También había islotes con forma de

atolón, de arrecife, de peñasco. Otros muchos parecían tallados a mano y otros estar a medio hacer, como si fuesen obras abandonadas.

Desde mi puesto en lo alto de la nave, cada tanto husmeaba yo el aire y me parecía advertir que cada isla olía diferente a las demás. Ésta emitía un olor a frutas maduras, aquélla desprendía vahos de maleza húmeda, la de más allá, que parecía un monstruo dormido, olía a maderas desconocidas.



Unos pocos días más tarde nuestra nave se juntó nuevamente con la de Hojeda frente a las costas del golfo de Paria, un sitio que ya el genovés Colombo había descubierto en su segundo viaje a las Indias. De allí en adelante continuamos navegando juntos durante buena parte del camino, aunque los muchos meses de viaje ya nos hacían pensar en emprender el regreso a España. Como era de esperarse, los barcos estaban en pésimas condiciones. Algunas velas parecían estropajos, varios de los tablones estaban comidos por miríadas de gusanos y entraba tanta agua en las calas que apenas lográbamos achicarla usando constantemente las bombas. Además, los hombres desfallecían de cansancio. Casi sin darnos cuenta veníamos de guerrear de continuo durante meses, y quien no tenía alguna magulladura en el cuerpo andaba con un brazo en cabestrillo o una pierna envuelta en ligaduras. Por desgracia, pelear con los indios se había vuelto casi una rutina. Es cierto que la mayoría de las veces la indiada huía frente a las armas europeas; en ocasiones bastaba sólo con disparar un tiro de mosquete para que salieran espantados como moscas. Sin embargo, a veces nos topábamos con sorpresas ingratas: indios demasiado embravecidos, gigantes de un tamaño que doblaba el normal o flechas tan emponzoñadas que un mínimo rasguño de sus puntas ponía a un hombre a delirar de fiebres.

Por lo demás, en alguna ocasión peleamos contra nativos a quienes las armas de fuego no parecían amilanar. Por el contrario, a cada disparo de nuestros mosquetes se volvían más feroces que antes, como si el olor de la pólvora los convirtiera en bestias frenéticas. El propio Hojeda recordaba a cierto jefe indio llamado Caonabó, con quien había tenido que vérselas en su anterior viaje, y cuya brutalidad se acentuaba cuanto más sangre veía correr. El tal Caonabó había masacrado a toda una población de cristianos dejados por Colombo en su primer viaje. No contento con ello seguía acechando y fustigando a los españoles. Sus indios le obedecían como perros y no se detenían ni siquiera ante los fegonazos de las armas. Tal era su bravura que el propio genovés no sabía cómo frenarlo y temía verse él mismo en manos de Caonabó, asado a fuego lento y devorado por sus hombres. Pero Hojeda tuvo una idea: la única forma de capturar al indio era tendiéndole una celada. Sabía que el bravo jefe se había quedado perplejo ante el metal que habla: las campanas. No comprendía cómo era posible arrancar un sonido tan curioso de aquella materia tan dura y brillante. Hojeda marchó entonces hacia la aldea del jefe indio, se deshizo en elogios ante el osado

guerrero y prometió regalarle una campana. Caonabó quedó tan entusiasmado que abandonó sus precauciones. Acompañó a Hojeda hasta la orilla de un río y allí se sentó a esperar su regalo.

—Antes quisiera obsequiaros unas pulseras —le dijo el español.

Caonabó sonrió y permitió que Hojeda mismo le colocara unos extraños brazaletes en las manos. Pero no se trataba de brazaletes comunes, sino de un par de argollas unidas por una fuerte cadena de hierro. El indio se vio de pronto engrillado y sin poder moverse. Acto seguido el capitán Hojeda lo metió dentro de un saco de cuero, se lo entregó al genovés y no hubo más Caonabó.

Por fortuna no debimos vernos con indios de semejante calaña, aun cuando en un par de ocasiones temimos por nuestro pellejo dada la increíble ferocidad de algunos de ellos.



La fatiga de los hombres y el mal estado de los barcos nos decidieron, pues, a emprender el camino de regreso. Echadas las velas nos hicimos al mar, y luego de unos pocos días llegamos a una isla llamada La Española, aquella misma que el almirante Colombo había descubierto unos seis años antes. Allí nos detuvimos para calafatear los barcos, renovar las jarcias y llenar las bodegas de víveres.

Puesto a hurgar en cuestiones administrativas, tal como era su misión, el capitán Hojeda comprobó que la isla se había convertido en un infierno. Por desgracia eran ciertos los rumores llegados a España. Allí Christoforo se había transformado en poco menos que un demonio, aunque a decir verdad sus hombres no le iban a la zaga. Unos y otros reñían como perros y gatos. Debo confesar que el genovés gobernaba la isla como un tirano, pero también es cierto que sus hombres se le rebelaban ante el menor desplante. Con todo, no era aquello un asunto de mi incumbencia, de modo que ocupé el tiempo en supervisar el arreglo de las naves, en cargar provisiones y en reunir algunos datos del cielo.

Más adelante continuamos viaje. A poco de salir de La Española dimos con un muy numeroso grupo de islas, todas ellas habitadas por gentes humildísimas y tan temerosas que era posible hacer con ellas lo que se os antojara. De inmediato algunos hombres de la tripulación se aprovecharon del asunto. Comenzaron por quejarse de que este largo y penoso viaje los devolvería a España con las manos vacías. Tanto esfuerzo sin provecho alguno molestaba a los más ambiciosos, de modo que pronto se habló de la necesidad de obtener algún beneficio. ¿Pero qué clase de beneficio?, preguntaron algunos. Pues el único que estaba a mano: esclavos. Por esa razón tomamos por la fuerza a doscientos treinta y dos de aquellos pobres infelices, los metimos en los sollados y por fin, después de tantos meses de penurias y fatigas, emprendimos rumbo a España.



Poco después de nuestra llegada a Cádiz, el capitán Hojeda, el vasco Juan de la Cosa y yo nos trasladamos a Granada a rendir cuentas a los reyes de nuestras muchas peripecias. El palacio real hervía de cortesanos, ministros y secretarios que venían a recibirnos. Fernando e Isabel aguardaban en sus tronos. Ya estaban al tanto de algunas cosas, pero deseaban conocer el resto de boca de los propios pilotos. Después de algunas horas de espera al fin se abrieron las puertas del gran salón y los tres fuimos acompañados hasta el sitio que ocupaban los reyes de España. Cada uno de nosotros llevaba algo consigo. De inmediato nos detuvimos a los pies de sus altezas reales e hicimos una reverencia.

—Primero vos, capitán Hojeda —ordenó el rey sin muchos preámbulos—. Veamos qué de bueno tenéis para contarnos.

Hojeda se adelantó unos pasos y entregó a los reyes un enorme mamotreto. Allí figuraban, prolijamente anotados con fechas, nombres y lugares, los mil y un enredos, protestas, reclamos, peticiones y demandas que había recogido entre los ciudadanos de La Española respecto del almirante Colombo. Había muchísimo material y llevaría tiempo desmenuzarlo, pero el rey pareció más que satisfecho con el trabajo desempeñado por su capitán.

—¿Y vos, De la Cosa? —Continuó Fernando—. Imagino que habréis llevado a cabo vuestro cometido satisfactoriamente.

El vasco se aproximó al rey, abrió sus ropas y extrajo un gran rollo de pergamino. Allí había dibujado las costas, mares, islas y todo cuanto sus ojos de cartógrafo habían podido observar de las Indias. A primera vista se trataba de un mapa bastante complejo y novedoso, aunque aún faltaba agregar algunos datos.

—Éste es sólo un boceto, su majestad —explicó De la Cosa—. Si la fortuna no me es adversa, en poco tiempo espero tener listo un mapa mejor y más completo.

—Muy bien —dijo Fernando—. Y ahora es vuestro turno, Amerigo Vespucci. ¿Qué tenéis para mostrarnos?

—Mucho, su majestad —respondí—. Durante el viaje he tomado anotaciones muy valiosas acerca del cielo y de la tierra. Y creo haber dado con un novedoso método de calcular distancias mediante las estrellas, un método que, si su majestad lo permite, puedo explicar con mucho gusto a nuestros astrónomos. Pero también he traído algunas rarezas que imagino halagarán los ojos de sus altezas.

Fernando e Isabel se mostraron curiosos por conocer mis hallazgos. Yo caminé hacia ellos, extraje de mis ropas una pequeña bolsa de terciopelo y vacié su contenido ante los monarcas. Allí había varios fragmentos de oro virgen, una piedra muy dura y bella de color esmeralda, una amatista, un gran trozo de cristal de berilo y otras muchas piedras hermosas. Los reyes quedaron encantados. Cada una de esas pequeñas joyas arrancó suspiros de admiración entre los cortesanos. Sin embargo, la reina Isabel parecía estar un tanto inquieta. Murmuró algo a oídos de Fernando, luego volvió sus ojos hacia mí y dijo:

—¿No se os olvida algo, señor Vespucci?

—¿Algo, su majestad? —pregunté con sorpresa.

La reina Isabel endureció la mirada, aunque no parecía haber un gesto de hosquedad en su expresión.

—Vamos, señor Vespucci —sonrió—. Sabemos que habéis hallado perlas...

En ese momento mis mejillas enrojecieron de golpe. Sentí que un borbotón de sangre caliente me subía al rostro y me maldije por mi torpeza. Por cierto, pretender quedarme con las perlas halladas en las Indias había sido toda una osadía, pero suponer que los reyes no se enterarían de tal cosa, eso ya era una necedad imperdonable. Por suerte las traía conmigo ocultas en un bolsillo.

—¡Oh, las perlas! —Balbuceé tratando de hacerme el desmemoriado—. Por supuesto, su majestad, sólo aguardaba el momento oportuno para enseñároslas...

La reina, que había advertido el sofocón de mi rostro, prefirió hacerse la desentendida y pasar la cuestión por alto. Entonces avancé hacia ella y puse en sus manos un saco lleno de perlas. Isabel quedó prendada del hermoso tornasol de blancos, rosados y grises. Sus ojos brillaban encantados. De más está decir que era una mujer áspera y ceñuda, pero en el fondo había algo de tibia coquetería en sus maneras. Por cierto, se decía que en su biblioteca atesoraba vidas de santos, evangelios y obras piadosas, aunque en un rincón oculto, puesto detrás de una Biblia, la muy pilla guardaba un ejemplar del *Decamerón* de Boccaccio. Ahora miraba las perlas y parecía imaginarse envuelta en ellas. Con toda seguridad ese mismo día convocaría a los orífices de palacio y los pondría a engazar perlas en sus anillos, pulseras, broches, prendedores, diademas y camafeos.

Una vez que acabó de sopesar tan magnífico botín, Isabel volvió sus ojos hacia mí una vez más y dijo:

—Señor Vespucci, nunca olvidéis que una reina, antes que reina, es una mujer.



Lo que nunca supo Isabel, debo confesarlo, es que traía yo varias ostras más de las Indias. En una de ellas había treinta perlas y en otras algunas menos. La de treinta quedó en sus augustas y soberanas manos. El resto, que guardaba yo en otro de mis bolsillos, cuidé bien de que no las viera.

En Cádiz vendimos los doscientos esclavos que quedaban a bordo, ya que treinta y dos de ellos habían muerto durante la travesía por el océano. La ganancia fue bien poca y dejó bastante que desear: tras restar el costo de las naves quedaron tan sólo quinientos ducados, los cuales fueron repartidos entre los cincuenta y cinco hombres de la tripulación. Apenas un magro botín para unos pocos días de juerga, mujeres y buen vino.

En cuanto a mí, volví a Sevilla a reencontrarme con María Cerezo y comencé a hacer planes para regresar a Florencia. Me animaba el deseo de ver nuevamente a mi familia, amén de lo mucho que tenía para narrar y mostrar a mis compatriotas. A poco

tiempo de mi llegada a España había compuesto un bello mapa de superficie plana y otro esférico, los cuales aguardaba con impaciencia exhibir ante los doctores florentinos. Por lo demás, a excepción de unas ligeras fiebres cuartanas que me trajeron a maltraer durante algunos días, mi estancia en la ciudad se hizo tan grata y placentera como siempre.

Pero quiso la suerte que algo inesperado viniera a ocurrir en esos días. No llevaba todavía un mes en Sevilla cuando supe que el rey había mandado armar tres naves con el propósito de volver a las Indias, y una vez más se me había escogido para ir a bordo. No necesito mencionar el velado enojo de María al enterarse:

—¿Otra vez, Amerigo? —chilló enfurecida—. ¡Pero si apenas habéis llegado!

Varias noches de amor y algunas perlas me costó el vencer sus reclamos y lloriqueos. Pero al fin, María acabó por resignarse. Le expliqué que se trataba de una oportunidad inmejorable, pues esta vez el rey me enviaría al mando de las tres naves, y con el certero propósito de alcanzar el Sinus Magnus.

—¿El Sinus qué? —preguntó María desconcertada.

Inútil era entrar en cuestiones de cosmografía. Pero como mejor pude le hablé del tan anhelado paso que nos llevaría definitivamente hacia los reinos del Gran Kan y a las muchas perlas, gemas preciosas, ricos perfumes y tapices orientales que allí abundaban. Los ojos de María parecieron brillar de repente.

—¿Y traerás algo de todo eso para tu pobre esposa? —me preguntó.

—Por supuesto, mujer, por supuesto.

Siguieron meses de arduos preparativos. Repartía yo mi tiempo entre el pesado trajinar de las naves, que demandaban un esfuerzo digno de titanes, y mi antigua preocupación por los estudios astronómicos. Me era necesario perfeccionar el método de cálculo que había empezado a desarrollar en las Indias. Durante meses pasé tantas noches en vela y perdí tanto sueño en observar el movimiento de la luna y los planetas, que debí haber acortado mi vida en diez años en todo ese tiempo. Sin embargo, valía la pena hacerlo. Me sentía muy cerca de hallar lo que tanto buscaba, tal como esos sabios que están a punto de alumbrar un gran descubrimiento y ya lo sienten en la sangre. El espíritu de Ptolomeo rondaba a cada rato por mi cabeza y tenía la convicción de que, tarde o temprano, daría con una idea capaz de inmortalizar mi nombre.

En esas ocupaciones estaba cuando, una mañana, María vino a despertarme con una carta entre sus manos. Estaba algo sorprendida y atónita, ya que la carta provenía nada menos que de Lisboa y tenía en su frente el sello de la corona de Portugal. Abrí el sobre muerto de curiosidad y al leer la carta quedé pasmado. Parecía ser que mi precaria fama como piloto ya había sobrepasado las fronteras, pues aquella misiva era nada menos que una oferta del rey de Portugal para tomar parte en una expedición a las Indias. No había más detalles en el documento, pero se me invitaba a viajar a Lisboa lo antes posible a fin de sellar el trato y comenzar los preparativos.

Permanecí sin habla durante algunos instantes. La cuestión no era fácil de

resolver. Estaba en buenos tratos con el rey de España y en plena organización de un nuevo viaje. Sin embargo, no era sencillo declinar una oferta como la del rey portugués. En aquellos años Lisboa estaba en plena fiebre de exploraciones y descubrimientos. Enviaba flotas cada vez más grandes y mejor preparadas. Pero, además, había un motivo de orden técnico que me inclinaba en favor de los portugueses. En razón de algunos cálculos y mediciones que había hecho en mis viajes anteriores, comenzaba yo a pensar que el tan mentado paso hacia el Sinus Magnus debía hallarse dentro de la jurisdicción portuguesa. El Tratado de Tordesillas había establecido una línea divisoria de las Indias, y adjudicado una parte a España y otra a Portugal. Y dado que hasta entonces no había señales de la existencia del paso en territorio español, con seguridad debía hallarse en el lado lusitano. Si era eso lo que yo ansiaba encontrar, era inútil seguir viajando para España.

No obstante, como he dicho antes, las cosas no eran tan sencillas. Si bien no quería rechazar el ofrecimiento portugués, lo cierto era que estaba muy comprometido con el proyecto español. Por lo tanto, opté por despachar un mensaje a Lisboa diciendo que me encontraba enfermo y que cuando mejorase, si aún su alteza quería utilizar mis servicios, iría a Portugal con mucho gusto.

Pero lo que ocurrió después vino a trastocar todas las cosas.

CAPÍTULO XVII



Cierta noche de tormenta, mientras caía un fuerte aguacero y el viento sacudía los árboles, María y yo nos hallábamos durmiendo en nuestra habitación. Por culpa de la lluvia me había visto obligado a renunciar a mis estudios celestes, y ahora gozaba de un merecido sueño después de tantas noches en vela. María agradecía el tenerme consigo una noche entera y se había envuelto entre mis brazos hasta quedarse dormida. Pero en medio de la noche algo vino a interrumpir nuestro descanso. De pronto se oyeron golpes muy fuertes en la entrada de la casa, golpes que se confundían con el rumor de la tormenta. María despertó y me sacudió el brazo con suavidad. Pero yo estaba tan rendido por el sueño que apenas entreabrí mis ojos y volví a dormirme. María insistió:

—¿No lo oyes, hombre? Alguien está golpeando la puerta.

Yo me revolví entre las sábanas y refunfuñé ante el molesto reclamo de María.

—Es el viento, mujer —balbuceé a media voz—. ¿Quién podría golpear la puerta a estas horas y en medio de esta tormenta?

Pero unos segundos después los golpes se oyeron nuevamente, y ahora con mayor claridad. No sin echar alguna maldición al inoportuno visitante, me levanté de la cama a duras penas, me envolví en una camisa y marché a tientas hacia la puerta.

—¿Quién es? —pregunté con la voz aún enronquecida.

—¡Abridme, *signore* Vespucci! —Dijo una voz del otro lado—. ¡Abridme, por favor! ¡Necesito hablaros de algo con urgencia!

Al oír aquello de *signore* quedé algo perplejo. Pese a mis años de vivir en Sevilla, no había muchos que me llamaran allí de ese modo. Apenas algún armador de barcos veneciano y dos o tres comerciantes de Florencia que vivían en la ciudad. Sin embargo, el tono de voz del extraño no parecía el de ninguno de ellos. Entonces encendí unas velas y abrí la puerta. Del otro lado, bajo la recia tormenta, había una oscura silueta envuelta en una capa negra y tocada con un sombrero de ala ancha.

—¡Ah, gracias, *signore* Vespucci! —Dijo el misterioso visitante mientras se tocaba ligeramente el sombrero—. Mi nombre es Giuliano Bartholomeo del Giocondo. Os ruego disculpéis la hora en que me presento, pero traigo un mensaje importante para vos.

Enseguida lo invité a pasar, encendí el fuego y le rogué que tomara asiento. El pobre hombre estaba empapado hasta los huesos y chorreaba agua bajo los pliegues del capote. Sin embargo, según dijo, no había querido esperar a que pasara el chubasco para hablar conmigo, pues traía instrucciones de hacerlo cuanto antes y, de ser posible, en horas de la madrugada, lejos de la vista de nadie.

—Maldito momento habéis elegido para venir hasta aquí —le dije.

—Pues en realidad no lo he elegido yo, *signore* Vespucci —se disculpó el hombre mientras secaba su rostro—, sino su majestad el rey don Manuel I de Portugal.

Yo fruncí el ceño ante el inesperado origen del mensaje. No todos los días se recibe a un enviado del mismísimo rey de Portugal, y menos aún durante una incómoda noche de tormenta.

—Permitidme que me explique —dijo el hombre.

El tal Giuliano Bartholomeo del Giocondo era oriundo de Florencia, al igual que yo, pero desde hacía ya muchos años venía prestando servicios a la corona portuguesa en cuestiones diplomáticas. En aquella ocasión, según me informó, el rey Manuel I le había encargado hablar personalmente conmigo y transmitirme sus deseos de tenerme como piloto a bordo de una expedición portuguesa que viajaría hacia las Indias. Desde luego, y tal como he dicho en otra parte, ya su alteza me había enviado una carta algún tiempo atrás que contenía idéntica oferta, la cual había yo rehusado diciéndome enfermo. Pero, al parecer, tanto apreciaba el rey mis servicios que había vuelto a insistir despachando a este tal Giuliano con la misión de atraerme a Lisboa de cualquier modo.

—Una vez más os suplico que disculpéis la hora de mi visita —se explicó Giuliano—. Pero su alteza ha preferido mantener este encuentro bajo una cierta cautela. Si alguien os viera hablando conmigo, *signore* Vespucci, quizá tendríais algunos problemas...

Por supuesto, no pude más que sonreírme ante la confesión del tal Giuliano. Desde luego no le faltaba razón. En aquellos tiempos de viajes y descubrimientos, se había despertado una cierta tirantez entre las coronas española y portuguesa. Los monarcas se miraban con demasiado recelo. Ninguno quería dar ni un ápice de ventaja al otro en la carrera de hallar nuevas tierras, y por tanto ambas cortes estaban

llenas de espías, informantes y fisgones que andaban en busca de noticias y secretos. Pero el juego no se agotaba allí. También había ejércitos de agentes merodeando las ciudades portuarias y tratando de convencer a los pilotos para que cambiasen de bando. Por esa razón, si alguien me hubiera visto hablando con aquel Giuliano, sin duda me habría acusado de ser un agente al servicio del rey portugués.

—Comprendo —dije—. Pero me temo que no habéis llegado en un buen momento. Creedme que me halaga el ofrecimiento de vuestro monarca, y decidle que le estoy muy agradecido por ello. Pero tal como están las cosas en estos días, me es imposible aceptar la oferta. Mis ocupaciones no me lo permiten.

—Lo sé, *signore* Vespucci —observó Giuliano sin demostrar sorpresa alguna—. Y también sé que estáis preparando una expedición por cuenta del rey de España. Pero tal vez si me escucharais con cierta atención, vuestras opiniones podrían cambiar...

El tal Giuliano dejó aquellas palabras en suspenso, como si hubiese lanzado un anzuelo al agua en busca de un pez. Yo lo observé detenidamente y no pude menos que pensar en los caprichos de la fortuna. Recordé que no mucho tiempo antes, el genovés Colombo se había despachado en lamentos al contarme las infinitas penurias que había debido atravesar para conseguir sus naves. En los tres viajes anteriores, dado que estaba al borde de la ruina, el pobre se había visto obligado a mendigar como un perro para conseguir barcos y dinero, justamente él, que había cruzado el océano y regalado a España la mitad del mundo. En cambio yo, hasta el momento, jamás había tenido que mover un dedo. En los dos viajes hechos a las Indias todo había ocurrido como por ensalmo. Y al parecer la fortuna me seguía siendo propicia. Aquella noche, sin haberme movido siquiera de mi casa, había nada menos que dos coronas que me ofrecían barcos y se disputaban mis servicios.

Eran casi las tres de la mañana y fuera seguía lloviendo. Yo acerqué las ropas de mi huésped al fuego para secarlas y puse una jarra de vino sobre la mesa. Debo decir que en principio no tenía la menor intención de abandonar mis proyectos de viaje con la corona española. Sin embargo, me intrigaba saber qué condiciones ofrecía Lisboa para atraerme a su servicio. Quizás el rey don Manuel I tenía planes más ventajosos que su colega Fernando. Además, ya había perdido el sueño y no había nada de malo en oír lo que aquel Giuliano tenía para ofrecerme.

—Adelante —dije—. Os escucho.



Durante dos horas enteras habló el tal Giuliano Bartholomeo del Giocondo. Dos intensas y largas horas al final de las cuales el muy zorro acabó por convencerme. No por casualidad era uno de los más diestros diplomáticos de Lisboa. La cuestión es que de pronto, casi con la luz del amanecer, me vi a mí mismo aceptando gustoso la oferta del rey don Manuel I de Portugal. Debo decir, no obstante, que tomar aquella

decisión no fue en modo alguno sencillo. Ciertamente es que Manuel me atraía hacia sus filas con tan generosas promesas que hubieran sido imposibles de rehusar. Pero también estaban mis anteriores compromisos con España, y ello me empujaba a declinar cualquier oferta. Lo que sucedió aquella noche merece una explicación de mi parte, ya que ciertas lenguas maledicentes han dicho cuanta necedad les ha venido en gana acerca de mi cambio de bandera.

Con total desparpajo algunos han visto mi viaje a Portugal como una traición a España, en tanto que otros, no sin caer en el mismo disparate, han echado a correr la patraña de que fui enviado hacia allá en secreta misión de espionaje. En verdad, unos y otros no han hecho más que dejarse llevar por habladurías y extraviarse en el error. Ya he dicho que Portugal y España eran coronas rivales en aquellos años y se disputaban a los mejores pilotos y marinos de Europa. Sin embargo, nadie estaba obligado a servir a uno u otro país, y menos aún si ese alguien era de origen italiano. De hecho, solía suceder con bastante frecuencia que un piloto cualquiera viajara a las órdenes del rey de Portugal, más tarde fuera solicitado por el rey de España, luego una vez más por el de Portugal, y así hasta el fin de sus días. Por sólo mencionar algunos casos, el portugués Magallanes pilotó naves al servicio de España, mientras que el español Juan Pedro López de Portilla trabajó a las órdenes de don Manuel I. Y, por cierto, eso sin hablar de los muchos italianos que andaban por la península en aquellos días: vaya a cuento mi propio caso, o el del genovés Colombo, o el del propio Giovanni Gaboto, quien terminó a las órdenes del rey de Inglaterra y hasta se cambió el nombre por el de John Cabot.

En cuanto a mi presunta misión de espionaje, diré tan sólo que es un completo desatino. En mi vida he tenido mañas de agente secreto, y de seguro hubiera sido tan torpe en esos menesteres que no habría monarca alguno tan insensato como para contratarme. Lo mío siempre había sido el viajar a través de los mares, y no el andar vendiendo secretos entre una corona y otra. Pero a fin de ser justo, debo conceder cierta razón a quienes han sospechado de mí. La rivalidad entre España y Portugal había despertado un sinfín de suspicacias. Ambas coronas estaban metidas hasta el cuello en un revuelo de intrigas, espionajes y politiquesos. Había muchos ministros, cortesanos, secretarios y hasta obispos que traficaban con informaciones entre un reino y el otro. Más aún, pese a que el rey Manuel I estaba casado con la hija de Fernando, y por tanto era su yerno, ambos se miraban con la desconfianza propia de todo monarca poderoso. En medio de esa situación no era extraño pensar que yo fuera un espía más al servicio de España. Tanto Fernando como Manuel, si bien tenían gestos mutuos de cordialidad y buen entendimiento, manejaban intereses demasiado grandes como para descuidar el pellejo. Portugal mismo, con el afán de proteger sus descubrimientos, se había embarcado en una rigurosa política al respecto. Todo navegante a las órdenes del rey debía mantener su trabajo en el mayor secreto. Quien traicionara aquella orden podía ser perseguido y encarcelado, aun estando en tierra extranjera, y a veces el castigo era tan duro que podía llegar hasta el

descuartizamiento. Por otra parte, don Manuel I se había convertido en un monarca muy celoso de sus territorios: si un navío extranjero andaba por sus aguas, debía ser hundido sin el menor recato allí donde se encontrase. Ya su antepasado el rey Juan II, una década atrás, había procurado ahuyentar a los intrusos inventando un catálogo de rumores siniestros. Para infundir miedo en quienes se aventuraran en sus dominios marítimos, hacía correr historias horribles acerca de monstruos, dragones o riscos imposibles de sortear en los mares que rodeaban sus posesiones. A veces hasta mandaba algunas embarcaciones viejas a los puertos de Guinea y, una vez allá, en secreto, las hacía destruir para que todos pensaran en lo turbulento y peligroso de aquellos mares.

Por todo esto y mucho más, es razonable que algunos pensarán en mí como agente a las órdenes del rey Fernando. De hecho, mi posición podía ser inmejorable: era italiano, sabía de asuntos de mar y el propio rey portugués había confiado en mi persona y requerido mis servicios, lo que me apartaba de cualquier sospecha. Sin embargo, como ya he dicho antes, en modo alguno me calzaba el traje de espía. Todos los rumores al respecto no han sido otra cosa que habladurías y comadreo.

En lo que respecta a la oferta del rey Manuel, debo decir que era por demás provechosa. En ese tiempo era un honor para cualquier marino servir a las órdenes de Portugal. La vieja escuela de Enrique el Navegante había dejado una huella imborrable en Lisboa. Desde entonces, cada rey se ocupaba personalmente de sus flotas y expediciones. Además, en aquel país no sólo se concentraban los más diestros pilotos del mundo, sino también los mejores equipos y bastimentos. Las naves eran bastante más grandes y veloces que las españolas. La gran mayoría medía 100 pies de eslora y 25 de manga, aunque había algunas de mayor tamaño aún. Los instrumentos de navegación eran los mejores de la época, y en cuanto a la tripulación, regía una disciplina espartana a bordo: un vigía dormido en su puesto quedaba a pan y agua durante días, aunque si el delito ocurría en aguas enemigas el pobre recibía una tromba de latigazos. Asimismo, un oficial que descuidara sus tareas era enviado a la cárcel de inmediato, después de echarle un cubo de agua encima de sus ropas. Y un contador que hubiese falseado sus libros, no sólo recibía el castigo del hierro y la confiscación de sus bienes, sino también la amputación de su mano derecha.



En los días siguientes, como mejor pude, deshice mis compromisos con España a través del obispo Fonseca, quien por entonces se hallaba a cargo de los asuntos de Indias. Ignoro si el rey se molestó ante mi negativa a seguir bajo sus órdenes, pero sea como fuere no recibí ninguna reprimenda de su parte. Quien sí se mostró inquieta fue María. Como era de esperarse, no le cayó en gracia mi traslado a Portugal, pues aquello significaba apartarme de su lado mucho antes de lo previsto. Lloró, pataleó y maldijo a toda la raza de marinos, comenzando por Jasón y los argonautas y acabando

por el genovés Colombo. Dijo que todos nosotros éramos unos sinvergüenzas, unos desalmados que iban a divertirse a otras tierras mientras ellas se quedaban aquí secándose como una hoja muerta, pues de seguro allá habría carne joven de sobra para deleitarse, mientras aquí tantas pobres y sufridas esposas deberían recluirse en sus casas y mantener el recato y la pureza, siempre aguardando la llegada del varón que, harto ya de cometer infidelidades, volvería después de mucho tiempo al regazo familiar exigiendo lealtad y sumisión.

—¡Claro! —Explotó en un momento—. ¡Tú irás a enredarte con cualquiera, mientras que yo deberé quedarme aquí como una carmelita descalza!

—Te equivocas, mujer —la interrumpí—. Yo no voy a las Indias para esas cosas.

—¿Ah, no? —Replicó María—. ¿Te crees que soy tonta? ¡Cualquiera sabe que vosotros vais allá a desvirgar indiecitas!

Traté de serenarla y calmar sus ánimos, pero fue aún peor.

—¡Vete si quieres! —Dijo de pronto, y en un arranque de enojo añadió—: ¡Pero no te extrañes si estando allá te salen unos cuernos como herraduras!

Esa noche María se tranquilizó al fin, me pidió disculpas por su arrebató y dijo que todo era producto de su aflicción, puesto que mi viaje llegaba a entristecerla tanto que la hacía perder sus cabales. Permanecimos juntos en la cama hasta bien entrada la mañana, le hablé de cuántos maravillosos tesoros podría hallar en aquellas tierras y cuán bellos lucirían ornando su figura. María suspiró, se enredó entre las sábanas y con una sonrisa en los labios dijo:

—¡Vete de una vez!

Unos pocos días después, casi sin despedirme de nadie, dejé Sevilla rumbo a Portugal.

CAPÍTULO XVIII



Llegué a Lisboa a mediados del año 1500. La ciudad no era del todo extraña a mi pasado. Ya algunos años atrás un miembro de la familia Vespucci había andado por allí en misiones diplomáticas y comerciales. Piero Vespucci el Viejo, pues de él se trata, había formado parte de una comitiva de florentinos enviados a Lisboa con el propósito de establecer negocios entre una ciudad y otra. En esos momentos, muchos años después, otro Vespucci llegaba a Portugal, aunque en circunstancias bien diferentes de la anterior.

Pocos días después de mi llegada fui conducido por unos sirvientes a la corte del rey don Manuel I. Una vez en el palacio se me invitó a pasar a una sala especialmente destinada a los asuntos del océano. De pronto me vi rodeado de cosmógrafos, secretarios, gentes de mar y los omnipresentes cortesanos de siempre. El sitio era enorme y provisto de todo cuanto puede necesitar un buen navegante para echarse a la mar. Allí no sólo había innumerables mapas, instrumentos, libros y globos terráneos, sino también una muy rica provisión de objetos que recordaban el esplendor marítimo de Portugal. Se veía un astrolabio que había pertenecido a Enrique el Navegante, fragmentos de viejos portulanos, relojes de arena, restos de un antiguo cañón y algunas piedras traídas desde las costas del África.

Me hallaba distraído en medio de aquel fabuloso escenario, observando una reproducción del viejo mapa de Martellus Germanus —aquel en que Martin Behaim se había basado para componer su esfera—, cuando de pronto se hizo un grave

silencio en la sala. El rey Manuel I de Portugal acababa de entrar, seguido de una gran cohorte de secretarios y asistentes que revoloteaban como moscas a su alrededor. Allí estaba don Manuel, el más encumbrado monarca portugués de todos los tiempos. Tal era su fama y su gloria que ya por entonces era conocido como Manuel el Grande o Manuel el Afortunado. Su título completo era «Señor de la Conquista, Navegación y Comercio de la India, Etiopía, Arabia y Persia». Ante tales dignidades no pude más que inclinarme a los pies del monarca. Mientras lo hacía, alguien susurró algo en su oído y el rey habló con una voz elegante y firme.

—Así que sois Amerigo Vespucci —dijo Manuel—. Pues sabed, Amerigo, que nos complace grandemente vuestra presencia en estos reinos.

Yo hice una nueva reverencia al monarca y agradecí la bienvenida. Manuel era un hombre de trato afable y cordial, aunque, según afirmaban ciertos rumores, tenía mano de hierro cuando las cosas lo exigían. Por cierto, cuatro años atrás no le había temblado el pulso al echar a los judíos de su país, condición impuesta por los reyes de España para entregarle a su hija en matrimonio. Pero también era Manuel un soberano audaz y emprendedor. Había levantado grandes obras de arquitectura, había reforzado la monarquía y el sistema judicial de su reino y, por supuesto, enfrentaba con el vigor de una fiera aquellos años turbulentos en que España y Portugal se disputaban el mundo.

El rey se hizo quitar la capa real por uno de sus asistentes y permaneció de pie junto a una gran mesa llena de mapas, compases e instrumentos de medición. A decir verdad yo me admiraba de verlo en aquella sala ocupándose personalmente de las cuestiones marítimas. Acaso otro monarca se hubiera arrellanado en su trono y dejado que los pilotos y cosmógrafos se enredaran en los asuntos técnicos. Pero Manuel no actuaba de ese modo. Él mismo, como era fama desde siempre entre los soberanos portugueses, quería verlo todo, saberlo todo, vigilar con sus propios ojos el trabajo de sus pilotos y cosmógrafos.

En un momento se volvió hacia mí y dijo:

—Se me ha dicho que anduvisteis navegando por mis dominios...

Yo contuve la respiración un instante y vacilé antes de responder. Era cierto que en mi segundo viaje a las órdenes del rey de España había tocado tierras que, por el Tratado de Tordesillas, pertenecían a la corona de Portugal. Pero no había sido aquella una incursión deliberada. Las naves españolas habían recalado allí por mera casualidad, sin ánimos de usurpación alguna. Además, los instrumentos aún eran algo deficientes y no permitían marcar correctamente la línea divisoria entre ambas coronas.

—Fue un simple accidente, su alteza —respondí.

Manuel asintió con un ligero movimiento de cabeza y dijo:

—Lo sé, lo sé, y no tenéis por qué inquietaros por ello. Sin embargo, Amerigo, ahora quiero que regreséis una vez más allá y hagáis algunas observaciones para mí. Nada que no sepáis hacer, según me han dicho. Iréis al sur, bien al sur, tanto como

puedan aguantar vuestras naves, pues tengo noticias de que esas regiones se extienden hacia el austro más de lo que pensábamos.

Aquellas noticias, según dijo el rey poco después, se referían a un descubrimiento reciente que uno de sus pilotos había llevado a cabo en las Indias. Se trataba de un tal Pedro Álvarez Cabral, quien en la Semana Santa del año 1500, después de atravesar el Atlántico, había dado con una enorme masa de tierra a la que sus marinos bautizaron como Tierra de Santa Cruz^[6]. Por desgracia, la expedición no había podido comprobar si se trataba de una isla o de tierra firme. El propio Álvarez Cabral había tenido que continuar con sus naves hacia la costa Africana y desde allí seguir viaje en dirección a la India. Pero desde aquella Tierra de Santa Cruz había logrado enviar una carabela hacia Portugal anunciando su descubrimiento. Y ahora el rey Manuel quería saber más acerca de aquella tierra.

—Deberéis averiguar si se trata de una isla o de tierra firme —continuó el soberano—. Pero además, quiero saber de sus recursos, de sus gentes, de su extensión...

Debo decir que el proyecto me entusiasmó de inmediato. El papel asignado por el rey de Portugal me iba a las mil maravillas. Durante el viaje podría llevar a cabo muy valiosas observaciones, tanto del cielo como de la tierra. Pero además tendría la posibilidad de viajar bien al sur, «tanto como puedan aguantar vuestras naves», había dicho su alteza, y eso quería decir que tal vez, si la fortuna me era propicia, podría hallar el tan esquivo paso hacia el Sinus Magnus que no había encontrado en mis viajes anteriores.

Con todo, aún me intrigaba la razón por la cual el rey me había escogido para semejante misión. No era un secreto que en Portugal sobraban los buenos marinos y pilotos; había cartógrafos de primera línea y hombres perfectamente capaces de llevar a cabo la empresa. Pero entonces, ¿por qué su majestad había reparado en mí precisamente, y no en alguno de los hombres de su corte? Por salir de dudas, yo mismo se lo pregunté.

—¡Oh, Amerigo —respondió Manuel—, naturalmente que tengo mis razones! Veréis, aquí en Portugal existen muchos hombres diestros y capaces de emprender esa tarea, pero por desgracia no me son suficientes. En este preciso momento tengo flotas enteras ocupadas en los mares de África, y algunas ya andan por la India. Por eso necesito contratar extranjeros. Pero además hay otra razón: mis pilotos son buenos timoneles y pueden gobernar un barco mejor que cualquier marino en toda Europa. Sin embargo, no sabrían qué hacer con una pluma en la mano. Si os he elegido a vos, Amerigo, es porque mucho me han hablado de vuestras cualidades como observador y cronista. Sé que sois un espíritu fino y un buen hombre de letras, y lo que necesito son informes claros y completos de todo lo que se vea.



No mucho más dijo el rey en aquella oportunidad. Los detalles finales de la expedición me fueron transmitidos por uno de sus ministros y por el capitán Gonzalo Coelho, un portugués amable y sobrio que sería el encargado de llevar el mando de las naves.

Los meses siguientes transcurrieron con el acostumbrado ajetreo del puerto, mientras se alistaban las carabelas y se daban las últimas instrucciones a la marinería. Al fin, estando a 10 días del mes de mayo de 1501, dejamos el puerto de Lisboa rumbo a las Indias.

La navegación se llevó a cabo a través de la tradicional ruta hacia el mediodía. Pasamos por las Canarias sin detenernos y continuamos viaje bordeando la costa Africana hasta la altura de las islas del Cabo Verde. Allí fue preciso hacer una primera escala de abastecimiento. Sin embargo, por razones que el capitán consideró apropiadas, no atracamos en las islas propiamente dichas, sino en un punto del continente llamado Bezebeghe^[7]. El lugar estaba repleto de marinos, pues, dada su inmejorable ubicación, era un puerto de paso obligado para las naves portuguesas y árabes que viajaban a través del continente Africano. Quiso la fortuna que allí, por mera casualidad, halláramos dos barcos portugueses que venían de la India. Perteneían a la flota de Pedro Álvarez Cabral, aquel mismo que un año atrás había descubierto aquella Tierra de Santa Cruz a la que nos dirigíamos ahora. Ya he dicho que Cabral, después de dar con aquellas regiones, había puesto proa rumbo a África y desde allí hacia los mares de la India. Pues bien, luego de mucho navegar sus barcos habían llegado por fin hasta la legendaria Calicut. Allí habían sufrido mil trastornos y no menos desgracias, pero ahora regresaban a Lisboa con grandes novedades y las bodegas atestadas de especias. No obstante, allí en Bezebeghe sólo se encontraban tres de las naves de la expedición, pues otras tres aún estaban por llegar y seis más se habían ido a pique durante la travesía.

Aquel viaje hacia Calicut, según pude enterarme a través de algunos tripulantes, había estado tan lleno de peligros y desventuras que sólo por milagro habían logrado regresar. Ya al dejar la Tierra de Santa Cruz y atravesar el sur del África, había ocurrido el primer desastre: un rabioso temporal en las aguas del cabo de Buena Esperanza —aquel que Bartholomeu Dias había llamado cabo Tormentoso— había caído sobre la flota y despedazado a tres de las naves. El resto de la expedición continuó viaje a través de las costas Africanas, atravesó la Arabia Feliz, Mombasa, Melinde, Abadul, y algún tiempo después ancló cerca de Calicut. Atrás habían quedado los muchos puertos del Índico, repletos de joyas, tejidos, especiería, porcelana y muchos riquísimos tesoros que hacían de aquel mar un infinito hervidero de comerciantes. En Calicut, Álvarez Cabral se entrevistó con el rey Zamorim, el mismo con quien Vasco da Gama había trabado relación dos años atrás. Al igual que antes, Zamorim aún se quejaba de vivir asediado por los mercaderes árabes que dominaban los mares. Tal era su desesperación que llegó a ofrecerle a Cabral un refugio para sus hombres y mercancías, a cambio de que el portugués apresara a dos

grandes barcos árabes que desde tiempo atrás le hacían una gran competencia. Cabral aceptó la oferta, envió a algunas de sus gentes y después de una larga persecución logró dar caza a las naves y llevarlas a Calicut. El Zamorim quedó más que complacido, y no sólo por semejante botín, sino también por dos magníficos elefantes que había a bordo y que Cabral le entregó como regalo.

Sin embargo, no todo resultó a pedir de boca. De inmediato los mercaderes árabes estallaron en cólera. Más allá de las naves secuestradas por Cabral, sabían que la presencia portuguesa en aquellas regiones amenazaba su hegemonía en los mercados. Por esa razón se las ingeniaron para mezclarse entre los súbditos del Zamorim y los animaron para ponerse en contra de los portugueses. El populacho mordió el anzuelo, así que, poco después, una turba armada se abalanzó sobre el refugio en que se hallaban Cabral y sus hombres. En pocos minutos destrozaron el lugar y degollaron a más de cincuenta portugueses. El resto de los que estaban allí, unos quince marineros, lograron huir nadando hasta los barcos.

Ni corto ni perezoso, Cabral respondió al ataque de inmediato. Capturó una decena de embarcaciones árabes, les quitó la carga, les prendió fuego y mató a la mayoría de los tripulantes. Pero además se enemistó con el Zamorim, pues éste no había sido capaz de contener a su propio pueblo y evitar la masacre de portugueses. Por tal motivo las cosas se complicaron aún más. Indignado, Cabral se retiró hacia otro puerto y allí encontró gentes hostiles al Zamorim que lo recibieron con los brazos abiertos. Con ellos trató de establecer lazos comerciales y logró llenar sus naves de especias y mercancías. Pero semejante desaire molestó demasiado al Zamorim, de modo que sin pensarlo dos veces éste le envió una escuadra de ochenta naves y quince mil hombres para darle su merecido. Ahora Cabral no sólo tenía detrás a los árabes, sino también a los hindúes. Por fortuna, al enterarse de lo que se le venía encima, alistó su flota y salió volando hacia el puerto de Cananor. Allí sus barcos hicieron provisión de oro y especias y luego emprendieron el regreso a Portugal dejando a sus espaldas una multitud de hindúes y árabes hirviendo de rabia.

Pero aún le esperaban algunos otros contratiempos. En el camino de vuelta una de las naves se estrelló contra una roca y se hundió en un santiamén, aunque milagrosamente los hombres lograron salvarse. Más tarde una tempestad les hizo perder otros dos barcos, de modo que la flota original quedó reducida a la mitad.

Y ahora por fin habían arribado a Bezebeghe, último tramo del viaje antes de llegar a Lisboa. Pese a las muchas desgracias, las naves venían cargadas de riquísimos tesoros. Una junto a otra permanecían estacionadas en el puerto, y era maravilla sentir el delicioso perfume que emanaba de sus bodegas. El aire de todo el puerto se había contagiado del olor de la nuez moscada, del sándalo, de la almáciga, el benjuí y la canela. Las gentes de la tripulación, después de tan extensa y agotadora travesía, se refugiaban en los escasos y mugrientos bodegones de la ciudad, donde mataban las horas bebiendo un aguardiente Africano tan fuerte que les sacaba chispas a cada trago.

Fue justamente allí, en uno de esos tenduchos de mala muerte, donde trabé amistad con Gaspar, uno de los marinos de la flota de Cabral, y que era un personaje tan singular y curioso como su propia historia. Mezcla de pícaro andaluz con sabio florentino, Gaspar venía de una familia de judíos polacos que por salvar su vida habían tenido que huir a Palestina y Egipto. Él había nacido en Alejandría y poco más tarde viajado a Goa, en la India, donde había sido capturado como esclavo por los ejércitos del sultán. Allí lo había encontrado Vasco da Gama, por casualidad, en su anterior viaje de 1498. Gaspar hablaba italiano y podía servir como intérprete, razón por la cual el propio sultán de Goa lo cedió gentilmente a los portugueses. Pero éstos sospecharon que se trataba de un espía y lo llevaron a tormento. Varias horas lo mantuvieron amarrado con cuerdas y bajo el azote del látigo. Pero Gaspar resistió, dijo todo cuanto sabía, habló de su miserable vida bajo las órdenes del sultán de Goa y finalmente pidió ser admitido en la fe de Cristo. Entonces los portugueses se apiadaron de él, lo bautizaron Gaspar da Gama y desde ese momento les sirvió para siempre.

Ahora viajaba bajo las órdenes de Álvarez Cabral y había servido como intérprete de la expedición en los puertos de la India. Conocía más mundo que cualquiera. Hablaba siete lenguas, había cruzado el Índico cuatro veces y conocía los puertos árabes como la palma de su mano. Además, él mismo era como un gran tesoro de noticias geográficas. De sus labios supe todo cuanto había ocurrido a la flota de Cabral en la India. Pero también, una de aquellas oscuras noches en las tabernas de Bezebeghe, Gaspar me reveló otras muy extrañas y curiosas noticias acerca de Oriente.

—Creedme, Amerigo —me dijo cierta noche mientras daba un trago de aguardiente—, aquí como me veis, yo he visto las tierras del Preste Juan...

—¿Las tierras del Preste Juan? —Me sobresalté—. ¿Pero entonces es cierto que existen?

—Podéis apostar vuestro pellejo —exclamó Gaspar—. Y no las he visto una, sino tres veces.

Era una noche cerrada y hacía mucho calor en Bezebeghe. Gaspar y yo bebíamos unos tragos en una sórdida taberna del puerto. Había una humedad de mar en el aire y se oía un lejano rumor de tambores. Gaspar ya había bebido demasiado, pero aun así parecía estar sobrio y en pleno dominio de sus facultades. Durante casi una hora me habló del misterioso reino del Preste Juan. Debo decir que yo, como todo el mundo, ya conocía de oídas la historia. La había escuchado mil veces de boca de aventureros y mercaderes, y hasta vivía en los recuerdos de mi niñez, cuando el tío Giorgio Antonio me hablaba de aquel personaje tan curioso. Pero todo lo relacionado con el Preste Juan estaba envuelto en misterio, y hasta había quien dudaba de su misma existencia. Aquella noche no perdí oportunidad de saber más acerca del famoso Preste.

—¡Contadme! —Insistí con ansiedad—. ¡Contadme todo cuanto sepáis!

—Calma, Amerigo, calma —dijo Gaspar—, que si me invitáis a algo de beber os hablaré hasta de las bragas de mi madre.

Naturalmente asentí de buena gana, pedí al mesero otra botella de aguardiente y me dispuse a escuchar.

Era el Preste Juan un hombre esquivo y al que pocos conocían verdaderamente. Decían algunos que su linaje provenía de los mismísimos reyes magos de Israel. Gobernaba sobre tan vastos dominios que llegaban a abarcar las tres Indias. Pero además, en sus tierras había prodigios nunca vistos. Se decía que había espejos mágicos, ríos que corrían entre arenas de oro y otras muchas maravillas. Me confesó Gaspar aquella noche que jamás había podido ver al Preste en persona, lo cual hubiera sido casi un milagro, pero no obstante había podido conversar con gentes del lugar que le habían confirmado la verdad de las muchas rarezas que existían en aquellos reinos. Hablaban de inmensos tesoros, de lagunas de cristal, de una tribu de mujeres amazonas y hasta del mismísimo paraíso terrenal. Sin embargo, lo que más atraía a los europeos del Preste era su vieja cruzada contra los musulmanes. Aquel reino era una suerte de bastión, un refugio cristiano en medio de una tierra de infieles. Desde hacía siglos, los más piadosos cristianos de Europa soñaban con hallar al Preste y socorrerlo en su larga batalla contra el islam.

—¿Pero dónde, dónde se encuentran esos reinos? —pregunté mordido por la curiosidad.

Gaspar extrajo de sus ropas una cuchilla y trazó un pequeño mapa sobre la mesa.

—Debéis viajar hasta la boca del mar Rojo —me explicó mientras señalaba la ruta con su cuchilla—. Allí está la ciudad de Zeila, que gobierna un moro llamado Agidarcabi, dueño de grandes minas de oro y muchos elefantes. De Zeila debéis pasar a Assab. De ahí al puerto de Tui, que pertenece al sultán de Babilonia. Cerca de allí veréis dos puertos, Arboiam y Zala, de los cuales es señor el Preste Juan. Preguntad a las gentes del lugar y acaso os conduzcan a él. Pero cuidado, no vayáis a cometer la imprudencia de interrogar a un musulmán: de seguro os abriría la garganta con su cimitarra...

Yo estaba fascinado. Hacía tiempo se rumoreaba que las tierras del Preste Juan debían de andar cerca del cuerno de África. Muchos años atrás se suponía que estaban en la China. Pero Marco Polo había asegurado en su libro que todo eso eran habladurías. Había interrogado a todos los sabios de Catay y ninguno de ellos tenía noticias del Preste. Por ese motivo, desde entonces los rumores lo situaban en Etiopía y el sur de Egipto.

—¿Y creéis que el Preste Juan aún está vivo? —pregunté.

—Yo creo que sí —murmuró Gaspar—. Dicen que cada cierto tiempo se sumerge en una fuente divina que hay en sus reinos y recupera la lozanía de su juventud...



Aquella noche el tal Gaspar estuvo hablando hasta la madrugada. De su boca oí cosas tan increíbles que llegué a preguntarme seriamente si no sería un loco trastornado. Pero algunos otros más de su tripulación se habían acercado a nuestra mesa y confirmaban todo cuanto él decía. Durante horas, mientras seguía jugueteando con su chuchilla sobre la mesa, Gaspar siguió hablando acerca de los numerosos puertos del mar Pérsico, de las ciudades de Zabule, Zedeuba, Nui, Bacanut, Salut, Mangalut, Batecala y otras muchísimas que había en las costas del Índico. Más tarde dijo haber estado tierra adentro en la India, en un reino llamado Perlicat, el cual era inmensamente rico en oro, joyas y perlas. También afirmó que allí se encontraba el cuerpo del apóstol Santo Tomás, lo cual, si mal no recuerdo, sostenía igualmente Marco Polo en su libro. Y habló también de una isla llamada Ceilán, toda ella repleta de elefantes, caballos, géneros y una buena variedad de especierías y drogas. La describió de tal modo que, si no estoy errado, debía de tratarse de la misma isla a la que Ptolomeo llamaba Taprobana.

Y así transcurrió esa noche con otras muchas y muy sabrosas noticias. Debo decir que abandoné la taberna ebrio hasta la médula, pero con tal deseo de visitar aquellas regiones que soñé con ellas durante días.

Poco tiempo después estuvimos prontos a zarpar. Nos hallábamos una vez más ante la vastedad y los peligros del océano. Pero en mi ánimo se había encendido más que nunca el deseo de hallar el paso al Sinus Magnus y ver por mí mismo aquellas maravillas.

CAPÍTULO XIX



Tras dejar las costas de Bezebeghe nuestras naves se dirigieron hacia el mar abierto. Una vez más enfrentábamos las temibles aguas del Atlántico. Por desgracia, durante los primeros días no me fue posible asomarme a cubierta, ya que un nuevo ataque de fiebres cuartanas me había obligado a encerrarme en mi camarote y permanecer tumbado en el camastro. Allí aprovechaba el tiempo para leer, repasaba mis anotaciones y cada tanto dormía un poco. No veía la hora de reponerme y salir afuera a contemplar el mar. Pero entretanto, desde la tranquilidad de mi pequeño cuartucho, sentía una vez más que el océano se tornaba música en mis oídos. Mientras la nave cabeceaba sobre las aguas, me parecía escuchar un sordo batir de tambores, semejante a las marimbas de Bezebeghe. Resonaban como venidos del fondo del mar, emitidos por una orquesta de sirenas que quisieran alegrar nuestro paso a través del océano. Pero en realidad no había tal prodigio. A poco de afinar mis oídos llegué a advertir que los retumbos provenían de las mismas entrañas de la nave, donde el oleaje golpeaba de continuo desde varios días atrás y hacía vibrar la madera. Según me decía el grumete que traía mi comida, el mar no estaba demasiado amigable desde que habíamos dejado las costas del África. Llevábamos casi una semana de navegación y en todo ese tiempo se habían sucedido uno tras otro varios aguaceros, turbonadas y tormentas. Las olas eran enormes, y a veces el bamboleo de la nave se hacía tan pronunciado que aun estando en mi cama llegaba a sentir las vísceras sueltas dentro del cuerpo. Debo confesar que, en esos momentos, se pregunta uno qué

diablos hace allí en alta mar, sacudido por la reciedumbre y la violencia de las aguas, cuando la firmeza y la quietud de la tierra son tan serenas y agradables. Por cierto, según contaba mi informante, más de un joven grumete parecía añorar la tierra firme con desesperación. Algunos habían sufrido tales mareos que pasaban la mitad del tiempo inclinados sobre las bordas y regurgitando la comida sobre el mar.

Para colmo llovía sin parar, y pese a que el barco estaba recién embreado en todas sus partes, había una molesta gotera sobre el espaldar de mi catre. No necesito decir que nos veíamos forzados a navegar a palo seco, esto es, con las velas arriadas, ya que los ventarrones eran demasiado violentos y podían causar daños en la arboladura.

Cada noche, durante las horas del sueño, yo escuchaba a la marinería reunida en cubierta y entonando salomas y cantares. Llegaba a mi camarote apenas un murmullo, pero me parecía adivinar algo de misterio y de ensueño en esas melodías. Supe más tarde que se trataba de viejas canciones mágicas para amainar las tormentas, antiguas estrofas y palabras cuyo poder era capaz de disipar el mal tiempo y aquietar las aguas. Pero transcurrían las jornadas y no parecía haber brujería alguna que pudiera contra las iras de Poseidón.

Hacía varios días que el capitán Gonzalo Coelho no lograba pegar ojo. Como muchos de nosotros, había perdido el sueño a causa de los bandazos de la nave, pero más aún porque, según creía advertir a través de su olfato de marino, las corrientes nos habían apartado un buen trecho del rumbo original. A cada rato aparecía en mi camarote, desplegaba sus cartas de marear y gesticulaba desesperado.

—Una idea, Amerigo —suplicaba—. Dadme una idea de dónde diablos estamos...

Pero yo no podía más que encogerme de hombros ante sus peticiones. También me hallaba desorientado, y no tan sólo por estar encerrado en mi camarote, sino porque fuera había tales nubarrones que no podía siquiera utilizar el astrolabio para guiarme por las estrellas. El cielo estaba cubierto día y noche, y no parecía haber indicios de claridad. Tal era la preocupación de Coelho que en un momento hasta llegó a pensar en la conveniencia de regresar a Lisboa en caso de que no amainara el temporal.



Viajaba con nosotros un tal fray Hugo Gaineddu, sacerdote de la orden franciscana, quien algunas noches, luego de dar misa y tomar confesión a la marinería, solía venir a mi camarote a charlar de lo que surgiera. Curioso personaje este fray Hugo. Había nacido en la lejana Hungría, aunque, después de haber recorrido casi toda Europa durante años, ciertos azares y tropiezos lo habían llevado a recalar definitivamente en Lisboa para hacerse cargo de una pequeñísima parroquia de la ciudad. Allí llevaba una vida tranquila y sin muchas preocupaciones, aunque pronto el hastío se le volvió tan insoportable que decidió probar suerte en las Indias. No muchos frailes se

inclinaban por aquel destino en esos años, ya que la mayoría de ellos preferían quedarse aposentados en sus iglesias en vez de marchar a tierras hostiles y acaso llenas de paganismo. Sin embargo, fray Hugo estaba animado por un cierto espíritu de aventura. Antes de abrazar la fe de Cristo, según confesaba, su vida había estado llena de extravíos y desórdenes. Había sido contrabandista, mercenario, salteador de caminos y pirata en las aguas Africanas. Pero en un momento determinado, cansado de tales despropósitos, había resuelto calzarse los hábitos franciscanos y entregarse a la meditación. Desde entonces dedicaba su existencia al Señor y a ganar almas para la fe cristiana. No obstante, aún conservaba ciertas mañas de su agitada vida anterior: no había vez que llegara a mi camarote sin una botella de vino de Oporto entre las manos, el cual, dicho sea de paso, debía obtener por mediación del diablo, pues yo mismo había supervisado la cargazón de las naves y jamás había visto embarcar un solo cajón de ese vino. Cada noche fray Hugo tocaba a mi puerta y una vez dentro descorchaba su botella, servía dos copas bien llenas y comenzábamos a hablar hasta que ya no quedaba una sola gota de vino. Con todo, insistía en que sus visitas a mi camarote no tenían más que un propósito medicinal:

—No hay nada mejor para las fiebres cuartanas que el vino de Oporto —sonreía el fraile.

No era casual la presencia de fray Hugo en aquellas naves. Tanto España como Portugal se habían propuesto evangelizar a la mayor cantidad de indios posible, y hasta al propio Gran Kan de la China si hubiera oportunidad de hacerlo. El almirante Colombo ya había llevado a algunos pocos sacerdotes en sus viajes, y al parecer con un resultado bastante provechoso en muchos casos. Ahora, por orden del rey Manuel I, fray Hugo sería el encargado de hacer lo propio en territorio portugués. De hecho, según yo había oído decir a los ministros del rey, hasta era posible que le estuviera destinado algún cargo importante dentro de la jerarquía religiosa de las Indias. Quizá don Manuel tuviera planes para nombrarlo obispo de sus dominios en ultramar, aun cuando el propio fray Hugo, según me confesó en varias oportunidades, no parecía muy entusiasmado al respecto. Con una leve sonrisa en el rostro, mientras bebía su permanente oporto, solía decirme que tales mercedes le importaban un rábano. En el fondo, viajaba a las Indias para escapar de Europa, de los obispados, cardenalatos y otras responsabilidades, y quedarse a vivir en alguna isla paradisíaca en la que sin duda hallaría una mayor bienaventuranza que en las marmoladas iglesias europeas.

—A mí dejadme de títulos y esas cosas —decía—. Yo quiero una playa, frutas, algún buen vino y unas cuantas indias que me jugueteen alrededor...

—¿Indias, fray Hugo? —le preguntaba yo alarmado.

—Por supuesto —respondía el fraile—. Alguien tiene que evangelizarlas, ¿no es así?

En sus muchas vueltas por el mundo fray Hugo se había tornado algo heterodoxo en sus opiniones. Más de una vez había sorprendido a sus superiores y hasta había

recibido algún tirón de orejas por parte de la Santa Madre Iglesia a causa de sus ideas un tanto profanas. Sostenía, entre otras muchas y muy riesgosas cuestiones, que no había historia más ridícula y absurda que el relato bíblico de Noé. Para empezar, observaba, era raro que a nadie hubiera escandalizado la tremenda herejía que anidaba en las páginas de la Biblia. Según el Génesis, Dios quería provocar el Diluvio para aniquilar al hombre, pues se había arrepentido de haberlo creado. ¿Pero cómo podía el Señor arrepentirse de una de sus obras? ¿No era eso reconocer que se había equivocado? ¿Y cómo era posible que un ser perfecto cayera en el error? Con seguridad, sugería fray Hugo, el amanuense que había copiado la Biblia debía estar algo flojo del seso, o tal vez se le había colado algún versículo de más. No obstante, reconocía, aquello podía ser apenas un problema de interpretación. Lo más inverosímil en la historia de Noé, a su juicio, eran las cuestiones que él mismo llamaba «técnicas». Sostenía fray Hugo que, si el viejo patriarca había llevado en su nave dos ejemplares de cada especie animal del mundo, dos de cada reptil y dos de cada ave, además de su esposa, sus hijos y las esposas de sus hijos, las dimensiones del arca habrían sido tales que no habría habido madera suficiente en todo Israel para construirla. Pero ése era tan sólo el primer desatino de la historia. No solamente había que meter en la nave a semejante cantidad de especies y bicharracos, sino también suficiente comida y agua para cuarenta días y cuarenta noches, lo que abultaría tanto las medidas y el peso del arca que sólo por milagro no se habría ido a pique. Además, nada nos decía el Génesis acerca de cómo era posible preservar alimentos durante todo ese tiempo. Y más aún después del Diluvio, pues afirmaban las Escrituras que las aguas permanecieron sobre la tierra durante ciento cincuenta días, anegando todos los campos y matando a todas las especies que no habían tenido la suerte de conseguir boleto en el arca. ¿Qué comieron en todo ese tiempo los famélicos sobrevivientes? Doy fe de que ningún alimento se conserva durante todo ese tiempo en la bodega de una embarcación. Pero aún había más. ¿Qué ocurrió con los peces? El Génesis no decía que Noé los cargara a bordo. Podrían haber permanecido en el agua, pero entonces Dios no habría cumplido su propósito de exterminar a *todas* las especies sobre la faz de la Tierra. Y en todo caso, si iban dentro del arca, ¿cómo demonios había hecho el viejo Noé para meter, por ejemplo, una pareja de ballenas a bordo? Y aún había otra disquisición más respecto de la comida. Suponiendo que fuera suficiente para todos los animales, eso no resolvía las cosas, pues es sabido que hay especies que sólo se alimentan de otras especies. En tal caso, cabe imaginar qué espantosa carnicería habría ocurrido a bordo, con aves destrozando lombrices, cocodrilos engullendo patos, leones sembrando el pánico entre los venados, las cebras y los búfalos. Por lo que sabemos, nadie contentaría a un tigre hambriento con hojas de lechuga o brotes de remolacha.

Pues bien, dado que los teólogos no habían aclarado nada acerca de estas cuestiones, la historia del arca no resultaba demasiado creíble a los ojos de fray Hugo.

Por mi parte solamente diré que, sea como fuere, lo más increíble de todo aquello era que el propio fray Hugo, a causa de sus insólitas opiniones, no hubiera sido aún cocinado por los hornos inquisitoriales.



Los días de tormenta por fin cesaron. Por fortuna, casi al mismo tiempo yo me repuse de mis fiebres y de una vez por todas conseguí salir a cubierta. Aún estaba algo débil de salud, pero mi entusiasmo por ver el océano me dio la fuerza suficiente para aguantar varias horas fuera de la cama. Había mucho trabajo que hacer. Durante aquella primera noche al aire libre, de pie sobre el alcázar de la nave, desplegué una carta astronómica y algunos instrumentos de medición. El capitán Gonzalo Coelho me había pedido que verificase la posición de la flota, pues, tal como sospechaba desde hacía algunos días, la tormenta parecía habernos desviado un buen trecho de la ruta original. Con ese propósito, me concentré durante algunas horas entre mis tablas y cálculos, y logré tener una estimación más clara acerca de la posición de las naves.

—¿Y? —Me preguntó Coelho—. ¿Dónde estamos?

Antes de responder me demoré unos instantes. Por cierto, la cuestión no era tan sencilla. Prefería tomarme mi tiempo y volver a escudriñar mis mapas con mayor atención. En realidad ya tenía una cifra en mente acerca de nuestra posición, pero me sonaba tan disparatada que temía haberme equivocado. Entonces mis ojos se perdieron una vez más entre el enredo de líneas que cruzaban el mapa. Medí distancias, clavé el compás sobre el papel e hice cálculos mentales. Por fin dirigí mis ojos nuevamente hacia Coelho.

—¿Y? —Volvió a insistir el capitán—. ¡Decidme dónde estamos, por Dios!

—Pues nos hemos ido al carajo —respondí.

Coelho abrió los ojos como una lechuza y se cogió la cabeza con las manos.

—¿Es una broma? —preguntó.

—Ojalá lo fuera —dije—. Pero me temo que es verdad.

Entonces, mientras señalaba mis mapas, traté de explicarle que según la posición de las estrellas, nuestro viaje se había alargado de la forma más insólita. Los barcos habían avanzado en un absurdo zigzagueo durante días, y si hubiera podido trazarse un dibujo de su recorrido sobre el mar, de seguro se habría visto como el espinazo de una serpiente. Hechos los cálculos, concluí, se llevaban perdidos más de veinte días de navegación.

Coelho se impacientó y empezó a bramar de cólera. Así estuvo durante un par de días enteros, encerrado en su camarote y sin hablar con nadie. Pero al final consiguió recobrar la calma, dado que el tiempo había mejorado y se esperaba que de allí en adelante la ruta se hiciera más llevadera. Ciertamente, el cielo se veía limpio y había una brisa suave que parecía promisoría. Sin embargo, como sabe cualquier piloto, el mar tiene sus caprichos. Unos pocos días después el viento se detuvo por completo y

todo el océano pareció estancarse bajo las naves. En cuestión de unas pocas horas cambiaron del todo las condiciones y de pronto ya no hubo olas, no hubo corrientes, no hubo siquiera un mísero hálito de brisa que pusiera a flamear el velamen. Las aguas parecían hechas de cera, de miel, de mercurio líquido. Entre la marinería empezó a cundir la inquietud y el espanto. Sabían muchos que, de alargarse demasiado aquel raro fenómeno, las cosas a bordo podían volverse un infierno. Algunos ya habían pasado por esos trances y evocaban con horror el maleficio de las aguas muertas. Decían que el calor, la humedad y el aire denso y sin vida presagiaban una escena mortuoria. Y en verdad eso es lo que sucede. La falta de vientos convierte a las aguas en un piélago inanimado. Las naves quedan aprisionadas en medio del océano y pronto comienza a hincharse la madera, a pudrirse el agua, a florecer el moho y a crecer los gusanos. Pero lo más tenebroso, lo que más aterra a los hombres en esos momentos, es la lenta gangrena que se apodera de sus almas. Poco a poco, en esas horas calientes e inciertas, el espíritu va cayendo en los abismos de la locura. Se sabe de horribles alucinaciones, de espejismos extraños que engañan a los hombres. Algunos creen divisar monstruos de siete cabezas bajo las aguas. Otros ven fantasmas o insectos gigantescos. Y otros más llegan a perder la cordura y arrojarse al mar.

Transcurrieron algunos días y nada cambió en el océano. El capitán Gonzalo Coelho seguía sin poder dormir. Estaba intranquilo y a punto de perder el juicio. Todo él era un manojo de nervios. Se había hecho tirar la baraja para adivinar la suerte de la expedición, pero el resultado había sido tan ambiguo como el de los oráculos griegos. Entretanto, continuaba irritado ante la mortecina quietud del océano. De noche resonaban sus pisadas en cubierta, pasos de fiera acorralada y jadeante. A veces velaba en la oscuridad junto a fray Hugo, a quien pedía que rezara durante horas por el retorno de los vientos. Pero, al parecer, no había plegaria alguna que conjurara aquel hechizo.

—¿Querrá el Señor abandonarnos aquí? —preguntaba Coelho.

Fray Hugo vacilaba antes de responder. Le hubiera sido más que sencillo invocar su fe, alegar que el Señor jamás abandona a sus fieles, y menos aún en momentos de apremio. Pero en aquel mar de tinieblas, en aquella soledad inmensa que rodeaba a las naves desde hacía tanto tiempo, los muros de la fe parecían tambalearse.

—Tal vez el Señor tenga demasiadas cosas que hacer como para ocuparse de nosotros —decía el fraile en un tono sombrío.

Una de esas tardes bajé a la bodega a revisar el estado de los alimentos. Allí, por causa del intenso calor, algunas pipas y toneles habían reventado, el trigo parecía arder como fuego y el tocino y la carne salada echaban vahos de podredumbre.

Tres muchachones se hallaban arrojados entre unos cordajes, casi sofocados por el calor. La hambruna de esos días los había puesto a soñar con manjares. Mientras oían crujir sus propias tripas, jugaban a imaginar platos suculentos y deliciosos.

—Una perdiz estofada y rellena con pasas —decía el primero.

—Pernil de cerdo sazonado con pimiento picante —contestaba el segundo.

—Una ración de camarones con vino blanco —intervenia el tercero.

—¿Y por qué no un jugoso lomo con brotes de cebolla?

—Agrégale pimienta.

—Y un poco de orégano.

—Y un diente de ajo...

Tras hacer el recuento de los víveres, y mientras oía murmurar a los grumetes, me arrojé a descansar sobre unos cajones y traté de dormir. Pero en mi mente aún vibraban las horrendas historias de perturbaciones y delirios que provocaba la falta de vientos. En esos días, de boca de algunos marineros viejos, había escuchado que no hay demencia más atroz en toda la redondez de la Tierra. Primero surge como una remota ensoñación, aparecen figuras extrañas, siluetas deformes, colores anublados; luego se cae en el más frenético aquelarre de imágenes macabras; y más tarde, ya en la cumbre del delirio, el hombre se torna un ser indefenso, una criatura vulnerable y aterrorizada por sus propias visiones.

Poco después los tres muchachones se marcharon a cubierta y yo quedé solo, inmerso en el hueco de la bodega, rodeado de cables, hierros y cordajes. Todo aquel umbrío escenario se me antojaba semejante a una fosa mortuoria. Rogando que las aguas comenzaran a moverse, contuve varias veces la respiración y pegué mi oído a las maderas del casco. Pero allí apenas se escuchaba un silencio de muerte. Poco más tarde hallé a mi lado un pequeño reloj de arena amontonado entre varios objetos. Soplé ligeramente para quitarle el polvo de encima y lo deposité sobre un barril. Después apoyé la cabeza sobre mis manos y en silencio comencé a contemplar la arena cayendo entre las ampolletas. Había algo de fascinante en aquel objeto que parecía tan simple y tan misterioso a la vez. La arenilla se deslizaba con suavidad e iba formando un pequeño montículo, una insignificante duna que crecía lentamente a medida que pasaban los minutos. Casi parecía absurdo que algo tan sencillo pudiera medir el transcurso del tiempo. Sin embargo, más se parecía aquello a una amarga alegoría de la existencia humana. Pensaba yo en que cada uno de nosotros era como aquel pequeño reloj: venimos al mundo con una ampolleta cargada de arena, y a medida que pasan los años aquella arena se va escurriendo, resbalando inexorable hacia el abismo, hasta que cae el último grano y sobreviene la muerte, aunque por desgracia no haya nadie que pueda voltear el reloj para que todo comience de nuevo.

De pronto me pareció advertir que la arenilla se había detenido. Aún quedaba mucha por caer desde la ampolleta superior, pero extrañamente ya no seguía resbalando, como si el tiempo mismo se hubiese interrumpido. Y entonces un sombrío pensamiento se me instaló como un puñal en el vientre. Hacía demasiados días que las naves dormían en medio de aquella calma inhóspita, y acaso ya la locura había caído entre los hombres. Quizás el magro cascarón donde nos encontrábamos fuera ya una nave de enajenados, un triste rimerero de locos navegando al azar, ignorantes de su propia demencia. Tal vez yo mismo, sin saberlo, ya había sido atrapado por las garras de la locura.

Desesperado, temeroso, abandoné la bodega como si huyera de un hospicio y trepé a cubierta. Allí todo estaba sereno como en un sepulcro. Ya era de noche y había un rumor de bruma en el aire que parecía venido desde el fondo del cielo. No era un rumor desparejo, cambiante, sino extrañamente monótono, como surgido de una oscura máquina infernal. Algunos hombres yacían tendidos en cubierta, quietos como espectros. La noche estaba tan quieta, tan vacía de movimiento que toda la nave parecía inmersa en el vientre de una gigantesca ballena. Caminé lentamente entre los cuerpos. Algunos hombres parecían más muertos que vivos. Tenían el rostro seco y agrisado, la carne apretada al esqueleto, los cabellos sucios y revueltos. Casi todos parecían dormir, pero cuando me aproximaba a ellos descubría sus ojos abiertos, cargados de susto, hinchados como dos esferas blancas en medio de la oscuridad. De pronto di con un viejo que estaba echado sobre el cabrestante del ancla. Había permanecido el día entero tumbado allí y el sol le había abierto algunas llagas en el rostro. Pero yo no me había detenido por ello, sino porque el hombre parecía no respirar.

—¡Eh, despertad! —dije mientras lo sacudía por los hombros.

El viejo emitió un gemido agónico y abrió los ojos. Tenía el iris opaco y la mirada perdida. Aun así me reconoció.

—Son unos cabrones, Amerigo —murmuró entre dientes—. Son todos unos cabrones...

—¿Quiénes? —le pregunté.

El viejo se pasó una mano por los labios resecos y pareció recobrar el semblante.

—Todos esos señores de España y Portugal —rezongó con un hilo de voz—. ¿Habéis pensado que estamos aquí, casi agonizando, para que un hideputa gordo como un puerco tenga canela y nuez moscada en su mesa?

Yo no pude menos que sonreír ante el inesperado comentario. Estaba por responderle, pero en ese momento algo raro me distrajo. Creí que se trataba de una alucinación, de un perverso engaño de mis sentidos. Pero poco después advertí que había algo inusual en el cielo de la noche, algo que vulneraba la quietud del aire. Levanté mis ojos y observé aturdido. Sí, allí estaba, envuelto en un halo casi angelical. Parecía una visión de otro mundo, pero sin embargo era tan real como el agónico silencio que rodeaba a las naves. En ese momento todos miraron hacia lo alto de la arboladura y descubrieron el raro prodigio. Cuando todo parecía perder sentido a bordo, cuando todo estaba inmóvil, atrapado en el tiempo, sin esperanzas de que algo volviera a revivir, un inesperado milagro había sucedido en la parte más alta de la nave. Allí, sobre uno de los trinquetes, dibujado contra el cielo nocturno y brillante como el marfil, estaba posado un pájaro.



Esa misma noche comenzó a vibrar el viento. Al principio fueron algunas ráfagas

sutiles, desacompasadas, pero ya bien entrada la madrugada una brisa firme de popa devolvió la vida a nuestros hombres. La presencia del ave nos permitía presentir la cercanía de la costa. Quizá dos o tres jornadas más y ya estaríamos en tierra firme. Aun así Coelho seguía disgustado con los caprichos de la Naturaleza. Llevábamos más de sesenta días de viaje, pese a haber cruzado el Atlántico por la parte más angosta, mientras que el genovés Colombo había empleado treinta y seis navegando por la parte más ancha. Desde el cabo Verde hasta el extremo oriental de las Indias había unas setecientas leguas de distancia y, sin embargo, por los muchos serpenteos de nuestra ruta, habíamos navegado cerca de mil ochocientas. Pero ya he dicho que el mar tiene sus antojos, y no hay mortal que pueda hacer nada al respecto.

Dos días después, a media mañana, se mostraron los verdores de las Indias.

CAPÍTULO XX



Comenzó el cielo por descubrirme sus maravillas. Poco antes de tocar tierra la esfera celeste pareció abrirse en un sinfín de estrellas nuevas. Habíamos cruzado la línea ecuatorial y perdido de vista el polo ártico, la Osa Mayor y la Osa Menor. Pero en cambio, por la parte del medio día aparecían constelaciones desconocidas, estrellas muy claras y brillantes, raros dibujos celestes cuya prodigiosa geometría me admiraba a cada instante. Con tales ímpetus observaba los cielos que no me era posible siquiera contener el pulso. Tan sólo trataba de esbozar unas pocas anotaciones y me prometía que alguna vez, cuando ya estuviera más calmo y en sosiego, me concentraría en la composición de una obrita más compleja que hablara del esplendor de los cielos australes. La idea me atraía bastante. Si no era yo un hombre ambicioso, hambriento de oro y riquezas, quería al menos dejar a mis iguales algo que acrecentara mi fama después de la muerte. De mi tío Giorgio Antonio había aprendido a rechazar la inutilidad de una vida entregada a los placeres efímeros. «¿Qué otra cosa somos sino polvo después de muertos?», decía mi tío. Y mientras acariciaba un libro entre sus manos, añadía: «Debes dejar algo a tus semejantes, algo en lo que viva tu recuerdo, pero sobre todo, algo que ayude a embellecer este oscuro valle de lágrimas».

Cuando por fin tocamos tierra, un aluvión de sensaciones e imágenes se coló por nuestros sentidos. La naturaleza se nos ofrecía generosa y sorprendente a cada paso. Había árboles de mil formas y tamaños, cargados de frutas extrañas y tan aromáticas

que el aire rezumaba olores balsámicos, perfumes de huerta recién florecida. El contraste era muy llamativo. Veníamos de casi dos meses de olfatear los húmedos vientos del océano, dos meses de sofocante encierro en las carabelas, impregnadas del acre olor de la madera enmohecida, de los cueros mojados, de la ropa sucia, del mefítico hedor que sube de las sentinas; casi sin darnos cuenta habíamos pasado sesenta largos y nauseabundos días en que los vahos de la bodega nos habían inundado las narices y revuelto las tripas. Pero ahora nos hallábamos en aquel sitio de ensueño, allí donde el aire exudaba perfumes de selva y el aroma dulzón de las frutas se nos metía en la piel. En todo momento era grato husmear la corteza de algún árbol aromático, meterse de narices entre el cáliz de una flor, aspirar la deleitosa fragancia de las hierbas, libar el azúcar de una fruta entre las honduras de su carne.

Pero si tales olores avivaban nuestros sentidos, la prodigiosa variedad de animales, pájaros e insectos nos embargaba de un perpetuo estado de asombro. La selva de aquellas regiones era un continuo estallido de sorpresas. No acababa uno de admirar un ave de rico plumaje o un lagarto camuflado en el barro, que ya sus ojos se perdían entre una nube de mariposas, una súbita multiplicación de hormigas, una familia de macacos empeñados en saltar de liana en liana jugueteando como si fueran niños. Había tal infinidad de animales silvestres, tantos lobos, babuinos, onzas, leones y monos, que llegué a pensar en que fray Hugo acaso llevara razón en su conjetura acerca de Noé: sin lugar a dudas, nunca tantas especies podrían haber entrado en el arca sin mandarla a pique.

Los aires dulcísimos y el paisaje de ensueño me recordaron que Colombo, años atrás, había afirmado que el Paraíso Terrenal debía de estar por esos mismos sitios. Yo había tomado semejante idea como un disparate, o acaso como otra más de las tantas artimañas del genovés. Pero ahora, frente a tanta belleza y exuberancia, llegué a sospechar que tal vez estuviera en lo cierto. Sin embargo, como no soy ni nunca he sido diestro en enredos teologales, preferí solicitar la docta opinión de fray Hugo al respecto. Al preguntarle no pareció sorprenderse demasiado.

—Podría ser —dijo sin grandes aspavientos—. Hay algunos signos bastante evidentes...

Luego, sin decir una palabra, fray Hugo se adentró algunos pasos en la selva y con ojo artero miró a su alrededor. Observó algunas flores, palpó el tronco de un arbusto y se hincó de rodillas para ver la hierba de cerca. Más tarde recogió una fruta de lo alto de un árbol y hundió sus labios en la pulpa saboreándola despacio, como si procurase buscar alguna señal oculta en la carnadura. Yo lo observaba en silencio. Veía el modo en que el fraile trituraba delicadamente la pulpa, luego paladeaba su sabor y finalmente se pasaba la lengua por los labios.

—Sí, puede ser —repitió después de engullir algunos bocados.

Enseguida arrojó el carozo de la fruta, husmeó detenidamente el aire y agregó:

—También huele como en los jardines edénicos...

No dijo una palabra más y continuó su atenta inspección. Debo decir que yo

estaba algo confundido. No comprendía cómo demonios podía ser posible adivinar la presencia del Paraíso Terrenal con sólo degustar una fruta o percibir el aroma del aire. Intrigado hasta la médula, le pregunté a fray Hugo.

—Es fácil —contestó—. Naturalmente, se precisa de un cierto ojo para estas cosas. Pero para quien sabe reconocerlas, existen algunas señales inequívocas. Por ejemplo, ciertas flores y aves extrañas, algunas frutas cuyo sabor hechiza el paladar, un aire sumamente dulce, abundancia de serpientes... Sí, mi querido Amerigo, si leéis el testimonio de los sabios doctores de la Iglesia, veréis que todos coinciden en estos puntos. El sitio en donde vivieron Adán y Eva antes de cometer su gran pecado se parece mucho a estas selvas. De todos modos, no puedo afirmar que el Paraíso se encuentre aquí mismo, pero quizás ande bastante cerca.

De pronto se dibujó una mueca de inquietud en el rostro de fray Hugo.

—¿Qué os sucede? —pregunté.

—Pues que más vale cerrar el pico y no hablar más del asunto...

—¿Pero por qué?

El religioso caminó unos pasos y echó una mirada a su alrededor buscando algún oído indiscreto. Al parecer no había nadie en las cercanías, dado que casi todos los hombres andaban diseminados por la playa o chapoteando en la orilla del mar. Entonces fray Hugo se volvió hacia mí y en voz baja dijo:

—Es muy arriesgado, Amerigo. Imaginaos el revuelo que causaría en Europa una noticia semejante. Si por ventura las coronas de España y Portugal se enterasen de esto, os aseguro que se destrozarían vivas y mandarían al diablo el Tratado de Tordesillas. Pensad que si ya hacen tantas alharacas por un pedazo de tierra cualquiera, cuánto más no harían por lograr que el paraíso terrenal cayera dentro de sus dominios. De seguro se arrancarían los pelos y habría guerra para rato. ¿No lo creéis así?

Por supuesto, la opinión de fray Hugo sonaba más que acertada. En aquel momento nos hallábamos en una región que, dados los acuerdos de Tordesillas, pertenecía a los dominios de la corona portuguesa. Sin embargo, desde que el mundo es mundo no existe nada más frágil y vulnerable que un tratado entre naciones. Si por desgracia España llegara a enterarse de que el mismísimo Paraíso Terrenal podría estar en aquel sitio, haría cualquier cosa por adueñarse de él. De seguro revolvería las cláusulas del tratado, enmendaría las medidas y las distancias, diría que Portugal había trazado erróneamente su línea divisoria y hasta reclamaría su prioridad en el descubrimiento, pues como ya he contado en alguna otra parte, el genovés Colombo había dado noticias acerca del Paraíso Terrenal ya en su viaje de 1492. Claro está que de fracasar tales intentos con seguridad sobrevendría la guerra, pues ¿qué nación cristiana no daría su sangre por tener los jardines edénicos bajo su dominio? Y en tal caso habría que añadir la demanda de otras naciones: seguramente los reinos de Inglaterra, Francia, Alemania o Italia no tardarían un segundo en reclamar su porción de los huertos edénicos. Y, por supuesto, no habría que descartar la intervención del

Vaticano en todo el conflicto, ya que de inmediato el Papa de Roma pondría el grito en el cielo alegando que los Jardines del Edén, estuvieran donde estuviesen, no deberían pertenecer a nación alguna sino a Dios, y que, por tal razón, jamás estarían en mejores manos que bajo la protección de la Santa Sede.

Por todo esto y mucho más, juzgué oportuno cerrar la boca y hacer caso del sabio consejo de fray Hugo: si en realidad el Paraíso Terrenal se hallaba en aquellas tierras, lo mejor sería callarse y no remover el avispero.



Los siguientes días en tierra me ocupé de explorar e indagar el alma de las gentes de aquel lugar, que en lo principal no diferían mucho de cuanto había visto en mis anteriores viajes. Eso sí, debo hacer notar que, pese a lo dicho más arriba, era difícil creer que el Paraíso anduviera cerca de aquellas regiones. Había al menos una razón que me llevaba a dudar de ello, y era que los naturales de aquella tierra eran tan bárbaros e inhumanos que Dios jamás podría haber puesto su obra más sublime entre gentes tan bestiales. Aquellos hombres no tenían fe ni ley alguna, desconocían la inmortalidad del alma, carecían de gobierno y tenían tan gran aprecio por la carne humana que más parecían criaturas del diablo antes que hijos de Dios. Baste mencionar el hecho de que, en algunas casas, hemos llegado a ver el macabro espectáculo de varias piernas de hombre colgando como jamones ahumados.

Por otra parte, aún hoy me asombra la exagerada crueldad con que los he visto enfrentarse en sus guerras: son tan encarnizados como una fiera para aniquilar a sus rivales. Pero el hecho de comerse unos a otros es aún peor. Después de cada batalla, quien no ha muerto en combate y tenido la desgracia de caer en manos del enemigo se verá despedazado, cocinado y comido por el vencedor. Algunos prisioneros son mantenidos como esclavos y ocupados en las tareas de mayor rudeza, pero algún tiempo después, en medio de un festín demencial y acaso inspirado por el diablo, son acribillados a flechazos, arrojados a las brasas y comidos en una furiosa tragantona. Nadie parece sentir la menor repugnancia por merendarse la pierna de su rival de guerra. Más aún, tal parece que estos indios gozan tanto de la carne humana que uno de ellos, gordo como un buey, me confesó haberse comido ya a más de doscientos enemigos.

Como contrapartida a semejantes brutalidades, resultaba curioso observar la extraordinaria longevidad que podían alcanzar algunos de ellos. Nos dieron a entender que no contaban el tiempo por meses o años, sino por lunas, y he conocido a uno que decía haber vivido mil setecientos lunarios, lo cual suma poco más de ciento treinta años.

Una tarde nos ocurrió algo espantoso. Mientras nos hallábamos descansando sobre una playa, divisamos una multitud de indios arracimados en torno a un monte. Nuestra intención, como siempre, era trabar contacto con ellos, de modo que

caminaamos algunos pasos y les hicimos señas de que se acercaran a la playa. Sin embargo, no obtuvimos la menor respuesta. Todos ellos continuaron agazapados en la jungla y sin querer aproximarse.

Yo mismo sugerí entonces que pusiéramos algunos cascabeles, espejos y chucherías sobre la playa y luego volviéramos a las naves, de modo que los indios advirtieran nuestras intenciones y tomaran confianza. Aceptada la idea, dejamos algunas baratijas dispersas en la arena, trepamos a los botes y comenzamos a remar hacia los barcos. La estrategia dio resultado de inmediato. Media hora después ya andaban los indios revolcándose entre los regalos, sacudiendo los cascabeles y haciendo morisquetas frente a los espejos. Así estuvieron durante un buen rato entretenidos con sus nuevos juguetes y sin prestarnos la menor atención. Pero luego parecieron cansarse y se retiraron una vez más hacia el monte. Creímos que regresarían a sus casas, pero resultó que se detuvieron sobre una pequeña elevación del terreno, encendieron una gran fogata y comenzaron a hacernos señas de que bajáramos de los barcos y fuéramos hacia allá.

La idea era un tanto arriesgada y había que pensarlo dos veces. En realidad, una cosa era tratar con ellos en la playa y otra muy distinta seguirlos hasta la oscuridad de su selva, donde acaso podría esperarnos alguna desagradable sorpresa. Hubo una larga discusión a bordo hasta que, al final, dos de los nuestros le rogaron al capitán Coelho que los dejase ir, pues estaban deseosos de conocer a aquellas gentes y descubrir si había alguna riqueza de la que poder echar mano. Por supuesto, Coelho no estaba muy entusiasmado y en un principio se negó a darles el permiso. No sólo pensaba en el peligro de arriesgar la vida de aquellos dos grumetes, sino también en que acaso las gentes de aquella tribu vivieran lejos de la costa, por lo que se perderían varios días en llegar hasta sus pueblos y regresar de ellos. Además, ¿no sería aquella otra de las trampas arteras que tanto gustaban tendernos los indios? Sin embargo, tanto suplicaron aquellos dos que al fin los dejó ir tierra adentro, no sin que antes prometieran regresar pronto y no estarse muchos días con los indios.

—Tendré mis naves aquí durante cinco días —les advirtió Coelho—. Si tardáis más que eso, tendréis que volveros nadando a Portugal. ¿Habéis entendido?

Los grumetes asintieron, largaron un bote al agua y un rato más tarde ya se habían reunido con el nutrido grupo de indios sobre la playa. Luego todos se retiraron hacia el interior de la selva y poco después los perdimos de vista.

No me demoraré en lo que sucedió durante aquellos días, pero el hecho es que transcurrió una semana entera y los hombres no aparecieron. A bordo se tejían las más funestas conjeturas. Sospechaba uno que ya debían de estar muertos y devorados a dentelladas; decía otro que era preciso ir a buscarlos de inmediato, estuvieran donde estuviesen, antes de que viéramos sus restos arrojados a la playa; y hasta había quien se burlaba de tales augurios, conjeturando que mientras nosotros estábamos aquí, presos en estas naves, aquellos dos andarían de parranda entre las indiecitas.

Mientras tanto, algunos grupos de indios aparecían en la playa y se dedicaban a

sus tareas de pesca, pero aun cuando tratábamos de sondearlos, de preguntarles qué diablos había sucedido con nuestros compañeros, ninguno de ellos nos decía una palabra. Al fin, cuando se cumplió el octavo día de espera, las cosas se pusieron al rojo vivo. Coelho había violado su promesa de marcharnos después de los cinco días, y aquello lo hacía echar fuego por los ojos. Maldecía a los dos grumetes por su tardanza, aun cuando él mismo había tenido la piedad de esperarlos más de la cuenta. Sin embargo, en un momento decidió tomar al toro por las astas y enviar un emisario para averiguar lo ocurrido.

Quien se encargó de ello fue un joven esforzado y valeroso que se ofreció él mismo para la misión. Con todas las precauciones que exigía el caso, largó un bote al agua y fue remando lentamente hasta la playa. Apenas echó pie a tierra un grupo de mujeres indias lo recibió con grandes muestras de curiosidad. Formaron un círculo en torno a él y empezaron a mirarlo y a tocarle todo el cuerpo maravilladas. Desde las naves veíamos aquello sin comprender demasiado. El joven se dejaba acariciar por las indias, y de vez en cuando nos dedicaba una burlona sonrisa a quienes permanecíamos en las naves. Pero de pronto sucedió algo extraño. Por detrás del muchacho surgió una mujer con un pesado garrote en la mano, y sin decir esta boca es mía le sacudió un tan tremendo golpe en el cráneo que el pobre cayó seco sobre la arena. De inmediato las otras mujeres lo tomaron de los pies y comenzaron a arrastrarlo hacia la selva, mientras un grupo de hombres armados nos empezaba a atacar con sus flechas. Disparamos algunos tiros de bombardas, pero no logramos sino asustarlos un poco. Un segundo después todo el grupo huyó hacia el monte y desde allí comenzaron a mostrarnos sus armas y a gritar como locos.

Y entonces sobrevino lo peor. En medio de la furiosa gritería, algunas mujeres encendieron una gran fogata sobre la hierba, comenzaron a despedazar a nuestro compañero y luego arrojaron sus trozos al fuego. Unos minutos después se lo estaban comiendo.

Aquello era horrible. Desde las naves mirábamos el espectáculo enmudecidos. Hasta allí nos llegaba el pesado olor de la carne chamuscada, y era tal nuestra repugnancia que se nos revolvían las tripas. Bien conocíamos la aborrecible conducta de estos bárbaros respecto de la carne humana, pero jamás habíamos presenciado tan de cerca aquella brutal ceremonia. Las mujeres se llevaban los pedazos de nuestro compañero a sus fauces, los desgarraban con gran ferocidad y luego agitaban los huesos pelados en el aire, como burlándose de nosotros. Para mayor desgracia aún, los indios nos daban a entender por señas que lo mismo habían hecho con nuestros otros dos compañeros.

Apenas logramos reaccionar, muchos de nosotros quisimos saltar a tierra y detener aquel acto tan bestial e inhumano. Pero el capitán Gonzalo Coelho se opuso de forma terminante.

—¡Si alguno baja a tierra —sentenció—, yo mismo me ocuparé de fusilarlo!

Hubo un aluvión de protestas entre la marinería. El propio hermano del muchacho

a quien acababan de devorar los indios increpó al capitán, obnubilado de rabia:

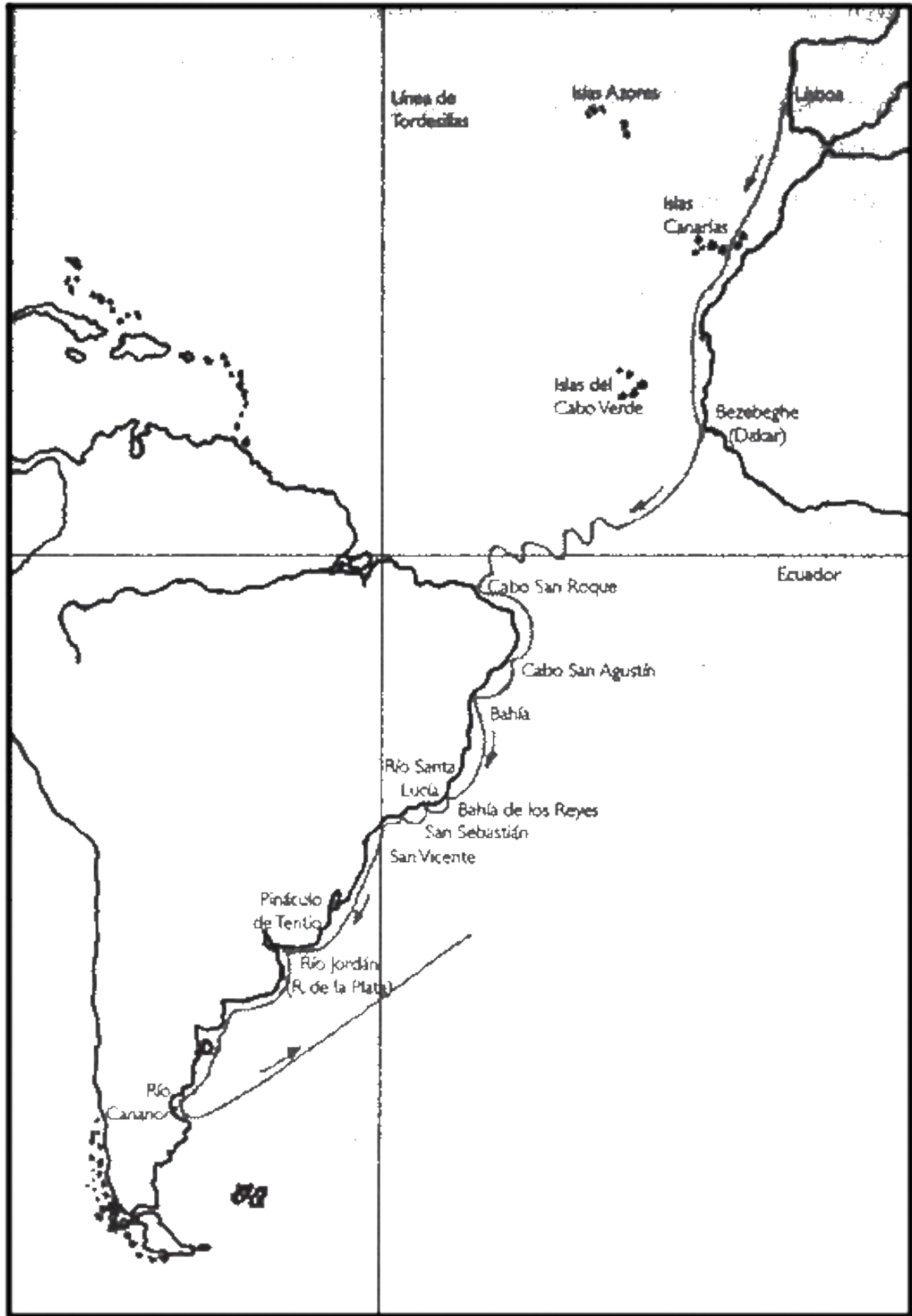
—¡Grandísimo hideputa! —le gritó—. ¡Dejadme bajar, es mi hermano!

Pero Coelho se mantuvo en sus trece y ordenó que sujetaran al enfurecido muchacho. Poco después, ya más aquietados los ánimos, dio orden de izar las velas y seguir adelante.

Debo confesar que dejamos aquel lugar invadidos por la náusea y el odio. Algunos seguían cuestionando la decisión de Coelho. Sin embargo, a mi entender, el capitán había obrado con gran cordura. No tenía sentido arremeter contra los indios. Ya nada podría devolver la vida a nuestros compañeros, y quizás un ataque contra aquella indiada no habría sido más que una feroz e inútil carnicería. La frialdad de Coelho, aun cuando muchos de los nuestros debieron tragarse su furia, había evitado un innecesario baño de sangre.

En la noche, envueltos por el silencio de las naves, aún revivía en nuestros ojos la amarga escena de la tarde. Mientras tomaban su ración de tocino, queso y vino tinto, los hombres se miraban entre sí como espantados. La escasa luz de los faroles dibujaba muecas de pavor en sus rostros. Había miedo, un miedo visceral que se advertía en una mano temblorosa, en unos ojos huidizos, en el raro silencio que se había apoderado de la tripulación. Algunos, para aturdir sus sentidos, habían comenzado a beber más de la cuenta. Tragaban un jarro de vino tras otro para obnubilarse y echar fuera de sí las tenebrosas imágenes de nuestro compañero muerto. Pero aun así se oía el pánico en el aire. Borrachos, asustados, acaso tan nerviosos que no lograban dominarse, algunos lloraban como niños en los rincones de la nave.

Poco después continuamos nuestra ruta hacia el sur, bordeando siempre la costa, y con el ingrato recuerdo de nuestros compañeros perdidos.



Tercer viaje de Vespucci, 1501-1502



CAPÍTULO XXI



Conforme avanzábamos en dirección al sur, la costa nos iba descubriendo uno tras otro un sinfín de cabos, bahías, islas y lechos de ríos que desaguaban en el mar. Por supuesto, había que bautizar a cada uno de ellos, nombrar cada sorpresa geográfica que asomaba en las estrías de la costa. Sin embargo, para ello no precisábamos hacer demasiados alardes de imaginación, pues existía una vieja costumbre marina que imponía bautizar cada sitio descubierto según el orden del santoral cristiano. En otras palabras, regalar a cada santo del calendario una península, un promontorio, una isla o lo que viniera a cuento. De ese modo, la mañana del 16 de agosto se nos reveló un cabo en la ribera, y por ser aquel día el de San Roque lo llamamos cabo de San Roque. Pocas jornadas después asomó otro cabo, y por hallarnos en la fecha de San Agustín quedó el pequeño cabo asignado al nombre del santo. Asimismo, el primero de noviembre avistamos una imponente y hermosa bahía. Coelho preguntó a fray Hugo:

—¿Qué día es hoy?

—Hoy es el día de Todos los Santos —respondió el fraile.

—Pues que sea la bahía de Todos los Santos —mandó el capitán.

Debo decir que era todo un prodigio aquello de asignar el calendario cristiano a la geografía. En cierto modo nos sentíamos como Adán, a quien Dios había encomendado la tarea de nombrar todas las cosas de este mundo. Ciertamente, muchos de aquellos sitios ya debían de tener algún nombre indio o haber sido

definidos por las gentes del lugar, pero a los ojos europeos nosotros éramos los primeros en darles su carta de bautismo.

Y así llegó el 13 de diciembre y fue el río de Santa Lucía, y el 6 de enero fue la bahía de los Reyes, y el 20 la isla de San Sebastián, y el 22 el puerto de San Vicente. Sólo el primero de enero, y ante la majestuosa vista de un hermoso río que desaguaba en el mar, tuvimos la ocurrencia de burlar aquella costumbre y bautizarlo como Río de Enero, que en portugués es Rio do Janeiro.

Todo parecía marchar a pedir de boca. Nuestra navegación hacia el sur continuaba sin grandes novedades, y aunque de vez en cuando padecíamos algunos contratiempos, no dejaban de ser los propios de cualquier travesía en nuestras condiciones. Pero entonces llegó el mes de febrero y un halo de inquietud ennegreció nuestras almas. Como era de esperar, las sombras del tiempo comenzaron a apoderarse de las naves y de los hombres. Habíamos errado ya casi diez meses en aquellas aguas inhóspitas, y no parecía haber nada por delante que augurase un futuro promisorio. Entre la marinería asomaban algunas caras hostiles, rostros que dejaban entrever la tensión y el hastío. Se notaban algunas miradas nerviosas, ojos que rezumaban ansiedad, murmullos a escondidas. El capitán Coelho empezó a temer que hubiera problemas a bordo. Como viejo lobo de mar que era, sabía que la incertidumbre suele ser presagio de motines. En esos días nos hallábamos por debajo del Trópico de Capricornio, y aun cuando era posible continuar más hacia el sur, no habíamos dado con nada que pudiera estimular los ánimos de la tripulación. Ninguna ciudad imponente, ningún tesoro, ninguna vena aurífera. A bordo, tras casi un año de navegación, sólo llevábamos unas cuantas plumas, restos de flechas incrustadas en el casco y un almanaque lleno de cabos y bahías ofrendadas a la cristiandad. Ni siquiera el paso al Sinus Magnus había aparecido a nuestra vista. Ya habíamos viajado más al sur que nadie en aquellas tierras, y sin embargo no habíamos encontrado ni rastro de aquel tan soñado lugar.

A todas horas el capitán Coelho se mostraba algo exaltado y roído por los gusanos de la duda. Solía encerrarse en su camarote y allí, junto a los oficiales de la nave, se ponía a discutir durante horas enteras, a veces hasta la salida del sol. Pasaban los días y no lograba llegar a una decisión acerca del rumbo que seguir. Las opiniones a bordo estaban repartidas, ya que, pese a lo incierto de la travesía, varios oficiales y algunos marineros apoyaban la idea de continuar el viaje. No se sentían descorazonados por el magro botín recogido hasta entonces, sino más bien al contrario. Querían seguir hasta donde aguantaran las naves, pues ninguno de ellos tenía deseos de regresar a Portugal con las manos vacías. Por otra parte, un segundo grupo insistía en la inutilidad de seguir adelante. ¿Qué propósito había en continuar navegando por aquellas costas cada vez más desnudas y pobres?

Los debates en el camarote de Coelho eran, por lo tanto, una velada guerra de intereses. En más de una ocasión alguno de los oficiales dejaba el cuarto hecho un manojo de nervios y murmurando injurias en contra del capitán.

Y así transcurrieron algunas jornadas más hasta que una tarde, mientras la marinería se hallaba trabajando en cubierta, Coelho emergió de su camarote, trepó a las maderas del entrepuente y desde allí, con la mirada sombría y el rostro endurecido, anunció que a la mañana siguiente detendría las naves de una vez, todo el mundo saltaría a tierra y allí discutiríamos el futuro de la expedición. Hasta no decidir el asunto no avanzaríamos una legua más.

En cuanto a mí, debo confesar que toda aquella noche la pasé sin dormir. Me asaltaron las negras hormigas del insomnio y estuve revolviéndome en el catre durante horas y horas. Pensaba una y otra vez en el anuncio del capitán, y no dejaba de preguntarme en qué acabaría todo aquello. Desde luego, comprendía las urgencias de quienes querían regresar a Portugal después de tanto tiempo de viaje. Pero en mi opinión, la expedición debía seguir adelante costase lo que costase. Difícilmente volvería a presentárenos una oportunidad semejante en muchos años, y más valía padecer unas cuantas semanas más antes que esperar toda una vida la posibilidad de regresar a aquellas tierras.

A la mañana siguiente, apenas salido el sol, detuvimos las naves frente a una pequeña ensenada, bajamos a la playa y en una suerte de improvisado conciliábulo empezamos a deliberar sobre el destino del viaje.

El capitán Coelho fue el primero en tomar la palabra. Hizo reunir a todos los hombres en torno a él, tanto oficiales como marineros, y mientras jugueteaba con una rama entre la arena, procuró explicar la situación.

—Señores —dijo—, la cuestión es bien simple: algunos de vosotros queréis seguir viaje hacia el sur y otros deseáis regresar a Portugal. Yo podría dar la orden de seguir y sanseacabó. Pero no soy hombre que guste de imponer sus caprichos. Por lo tanto, dejo la decisión en manos de esta asamblea.

De pronto estalló un revuelo de murmullos y salieron a relucir las opiniones. Los que se oponían a continuar el viaje y demandaban el regreso a Portugal fueron los primeros en hablar. Quien llevaba la voz cantante del grupo decía que el malestar entre la marinería había llegado a límites intolerables. Ya habíamos andado más de la cuenta y no se veía nada provechoso que nos empujara a seguir adelante. Muchos estaban fatigados, añoraban a sus mujeres o simplemente se les había apagado el fuego de la aventura. Además, arguyó el hombre, era un hecho indudable que las naves estaban destartaladas, y era preciso recordar que aún faltaba el viaje de regreso, no fuera a suceder que los pobres barcos empezaran a hacer agua en medio del océano.

—¡En nombre mío y de mis compañeros —dijo con un dedo hacia el mar—, exijo que regresemos a Portugal!

Acto seguido Coelho me cedió la palabra. Quienes deseaban continuar la travesía hacia el sur me habían elegido como su portavoz. Menuda tarea, desde luego, pero contaba yo con mis propias convicciones y, según creo, mis dotes de buen persuasor.

Con el propósito de convencer al bando rival, sostuve que el paisaje de la costa

parecía anunciar que aún había buena tierra por delante, quizá más de alguna inesperada maravilla, y que por tanto sería una pena abandonar la exploración en aquel punto. Además, estaba el paso al Sinus Magnus. Sabía yo que muchos, tal vez, no entendían cabalmente la importancia de aquel pasaje. Muchos de los tripulantes eran algo duros de mollera para comprender lo que semejante descubrimiento significaría para Portugal y para el mundo entero. Por ese motivo procuré tañer la cuerda de la gloria entre la marinería. Hablé de los honores y laureles que envolverían a quien hallara por fin el paso tan buscado. Pinté famas y encendí corazones. Auguré una vida de riquezas, de títulos, de honra infinita para quienes anunciaran el hallazgo. Sin embargo, aun así algunos se resistían.

—¡Eso del Sinus Magnus es mentira! —protestó alguien mirando a los demás—. ¡Son puras habladurías de los cosmógrafos!

Yo no me dejé intimidar por la acusación y eché mano de otros recursos. Recordé que mi tío Guido Antonio, el diplomático, me había enseñado alguna vez que la mejor forma de tener en un puño al vulgo es despertando su espíritu de rivalidad. Quizá nada enciende más los ánimos de una multitud que los celos del enemigo.

—¿Dejaréis que España descubra el Sinus Magnus? —pregunté a la marinería en tono desafiante—. ¿Dejaréis que ellos y no vosotros disfruten de la gloria eterna? ¿O acaso un español tiene más coraje que un portugués? Señores, yo he estado en España, y estoy seguro de que si vosotros fueseis castellanos o andaluces o vizcaínos, ya estaríais en las naves a torso descubierto remando hacia el sur, y no discutiendo aquí como señoritas.

Los hombres se miraron entre sí confundidos. Mis palabras les habían mordido las tripas y aguijoneado el orgullo. Pero yo aún no había terminado.

—¿No sois vosotros los recios marinos portugueses de que habla el mundo entero? ¿No sois acaso los mismos que habéis rodeado África y llegado hasta la India? Y ahora miraos, estáis aquí como unos patanes. ¿Queréis volver a vuestras casas? ¡Pues adelante, regresad a Portugal y vivid como unos pelagatos hasta que os coman los gusanos...!

Más de uno demostró estar ofuscado por mis agravios. Algunos escupían en la arena y refunfuñaban contra mí por haber ofendido el espíritu lusitano. Pero yo sabía que el pez había mordido la carnada. Rápidamente se alzaron voces que llamaban a continuar el viaje. En la mente de los hombres se dibujaban los sueños de gloria que yo había pintado unos instantes antes. Hasta el propio Gonzalo Coelho, abrumado por la desazón, veía renacer sus bríos de marino ante el entusiasmo de los hombres.

Poco después ya todos habíamos regresado a las naves y puesto proa hacia el austro.



Por fortuna, la jugada había dado buen resultado. Sin embargo, apenas me hallé de

nuevo en mi camarote advertí el berenjenal en que me había metido hasta el cuello. Con mis promesas había puesto a volar la imaginación de los hombres. Les había inflamado el ánimo de ardores e ilusiones. Pero también me estaba jugando el pellejo. ¿Qué pasaría si jamás dábamos con el paso del Sinus Magnus? Aquellos hombres regresarían a Portugal con las manos vacías y el alma frustrada, pero yo, con seguridad, terminaría mis días acribillado a puñaladas, colgado del palo mayor o arrojado al mar con un ancla amarrada en el pescuezo. No obstante, ya la suerte estaba echada y no cabía sino confiar en la Providencia. Por las dudas, hice que fray Hugo me oyera en confesión.



No había transcurrido una semana desde aquel momento cuando una tarde el capitán Coelho me llamó a su camarote. Crucé la puerta y lo hallé de mal talante, con el rostro algo desencajado y una botella de aguardiente casi vacía entre las manos.

—Lo siento, Amerigo —balbuceó el capitán mientras bebía el último trago de alcohol—. Aquí se termina todo. Nos volvemos a Portugal.

No puedo explicar mi reacción ante sus palabras. En principio supuse que se trataría de una broma, o que Coelho se habría pegado una borrachera de mil demonios. ¿Cómo que aquí se terminaba todo? Apenas hacía unos pocos días que había convencido a la tripulación de seguir, ¿y ya el capitán se echaba atrás? ¿Pero por qué? ¿Por qué semejante decisión?

Coelho se apoyó contra el respaldo de su silla y preguntó:

—¿Calculasteis la posición de las naves anoche?

No entendí qué diablos podría tener que ver eso con la decisión de regresar, pero ante la pregunta respondí que sí, que como todas las noches había hecho mediciones y calculado la posición de la flota.

—¿Y no habéis reparado en un detalle? —volvió a preguntar Coelho.

—¿Cuál detalle?

—La línea de Tordesillas...

Entonces caí en la cuenta de lo que sucedía. ¡Por supuesto! Veníamos navegando por una costa cuya línea iba cada vez más hacia el oeste. Eso significaba que, de seguir así, habría un punto en que atravesaríamos el meridiano de Tordesillas y entraríamos en aguas españolas. Todo lo que a partir de ahí hubiera por delante caería bajo el dominio de la corona de España. Y precisamente, para desgracia de la expedición, nos hallábamos en ese mismo punto^[8]. Los acuerdos de Tordesillas nos impedían continuar el viaje aunque quisiéramos. Ambas coronas habían aceptado que si sus naves cruzaban la línea divisoria y descubrían nuevas tierras en jurisdicción ajena, las mismas no podrían ser ocupadas ni reclamadas bajo ningún concepto. La prioridad de un descubrimiento en esas circunstancias no otorgaba derecho alguno y, por lo tanto, no tenía sentido continuar adelante. Había que volver a Portugal e

informar al rey Manuel de que aquello era todo. Allí acababan sus potestades en las Indias. Y si por ventura existía el tan dichoso paso hacia el Sinus Magnus, los azares de la geografía lo habían puesto bajo la tutela española.

El pobre Coelho estaba desolado por la noticia y casi sollozaba entre las brumas del alcohol. Su entusiasmo por continuar el viaje se le había esfumado de un golpe. Además, tendría la ingrata obligación de anunciar la novedad a los hombres, y por el momento no hallaba la forma de hacerlo después de tantas idas y venidas. Ya había pedido consejo a fray Hugo y hablado con algunos de sus oficiales, y ahora me rogaba alguna sugerencia.

—¿Qué diré, Amerigo? —preguntó—. ¿Qué les diré a los hombres?

Yo me encogí de hombros y no supe qué contestar.

Al fin, tras ver que yo no acertaba a dar con alguna respuesta, Coelho resolvió que sería crudo y parco en su anuncio. Diría las cosas tal como eran y al diablo con las explicaciones. Me despidió esa noche con un gesto de pesadumbre en el rostro.

—Mañana reuniré a todos en cubierta y daré órdenes de regresar. Ahora, Amerigo, idos a dormir. Y que sea lo que Dios quiera.



Aquella noche sólo conseguí pegar mis ojos siendo cerca de las tres de la madrugada. Había pasado algunas horas sin dormir, atormentado por la decisión de regresar. Muchas de mis fantasías se habían roto en mil pedazos, y me amargaba el solo hecho de pensar que difícilmente el destino me pondría una vez más en aquellas Indias. Demasiado había cavilado sobre ello durante las primeras horas de la noche. Pero luego, vencido por el cansancio, me había arrojado en mi catre y allí dormía como un lirón.

De pronto escuché fuertes golpes en la puerta del camarote. Arrancado de entre las sábanas, maldije al molesto visitante. ¿Quién podía ser a aquellas horas de la madrugada? Seguro que no se trataría de fray Hugo, pues el religioso, volteado por unas cuantas botellas de Oporto, solía dormir como un buey durante toda la noche. Me levanté del catre, me envolví en una camisa y marché a tientas hasta la puerta. Al abrir me quedé sorprendido. Allí, con un farol en la mano, asomaba el rostro del capitán Coelho, sonriente como un arlequín de feria.

—Mi querido amigo —dijo con una mueca de regocijo—, os vengo a anunciar que seguimos camino hacia el sur...

Una vez más dudé de la cordura del capitán. Aquello parecía demasiado. Por la tarde lo había visto casi derrumbado por la desolación, triste por tener que anunciar el regreso de las naves. Y, sin embargo, ahora le escuchaba decir todo lo contrario. ¿Qué bicho le había picado? ¿O el capitán era uno de esos locos que suelen hablar en sueños?

—No, no he perdido el juicio como creéis —dijo Coelho al advertir mi

perplejidad—. Lo que ocurre es que he tenido una magnífica idea.

—¿Qué idea?

—Pues muy sencillo, Amerigo: que vos toméis el mando de las naves...

Yo retrocedí unos pasos y quedé estupefacto. ¿Qué clase de disparate era ese de mandar las naves? Sin duda yo podía ser un piloto diestro y a esas alturas ya tenía la suficiente capacidad para manejar una embarcación. Pero la idea carecía de sentido. Fuera quien fuese el capitán, era imposible seguir adelante por aquellas aguas, habida cuenta de que comenzaba la jurisdicción española. Sin embargo, Coelho parecía haber encontrado una elegante salida al asunto. Según me explicó, en rigor, las cláusulas del Tratado de Tordesillas no prohibían transitar por aguas ajenas. Lo que impedían era tomar posesión, fundar puertos, hacerse con alguna isla, reclamar derechos sobre la tierra. Por lo tanto, mientras se acatasen dichas ordenanzas el viaje podría seguir adelante sin problemas. Pero además, Coelho había pensado en delegar el mando en mi persona por una muy oportuna razón.

—No sois español ni portugués, sino florentino —enfaticó el capitán—. Y eso nos pone a cubierto de cualquier clase de protesta.



Así fue como, por primera y única vez en mi vida, en aquel perdido rincón del globo, me convertí en el flamante capitán de una flota de naves. Había accedido al mando de la forma más insólita y curiosa que pudiera imaginarse. En alta mar los títulos se ganan a través de riñas, motines o usurpaciones. En cambio yo había sido elegido por la azarosa disposición de las circunstancias. Que yo sepa, nadie en la historia ha llegado a comandante de una flota sin otro mérito que el de ser un extranjero.

No era cuestión de rechazar el cargo, de modo que al día siguiente, bajo un sol que prendía fuego a las cubiertas, el capitán Gonzalo Coelho me presentó ante la tripulación como el nuevo comandante.

Para mi sorpresa, hubo aclamaciones entre los marinos. De ser el cosmógrafo de a bordo ahora pasaba a convertirme en el máximo responsable de la flota. La vida y suerte de aquellos hombres estarían en mis manos. Y sin embargo me vitoreaban, lo que no me era del todo grato dado el estrepitoso fracaso en que todo aquello podría terminar. Debo reconocer que había una sombra de temor en mi alma. No era sencillo comandar una flota en tan adversas circunstancias y, según creo, fray Hugo tenía la misma sensación respecto de mis temores. En medio del tumulto se me aproximó por detrás y me susurró al oído:

—Ahora más que nunca deberéis cuidar de vuestro pellejo.

Me giré y lo miré con una cierta chispa de inquietud.

—¿Qué queréis decir? —pregunté.

Fray Hugo agregó en voz baja:

—No olvidéis, Amerigo, que un comandante es el primero que pierde el cuello en

caso de haber problemas.

Aquella misma tarde reuní a los oficiales para dar instrucciones y al mismo tiempo mandé a algunos hombres a tierra a por agua y leña para unos seis meses, lo que estimaba sería el tiempo aproximado de navegación. Fue preciso también calafatear las naves, remendar las velas, ajustar aparejos y enmendar todo el rosario de agujeros, tablones rotos, maderas roídas por la carcoma y sogas podridas que a esa altura ya habían hecho de las naves un pobre y enclenque saco de huesos.

Como último jalón en aquel sitio, dejamos un mármol con el escudo de armas portugués sobre la playa, señal de que hasta allí llegaban los muy soberanos dominios del excelentísimo rey don Manuel I de Portugal. Más tarde emprendimos la marcha.

Hacia el sur, o mejor dicho hacia el sudoeste —pues en esa dirección discurría la línea de la costa—, nos esperaban la gloria o la ruina.

CAPÍTULO XXII



De jornadas tediosas está hecha la vida del marino, y jornadas tediosas fue todo cuanto tuvimos en los días siguientes. Conforme avanzábamos hacia el sur, el paisaje de las costas no presentaba novedad alguna. Casi todo eran rizados escarpados, islerías, penínsulas hinchadas de una vegetación brumosa y cerrada. Cada tanto aparecía alguna playa hermosa o algún islote encantador. Pero ya habíamos visto demasiado de aquel escenario de esplendores, y nada nos llamaba la atención como al principio. En verdad, casi no bajábamos a tierra. Apenas lo necesario para alguna búsqueda urgente de provisiones. La meta era alcanzar el paso al Sinus Magnus, y mientras no halláramos alguna abertura en la geografía o algún tajo en la costa, no había razón para detenernos. Un viejo dicho portugués afirmaba: «*Quem para, afunda*», es decir, quien se detiene, se hunde. Y en aquellas circunstancias, con la marinería ansiosa por obtener algún provecho, la menor demora hubiese sido nefasta.

A bordo el tedio se hacía sentir más de la cuenta. Era demasiado enfadoso ver día a día los mismos rostros, llevar a cabo las mismas tareas, moverse entre hombres poco afectos a la conversación, gentes recias y de escasas pulgas a quienes raramente animaba otra cosa que el hablar de nimiedades, desperdiciar su tiempo y dejar que la vida pasase como una chispa fugaz en este mundo. Casi todos los hombres pasaban su tiempo echados en cubierta sin hacer nada. Dicho sea de paso, sostenía fray Hugo que ésa era una muy curiosa muestra de fe cristiana en la vida futura. Quien deja desvanecer su existencia así como así, viviéndola al desgaire, viendo pasar las horas

en una calmosa apatía, seguro tendrá por cierto que hay una segunda oportunidad, una vida ulterior en la que realizar sus sueños. Por el contrario, quien sólo piensa que somos polvo al morir, hace todo cuanto está en su mano para no derrochar su tiempo.

—Que la muerte me agarre en plena lucha —solía decir el fraile—, porque hasta que no muera no sabré si es verdad aquello del otro mundo.

Varias jornadas después, tal como era previsible, la costa se metió aun más hacia el oeste. Tanto fue así que llegué a experimentar un súbito arranque de júbilo. Aún no me era posible afirmarlo, pero quizás habíamos llegado por fin al extremo sur de aquella porción de Asia. De ser así, el paso al Sinus Magnus no debía andar lejos de aquellas regiones. Por lo pronto, continuamos nuestra marcha hasta que un día después, por entre las brumas de la costa, advertimos la silueta de un cerro pequeño, enrejado por una escasa vegetación, que se erguía sobre el terreno llano como un monte solitario. He olvidado qué antojadizo grumete recordó entonces la tentación de Cristo por el demonio después de su bautismo, pero a falta de un nombre mejor, llamamos a aquel promontorio Pináculo de la Tentación^[9].

La costa aún seguía en dirección oeste, y a medida que avanzábamos crecía nuestra expectativa de estar ante el glorioso paso al Oriente. Me sentía en uno de esos raros trances en que la suerte de toda una vida parece estar a la vuelta de la esquina. De un momento a otro esperábamos que la costa empezara a curvarse en dirección al norte, señal de que habríamos cruzado el paso y llegado al Índico.

Pero una infausta mañana todo se derrumbó ante nuestros ojos. Alertado por el vocerío de un grumete me lancé sobre las bordas y allí, con el alma hecha jirones, comprobé que un suave matiz amarronado se estaba adueñando de las aguas. Poco a poco el mar había perdido su tonalidad de azules profundos y ahora las olas se pintaban de un ocre barroso y leonado. Sin duda estábamos dentro de un río, pero de un río tan ancho como jamás podría imaginarse^[10]. Ni siquiera acertábamos a descubrir la otra orilla en medio de aquel inmenso estuario. Tan sólo algunas millas más adelante se nos reveló por fin la margen opuesta. Y aquella noticia cayó como un lobo en un redil. Por supuesto, si se trataba de un río —y ya no cabían dudas al respecto—, entonces no había paso alguno.

Como consecuencia de aquel imprevisto fracaso, la mayoría de los hombres volvió a manifestar su recelo. Ahora sería preciso continuar más hacia el sur, pero ¿cuánto más? Aquello limó la confianza de la tripulación en su comandante. Por cierto, cada hora que pasaba me veía yo con el agua al cuello y a punto de hundirme.

Bautizamos aquel enorme cauce como río Jordán, en atención a las sagradas aguas en que se había bañado Cristo, y a duras penas seguimos viaje hacia el sur.

Por aquellos días, conforme a ciertos cálculos y mediciones, me fue dado advertir que nos hallábamos en la misma latitud que el cabo de Buena Esperanza. Según la mayoría de los cartógrafos, aquel extremo sur de África se encontraba a unos treinta y cinco grados por debajo de la línea ecuatorial. No obstante, había una pieza que no parecía encajar en todo este extraño rompecabezas. Si en verdad nos hallábamos a la

misma altura que el cabo de Buena Esperanza, entonces algo muy raro debía de estar ocurriendo. En el mapa de Ptolomeo y en muchos otros que había consultado hasta el hartazgo, esta parte del globo concluía precisamente en esa latitud: allí debía encontrarse el extremo sur de esta tierra y por consiguiente el paso al Sinus Magnus. Sin embargo, continuábamos navegando y la costa parecía alargarse más y más hacia el austro^[11]. Aquello era realmente inexplicable. Sin embargo, comenzaba a alumbrarse en mi cabeza una cierta sospecha. Era posible suponer que Ptolomeo hubiese errado sus cálculos y que en efecto esta tierra acabase más al sur. Pero había otra remota y osada posibilidad. Por el momento era sólo una leve presunción. Pero de ello, si el lector no se impacienta, volveré a hablar un poco más adelante.



Continuábamos avanzando a paso renqueante entre las olas. A medida que las naves se dirigían hacia el austro, cada jornada se hacía más áspera y engorrosa que la anterior. El clima se había vuelto más duro y soplaba un aire tan frío que agrietaba el pellejo. Ya no eran aquellas dulces brisas del trópico, henchidas de un delicioso aroma vegetal, sino ráfagas heladas que ponían a tiritar a los hombres. Además, el viento olía a sal, a pescado muerto, a desolación. No se veía un alma en la costa ni había señal alguna de vida.

A mediados del mes de marzo apareció frente a nosotros la desembocadura de un pequeño río. Como siempre, fue necesario asignarle un nombre. Pero en aquella ocasión decidí rebelarme contra el santoral cristiano. Por una vez quería homenajear a los dos hombres de mayor influencia en mi vida: el tío Giorgio Antonio y el tío Guido Antonio. Por desgracia, aquél no era el día de San Antonio y ni siquiera nos hallábamos cerca de la fecha. Pero me dije a mí mismo que no había nada de malo en celebrarlo igual y matar dos pájaros de un tiro: de ahí en adelante aquél sería el río San Antonio.

Más hacia el austro aún, sobre aquel ignorado rincón del globo, el paisaje se tornó cada vez más incierto y ausente. Toda la costa parecía pintada en tonos de gris. Se sucedían los arenales pelados, había llanuras aplastadas y desiertos que hacían estremecer el alma. Los hombres sentían algo de temor frente a aquella geografía erizada de soledad. Había un silencio antiguo, como venido desde el origen del tiempo, aunque a ratos parecía flotar en el aire una extraña melodía hecha de gemidos. Quizás era el viento, me decía a mí mismo, aunque sonaba como el llanto de algún moribundo echado sobre la tierra.

Hacía ya varios días que aquella nada solitaria acompañaba el rumbo de las naves. A bordo, algunos hombres parecían haber perdido la noción del tiempo y del espacio. No había a la vista un mísero árbol, un promontorio, un sonido que rompiera la monotonía y descubriera el paso de las horas. Todo era tan idéntico a sí mismo, tan vacío de vida, que hasta el reloj de arena se había detenido.

En medio de aquel escenario, más que nunca los hombres se veían asaltados por ideas sombrías. La muerte se dibujaba en cada rostro como si fuera una máscara fantasmal. Subía por las tripas, inundaba el pecho y salía por los ojos. A más de un grumete se le cruzaba por la cabeza la idea de echarse al agua y acabar por fin con aquel tormento. ¿Qué podía doler la rápida y fatal dentellada de un tiburón frente a aquel silencio tenebroso, a aquella ingrata incertidumbre que carcomía el alma poco a poco, como un gusano que va devorando las entrañas de un enfermo?

Para eludir los malos pensamientos la marinería procuraba aturdirse, hablar de cualquier cosa, traer a la memoria escenas de su niñez en algún pueblito de Portugal. Algunos recordaban la encantadora paz de sus aldeas, el olor de las huertas reverdecidas, una plaza, una calle, una moza que tiende sus sábanas blancas en una cuerda y de cuando en cuando se vuelve con una sonrisa tímida, y mira pasar a ese muchachote con quien algún día se ayuntará y tendrá hijos hermosos que jugarán entre las piedras. Otros soñaban con el regreso a casa y anhelaban esa paella que sólo su madre era capaz de guisar. Alguno pensaba en cómo se hartaría de jamones, vinos y aceitunas, y luego iría a echarse sobre los dulces pastos del prado y se entregaría a sestear durante horas para después levantarse con el aire fresco de la tarde y comer unos buenos panes recién horneados, y pasar luego otra vez a no hacer nada y a disfrutar del paisaje y del silencio y de las mozuelas y de... Pero el hechizo se rompía fácilmente al mirar hacia la costa y ver aquella lejanía gris, aquel cordón de acantilados sin vida que se erguía sobre la tierra.

Entretanto, yo solía acodarme sobre la barandilla y clavar mis ojos en el mar durante largas horas. Cierta noche, mientras contemplaba un océano salpicado de luna, advertí que alguien venía hacia mí con paso cansino y se detenía a mi lado. Era un marino de mediana edad con quien tenía yo cierta confianza, pues había vivido algún tiempo en Italia y siempre gustaba de recordar el bello escenario de las calles florentinas durante las justas de caballería. Ahora se lo veía un tanto abrumado y tenía el rostro deslucido y triste. Había algo en su mirada que recordaba a una de esas mascarillas del carnaval veneciano, faltas de toda expresión. Se había acercado sin decir palabra y observaba el monótono ritmo de las olas.

—Tal vez ya estemos muertos —dijo de pronto.

Yo sentí un repentino frío en el espinazo. A decir verdad, más de una vez había oído que la muerte misma era como una suerte de silencio gris, una cruda sensación de irrealidad que invade al hombre sin que éste se dé cuenta. Nunca había reparado en aquella idea. Pero ahora, el sitio en que nos hallábamos me hacía pensar en un gigantesco y frío cementerio. ¿Acaso en verdad estaríamos muertos? Para colmo de males, algunos hombres de a bordo parecían vagar como espectros sobre la cubierta. Me recordaban a un pobre cortejo de soldados vencidos, harapientos, regresando de una batalla perdida con el humo aún pegado a las ropas.

Permanecí en silencio un instante, rumiando las sombrías palabras de aquel marino. Pero un momento después, presa de un súbito arranque de furia, estallé en un

grito.

—¡Yo aún estoy vivo! —exclamé saliendo de mi propio letargo.

Y en ese mismo instante, para demostrar mi tenacidad, para exigirme a mí mismo, para sentir que aún ardía el fuego en mis venas y que nadie a bordo iría a quebrarse ahora ni a dormirse ni a creerse muerto ni a entregar su pellejo a los cuervos de la muerte, corrí a encaramarme a las cofas y desde allí, como arrebatado por un feroz ataque de cólera, llamé a grito pelado a la tripulación y ordené que todo el mundo se reuniera de inmediato en cubierta, sin demora ni excepción alguna, que todos salieran de sus catres y escondrijos y se colocaran frente al palo mayor de la nave sin protestar ni hacerse el enfermo o el dormido, y cuando ya todos se habían arremolinado allí, sacudidos y espabilados por la repentina sorpresa, se oyó retumbar mi voz ordenando lavar la cubierta, revisar los cabos, trepar a los obenques, bajar a la bodega, ensebar los aparejos, quitar los hongos de la madera y mil faenas más que toda la tripulación debía cumplir a la carrera, sin respiro ni descanso aunque los músculos se rompieran de fatiga y hasta que cada uno sintiera en su carne el hormigueo de la sangre y descubriera que estaba vivo, que nadie se había muerto en esas naves del demonio aun cuando aquel desolado rincón de la Tierra pareciera el mismísimo infierno.



Gracias al cielo, aquello sirvió para despertar a los hombres de su apatía. En menos de lo que canta un gallo todo el mundo se puso a correr en cubierta y nadie paró hasta varias horas después, cuando la fatiga y el cansancio encaminaron a todos de vuelta a sus catres, pero esta vez para entregarse a un merecido sueño después de tanto ajetreo. En cuanto a mí, me había exaltado y puesto a gritar de tal modo que me sobrevino un ataque de fiebres. Hasta padecí una buena ronquera que me obligó a enmudecer por dos días. Pero había sido preciso aguijonear a la tripulación, sacarla de su letargo, echarle una cubeta de agua helada a cada uno si hubiera sido necesario. Nos estábamos dejando comer por una muerte lenta y, de seguir así, tal como les había ocurrido ya a cientos de expediciones, acaso habríamos acabado por perder el rumbo y desaparecer de la faz del globo.

No obstante, aquella bravuconada tuvo su precio. Antes, mientras la marinería se hallaba sumergida en aquel raro estado de alucinación, nadie había reparado en nuestra penosa tragedia. La propia debilidad, el fastidio y la rutina habían engeguecido a los grumetes, que no acertaban a darse cuenta de lo espantoso de nuestra situación. En cambio, ahora, devueltos a la vida, algunos comenzaban a hacer oír sus voces de protesta una vez más.

—¿Para qué demonios es todo esto? —rezongaba uno.

—En estas tierras sólo puede vivir el diablo —decía otro.

—Todo este viaje es obra de unos locos de remate —juzgaba un tercero.

—Si el rey quiere encontrar el paso al Sinus Magnus, pues que se venga él mismo

a buscarlo —insistía algún otro.

Una vez más descubría yo, azorado, con qué prolijidad me había cavado mi propia tumba.



Algunos días más tarde apareció otro río en la geografía. Impulsado como siempre por la necesidad de bautizarlo, renegué una vez más del santoral cristiano y le puse el nombre de río Cananor. Debo decir, si cabe hacerlo, que era aquélla una inocente bufonada de mi parte. El nombre de Cananor provenía de uno de los más grandes y ricos puertos de la India. El judío Gaspar, aquel con quien había hablado yo en las mugrosas tabernas de Bezebeghe, me había hablado de Cananor y sus bellezas, del intrépido ir y venir de los mercaderes y de la gran abundancia de canela y pimienta que allí se comerciaba para todo Oriente. Desde luego, aquel puerto de Cananor en nada recordaba al río inhóspito en que nos hallábamos ahora. No había aquí sino desolación y muerte. Pero si alguna vez el rey de Portugal había rebautizado como cabo de Buena Esperanza al que no era sino el cabo Tormentoso, ¿por qué no podía yo revolver la geografía a mi antojo?

Pero amén de tales picardías, a la altura de aquel río Cananor empezaron a hacerse carne mis sospechas. He hablado ya de la inexplicable prolongación de aquellas tierras hacia el sur. He dicho también que acaso Ptolomeo se habría equivocado al dibujar su mapa, pues errores de esa naturaleza son comunes a todo cartógrafo, y más aún en la época del sabio de Alejandría. Sin embargo, esta vez se trataba de un fallo demasiado exagerado. Cabía esperar que el mapa de Ptolomeo contuviera defectos del orden de los tres o cuatro grados. En tal caso, la región más austral de aquella tierra debía haber aparecido bastantes millas atrás. Pero ya llevábamos más de diez grados recorriendo la costa y aún la tierra seguía prolongándose hacia el sur. ¿Qué estaba sucediendo?

La respuesta debía ser una sola: el sitio en que nos hallábamos, aquel bendito pedazo del globo con que había tropezado el genovés Colombo hacía ya diez años, ¡no era en modo alguno el continente asiático! Se trataba de una tierra distinta, nueva, la tan sospechada *quarta pars mundi* de la que hablaban los antiguos doctores.

Tanta emoción sentí al advertir semejante prodigio que no pude evitar un golpe en el corazón. Durante una década habíamos estado confundidos, sumidos en el más colosal y absurdo error que pudiera imaginarse. Aquello no era Asia sino un continente nuevo, una gigantesca porción de tierra más grande aún que Europa o África, con los aires más variados que en cualesquiera otras regiones conocidas y habitado por más multitud de pueblos y animales que todo el resto del orbe.

De pronto vinieron a mi cabeza las ardientes discusiones en casa del Popolano. Allí había escuchado yo a los sabios hablar de sus alocadas teorías: Marsilio Ficino y sus ideas acerca de los antípodas; Zenobio Acciaiuoli y sus sospechas de la existencia

de una tierra más allá del océano; mi propio tío Giorgio Antonio y aquellos curiosos mapas que hablaban de un país misterioso allá en los confines de la geografía. Y ahora estaba yo en aquel sitio, revelando por fin lo que durante tantos años había estado volando en la cabeza de aquellos hombres.

Una nueva tierra, un nuevo continente emergía de la penumbra de los siglos.



Pero entretanto había que seguir la navegación más al sur, aunque ya los fuegos de rebeldía comenzaban a chisporrotear en todos los rincones de las naves. Más de una vez y a duras penas logré atajar algunos comadreos a bordo, justo en el preciso momento en que estaban a punto de estallar y convertirse en feroces motines. El descontento de la tripulación había llegado a límites insospechables. Uno de los hombres, tiempo después, me confesó que ya se estaban tramando conjuras y urdiendo planes para tomar las naves. Una de las medidas que se iban a implementar era nada menos que echar al capitán Coelho al agua. Curiosamente no se pensaba en tomar represalias en mi contra, ya que la marinería me dispensaba alguna estima y juzgaba que, en cierto modo, había yo asumido el mando forzado por las circunstancias. En cambio, Coelho representaba el poder oficial y era quien respondería ante el rey por todo lo ocurrido. La conjura se había organizado hasta en sus más ínfimos detalles. Pero cuando ya faltaba poco para que estallara el polvorín, algo vino a truncar los ardores de la marinería: la noche del 3 de abril se levantó en el mar una tormenta tan recia, tan feroz y violenta que toda la tripulación se llenó de terror. Ya no hubo tiempo de protestas ni cabildeos. Todo el mundo quedó prendido como una garrapata a las maderas del barco, ya que los sacudones hubieran arrojado al mar a quien anduviera suelto. Soplaban un ventarrón intenso, caía una lluvia helada y tal era la altura del oleaje que apenas podíamos vernos de una nave a la otra.

Nos sentíamos aterrados por lo que pudiera suceder con la flota. Suele ocurrir a veces que, durante una furiosa tormenta nocturna, las naves pasan horas y horas navegando sin rumbo fijo, y al clarear el día siguiente descubren que han sido arrastradas mar adentro y han perdido el rastro de la costa. No se ve línea alguna y los hombres se hallan a la deriva en medio del océano, con el cielo tapado de nubes e ignorantes de dónde se encuentra el sur o el norte. Es cierto que en nuestro caso disponíamos de una buena aguja de piedra imán, que hubiera sido una guía preciosa en caso de extravío. Pero gracias al cielo no nos vimos forzados a usarla, ya que los vientos, pese a su mucha violencia, nos mantuvieron cerca de la tierra.

Cuando por fin amainó la turbonada, varios días después, advertimos que las naves se hallaban tan maltrechas que hubiera sido una locura seguir adelante. Las maderas del casco chillaban por los cuatro costados. Había pedazos de sogas y cordajes rotos en cubierta, las velas chorreaban agua, flotaban toneles y cajones en la bodega y todo olía a sucio y mojado. La mayoría de los astrolabios era de bronce,

pero había un par de ellos de madera que acabaron por arquearse a causa de la gran humedad. Además, se había levantado un frío tan intenso que amorataba la carne. Era curioso pensar que, durante siglos, los filósofos habían considerado aquellas regiones como sitios infernales, zonas de tan intenso calor que hasta las naves se hubieran derretido. Y, sin embargo, estábamos allí, tan ateridos por el frío que los hombres tenían el pellejo de un color azul violáceo como el que anuncia la gangrena.

Entonces hubo miradas explícitas entre la tripulación, gestos sobreentendidos en medio de un ambiente en el que se palpaba la adversidad, hasta que aquella misma noche tomamos la decisión de regresar a Lisboa.

Había sido aquel un muy atinado remedio, aun cuando significaba aceptar el fracaso de una buena parte de nuestros planes. Pero una cosa era cierta: unos pocos días más en aquellas tierras y la guadaña de la parca nos hubiera degollado a todos.

En una rápida ceremonia devolví el mando a Coelho y, después de haber llegado más al sur que nadie, después de revelar la existencia de un nuevo continente y de casi dejar los huesos en él, nos lanzamos en dirección a las costas Africanas, no sin antes rezar una oración para que las carabelas no se hicieran pedazos en medio del océano.



Tras varias jornadas de viaje alcanzamos África y nuestras cansadas naves anclaron en las costas de Sierra Leona. Por un milagro no se habían desgajado en el camino. Sin embargo, una de ellas se veía tan mísera, tan pobre y derrengada, que fue necesario sacrificarla.

—Ya no puede más —sentenció el capitán Coelho.

Y acto seguido mandó a que una cuadrilla de hombres impregnaran el casco de brea, de pez y de betún. Alguien roció el maderamen con unos pocos galones de aguardiente Africano y por fin el propio Coelho arrojó un tizón encendido en cubierta. Las llamas invadieron el costillar de la nave, treparon por los mástiles, ganaron las vergas y trinquetes y se perdieron en lo alto de la arboladura. Era triste ver cómo el fuego abrasaba cada tablón, cada fibra de aquello que se iba quedando en una osamenta desnuda. Yo sentía una pena indecible ante las llamas. Había pasado casi un año sobre aquellas maderas que habían resistido la destrucción de los gusanos, los embates del oleaje y el azote del viento. Parecía casi un absurdo que fuera el fuego y no el agua quien terminase con ellas.

A la hora del crepúsculo, el mar ya arrastraba las últimas cenizas. Aún flotaban sobre el agua trozos de maderas carbonizadas y algunos aparejos que la marea empujaba hacia el mar abierto, como si una fuerza ignota los llamase desde el otro lado del océano.

Quince días permanecemos reponiendo fuerzas en Sierra Leona. Pero al fin se desplegaron las velas una vez más y, ya con el último hálito, después de mucho rogar

a los cielos, vimos aparecer Lisboa como un espejismo en el horizonte.

CAPÍTULO XXIII



Mi tío el embajador Guido Antonio solía decir que la ingratitud es un rasgo común a todo príncipe. Sirva como muestra de ello lo que le ocurrió al genovés Colombo, a quien los reyes de España casi desahuciaron luego de su fabuloso descubrimiento. Nadie debe esperar demasiada complacencia de parte de un monarca, añadía el tío Guido Antonio, pues la naturaleza de todo príncipe es avara y codiciosa. Pero no he mencionado esto por mero capricho, sino porque yo mismo, en aquellos días, me vi obligado a saborear el amargo desdén real luego de mi regreso de las Indias. Después de mostrarse tan solícito y considerado, el rey don Manuel I de Portugal se comportó hacia mí como un soberano patán. No bien arribamos a Lisboa lo primero que hizo su majestad fue escamotear mi libro de anotaciones. Bajo el pretexto de que se trataba de un secreto de Estado, el rey ordenó que entregase mis valiosos apuntes a uno de sus ministros, de manera que todo cuanto he dicho de mi anterior viaje ha salido de entre los pliegues de mi memoria. Pero no sólo en ello el rey actuó con gran descortesía y cinismo. Tras el duro viaje que habíamos emprendido en su nombre, ni Gonzalo Coelho ni yo recibimos el menor beneficio ni prebenda respecto de las tierras descubiertas. Manuel I prefirió darlas en arrendamiento a unos cristianos nuevos que actuaban en su reino, quienes a su vez se habían obligado a retribuir esos favores con esclavos, dinero y especias.

De todas formas, debo decir que no ansiaba yo recompensa alguna de esa clase. En realidad, me bastaba con la posibilidad de continuar viajando, y en eso al menos

obtuve un generoso provecho, dado que su alteza, a través de uno de sus ministros, se comprometió a darme el mando de una carabela en un futuro viaje al Nuevo Mundo.

Mientras tanto, las noticias acerca de nuestra reciente travesía comenzaron a volar por toda Europa de inmediato. Agentes, mercaderes y embajadores las llevaban de la mano hacia sitios como España, Italia, Hungría, Alemania y otras muchas comarcas lejanas. Claro está que en algunos casos la información llegaba torcida, revuelta o exagerada, pues ya se sabe del talento que asiste a todo viajero a la hora de transmitir una noticia: en tales casos, lo más probable será que mezcle la verdad con sus propias fantasías, confunda nombres y fechas o invente disparates de cualquier tono salidos de su imaginación. Así, por ejemplo, según he llegado a saber mucho tiempo después, un comerciante checo anunció en su patria que cierto florentino llamado Vispuche había descubierto una tierra de gentes con tres ojos, hombres con los pies al revés y mujeres que parían a sus criaturas en unos huevos como de avestruz.

Tales ingenuidades me decidieron a escribir yo mismo una pequeña relación de todo lo acontecido en el viaje. Ya había compuesto y enviado algunas cartas a Lorenzo el Popolano y al confaloniero de Florencia, mi amigo Piero Soderini, en las que narraba lo sucedido durante las travesías anteriores. Pero ahora se trataría no sólo de una mera crónica, sino de anunciar con detalle el descubrimiento de un nuevo continente. Por diversas razones escogí una vez más al Popolano como el destinatario de mi escrito, y debo decir que ni yo mismo sospechaba entonces el revuelo que armarían esas pocas líneas.

Comencé a redactar aquella epístola de inmediato y sin prestar mucha atención a ciertos pormenores demasiado conocidos. En verdad, ya casi no tenía importancia hablar de los naturales del nuevo continente, de sus curiosas costumbres o de aquel repugnante vicio de comer carne humana. Aquello era sabido por todo el mundo y había sido reflejado en muchísimas narraciones compuestas por otros viajeros. En cambio, lo que mi pequeño opúsculo anunciaría como una verdadera novedad era el hallazgo de un mundo desconocido hasta entonces. Es cierto que algunos, tras el descubrimiento del genovés Colombo, habían hablado de aquellas regiones como de un nuevo orbe o una nueva tierra, pero utilizaban tales expresiones en forma alegórica. Dado que se pensaba haber llegado a Asia —y el propio Colombo así lo creía—, aquello de «nuevo» era tan sólo una antojadiza manera de hablar. Por tales motivos, lo que yo revelaba en mi carta era un Nuevo Mundo con todas las letras. No me proclamaba su descubridor, que eso era mérito del almirante y no cabía discusión alguna. Mis logros eran otros: había destruido la hipótesis de que aquello fuera Asia, echado por tierra una buena cantidad de falsedades y alumbrado a los ojos de Europa la existencia de un nuevo continente. ¿Qué más?

Una vez concluida, la carta fue enviada a casa de Lorenzo el Popolano en Italia. Por desgracia, supe más tarde que la recibió justo en su lecho de muerte. No obstante, dicen que tal fue la sorpresa que se llevó el Medici que hasta le revivió los ánimos. De inmediato ordenó celebrar una fiesta en el palacio de la Signoria de Florencia y

mandó iluminar mi casa en el barrio de Todos los Santos durante tres noches seguidas. Por otra parte, Lorenzo invitó a leer la carta a los hombres más ilustres de la ciudad —entre ellos mi tío Giorgio Antonio—, y a partir de entonces todo fue una explosión.

Por esos días la ciudad de Florencia vivía en un ambiguo estado de euforias y turbulencias. La política se había desbocado como una bestia salvaje luego de los enfrentamientos entre el Magnífico y el Popolano. El riesgo de una guerra civil amenazaba a cada momento. Además, aún sobrevivían las hordas de fanáticos a quienes Savonarola había inflamado con sus discursos y, pese a que el fraile ya había sido achicharrado por los tribunales de la Santa Inquisición, Florencia aún tenía abiertas las heridas causadas por el fraile. Mas, por otra parte, los círculos ilustrados de la ciudad todavía continuaban entusiasmados por las novedades del siglo. Había un renovado gusto por las artes y las ciencias, renacían los pensadores de antaño, se quitaba el polvo a los viejos textos griegos y la fiebre por los nuevos descubrimientos se había intensificado hasta el delirio.

Fue en aquella inquieta Florencia donde mi carta empezó a difundirse entre las gentes. Y debo decir que raras veces un escrito tan breve, de apenas una treintena de páginas, trajo a su autor tantas glorias y atenciones.

De inmediato se hicieron varias copias manuscritas que empezaron a revolotear por las cortes europeas. La pequeña cartita despertó un aluvión de comentarios, loas y poemas en mi honor. Día a día me llegaban mensajes de todo el continente celebrando las proezas del viaje. Más tarde, una nueva copia de mi carta fue a dar a manos de fray Giovanni del Giocondo, un reconocido arquitecto de Verona, quien tuvo la ocurrencia de traducirla al latín, y así mis líneas treparon al encanto de la lengua de Virgilio y se hicieron de lectura corriente en las universidades, academias y colegios más famosos de Europa. Aparecieron luego otras varias ediciones o reimpressiones hechas en París, en la misma Florencia y en Augsburgo. Más adelante arreciaron las traducciones al alemán, al holandés, al checo y una nueva retraducción del latín al italiano. Por supuesto, con tanta manipulación de copistas, impresores y traductores, la carta padeció un sinfín de erratas y alteraciones. En muchas copias aparecieron fechas cambiadas, palabras mal traducidas o distancias erróneas, de tal suerte que era casi imposible dar con dos ejemplares idénticos. Pero aun así alcanzó una difusión inesperada. Era aquél un tiempo de gran entusiasmo por los viajes y las noticias. Dicho sea de paso, tales fervores se habían levantado en toda Europa que, dada la codicia de muchos impresores, llegaban a fraguarse crónicas enteras de supuestos viajes que todo el mundo leía sin sospechar el engaño.

Pero no todo era color de rosa. Ante tan repentina popularidad, no podía yo esperar que semejantes noticias tuvieran una acogida favorable por parte de todo el mundo. Muy pronto empezó el cacareo de los más escépticos. Muchos, animados por un cierto espíritu crítico, se permitían desconfiar del tono de mis anotaciones, en tanto que otros se despachaban en mi contra por pura malicia.

Debo admitir, claro está, que había en mi carta unos cuantos pasajes oscuros, noticias incomprensibles que, tal vez, resultarían difíciles de aceptar por parte de algunos doctores o sabios demasiado afectos a las ideas tradicionales. Algunos seguían emperrados en negar la existencia de las tierras de los antípodas, o bien, cuando se avenían a creer en ellas, rechazaban la posibilidad de que fueran habitables. Muchos otros se oponían tenazmente a la veracidad de mis cálculos astronómicos y, en consecuencia, negaban que nuestras naves pudiesen haber llegado tan al sur. Un tercer grupo, aún más incrédulo, se negaba a dar por ciertas muchas de las insólitas costumbres de los indios, alegando que nadie en su sano juicio se comportaría de esa extraña manera.

Al respecto, cierta vez en Lisboa, mientras polemizaba entre gentes de letras, me vi en apuros para defender mi verdad.

—¡Sois un farsante y un fabulador! —Me gritó un tal De Souza, bachiller de Portugal—. ¡Nadie puede tragarse eso de que los indios prefieran las plumas antes que el oro!

—Pues así es —repliqué—. Y no sólo eso, sino que aquellas gentes no tienen aprecio por riqueza alguna. Podréis creerlo o no, señor De Souza, pero carecen de bienes y de dinero, y prefieren un cascabel barato antes que una perla o un trozo de oro.

—Eso es imposible —volvió a rezongar el bachiller—. Ninguna criatura en este mundo obraría de manera tan insensata.

—Pues creedlo —insistí—. Yo mismo lo he visto.

En aquel momento De Souza vaciló ante mi respuesta. Sin duda, jamás había oído de pueblo alguno que se comportara de esa extraña forma. Pero además desconfiaba de mi palabra. Por desgracia, desde mi arribo a Portugal habían empezado a correr ciertos rumores un tanto maliciosos acerca de mi persona. Decían las malas lenguas que era yo un consumado estafador, un simple farsante, aunque tan hábil que había llegado a engañar con mis cálculos y mediciones al mismísimo rey de Portugal, convenciéndolo de que había hecho dos mil leguas de viaje cuando en realidad no habría navegado ni la mitad.

Pero De Souza no era el único que descreía de mí. Junto a él, en aquella misma ocasión, se encontraba el padre Teixeira, un sacerdote portugués que asimismo rechazaba mis informes.

—¿Y decís que esos indios andan todo el día desnudos? —me preguntó.

—Sin un mísero taparrabos con que cubrir sus vergüenzas —respondí.

—Pues eso no puede ser. El Señor jamás permitiría semejante inmoralidad. A no ser, claro, que aquéllas sean gentes sin Dios...

Yo me callé la respuesta. No me agradaba estar dando explicaciones a cada rato, y menos aún a quienes me tenían por un mentiroso. Por desgracia, no traía conmigo pruebas tangibles de mis muchas y muy valiosas informaciones. Dicho de otro modo, no podía dar sino mi palabra como única garantía de verdad. Y desde luego muchos

no estaban dispuestos a aceptarla, ya fuera porque mis noticias resultaban demasiado increíbles o bien por el infausto conjunto de rumores que corrían en torno a mi persona. Por esa razón, prefería evitar la polémica. A quienes no confiaban en mi palabra solía aconsejarles siempre lo mismo:

—Señores: quien no lo crea, que vaya y lo vea.



En esos días, el rey Manuel ya estaba pensando en armar otra flota con destino al Nuevo Mundo. No quería perder un minuto de tiempo ni dejarse ganar por España, que ya había levantado sus primeras ciudades allá y empezaba una carrera sin tregua por imponer sus dominios. Pensaba el rey portugués que no era suficiente con descubrir tierras y confiar en los límites de Tordesillas: lo más aconsejable era fundar poblaciones y enviar gentes lo antes posible, pues de lo contrario la línea divisoria no tardaría en ser invadida.

En quienes primero pensó el rey para tales menesteres fue en los judíos que vivían en su reino. Los hijos de Moisés, en realidad, aún andaban en su eterno calvario de peregrinaciones. Una vez expulsados de España, en 1492, el rey Juan de Portugal había aceptado recibirlos en su tierra a cambio de un impuesto. Los dejaría permanecer durante ocho meses y luego les daría naves para que emigraran hacia otras naciones. A causa de ello hubo casi un centenar de miles de judíos que entraron en Portugal en esas condiciones. Pero transcurrieron los ocho meses, el rey cobró su renta y no les entregó nave alguna. Peor aún, dejó que algunos de ellos fueran apresados por los traficantes y vendidos como esclavos. Más tarde el rey Manuel I ordenó su expulsión definitiva, pues como ya he dicho, lo exigían los Reyes Católicos de España para entregarle a su hija en matrimonio. Sin embargo, Manuel no era tan insensato como su antecesor. Sabía que echar a tantos judíos hubiera supuesto una catástrofe económica para su reino. Por lo tanto, ordenó el bautismo obligatorio y les concedió algunas prebendas, de modo que unos veinte mil judíos quedaron instalados en sus tierras.

Eran precisamente estos cristianos nuevos en quienes pensaba ahora su majestad para enviar al nuevo continente. Muchos de ellos se ofrecían por sí mismos, ya que su condición de conversos no les auguraba un futuro tranquilo en Portugal. Si por el momento estaban seguros, nadie olvidaba las atrocidades que por entonces dispensaba España a sus conversos. Y a decir verdad no se equivocaban, ya que unos pocos años después el propio Manuel ordenó matar a dos mil de ellos en Lisboa.

Entre aquella comunidad de judíos vivía un tal Fernando de Noronha, converso de fortuna y hombre algo aventurero, que propuso al rey armar una flota pagándola de su propio bolsillo. Exigía como condición poder hacer algunos negocios en el Nuevo Mundo y gozar de cierta tolerancia para su comunidad. El rey no lo pensó mucho y aceptó el trato. Acto seguido mandó organizar la expedición, y a la hora de escoger

pilotos pensó una vez más en Gonzalo Coelho y en mí. Por supuesto, ambos aceptamos de inmediato, de modo que en un abrir y cerrar de ojos me encontré nuevamente en ruta hacia las nuevas tierras. Pero esta vez, las cosas fueron bastante peor de lo que se esperaba.

De entrada hubo ciertos roces y desacuerdos entre quienes gobernaríamos las naves. Fernando de Noronha tenía en mente fundar colonias para su pueblo y no estaba demasiado interesado en la exploración de territorios desconocidos. El rey, por su parte, no desdeñaba instalar a sus gentes en el Nuevo Mundo, pero seguía ansioso por hallar el endiablado paso al Sinus Magnus. Ambos propósitos, desde luego, se excluían entre sí: mientras uno quería llegar y quedarse, el otro ansiaba que sus hombres continuaran lo más al sur posible. Noronha y el rey mantenían las naves en un tira y afloja.

Por mi parte, aún deseaba dar con el paso al Sinus Magnus, aunque ahora tenía otro propósito en mente: se trataba de doblar el nuevo continente, seguir rumbo al oeste y llegar hacia una isla del mar Índico que llamaban Malaca, y de la cual se tenían riquísimas noticias. Se decía que era como un gigantesco almacén, un punto de reunión de todos los navíos que pasaban de Levante a Poniente, amén de un lugar cuyos misterios recordaban el mágico ambiente de las ciudades orientales. De más está decir que mi pretensión de llegar a Malaca tropezaba con los deseos de Noronha, razón por la cual se despertó una cierta tirantez entre nosotros, acentuada aún más por el presuntuoso carácter del portugués, que era tan agrio como un cardo silvestre.

Dicho sea de paso, he de confesar que nunca simpaticé con aquel Noronha. A estas alturas estoy seguro de que me odiaba con toda su alma. Tenía una pobre idea de mí, y a decir verdad yo una peor de él. Pero de sus muchas y muy antojadizas arterias ya tendré oportunidad de hablar más adelante.



Partimos de Lisboa el décimo día, e hicimos nuestra primera escala en las costas africanas, frente a Sierra Leona. Aquella era la peor estación del año y el tiempo andaba revuelto. Sin embargo, vaya a saber por qué endemoniada razón, el capitán Noronha ordenó reconocer el sitio y con ello desperdiciamos un tiempo precioso. Debo decir que no había otro motivo en aquella decisión que la testarudez y vanidad del comandante. Noronha era un hombre obcecado y en todo momento parecía querer imponer su autoridad a los otros capitanes. He dicho ya que no había nada que hacer en las costas de Sierra Leona, y sin embargo él había mandado detener la flota entera, aun cuando el resto de nosotros estábamos en completo desacuerdo.

Pese a las muchas discusiones a bordo, era inútil preguntar el porqué de semejante escala. Noronha seguía obstinado en su terquedad y no daba razones. ¿Qué hacíamos allí, detenidos en aquel insensato puerto Africano que, para colmo, nos desviaba un buen trecho de la ruta hacia el Nuevo Mundo?

El hecho es que permanecemos allí no sé cuánto tiempo hasta que al fin, de un día para otro y con la misma hosquedad de siempre, Noronha ordenó continuar la marcha.

Pero he dicho que la cosa había empezado mal, y por lo visto ahora seguía peor. Dejamos Sierra Leona y nos internamos en el océano gobernados por un Noronha cuyas ínfulas de tirano sólo eran comparables a su escasa pericia como marino. El muy bribón se las daba de piloto experimentado cuando apenas sabía distinguir entre babor y estribor. Tanta era su ignorancia al respecto que, para dar órdenes al timonel, se había hecho colgar un atado de ajos a babor y un saco de cebollas a estribor, de tal suerte que guiaba la nave con gritos de «¡Diez grados hacia la cebolla!», o «¡Quince grados hacia el atado de ajos!».

En mitad del océano ocurrió algo sorprendente, quizá la única circunstancia digna de mención en todo aquel infortunado viaje. Alguna corriente marina debió de habernos apartado de la ruta original y desviado las naves, pues dimos con una isla que jamás había sido vista en los viajes anteriores. Aquello hubiera sido un hecho corriente de no ser porque esa pequeña islita era, en toda su extensión, una de las más increíbles y deliciosas maravillas que pudiera haber en la naturaleza^[12]. En toda su extensión no tenía más que dos leguas de largo por una de ancho, pero en aquella remota pequeñez había tantos prodigios y bellezas que parecía un lugar de fantasía. No existían indicios de población alguna, aunque estaba repleta de agua dulce, árboles y animales que hubiesen podido cobijar y alimentar a un buen número de personas.

Noronha decidió desembarcar en la isla y me indicó que buscara algún sitio apropiado para meter los barcos y guarecerlos de cualquier posible tormenta. Entonces desvié mi nave del resto de la flota y junto con algunos de mis hombres comenzamos a bordear la isla en busca de un buen puerto natural. Exploramos la costa durante un par de días, hasta que al fin hallamos un sitio excelente y nos dispusimos a esperar que llegaran los demás. Nos hallábamos a gran distancia del resto, de modo que la espera podía durar varias jornadas.

Mientras tanto, gozaba yo del dulce escenario que tenía ante mis ojos. Era tanta la hermosura de aquella islita que, muchas veces, arrobado por el hechizo del paisaje, salía a caminar durante horas por su interior.

Una cálida tarde salí a recorrer sus lagunas y bosques. Era extraño imaginarse en ese encantador rincón del mundo, puesto allí, en medio del océano, tan solitario y alejado de todo lo demás. Acaso, pensaba, aquel pedazo de tierra fuera un pequeño fragmento de la Atlántida. Recordaba que mi tío Giorgio Antonio, al hablarme de aquella mítica leyenda platónica, me había dicho que el perdido continente rebosaba de encantos y rarezas. Y lo cierto era que allí abundaban especies que parecían de otro mundo. Sobre una lengua de mar que se metía en la playa había toda una acumulación de portentos. Me maravillaba al ver el abigarrado universo que habitaba entre las hendeduras de las rocas. Había mil variedades de caracoles, todos ellos con

su propio diseño, su particular gradación de colores, sus infinitas formas que parecían remedar una imposible geometría de curvas, arcos, rizos y espirales. Cada uno poseía un toque especial. Parecían joyas labradas por la mano de un orífice: éste poseía una hermosa filigrana en su caparazón, aquél era tan perfecto en su brillantez que parecía esmaltado, el otro acababa en una finísima y espigada punta que recordaba a un tirabuzón. Contemplaba yo las estrellas de mar, de colores ardientes y brazos jaspeados. Descubría la inmensa vegetación coralina que teñía el agua de un rosa esfumado. Advertía un hervor de mejillones adheridos a la roca, un solitario erizo de mar con las púas en ristre, un calamar que ante mi presencia se disolvía en una nube de tinta.

Más tarde llegó el crepúsculo y todo el encanto de la isla se volvió más íntimo. Yo había ascendido por una breve peña rocosa y ahora descansaba sobre un colchón de pastos verdes, acribillados de tréboles y hongos anaranjados, junto a un pequeño lago de aguas calmas en el que nadaban peces de colores. Había algo alegre, edénico, en esa porción de tierra virgen que acaso nadie había pisado jamás. Sentía una extraña sensación de ultraje ante aquel escenario intacto, como si mi presencia fuera a alterar el sabio equilibrio que la naturaleza había impuesto. A mis espaldas se levantaba una mole de piedra azulada, invadida por una lluvia de helechos que caían por la ladera. Entre los intersticios se veía un rebrillar de piedras infinitas, lavas, micas, obsidianas, cristales de roca. Más allá, entre los árboles, jugueteaban aves de plumaje fosforescente. Alguna se aproximaba hacia mí y con una mansedumbre casi irreal, serena e indiferente a la presencia humana, se dedicaba a picotear semillas en el pasto. Yo casi podía alargar la mano y acariciar aquellas plumas del color del fuego. Pero no quería romper el encanto de ese instante de comunión entre el ave, el paisaje y el hombre.

De pronto se escucharon varios gritos, voces humanas que parecieron desgarrar el silencio. El ave se echó a volar en un repentino sacudir de plumas. Quizá nunca había oído el retumbo de una voz humana, tan diferente a los estruendos del cielo, a los susurros del mar, a los ecos vegetales. Yo me exalté por el vocerío. Eran varios de mis hombres que gritaban desde la playa como enloquecidos. A lo lejos, sobre la línea del mar, se veía una de las naves de la flota. Los hombres hacían señas desde su posición, pero no había respuesta alguna desde la nave. Estaba demasiado lejos y acaso pasaría de largo sin advertir nuestra presencia. Entonces corrí a alistar mi carabela y salí al encuentro de la nave. Tardamos apenas un rato en alcanzarla, pero una vez allí nos enteramos del desastre: la nave capitana, a causa de una torpe maniobra ordenada por Noronha, se había estrellado contra unas rocas e ido al fondo del océano. La tripulación había podido salvarse, pero el naufragio significaba la ruina de gran parte de la flota, ya que en las bodegas de la nave perdida se hallaba la mayoría de los alimentos y vituallas. El resto de las embarcaciones, aun así, había continuado viaje hacia el Nuevo Mundo tal como estaba previsto. Pero yo comencé a dudar en seguir adelante. Sabía que contaba con unos pocos hombres y no mucha

comida. Sin embargo, el rey Manuel había ordenado continuar el viaje aun cuando una o más naves se perdieran en el camino. Por tanto, no había más que afrontar la suerte y poner proa al Nuevo Mundo.

Un día después, luego de hacer unas pocas provisiones en la isla, nos hallábamos una vez más en mar abierto.

CAPÍTULO XXIV



No mucho más hay para decir de aquel infortunado viaje. Todo había salido de la peor manera posible. La torpeza de Noronha había hundido la nave principal, desintegrado la flota y echado a perder gran parte de los alimentos. Sin embargo, a pesar de ello nuestra nave continuó rumbo al nuevo continente y después de algunos días llegamos a la bahía de Todos los Santos, aquel mismo sitio que habíamos descubierto en el viaje anterior. Allí permanecimos dos meses, dos largos e interminables meses aguardando a que llegara el resto de las embarcaciones, ignorando si estarían por algún otro lugar o si ya el océano se las habría tragado para siempre. El hecho es que transcurrió todo ese tiempo y no tuvimos noticia de los demás. Entonces, tras una breve discusión a bordo, acordamos que nuestra nave seguiría camino por sí sola hacia el austro del continente.

De ese modo navegamos unas doscientas sesenta leguas a lo largo de la costa y por fin bajamos a tierra. Allí encontramos un sitio apropiado para nuestros planes y erigimos una pequeña fortaleza de troncos y paja. La idea era dejar una veintena de hombres en aquel lugar, con armas y provisiones para seis meses, en lo que sería un primer intento de fundar una población en nombre del rey de Portugal.

Sin embargo, una vez acabada la construcción del fuerte estalló la discordia: ¿quiénes permanecerían en él? Al principio todo el mundo se negaba a quedarse. Muchos pensaban en el tedio y la soledad de aquel perdido rincón del mundo. Pero había algo aún peor, y era el miedo a acabar devorados por alguna tribu de indios

cercana. Unos pocos días atrás habíamos visto algunos grupos de nativos en las proximidades, gentes que parecían amables y pacíficas, pero dada nuestra amarga experiencia sabíamos que entre los pueblos del Nuevo Mundo nunca hay que dejarse engañar por las apariencias. Ya habíamos caído muchas veces en sus endiabladas trampas. Y en cuanto a fundar pueblitos, ahí estaba el genovés Colombo, que en su primer viaje había dejado a algunos hombres en la isla Española y al regresar no halló sino los huesos.

Por tales razones, después de varias porfías y negativas entre las gentes de la tripulación, resolvimos llevar a cabo un sorteo para ver quiénes se quedarían en la fortaleza. Escribimos el nombre de cada uno sobre un trozo de papel, incluido el mío propio desde luego, y los depositamos en el fondo de un saco. Más tarde yo mismo extraje los papeles ante la nerviosa y atenta mirada de los hombres, y así fueron saliendo uno a uno los veinticuatro nombres que la Providencia escogió para quedarse en tierra. Naturalmente hubo quejidos y murmullos de protesta, pero al fin se acallaron las voces y todo el mundo aceptó su destino. Los veinticuatro elegidos se quedaron en el fuerte provistos de comida para seis meses, una docena de bombardas, varias armas de defensa y ese escozor que se pega a la carne cuando uno teme acabar triturado por las fauces de un enemigo.

El resto de nosotros, ya bastante desanimados por tantas calamidades, juzgamos inoportuno seguir viaje hacia el sur. Éramos demasiado pocos a bordo como para continuar adelante, amén de que una sombra de fatalidad se nos había instalado en el alma. Nunca he creído mucho en la fortuna, pero en aquellas condiciones cualquiera se vuelve sombrío y desesperanzado. Los más supersticiosos auguraban un final trágico a la expedición, que ya había comenzado en forma desastrosa. No faltaba quien echara las cartas y, con los ojos cargados de espanto, anunciara a todos que un funesto maleficio pesaba sobre nuestras cabezas.

Sea como fuere, una cosa era cierta: nuestro estado de ánimo era realmente deplorable, de modo que a fin de cuentas tomamos la decisión de regresar a Portugal de inmediato. Nos despedimos de los hombres de la fortaleza —a quienes, dicho sea de paso, una futura expedición rescataría algunos meses después—, y emprendimos nuestra navegación hacia el nordeste no sin tropiezos, ya que los vientos del Atlántico nos depararon más de un incómodo zarandeo durante la travesía. Por fin, después de sesenta y siete días de viaje, llegamos a una Lisboa que nos recibió con los brazos abiertos, no tanto por festejar nuestra gloria, sino porque ya nos creían perdidos para siempre. De las naves de Noronha aún no había noticia alguna.



Fue allí en Lisboa donde, tras un merecido respiro, comencé a redactar un pequeño escrito acerca de mis cuatro viajes anteriores. Necesitaba hacer una crónica de todas mis expediciones al Nuevo Mundo, y en particular de esta última, ya que como era de

esperarse, no bien llegamos a Lisboa el rey Manuel me arrebató una vez más mi cuaderno de anotaciones. En esta oportunidad compuse una breve narración a modo de informe, el cual dirigí a mi amigo Piero Soderini, confaloniero de Florencia, ya que Lorenzo el Popolano había muerto en esos días. Conocía a Soderini desde mi infancia. Ambos habíamos disfrutado de las lecciones del tío Giorgio Antonio y soñado con hallar mundos desconocidos. Más tarde Soderini se había ligado a la política, y con tal fortuna que hasta había sido nombrado confaloniero vitalicio de la ciudad.

El objetivo de mi carta no era en modo alguno pretencioso. Escribí a Soderini, en realidad, sin otra intención que la de poner un toque de amenidad y descanso a sus muchos negocios públicos. Tan sólo buscaba que mi carta fuese un breve solaz a sus ocupaciones, algo así como la porción de hinojo que suele tomarse después de una vianda apetitosa para mejor hacer la digestión. Sin embargo, el pequeño escrito halló en Florencia, una vez más, tan inesperada repercusión como mi anterior carta a Lorenzo el Popolano. De inmediato se tradujo al francés y al latín, y se hicieron varias ediciones que empezaron a circular por toda Europa.

Entretanto, mi estadía en Portugal comenzaba a hacerse rutinaria y sin novedad alguna. Esta vez el rey no me había dicho nada acerca de un próximo viaje, y pasaban los meses y aún seguía empeñado en su mutismo. Sospechaba yo que su majestad, haciendo gala de aquella proverbial ingratitud que he mencionado antes, ya había obtenido de mí cuanto quería y no precisaba más de mis servicios. Por ese motivo comencé a pensar en volver a Sevilla, y visto que transcurría el tiempo y nada sucedía a mi alrededor, acabé por decidir el regreso.

Dejaba Portugal tras casi cinco años de servir a su corona. Había hallado tierras nuevas, llegado más al sur que nadie y visto cuantos prodigios y rarezas pudieran imaginarse. No obstante, aún se revolvía en mi cabeza la idea del paso al Sinus Magnus. Era como un último sueño, una última quimera a la que ansiaba perseguir. Ahora, de vuelta a la tierra española, acaso la buena fortuna me regalaría la posibilidad de hacerlo.



Debo decir que al cruzar las fronteras de España hallé un país muy diferente del que había dejado hacía un lustro. Ésta era una España fría, endurecida y trágica. La reina Isabel había muerto en Medina del Campo y dejado un velo de pesadumbre entre la población. Hasta los propios funerales habían sido una muestra de la tragedia española. El cadáver de la reina había sido envuelto en ropajes franciscanos y llevado en carroza hacia Granada. Todo el enorme cortejo, durante días y días, marchó bajo cielos negros de tormenta, azotes de lluvia y ramalazos de viento. Se habían enlodado los caminos y, a veces, alguna riada se llevaba consigo animales y hombres. De los pueblos salían las gentes a llorar el paso de aquella procesión teñida de barro y de

agonía. Al fin, la caravana entró en el monasterio de San Francisco de la Alhambra y dejó el pequeño cuerpo sobre su tumba. Por cierto, era sugestivo que los restos de Isabel descansaran en la ciudad de Granada. Allí se había hecho reina de verdad, allí había derrotado a los últimos moros y puesto las columnas de una España nueva, de una España que una década atrás apenas era un montón de reinos disgregados y que ahora era dueña de la mitad del mundo.

Pero amén de aquella desgracia, España se había transformado en una tierra insensible y cruel. Desde tiempo atrás, las máquinas de la evangelización forzosa trabajaban a sol y sombra para convertir a los moros que aún quedaban en la península. Para ello estaba el cardenal Cisneros, hombre terco e imperioso que había sido nombrado inquisidor general de Castilla. No ahorraba el cardenal ningún esfuerzo en la tarea ni se andaba con pequeñeces. Su lema parecía ser: moro que se rebela, moro que va a la cárcel. Pero allí no acababa el asunto. Cisneros echaba a las prisiones a todo un ejército de frailes para meter el catecismo por la fuerza en la cabeza de los moros. Hasta había palizas y garrotes, pero de las mazmorras salían cristianos tan fervorosos que maravillaba verlos. Aún más: había que acabar con el islamismo, apretarle las clavijas y arrancarlo de raíz. Y para ello el cardenal había ordenado alzar una gran fogata en Bibarambla y echado al fuego miles de libros y tesoros del arte musulmán. Allí había ardido un buen rimerero de alcoranes, códices árabes y libros de oración, muchos de ellos con deliciosas miniaturas, caligrafías e iluminaciones, mientras el religioso los contemplaba con grave mirada a un lado de la hoguera.

En toda España el fuego parecía estar a la orden del día. La Inquisición ponía a tostar a los herejes, chamuscaba libros y achicharraba sinagogas y mezquitas. Día tras día, semana tras semana, marchaban reos en procesión hacia los quemaderos. Tal era el rigor, tales los excesos de celo que hasta el propio Cisneros había querido frenar los abusos y depurar a la Santa Inquisición. Entre algunas de sus medidas estaban la expulsión de los jueces más desbocados, la reducción del número de tribunales y hasta el cambio de la cruz latina de los sambenitos por el aspa de San Andrés, en la esperanza de que la cruz de Cristo no fuera recordada como señal de oprobio. Pero el fuego aún crecía en el resto de España. En Córdoba, el inquisidor Lucero se había enfurecido hasta tal punto que había enviado a galeras a medio pueblo, y no sólo a conversos y sospechosos, sino hasta a nobles, gentes de sangre real y más de trescientos marranos ricos. Al final, más de cincuenta de ellos acabaron en la hoguera.

Cada vez más en aquella España, el hierro, la cruz y el fuego andaban de la mano.



Al llegar a Sevilla fui recibido con honores y muestras de alegría. Gran parte de los marinos españoles se acercaron a mí interesados en mis experiencias, y hasta el

propio rey Fernando se apresuró a tomarme una vez más bajo su servicio, no sólo como piloto, sino también como una valiosa fuente de noticias acerca de las intenciones y proyectos del rey Manuel de Portugal. Fernando necesitaba imperiosamente conocer los objetivos de la corona lusitana, dado que gran parte de su política dependía de lo que hiciera o pensara el rey Manuel. De ese modo, me envió doce mil maravedíes y me urgió a que viajara hacia la corte. Dicho sea de paso, he mencionado antes que mi salida de España cinco años atrás fue tildada de traición por algunas lenguas maledicentes. Pues bien, he aquí la prueba de lo contrario: mal podría la corona sentirse traicionada si ahora el propio rey me llamaba de nuevo a su corte y, como se verá más adelante, con gran provecho para mí.

En Sevilla, desde luego, también estaba María. Al encontrarnos después de tanto tiempo me recibió entre muestras de amor y un aluvión de reproches.

—¡Cinco años! —Chilló mientras me golpeaba el pecho—. ¡Me has dejado sola cinco años! ¡Eres un malvado sin corazón!

—Tienes razón, mujer —alcancé a decir, y para tratar de apaciguarla un poco agregué—: Pero tú sabes cómo son estas cosas...

María se me quedó mirando algo desconcertada. El fuego andaluz de sus ojos se había transformado ahora en un torrente de llamas.

—¡Claro que sé cómo son estas cosas! —rezongó—. ¿Pero qué dirías si yo te dejara, no ya cinco años, sino dos meses?

En verdad no supe qué responderle. María tenía toda la razón del mundo, y nada de cuanto pudiera yo alegar bastaría para remediar su desconsuelo. Opté por callarme y dejar que las cosas se enfriaran. María fue destensando sus garras poco a poco, luego dibujó una breve sonrisa en sus labios y un rato después ya era un dulce cordero en mis brazos. Desde luego, tuve la prudencia de no mencionar que el rey de España me había llamado una vez más, y que pronto debería partir hacia la corte. Ignoro si en verdad fue prudencia o cobardía. Pero una cosa es cierta: si hubiese confesado aquello en ese momento, ¡la de palos que hubiera recibido!

Otro que apareció en esos días por Sevilla fue el almirante Colombo. Al verlo quedé boquiabierto. Su aspecto era más que desolador. Si la vez anterior parecía un espantajo, ahora ya andaba como un espectro moribundo. Se lo veía sombrío y resentido. Las angustias que había soportado en aquellos años le habían deshecho el cuerpo y el alma. Padecía de gota, artritis y cataratas, además de constantes accesos de fiebre y mareos que lo obligaban a permanecer en cama. Por ese entonces ya había ido cuatro veces al Nuevo Mundo, y cada una de ellas con peor suerte que la anterior. De su tercer viaje había regresado a España nada menos que cargado de cadenas. Los reyes le habían enviado a Francisco de Bobadilla para que lo vigilara de cerca. El tal Bobadilla se dirigió con sus naves hacia las Indias, y lo primero que vio desde la costa fueron enormes horcas en las que pendían algunos cadáveres. Al bajar a tierra alguien le informó de que el Almirante los había hecho colgar sin demasiados miramientos, y que aún tenía a otros muchos esperando con la soga al cuello.

Además, había quejas de todos los colores y hasta volaba la sospecha de que Cristoforo tenía intenciones de entregar todo lo descubierto a los genoveses. Tal fue el espanto de Bobadilla que, ni corto ni perezoso, mandó poner cadenas en los tobillos del genovés, y así lo devolvió a España. El pobre Colombo llegó engrillado a la península y durante seis semanas anduvo con los hierros encima. Dicen que alguien quiso liberarlo de tamaña infamia, pero el genovés se negó: quería que los propios reyes lo vieran así, encadenado, para que supieran por sí mismos cómo le pagaba España todo lo que había hecho por ella. Durante mucho tiempo soportó las humillaciones más bajas y se creyó acabado. Pero milagrosamente, algunos meses después, logró convencer al rey de hacer un nuevo viaje a las Indias. Y entonces sí, definitivamente, se arruinó. En aquel cuarto viaje lo azotó un huracán y varias naves se hundieron. Rescató algunas tablas y armó una barraca sobre una isla. Pero el hambre y las pestes le arrasaron el campamento. Regresó a Castilla a toda prisa y desde entonces, como un perpetuo calvario, no hacía más que sufrir acusaciones y enfrentarse a un pleito tras otro.

—Ya no puedo más —gimió el Almirante en aquella ocasión—. Os lo aseguro, Amerigo, ya no puedo más...

Luego se derrumbó sobre una silla y quedó allí como un anciano momificado. Tenía el pellejo reseco, las uñas largas y apenas unos pocos cabellos que parecían hilachas. La artritis le hacía crujir los huesos y el mal en sus ojos lo envolvía en tinieblas. Sin embargo, hablaba hasta por los codos. Protestaba y maldecía contra la marea de pleitos que amenazaba con devorarlo cada día.

—¡Ese Bobadilla, ese Camacho, ese Bernal! ¡Todo el mundo quiere verme hundido! Tengo tantas querellas que un día de éstos voy a reventar.

—Dichoso el que vive alejado de los pleitos —dije recordando una cita de Horacio.

—¡Pues ya lo creo! —Exclamó el genovés—. Yo no tengo un día libre, Amerigo, un mísero día libre en que no me acosen las fieras... ¡Si hasta me quieren demandar por brujo...!

Yo me sorprendí ante lo insólito de aquella acusación. ¿Una demanda por brujo? Tal vez el Almirante exageraba movido por sus rencores. Sin embargo, tal como supe más tarde, la historia era del todo cierta. Hallándose en la isla de Santo Domingo, Cristoforo le había advertido al gobernador Ovando que una gran tormenta sacudiría a toda la región en los próximos días. Ovando había hecho oídos sordos y, obedeciendo las órdenes de los reyes, ni siquiera le había permitido desembarcar con sus naves. Pocos días después la tormenta se desató con toda su furia, echó a pique una veintena de barcos y mandó a la tumba a medio millar de hombres. El propio Colombo logró salvarse guareciéndose en un puerto sólo conocido por él, mientras todo lo demás se perdía en el mar. Pero Ovando no se quedó callado.

—Ahora me echa la culpa de todo —se quejó Cristoforo—. Dice que solamente los brujos o los hechiceros dominan las artes maléficas y saben cuándo viene una

tormenta. Por eso ahora quiere acusarme ante la Inquisición.

Traté de calmarlo y le ofrecí alguna bebida fuerte. Me parecía descubrirlo impotente y desesperado. Sabía yo que en los últimos tiempos el pobre Almirante había arrastrado sus miserias por la corte, siempre rogando y arrodillándose ante los reyes. De hecho, había logrado hacer su cuarto viaje a fuerza de sembrar ilusiones y prometer beneficios. Hasta le había jurado al Papa que llegaría a Jerusalén por occidente y la pondría a salvo de manos infieles. Al fin los monarcas habían accedido, aunque le dieron una parva de viejos y niños para integrar la tripulación. Con todo, como ya he dicho, la expedición resultó un desastre. Tormentas, naufragios, hambrunas. Hasta su propio hijo Hernando había padecido enfermedades, dolores y tales penurias que al genovés se le había partido el alma con sólo verlo. ¿Y todo para qué? Al regresar a España no había tenido siquiera donde caerse muerto. Había debido comer en mesones mugrientos y dormir en catres llenos de piojos. A Diego, su otro hijo, le habían quitado la honra y la hacienda.

Pero el genovés aún tenía un consuelo: en medio de tales pesadumbres decía haber oído una voz, una extraña voz celestial que le anunciaba que su destino estaba escrito en grandes piedras de mármol.

—Ahora sé que soy un enviado, Amerigo —me dijo en un momento determinado—, un siervo elegido por el Señor...

De pronto quedé sorprendido. Los ojos de Christoforo se iluminaron con un brillo intenso y extraño. Todo su rostro parecía tocado de misticismo. Se había puesto a hablar como una suerte de profeta bíblico y ahora insistía en que era un instrumento de la Divina Providencia. Repetía pasajes de las Escrituras, hablaba de Abraham, de Moisés, de David. Afirmaba que para descubrir las nuevas tierras no se había servido de números ni de mapas: tan sólo se había dejado llevar por la voluntad de Dios. En él se había cumplido la profecía de Isaías.

Yo lo observaba casi espantado. ¿Qué había ocurrido con aquel hombre? ¿Qué endiabladas fiebres le habían trepado a la mollera? Parecía uno de esos chiflados de manicomio que hablan sin sentido. Una y otra vez insistía en que era un siervo de la Providencia, en que Dios había hecho sonar su nombre en la tierra, le había regalado las llaves de la Mar Océana y lo había conducido a las Indias. Cada tramo de su vida no era sino el cumplimiento de una profecía. Por eso no debía desesperar. Aun cuando sus miserias también estaban escritas, Dios le tenía reservadas muchas heredades y grandísimas hazañas. No importaba que le llegaran en su vejez. ¿Acaso Abraham no tenía cien años cuando engendró a Isaac?

—Ya vendrá mi tiempo, Amerigo —murmuró—. Todo está escrito. Cuando hace mucho quise ir a las Indias se burlaron de mí, y ahora hasta los sastres desean ir a descubrir. Todo está escrito. Yo soy el instrumento de Dios...

Escuchaba yo aquellas palabras del genovés y me corría un frío por la espalda. Tenía el aire de un sonámbulo, de un alucinado. Por momentos alzaba la voz sin darse cuenta. Hablaba y gesticulaba como si tuviera ángeles y demonios mezclados en el

cuerpo. Sin embargo, su espíritu era tornadizo y cambiante. De pronto sus ojos volvieron a apagarse y su rostro pareció como torturado, sombrío, melancólico.

—Quiero viajar una vez más —dijo.

Luego se irguió de su silla con dificultad. Como pudo se aproximó a una ventana y se recostó sobre el alféizar. Aun así, abatido y enfermo, conservaba un aire de solemnidad y grandeza. Entonces miró hacia la calle y murmuró:

—Necesito viajar una vez más, Amerigo. Es lo único que sé hacer. No soy hombre de ciencia, no soy religioso de oficio, de armas no sé nada y hago tan malos negocios que me arruinaría en menos de lo que canta un gallo. ¿Qué me queda sino el mar?

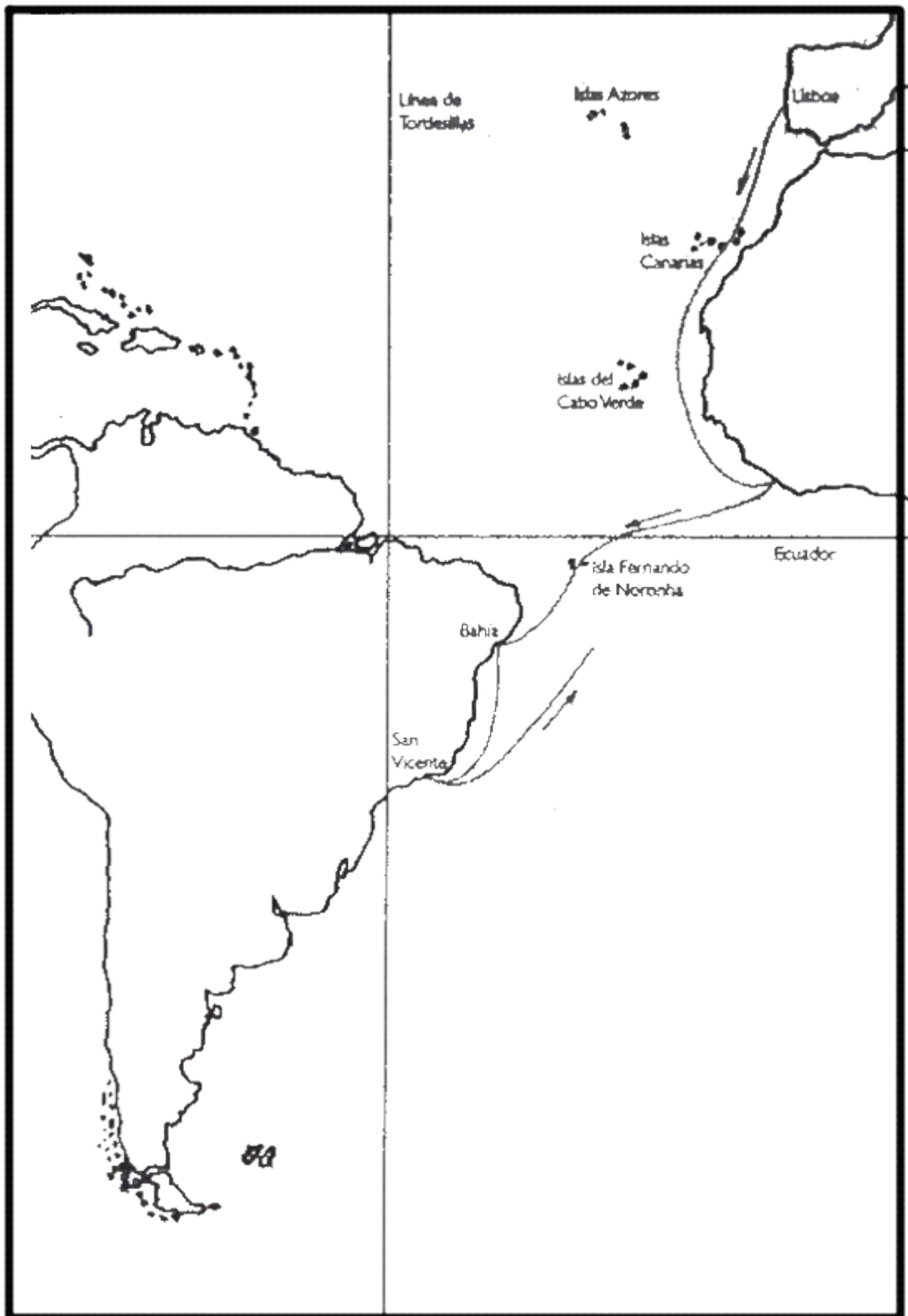
Sin embargo, recordó, también estaban sus mil pleitos y acusaciones, amén de los muchos intrigantes que confabulaban en su contra. Desde la muerte de la reina, el genovés había perdido todo su apoyo en la corte. Fernando ni siquiera se molestaba en recibirlo. Estaba demasiado ocupado en contraer matrimonio con una alegre muchachita de dieciocho años. Por eso el Almirante había venido a hablarme. Sabía que yo gozaba de cierta influencia en la corte y que había sido llamado una vez más a prestar mis servicios.

—Vos habéis tenido suerte, Amerigo. Os han llovido naves y ofertas sin levantar un dedo. En cambio, yo he debido mover cielo y tierra hasta para conseguir una mula.

—¿Y qué puedo hacer por vos? —pregunté.

—Id allá, hablad con el rey Fernando, convencedlo de que revise mis pleitos y acalle a los bribones que actúan en mi contra. Y si no os echa a patadas por ello, rogadle también que me dé naves para viajar de nuevo.

—Pues creedme —dije—, haré todo cuanto me sea posible.



Cuarto viaje de Vespucci, 1503-1504



CAPÍTULO XXV



Dejé Sevilla algunos días más tarde, con los ruegos del genovés a cuestas, una carta para su hijo Diego y los interminables reproches de María, quien se sufrió tantos berrinches que alertó a la vecindad entera.

Al llegar a la corte fui recibido con mucha solicitud y honores. El rey Fernando me concedió la gracia de atenderme en persona. En realidad, ya no era rey de Castilla, pues a la muerte de su esposa Isabel la corona había pasado a manos de su hija Juana. Sin embargo, dado que la pobre muchacha estaba algo floja del seso, Fernando había asumido la regencia de Castilla en su nombre.

Saludé a su majestad y me lamenté por la muerte de la reina, aunque en los ojos de Fernando ya parecían brillar los ardores de Germana de Foix, la graciosa y joven muchachita con quien iría a casarse poco tiempo después. A propósito, por esos días todo el mundo se preguntaba cómo diablos cumpliría el viejo y cansado rey sus deberes maritales con aquella ardiente jovencueta, aunque, según murmuraban ciertas lenguas, el anciano monarca guardaba un as bajo la manga. Dos damiselas de la corte le habían hablado de cierto «potaje frío», hecho de testículos de toro, que le devolvería la virilidad y lo ayudaría a preñar a la reina en menos de lo que canta un gallo.

Acto seguido me propuse hablarle de Colombo y sus proyectos. Debo decir que aunque el genovés había puesto sus esperanzas en mí, no estaba yo muy seguro de si presentar o no su caso ante el rey. A decir verdad, dudaba mucho de las facultades y

aptitudes del Almirante. La última vez lo había visto demasiado viejo y achacoso, consumido por las enfermedades y con aquella manía fantasiosa que le hacía oír voces bíblicas y tenerse por siervo elegido de Dios. Con tales antecedentes, amén de las muchas ruindades que se hablarían de él en la corte, lo más probable era que el rey ni siquiera me escuchase. Y en verdad eso fue lo que ocurrió. No bien le mencioné los asuntos del genovés, Fernando me miró con cierta dureza y luego hizo un gesto impasible.

—No voy a hablar de esa cuestión —sentenció.

Según decía mi tío el embajador Guido Antonio, no hay peor riesgo que el de importunar a un rey con temas que no son de su agrado. Aquella vez, las palabras y los gestos de Fernando fueron más que elocuentes, de modo que me vi en la obligación de cerrar la boca y dejar al pobre genovés abandonado a su suerte. De todas formas, un año después ya se habría ido de este mundo.

En esa ocasión, y antes de entrar en materia, el rey me ofreció nada menos que la ciudadanía de Castilla. Hasta entonces yo había sido siempre un extranjero en España, un florentino a quien se confiaban ciertas misiones y encargos en nombre de la corona. Pero ahora Fernando me otorgaba definitivamente la naturaleza de los reinos de Castilla y León. Desde luego, aquello suponía un inmenso orgullo para mí. Entre otras muchas formalidades que no vale la pena mencionar, mi carta de ciudadanía rezaba lo siguiente:

«Por hacer bien y merced a vos Amerigo Vezpuche, florentín, acatando vuestra fidelidad é algunos de vuestros buenos servicios que me habéis fecho, é espero me haréis de aquí en adelante, por la presente vos hago natural destos mis reinos de Castilla y de León, é para que podáis haber é hayéis cualesquier oficios públicos Reales é consejales, que vos fueron dados é encomendados, é para que podáis gozar é gocéis de todas las buenas honras é gracias é mercedes, franquezas é libertades, exenciones, preeminencias, prerrogativas é inmunidades».

Más tarde Fernando pasó a hablar de negocios y de la verdadera razón por la que me había llamado a la corte. Se me informó que, en principio, no estaba allí para asumir tareas de pilotaje. No se me darían naves ni comandaría expedición alguna. La razón de mi presencia era más bien administrativa. Dada mi experiencia y mis conocimientos, Fernando me convocaba para trazar las bases de una nueva política en torno al continente descubierto.

Luego el propio rey me interrogó en profundidad acerca de un tema que lo desvelaba desde hacía tiempo: los avances portugueses. En realidad no había mucho que decir al respecto. Hasta donde me era posible saberlo, Portugal se mantenía dentro de sus tierras y acataba la línea de Tordesillas con bastante fidelidad. Por lo demás, podía yo dar fe de que el paso al Sinus Magnus aún seguía envuelto en las nieblas de la geografía. Ni los portugueses ni nadie lo habían descubierto aún. Por tal motivo, Fernando hizo hincapié en la necesidad de continuar en ese empeño. Pero su política no acababa allí. Ahora más que nunca, España necesitaba hacer pie en el Nuevo Mundo, reforzar sus posesiones y fundar cuantas ciudades más fuera preciso.

Al igual que Manuel, Fernando sabía que ése era el único modo de asegurar sus conquistas. De lo contrario, todos sus esfuerzos habrían sido en vano: cualquier pirata con armas y naves podría arrebatarle sus tierras al menor descuido.

Pues bien, con ese objeto el rey llamó a nuestras reuniones a un tal Vicente Yáñez Pinzón, hombre de larga experiencia en esta breve historia de los descubrimientos. Pinzón había capitaneado una de las carabelas durante el primer viaje de Colombo. Luego había tenido algunas diferencias con el genovés —quién no—, y más tarde había sido uno de los muchos que habían insistido a los reyes en que se limitaran los privilegios del Almirante y se permitieran ir a descubrir a todo el mundo. Él mismo, aprovechando aquella oportunidad, había navegado por las islas del nuevo continente, explorado tierras desconocidas y erigido algunas aldeas en nombre de la corona española.

Ahora, a petición del rey, Pinzón y yo nos encargaríamos de llevar adelante la política descubridora de España. Él se ocuparía de la fundación y el afianzamiento de nuevos pueblos, en tanto que mi objetivo continuaría siendo hallar un paso hacia Oriente. No necesito decir que Fernando nos urgió a trabajar lo antes posible.

—Si España no gana esta carrera —observó el rey—, os aseguro que rodarán algunas cabezas.

Luego nos despidió de buenas maneras y ordenó a uno de sus ministros que se ocupara de proveernos de todo lo necesario para el trabajo.

Al salir del despacho del rey, Yáñez me detuvo en los jardines y dijo:

—Habéis visto al Almirante, ¿verdad?

—Así es. No hace mucho ha venido a visitarme a Sevilla.

—¿Y cómo está él?

Debo decir que el tono de la pregunta me sorprendió bastante, dada la vieja rencilla que existía entre ambos desde mucho tiempo atrás.

—Pues no se encuentra muy bien —respondí—. El pobre tiene algunos pajarracos en la cabeza y está más achacado que una mula vieja.

—Caramba —suspiró Yáñez—. Pese a todo aún lo recuerdo con cariño...



Pocos días después, Vicente Yáñez Pinzón y yo marchamos hacia el puerto de Palos a dar comienzo a nuestras muchas tareas. Allí era preciso instalarse, comenzar los trabajos de alistamiento y poner naves a punto de zarpar hacia el nuevo continente. Debo decir que todo funcionaba a las mil maravillas. Había dinero para los gastos, provisiones suficientes y una idea clara de los objetivos. Pero ya se sabe que el diablo suele meter la cola en el momento menos esperado. Cuando todo estaba en marcha, cuando apenas faltaban unos pocos días para que zarpara la primera expedición, todo se revolvió de pronto y quedó patas para arriba.

Las cosas ocurrieron más o menos de este modo. Algunos años atrás, Juana, la

hija de Fernando e Isabel, había contraído nupcias con un príncipe alemán llamado Felipe el Hermoso. Nadie sabía qué revoltijo podía salir de tan extraña boda: una loca de remate y un teutón hermoso y soberbio. Pero lo cierto es que en esos días, mientras Pinzón y yo trabajábamos en Palos, el alemán había reunido una buena tropa y venido a España a reclamar las heredades de su esposa. De pronto Fernando vio tambalear su reino. Hasta ese momento regentaba Castilla en nombre de la hija loca. Pero ante la irrupción de Felipe algunos cortesanos le dieron la espalda y le retiraron su apoyo, de modo que después de algunas vueltas tuvo que resignar la corona en manos del alemán y retirarse a su viejo reino de Aragón. En unos pocos días, toda España se trastocó de principio a fin.

En Palos, Pinzón y yo quedamos pataleando en el aire a raíz de los nuevos acontecimientos. El trabajo se interrumpió de un día para el otro, pues nadie sabía qué planes tendría Felipe el Hermoso con respecto al Nuevo Mundo. Naturalmente, corrían rumores de toda especie y color. Algunos opinaban que el nuevo rey continuaría con la misma política de su suegro. Otros decían que Felipe era un patán, que no tardaría en mandar todo al diablo y que en pocos meses España perdería todo lo que había conseguido en una década. Los más arriesgados afirmaban que nada bueno podía esperarse de un hombre que se había casado con Juana, una pobre loca de remate de quien, además, se murmuraba que era algo ligera de cascos y bastante patialegre. Sea como fuere, los preparativos en el puerto fueron suspendidos hasta nueva orden. Las naves ofrecían el triste espectáculo de una obra a medio hacer. Había tablones apilados, los astilleros habían quedado solitarios, se veían cascos a medio carenar y todo el mundo estaba de brazos cruzados esperando a que el nuevo monarca tomara alguna decisión.

Entretanto, Pinzón y yo echábamos suertes sobre el futuro del proyecto.

—Parece que el nuevo rey ha encomendado los asuntos de Indias a De Vila, su camarero mayor —me decía Pinzón.

—¿Y qué clase de hombre es? —preguntaba yo—. ¿Creéis que llevará adelante los viejos proyectos de Fernando?

—En verdad no lo sé —respondía Yáñez—. Pero dicen que ese tal De Vila es más tacaño que un usurero judío...



Desde luego, las idas y venidas en la corte nos llevaban a maltraer. En mis viajes había yo estado en varios temporales y naufragios, en momentos de gran zozobra e incertidumbre, pero jamás como aquella vez me vi nadando en aguas tan peligrosas. Todo el mundo temía lo que pudiera ocurrir. A cada momento se esperaba la funesta noticia de que todo se iría al demonio. Entretanto, en Palos seguían volando las habladurías acerca del nuevo monarca, y a decir verdad casi todos eran pronósticos desalentadores. En medio del desconcierto era muy poco lo que podía saberse a

ciencia cierta. Por el momento Felipe daba la impresión de haberse olvidado de sus pilotos y de sus naves. El propio Gaspar de Gricio, secretario del viejo rey Fernando —quien hasta entonces había sido el mensajero entre Palos y la corte—, ahora ni siquiera aparecía por el astillero.

Fue entonces cuando la Casa de Contratación de Sevilla, que tenía a su cargo la administración de los asuntos de Indias, me rogó que viajara a la corte a averiguar por mí mismo lo que estaba sucediendo. Había demasiados intereses metidos en juego y la misión era imprescindible. Algunos de los más ricos armadores y mercaderes se estaban desesperando por las demoras. Se vencían los contratos, arreciaban las protestas y ya nadie podía esperar mucho tiempo más. Para colmo de males, la Casa de Contratación necesitaba saber qué demonios iba a ocurrir con varias obras proyectadas en el Nuevo Mundo, tales como una fortaleza en la isla La Española y una torre que Fernando había ordenado erigir en la costa de las Perlas. Con semejantes urgencias y una buena provisión de cartas, memoriales y documentos, partí de inmediato hacia la corte.

Al llegar a palacio, después de atravesar un infinito cerco de trabas y papeleos, fui recibido de forma un tanto apresurada, con aquella celeridad que revela los vértigos de una corte nueva y aún en plena organización. En los pasillos todo era un ir y venir de gentes atropelladas e imbuidas de un aire de intriga. Desde los tiempos en que yo oficiaba como secretario de mi tío Guido Antonio, había aprendido que nada es más movedizo y cambiante que una corte en plena gestación. Allí todo el mundo anda al acecho de cargos, prebendas y favores. Hay tumultos y revoltijos a cada paso y se ven caras de pánico, gentes aterradas por la idea de que el nuevo monarca les patee el trasero y los apee de su puesto. La nueva administración de Felipe no era la excepción.

Por fin, luego de ser anunciado por un mayordomo, quien vino a atenderme fue un secretario con rostro de piedra y gestos algo amanerados.

—¿Señor Despuchi? —preguntó al verme.

—Vespucci —corregí—. Mi nombre es Amerigo Vespucci.

Aquello no pareció siquiera inmutarlo y avanzó hada mí con total displicencia. Tal vez fuera mi imaginación, pero no parecía ser un individuo muy despierto, o acaso no le interesaba un rábano el asunto, pues con un gesto de indiferencia en el rostro se limitó a tomar mis cartas y desaparecer tras una puerta.

Algunos minutos después regresó, se plantó frente a mí y dijo que su majestad se hallaba demasiado ocupado por el momento, razón por la cual me rogaba que esperase en tanto despachaba sus otros asuntos. Entonces me senté en un banco y me dispuse a aguardar con la mayor paciencia posible. Más de tres horas después el secretario volvió a aparecer.

—Su majestad desea saber cuál es el propósito de vuestra visita —dijo con un aire desganado y arrogante.

—Las cartas —respondí algo ofuscado—. ¿No le habéis entregado las cartas?

El hombre hizo un gesto imperturbable, giró sobre sus pasos y sin decir palabra se perdió una vez más detrás de la puerta. Casi una hora más tarde regresó.

—Pregunta su majestad de qué cartas habláis, señor Vespuche.

Tuve que contenerme para no insultarlo. Con una paciencia de monje le recordé las cartas que había traído, donde constaban todas mis peticiones e informes, y que él mismo había llevado a manos del rey algunas horas antes. Dije todo aquello mordiéndome los dientes y procurando no ser descortés, aun cuando en el fondo tuviera ganas de darle una buena pateadura. Sin embargo, al igual que las veces anteriores, no se le movió un pelo en el rostro, y así como había venido tornó a marcharse en dirección a la puerta de siempre.

Transcurrieron otras dos largas horas. Entretanto pensaba yo que en tales circunstancias nada bueno podía esperar de mi visita a la corte. Si Felipe se rodeaba de mandriles como aquél, un futuro de miserias aguardaba a toda España.

Por fin el secretario regresó una vez más, con su eterna cara de imbécil y aquella misma apostura que me provocaba un irrefrenable deseo de retorcerle el pescuezo.

—Dice su majestad —recitó— que el costo de vuestra empresa es demasiado excesivo, señor Espuchi. Los gastos no se atienen a lo acordado con el tesoro de España.

Tragué saliva una vez más y le expliqué:

—Señor secretario, transmitidle a su majestad que, en efecto, los precios no son los mismos que al principio. Pero todo tiene una explicación. Decidle que en todo este tiempo han habido grandes aumentos en los costos de las mercancías. Además, las demoras que ha provocado la mudanza de la corte nos han obligado a pagar sueldos por dos meses más de lo previsto. Es por eso que nos hemos visto obligados a gastar más de la cuenta... Y por cierto, mi apellido es Vespu-cci, Ves-pu-cci.

El secretario marchó una vez más al despacho del rey Felipe, mientras yo rezaba por que transmitiera mi explicación lo más fielmente posible. Pero gracias al cielo, esta vez la respuesta no se hizo esperar. Menos de un cuarto de hora después el propio monarca me convocó ante sí para tratar la cuestión en persona. Contra mis más funestas sospechas, Felipe el Hermoso resultó ser un hombre inteligente, dinámico y hábil para afrontar la situación. Se lamentó por haberme hecho esperar durante tantas horas, y adujo las muchas cuestiones con que debía lidiar en esos días. Tantas eran sus ocupaciones, observó, tantos los asuntos que reclamaba España, que no había tenido tiempo siquiera de escoger buenos secretarios y debía valerse de ciertos alcornos para salir del paso.

De inmediato Felipe se mostró tanto o más entusiasmado que Fernando en la empresa de las Indias. No sólo consideró esencial para su reinado fortalecer las posesiones de ultramar, sino también emprender nuevos viajes para hallar el paso Oriente. Más aún, decidió apresurar las expediciones todo cuanto fuera posible. A través de ciertas informaciones sabía que los portugueses andaban al acecho, y por ello había que actuar con prontitud. Además, como medida de precaución, y atento a

conservar sus planes en secreto, ordenó que de ahí en adelante las naves se construyeran en un astillero de Vizcaya, dado que Palos estaba demasiado cerca de Portugal y por tanto era más vulnerable a la acción de espías y mirones.

Poco después regresé a Sevilla y anuncié las buenas nuevas a los miembros de la Casa de Contratación. Ahora sí, definitivamente, estaban las cosas de nuevo en su cauce y había que ponerse a trabajar. Sin embargo, a poco de estar allí todo se vino abajo una vez más. Cuando menos se pensaba, la historia dio otra infausta voltereta: Felipe el Hermoso, de repente, se fue a pasear al cielo su hermosura. Se lo llevó la Parca de un día para el otro y no hubo nada que hacer. En verdad las circunstancias de su muerte fueron un tanto oscuras. Informaron los voceros oficiales que su majestad, después de jugar un partido de pelota vasca, había bebido un tazón de agua helada y aquello lo había enviado a la tumba. Pero algunos rumoreaban que en realidad su muerte se había debido a una dosis de veneno puesto en su comida por algún conspirador, o quizás a las turbulencias amorosas con alguna cortesana de la que se juzgaba prudente callar su nombre.

Sea como fuere, España se quedó sin monarca, el proyecto de Indias se desbarrancó una vez más y la pobre Juana, si hasta ese momento arañaba la locura, después de la muerte de su marido quedó tan floja del seso que no volvió a sanar en toda su vida.

Poco más tarde el cadáver de Felipe fue enviado a su Flandes natal. Quien acompañó al cortejo fúnebre hasta las costas de España fue la propia Juana, a lo largo de noches y días en que la locura se le hizo cada vez más visible. Cada tanto hacía detener el cortejo y pedía que se abriera el féretro para besar los pies del difunto, que al poco de salir ya estaban podridos y malolientes. Pero, además, los celos de Juana habían llegado al delirio. Una noche llegó a prohibir que la caravana se detuviera a descansar en un convento, como era habitual, pues alguien le susurró que el lugar no estaba habitado por frailes sino por monjas, inocentes monjitas que nada malo harían con un cadáver, pero que a los ojos de la pobre y celosa Juana eran capaces de hacerla cornuda al menor descuido. Y así continuó la procesión, sin que la reina se detuviera una sola vez a comer en una mesa o a dormir entre sábanas limpias. A cambio Juana prefería echarse en el suelo y manducar como lo haría un borrico, amén de que sus muy augustas manos se negaron a partir de entonces a ver el agua, el jabón, los perfumes y todo lo que oliera a limpio.

Así acabó la breve historia de Felipe el Hermoso, con el trono vacío, los proyectos de Indias desbaratados y la razón de la pobre Juana, como dicen aquí en España, por esos trigos de Dios...

Quien se vio favorecido por la tragedia fue Fernando. A poco de enterarse regresó a la corte y después de una breve ceremonia se hizo cargo una vez más del gobierno de España. Sin embargo, el viejo nuevo rey estaba algo cansado y tenía problemas de salud, razón por la cual muchos de los proyectos de Indias terminaron por desinflarse. Algunas naves quedaron a medio construir y otras se vendieron a particulares. De

organizar nuevas expediciones, por el momento, no se habló una palabra más.

Mientras todo esto sucedía, yo me ocupaba en tareas de rutina. Si bien algunos proyectos se habían aplazado o suspendido, la conexión con el Nuevo Mundo continuaba siendo bastante fluida. Por entonces me fue concedido el título de capitán y se me asignó un sueldo de parte de la corona. Mi trabajo consistía en ir y venir entre Castilla, Burgos y Vizcaya examinando las tareas de alistamiento y comprando mercaderías y herramientas.

Muy poco después surgió la oportunidad de hacer un nuevo viaje, aunque esta vez se trataría de un simple reconocimiento de la costa de las Perlas. El rey me escogió a mí y al vasco Juan de la Cosa para capitanear las naves. Sin muchos aspavientos, organizamos la expedición y partimos a mediados de 1506.

No hay mucho que decir acerca de este viaje. De la Cosa y yo estábamos entre los pilotos más experimentados de España y se nos enviaba con el propósito de verificar lo descubierto y examinar algunas costas. El vasco emplearía una vez más su destreza en la confección de mapas y yo me ocuparía de observar los cielos. Pero en realidad, poco sucedió esta vez que fuera digno de atención: un viaje sin demasiados tropiezos, las acostumbradas correrías con los indios y alguna que otra escaramuza que no pasó a mayores. Hicimos algo de oro y perlas, y luego de tres meses regresamos a España.

Aquella fue la última vez que visité el Nuevo Mundo. Ya no vería más las tierras que había contribuido a descubrir y que tanto habían significado en mi vida. Sin embargo, mis tareas como piloto al servicio de España aún continuarían durante varios años. Fernando me tenía reservado un puesto de gran importancia dentro de la marina española. Pero de ello, y de las muchas cosas que ocurrieron después, hablaré un poco más adelante.



En esos días el rey pareció recuperar el calor. Ya he dicho que el tiempo que había estado fuera de la corte le había enfriado los ánimos. Pero ahora se le había despertado otra vez el hambre de tierras y descubrimientos y quería estar de nuevo en carrera. Para ello trazó planes nuevos y convocó a sus mejores hombres. Junto a mí, Fernando puso a la cabeza de su flota a otros tres expertos pilotos: el propio Juan de la Cosa, Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís. Todos nos conocíamos desde hacía tiempo y formábamos un equipo insuperable en cuanto a destreza y conocimientos. Su majestad nos reunió en la corte y en pocos días todo el grupo consiguió delinear las bases de una nueva política marítima. Hasta ese momento, España había tenido mucho de impetuosa en ese aspecto. Se había trabajado con más pasión que maestría. Pero ahora había que poner las miras en la organización y el rigor. Era preciso fundar escuelas de pilotos, crear organismos de control, perfeccionar la hechura de mapas y diseñar instrumentos nuevos y más exactos. Portugal ya estaba demasiado avanzado en esos menesteres: tenía escuelas, tenía

disciplina y hasta había creado el cargo de Piloto Mayor del Reino para centralizar los asuntos marítimos. Por esa razón Fernando nos lanzó al ruedo sin perder tiempo. Nos otorgó cartas para recorrer el país y buscar lo necesario, hablar con quien fuera preciso y dibujar el nuevo perfil marítimo del reino.

Y allí nos lanzamos los cuatro a recorrer las rutas de España a lomo de mula, charlando entre nosotros y recordando viejos tiempos e historias de mar. Pueblo al que llegábamos, pueblo que nos recibía encantado en sus hosterías y monasterios. En tabernas perdidas, olientes a jamón crudo y vino tinto, los cuatro nos demorábamos noches enteras en el calor de la charla y la bebida. Las gentes se acercaban a oírnos hablar, a escuchar embelesados las muchas anécdotas de nuestros viajes. Los cuatro habíamos andado por sitios remotos y visto cuantos prodigios y rarezas pudieran imaginarse. Pero cada uno tenía, además, una sabrosa historia personal a cuestas. Vicente Yáñez Pinzón solía narrar las tribulaciones del almirante Colombo y hacía reír a todo el mundo. Díaz de Solís hablaba de sus tiempos de corsario entre los franceses y de cómo alguna vez había robado una carabela portuguesa cargada de oro en las costas Africanas. Juan de la Cosa recordaba sus años de espía en Portugal y de cómo había ido a dar a prisión una vez que lo descubrieron. Yo, por mi parte, narraba las cosas de las Indias, hablaba de criaturas extrañas, hombres que llegaban a los ciento cincuenta años y tribus que devoraban carne humana.

Algunos meses después ya se había avanzado bastante. Se estaban formando las primeras escuelas con reglas y métodos estrictos, y la corona había organizado varias expediciones más al Nuevo Mundo. Para nosotros mismos existían misiones especiales: Juan de la Cosa debía ir una vez más a la costa de las Perlas; Díaz de Solís y Pinzón saldrían en busca del paso al Sinus Magnus y yo me quedaría en España, pues el rey Fernando me había elegido nada menos que para el cargo de Piloto Mayor del Reino.

CAPÍTULO XXVI



Acabo de decir que el rey Fernando, como parte de su nueva estrategia marítima, me concedió nada menos que el título de Piloto Mayor del Reino. Debo decir que aquello significaba un doble honor para mí. En primer lugar por la trascendencia misma del cargo: de ahí en adelante, todo cuanto se refiriera a los asuntos de la navegación habría de pasar por mis manos. Y en segundo, porque era yo quien estrenaba el título para España. Nunca antes había habido un piloto mayor en el reino, aunque Portugal ya tenía el suyo desde hacía tiempo. Tal era la novedad en esas tierras que debieron pasar seis meses desde mi nombramiento para que se definieran todas las funciones del cargo.

En líneas generales, debía yo ocuparme de instruir y capacitar a los marinos españoles en cuestiones de navegación. Hasta ese momento, casi no había en España quien tuviese aptitudes y conocimientos técnicos. Ciertamente, sobaban los marinos diestros en las provincias vascas, en Cataluña y en Andalucía, pero ninguno de ellos era piloto de oficio. Casi todos habían ganado su experiencia como mercaderes o corsarios. Eran gentes de ojo artero, habituados a capear tormentas o a reconocer algún sitio por la coloración de las aguas, la línea de la costa o algún arbusto plantado en la orilla. Pero aquello sólo era suficiente en tanto se navegara cerca de la costa. Algo muy distinto era conducir un barco en aguas abiertas. Ahora España se había lanzado hacia el Atlántico y necesitaba hombres que supieran valerse de otras habilidades, ya que demasiados contratiempos habían ocurrido en los últimos años a

causa de la poca fortuna de los pilotos españoles en mar abierto. Día tras día llegaban noticias de expediciones perdidas, naves que se estrellaban contra las rocas o pilotos que, al regresar del Nuevo Mundo, extraviaban la ruta e iban a dar con sus embarcaciones a los puertos de Inglaterra o Portugal. La razón de ello, en gran parte, provenía de ignorar el uso del cuadrante y el astrolabio. Además, muchos de los marinos de entonces no sabían siquiera leer una carta náutica o valerse de una ampolleta para medir el tiempo. Por tales razones, como Piloto Mayor de España, me cabría ahora el deber de enseñar tales prácticas marítimas a todo aquel que se postulase para gobernar una nave.

Con el fin de llevar a cabo el proyecto, el rey Fernando me ordenó abrir una escuela de navegantes, la primera en todo el reino de España. Allí debía yo instruir en las artes del mar a todo aquel que estuviese interesado, y siempre a cambio de una paga mensual que cubriría mis gastos y el mantenimiento de la escuela. Cada aprendiz y cada estudiante serían aleccionados en el uso del cuadrante y el astrolabio, en la lectura de las cartas de navegación y en los métodos para fijar alturas y determinar posiciones en alta mar. Entre sus órdenes al respecto, el propio Fernando dejó firmemente establecido que ningún piloto del reino, a partir de entonces, se aventurase al océano sin dominar perfectamente las cartas e instrumentos de navegación. La medida comenzaría a ponerse en práctica una vez graduados los primeros pilotos. Mas, por el momento, quienes tuvieran que hacerse a la mar en esos días deberían ser previamente examinados y aprobados por mí.

Tras algunas conversaciones logré que el rey me permitiera instalar la escuela en el interior de mi propia casa de Sevilla. Desde luego, quien más se alegró de ello fue María, feliz de tenerme una vez más a su lado. Es cierto que como Piloto Mayor de España debería yo andar todo el tiempo metido entre marinos y navegantes, pero al menos seguiría clavado en Sevilla en vez de volar hacia otras tierras. No obstante, mujer al fin, pronto María comenzó a rezongar por el mucho tiempo que dedicaba yo a mis tareas.

—¡Mañana, tarde y noche te pasas con esos capitanejos de pacotilla! —protestó—. ¿Es que no tienes un minuto para tu pobre mujer?

Pero aparte de aquellos contratiempos, la escuela comenzó a funcionar con gran fortuna. Día tras día llegaban jóvenes desde todos los rincones de la península dispuestos a aprender las nuevas técnicas de navegación. Había gran entusiasmo y todo marchaba por carriles auspiciosos. Pero a decir verdad, no todas eran rosas en el oficio. Solía suceder que algunos de mis métodos y técnicas chocaban con la terquedad y rudeza de ciertos marinos acostumbrados a otros usos. Algunos de ellos, sobre todo los de más edad, se plantaban como mulas y preferían sus viejos sistemas de navegación. Llevaban muchos años pilotando a su manera, y estaban demasiado habituados a timonear a vista de costa, sin aparato alguno y sin valerse de tablas o cálculos astronómicos. Muchos se negaban totalmente a aceptar las innovaciones. En un momento dado las cosas llegaron a ponerse muy difíciles. Dado que España

obligaba a sus pilotos a concurrir a mis lecciones, muchos de ellos se presentaban de mala gana y hasta llegaban a mostrarse obstinadamente orgullosos de pilotar a su modo.

—¿Qué puede enseñarnos este florentino con sus aparatejos y chirimbolos? — Solían decir los más empecinados.

Entretanto, yo me preguntaba si valía la pena seguir construyendo buenas naves para que un tozudo capitán las echara al fondo por desconocer sus instrumentos.

Al fin, tan grave se tornó el caso que el propio rey se vio obligado a tomar cartas en el asunto. Fernando consideró oportuno endurecer su política de navegación. Habida cuenta de la obstinación de algunos pilotos, ordenó que de ahí en adelante, si algún marino se hacía a la mar sin su cuadrante, su astrolabio, sus cartas de marear y el perfecto dominio de los mismos, se le impondría una multa de 10 000 maravedíes y la prohibición de viajar por el tiempo que ordenase la corona. Por otra parte, se empezó a llevar un registro más cuidadoso respecto de las tierras descubiertas. Hasta entonces, cada marino llevaba la cuenta a su antojo. Se hallaba una tierra, se le daba un nombre, alguien la dibujaba en un mapa y a otra cosa. Por tal motivo las cartas eran confusas, alguna isla aparecía descubierta dos veces o la ubicación de un río era tan diferente de un mapa a otro que se prestaba a extravíos y malentendidos. Para remediar tales desacuerdos, Fernando me ordenó abrir un registro oficial de las tierras descubiertas. Desde ese momento, el descubrimiento de cada pequeña isla, bahía, cabo o lo que fuera hallado en el nuevo continente debía ser comunicado y asentado en el libro.

Y así, poco a poco, mi casa de Sevilla se fue convirtiendo en un hormiguero de pilotos, aprendices, oficiales de la Casa de Contratación, maestros, contramaestros y demás personas relacionadas con los asuntos del mar. A todas horas entraban y salían gentes cargadas de papeles, mapas y documentos, despertando las iras de María, quien ya no sabía cómo lograr un momento de privacidad con su esposo.

—Algún día podrías enseñarme a usar un astrolabio —me dijo una vez—. Así por lo menos dedicarías algunas horas a tu mujer...

Cierta noche, después de una jornada agotadora, sucedió un hecho curioso aunque no demasiado inesperado. Pocos minutos antes había yo acabado de impartir clases a un par de muchachotes de pueblo, ansiosos por aprender las cosas del mar, aunque tan pobres que me habían pagado sus lecciones con unas cuantas gallinas. Tras despedirlos, había yo ido hacia el corral del fondo a dejar las gallinas y ahora regresaba a la casa, dispuesto a compartir un rato con María. Fue entonces cuando sonaron golpes en la puerta de entrada.

—No abras —susurró mi esposa—. Sea quien sea ya volverá mañana.

—Pero puede ser algo importante, mujer —dije.

María hizo un leve mohín de disgusto.

—Tienes razón —dijo—. Olvidaba que para ti cualquier cosa es más importante que tu esposa.

Yo sonreí con dulzura, acaricié la negra cabellera de María y me dirigí a abrir la puerta. Allí había un hombre bajo, de aspecto algo tenebroso, con una enorme faltriquera bajo el brazo que parecía atestada de papeles. En un principio creí reconocerlo, aunque no acertaba a recordar en qué sitio había visto ese rostro de ojos intrépidos y algo huidizos.

—Soy Alonso Alvares —dijo el visitante—. ¿No me recordáis, señor Vespucci?

Entonces traté de hacer memoria hasta que al fin lo recordé. Por supuesto, ya me parecía familiar aquel rostro: algunos años atrás, cuando prestaba mis servicios en Portugal, lo había visto decenas de veces en la corte de Lisboa. En realidad, jamás había cruzado una palabra con él ni sabido de sus verdaderas funciones, pero lo recordaba como uno de esos tantos correveidiles que siempre andan revoloteando por los palacios reales.

—¿Y qué os trae por aquí, señor Alvares? —pregunté.

El hombre se sonrió de oreja a oreja y me pidió permiso para entrar. Una vez dentro se quitó sus ropas y las acomodó en una silla. Era algo aparatoso en sus maneras, como esos adulones demasiado habituados a lisonjeos y besamanos.

—¡Ah, señor Vespucci! —Exclamó de repente—. Pensar que cuando llegasteis a Lisboa erais tan sólo un buen marino. Y miraos ahora, ¡sois nada menos que el Piloto Mayor de España!

Yo me impacienté un poco ante los rodeos del visitante. Nunca he sido hombre que guste de elogios desmedidos, y menos aún en boca de ciertos personajes a quienes de lejos se les adivina la impostura.

—Id al grano, por favor —reclamé.

—¡Oh, sí! —Se disculpó el portugués—. Os pido mil perdones, señor Vespucci. Bien, os diré el propósito de mi visita. Como sabréis, vuestra fama ha llegado bien lejos en estos tiempos. Sois admirado en toda Europa a causa de vuestras habilidades como marino, y eso, amigo Vespucci, es algo que nosotros los portugueses apreciamos muchísimo. Es por eso que he venido de parte de su majestad el rey don Manuel I a hablaros de un asunto que...

—Un momento, un momento —lo interrumpí—, si lo que quiere vuestro rey es tenerme una vez más bajo su servicio, decidle que agradezco la oferta y me siento halagado por ello. Pero estoy bien aquí y ya no tengo deseos de moverme de España.

El hombre dejó escapar una ligera sonrisa de complicidad.

—Veo que no me habéis comprendido del todo, señor Vespucci. Ciertamente, su majestad requiere una vez más de vuestros favores. Pero para ello no necesitáis moveros de aquí...

Yo arrugué el entrecejo, observé fijamente al portugués y de pronto caí en la cuenta de sus intenciones. Por supuesto, su propósito era bien claro. La corona portuguesa lo había enviado a tentarme para que trabajase en forma encubierta a las órdenes de Lisboa. Ya he dicho que en aquellos años había tantas intrigas entre España y Portugal que ambas coronas echaban mano de lo que fuera con tal de

robarse información. Y desde luego, como Piloto Mayor de España, yo debía ser un bocado sabrosísimo a los ojos del monarca portugués. No obstante, me hallaba demasiado alerta sobre aquella clase de jugarretas. Sabía perfectamente que personajes como este Alonso Alvares andaban constantemente a la caza de pilotos o funcionarios que desearan vender su alma al enemigo. Y a decir verdad, a veces sus ofertas eran tan tentadoras que conseguían pescar a alguno. Sin ir más lejos, en los últimos años la corona española ya les había echado el guante a unos cuantos traidores. Aun así, yo no tenía el menor ánimo de entrar en el juego.

—Decidle a vuestro rey Manuel que no es mi forma de actuar eso de andar de soplón —observé, y como queriendo deshacerme del portugués lo antes posible, añadí—: Y ahora, si me disculpáis, señor Alvares, quisiera irme a dormir.

—¡Pero, señor Vespucci —insistió el portugués—, ni siquiera me habéis escuchado! Su majestad el rey apenas requiere de vos unas pocas informaciones. Y como sabéis, don Manuel es un hombre muy agradecido...

—¿Agradecido? —Exclamé con cierta indignación—. Pues si es así, decidle que me devuelva las cartas de viaje que me tomó al regresar.

—Vamos, señor Vespucci, sabéis muy bien que cualquier monarca haría lo mismo en estos tiempos...

Yo me quedé en silencio un instante. Nunca me había gustado que don Manuel se quedara con mis cuadernos de notas, aunque en el fondo comprendía que, a los ojos de un monarca, aquello constituía una poderosa razón de Estado. Con todo, no estaba dispuesto a ceder a la oferta del portugués.

—Sea como sea no me interesan vuestros planes, señor Alvares —agregué—. Siempre he llevado una vida limpia, y ahora que ya no me resta mucho, no iré a vender mi alma por algunos dineros.

—No son algunos dineros, amigo Vespucci —ironizó el portugués con cara de zorro—, sino muchos más de lo que podéis imaginar. Y a decir verdad no tenéis que vender vuestra alma, sino tan sólo algunas informaciones...

—¡No seáis impertinente, señor Alvares! —dije con un tono algo irritado—. Y ahora marchaos por favor, y dad gracias al cielo de que no os hago echar encima a los sabuesos del rey de España.



Aquella noche el portugués se escabulló como una víbora entre las sombras. No obstante, a la mañana siguiente volví a saber de él. Tras dejar mi casa había sido arrestado por una patrulla que le seguía el rastro desde hacía tiempo. Al parecer, ya había andado en conversaciones con varios pilotos y oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla. Como era habitual en estos casos, se le arrancaron algunos nombres bajo tormento. El principal implicado era un tal Juan Ruiz de Mafra, un piloto español a quien Alvares había logrado tentar y que actuaba como agente de

enlace. A través de Ruiz de Mafra el portugués obtenía informaciones y trataba de sondear a otros pilotos. Pero ahora se le había acabado el juego. Lo que siguió de todo ello fue un pequeño enredo diplomático. Portugal lanzó una queja por el supuesto atropello aduciendo que no había prueba alguna de las conversaciones secretas de Alvares, en tanto que el rey Fernando aprovechó para manifestarle su enfado al monarca portugués, y advertirle de que no toleraría más esa clase de artimañas.

Pero salvo por aquel desgraciado incidente, la visita de Alvares me había dejado una amarga sensación. Comencé a pensar en la gran cantidad de intrigas y tejemanejes que rodeaban a la empresa del descubrimiento, y advertí cuán lejano estaba todo aquello del puro entusiasmo por viajar. Los últimos años habían desnudado la ruindad que animaba a las coronas en su exploración del Nuevo Mundo. Todo era inspirado por la más infame codicia y mezquindad. España y Portugal se arrancaban los ojos por un pedazo de tierra. Falseaban mapas y documentos, tendían redes de espionaje o enviaban a pobres sanguijuelas como este Alonso Alvares para tentar a los pilotos rivales. Por otra parte, los que se embarcaban hacia el nuevo continente rara vez lo hacían animados por el mero placer de la aventura. Quien no iba por oro lo hacía por piedras preciosas o para conquistar tierras, o capturar esclavos, o hacerse de títulos honoríficos. Parecía que los hombres hubiesen extraviado el rumbo de sus deseos. Juzgaban más apropiado hallar riquezas que gozar de las delicias de un paisaje. Preferían acariciar el poder a sentir el aire salado del mar. Recordaba yo las sabrosísimas y excitantes lecciones de mi tío Giorgio Antonio, cargadas del ardor y la pasión de su espíritu, y no hallaba sino un gran abismo respecto de quienes se hacían a la mar como aves de rapiña, hambrientos de tesoros y haciendas.

Sin embargo, hasta el día de hoy existe algo que aún me consuela. Sé que no está lejano el fin de mis días, que tengo un achaque tras otro y que aquellas fiebres cuartanas que me traje del Nuevo Mundo no han cesado de atormentarme. Pero en lo hondo de mi alma, allí donde habitan los deseos más puros, aún oigo la voz de mi tío susurrando las maravillas del océano y el encanto de los países remotos.

CAPÍTULO XXVII



Ha llegado el atardecer. Hace ya tiempo que mis huesos lo presienten. Día tras día advierto la vecindad del viaje que me espera al final del camino. Será el último viaje, la última vez que abandone mi hogar para ir tras alguna ruta desconocida. Sin embargo, la sensación no parece ser amarga. Más bien me descubro sereno ante las horas finales, acaso un poco triste, pero con ese raro cosquilleo que he sentido siempre ante la proximidad de una travesía. ¿En qué mundo nuevo, en qué extraño horizonte naufragará mi alma esta vez?

Pero aún debo hacer un esfuerzo y completar estas memorias. Para ello, he pedido a mi sobrino Giovanni que me asista cuando mi mano se sienta fatigada y ya no pueda más. Ahora él está aquí. Ha venido a visitarme a mi cuarto y traído consigo una pluma y unas cuartillas de papel. Después se ha sentado junto a mi lecho a esperar que mi desgastada voz narre los últimos trances de mi vida. En verdad casi no tengo fuerzas para hablar, pero la presencia de Giovanni me anima a seguir adelante.

Los últimos años han estado repletos de labores y desvelos. Aun sin hacerme a la mar, mi vida se ha visto llena de tareas relacionadas con el océano. Por desgracia, también he debido padecer el embate de las fiebres, aquella ingrata herencia que me ha dejado el Nuevo Mundo, pero aun así he pasado mi tiempo en medio de una ferviente actividad. Jamás había pensado que el cargo de Piloto Mayor de España exigiría tal cantidad de empeños y obligaciones. Además, mi escuela de pilotos me ha arrebatado casi todo el tiempo libre, aunque por fortuna ha comenzado a dar sus

frutos. Poco a poco he conseguido imponer mis métodos y enseñanzas dentro de la marinería española, y al parecer con gran éxito, ya que ha empezado a notarse una mayor pericia entre los navegantes del reino y en consecuencia una mejora en la seguridad de los viajes. Conforme ha pasado el tiempo mis lecciones han hecho escuela en toda España. Ya nadie concibe siquiera la imprudencia de hacerse a la mar sin una buena provisión de instrumentos y cartas.

Pero mis tareas no se han limitado únicamente a la enseñanza. En los últimos años se me ha reclamado hasta en las más engorrosas cuestiones administrativas. He tenido que vérmelas constantemente en asuntos de escritorio y navegar entre mares de expedientes y papeleos. Por sólo poner un ejemplo, el propio cardenal Cisneros, quien por estos días se ocupa de atender los asuntos de Indias, me ha escrito solicitando mi opinión en materia económica respecto de las muchas colonias que se están asentando en el Nuevo Mundo. Hoy en día es demasiado precario el comercio de ultramar, pero Cisneros vislumbra que pronto se hará más intenso y necesitará de una política adecuada. A mi juicio, tal como le he respondido, lo más apropiado sería dejar los asuntos comerciales en manos de mercaderes independientes a quienes el reino cobraría un impuesto por sus actividades. La razón de ello es que, a todas luces, no me parece acertado que la propia corona maneje el comercio. Desde que el mundo es mundo los gobiernos han sido una madriguera de ladrones, de modo que poner los asuntos comerciales en sus manos sería favorecer a todo un enjambre de funcionarios bribones que harían su agosto a expensas del resto. Sin embargo, las cosas no son tan sencillas, dado que entregar el comercio a los agentes particulares también facilita el contrabando, el abuso y el fraude. Por tales motivos, he sugerido a Cisneros que el tráfico de Indias quede totalmente en manos de agentes independientes, aunque será preciso vigilarlos de cerca y organizar un buen sistema de controles.

Además de aquellas tareas, también me he ocupado de enseñar las cosas del mar a mi sobrino Giovanni, al que ya he mencionado algunas líneas atrás, y quien ahora transcribe mis últimos recuerdos. Desde hace algún tiempo vive en mi casa de Sevilla y ha empezado a revelar una gran destreza como marino y cartógrafo. Me gusta pensar que tales dones le vienen de familia. En todo momento Giovanni atiende mis clases con fascinación, se ocupa además de llevar algunos de mis papeles y me acompaña a las orillas del Guadalquivir siempre que mi espíritu necesita respirar el aire del puerto.

Es Giovanni un mozo agradable y despierto como pocos. Suele escuchar mis lecciones con tal entusiasmo que, a veces, me recuerda a mí mismo en aquellos años en que el tío Giorgio Antonio encendía mis primeras ilusiones en aquella pintoresca biblioteca de su casa. Ha pasado mucho tiempo desde aquellos encantadores días florentinos. El mundo ha visto alumbrarse tierras nuevas y gentes desconocidas. Pero aún queda mucho por descubrir y Giovanni lo sabe mejor que nadie. Me pregunto qué sueños rondarán por su cabeza mientras oye mis palabras. En ocasiones su rostro parece hechizado y sus ojos se iluminan de una remota lejanía, como si todo él

estuviese vagando por sitios extraños. Quizá la fortuna lo lleve algún día hacia islas ignotas, mares encantados o países de maravilla.



Es la hora vecina al crepúsculo y hace algo de frío en este febrero sevillano. Estoy tendido en mi lecho y arropado hasta el cuello. Desde aquí, con un hilo de voz que apenas yo mismo consigo escuchar, relato a Giovanni mis últimas sensaciones y recuerdos de este mundo. Hace ya varios días que mi cuerpo ha elegido el remanso y la quietud de las sábanas. He tenido un último ataque de fiebres cuartanas y desde entonces no me ha sido posible levantarme de la cama. Creo que por fin ha comenzado la larga espera, el acompasado ritmo de las horas finales.

María también está junto a mi lecho. Hace unas horas ha enviado a un muchacho para que avise a algunos pilotos, a oficiales de la Casa de Contratación y a unos pocos vecinos con quienes me he tratado en los últimos años. Ahora están todos aquí, en la habitación, envueltos por el suave aroma de los incensarios.

Tengo los ojos cerrados. En mi mente resbalan imágenes de fantasía: una playa blanca, un morro atestado de arbustos, la fronda verdosa de un cocotero y el mar que susurra al fondo, un mar con perlas de espuma que se dibujan entre las olas. No parece existir el tiempo en ese lugar. El sol está clavado en la inmensidad del cielo y no se ha movido desde hace horas. Todo está suspendido en un mediodía eterno, en una primavera sin alteraciones. De pronto, abro mis ojos y advierto el reverbero del sol en la arena. Es tal el brillo que apenas consigo mantener mis párpados abiertos. El escenario me resulta algo confuso, como en un inmenso claroscuro. Hay algunos caracoles sobre la playa, algunos papagayos enredados entre el ramaje de los árboles, un mono que juega a mi alrededor, pero también está el rostro de María, y el de Giovanni, y el de algunas imprecisas siluetas que no acierto a reconocer. Sin embargo, no me siento aturdido. Todo parece ocurrir como en un suave deslizarse de imágenes.

Ahora hago una ligera seña a Giovanni para que abra las ventanas. Acaso por última vez quiero aspirar el aire fresco de Sevilla. Él obedece y de pronto la habitación se inunda de una ráfaga helada. Alguien me susurra al oído que hace mucho frío, que el aire gélido podría hacerme tiritar y causar daño en mis pulmones. Pero en verdad no siento tal cosa. A mi rostro llega una brisa cálida impregnada de un olor embriagante y sensual. Es un olor a frutas maduras, a esencias aromáticas, a países desconocidos que exhalan fragancias tropicales.

Ahora he vuelto a cerrar mis ojos. Aspiro una vez más aquel aire con un deleitoso encanto y noto que una extraña sonrisa se ha dibujado en mis labios. Giovanni conoce esa expresión. Sabe que ese aire, para mí, está cargado del perfume de los sueños...

EPÍLOGO



En un perdido monasterio de los Vosgos, en la Lorena francesa, el hermano Ilacomylus se inclina sobre su escritorio, contiene el aire en sus pulmones y traza delicadamente los contornos de un mapa. Es una tarea difícil y agotadora. Debe ponerse gran cuidado en las figuras y las proporciones, dado que el menor desliz, la más ínfima distracción, echaría a perder todo el trabado. Pero el hermano Ilacomylus, cuyo verdadero nombre es Martín Waldseemüller, es un prolijo y hábil cartógrafo con maestría de orfebre.

Fuera reina el silencio de la montaña, un silencio antiguo y lleno de misterio. El pequeño y remoto monasterio de Saint Dié se halla rodeado por inmensas moles de piedra oscura y densos bosques de pinos. Por entre las brumas se alcanzan a ver algunas cabras, venados y lobos que duermen entre la espesura de los árboles.

Tres siglos atrás, huyendo de las miserias del siglo, el monje san Deodatus de Ververs llegó hasta allí, a la soledad de aquellos parajes, a fundar aquel templo dedicado al Señor. Más tarde, y con el andar de los siglos, muchos otros monjes fueron a recluirse a la paz del monasterio hasta formar un capítulo de canónigos. Ha habido mucho que trabajar desde entonces. La vida en la montaña es demasiado áspera y solitaria. Nieva gran parte del año y a veces el frío es tan intenso que ni las grandes estufas de leña pueden atenuarlo. Para colmo de males, dos veces el fuego se ha adueñado del templo y lo ha reducido a cenizas. Sin embargo, el tesón y la paciencia de los hermanos religiosos han logrado alzarlo nuevamente. Ahora el

monasterio entero no es mucho más que al principio: una pequeña iglesia, un claustro y algunas casuchas apretadas en el interior de una muralla que las protege de los lobos.

Los días allí transcurren entre misas, cantos y plegarias. A todas horas se oye el rumor de los canónigos entregados a las oraciones y rogativas que exige la vida religiosa. Pero en los claustros de Saint Dié también se habla de las cosas del mundo. Algunos de los monjes son eruditos en geografía, en lógica, en retórica, en gramática. En la pequeña biblioteca se leen y se copian gran cantidad de infolios griegos y tratados latinos que Europa conserva desde hace siglos. El hermano Vautrin Lud es un consumado geógrafo y latinista. Su compañero Mathias Ringmann es poeta, dibujante, cartógrafo y traductor de Julio César. Otro de los monjes, Basin de Sandaucourt, es un admirable estudioso de la retórica latina, y ha escrito un tratado sobre el arte de la palabra en el que demuestra que sólo ella distingue al hombre de las bestias. En verdad, a todos los monjes de Saint Dié los anima la misma filosofía: el hombre nunca hallará la felicidad en las riquezas, el lujo, el poder o las cosas efímeras; sólo podrá conseguirla hurgando en los secretos de la naturaleza, en la paciente investigación de sus elementos, en la contemplación del cielo, de la tierra y de todos sus misterios.

No hace mucho tiempo los hermanos del monasterio se han hecho con una imprenta. Es algo pequeña y rústica, pero con ella han logrado imprimir una cuidada edición de la *Geografía* de Ptolomeo, una *Grammatica figurata* escrita por el propio Mathias Ringmann y otras muchas importantes publicaciones. Pero ahora los inquietos monjes andan tras un proyecto más ambicioso. Las exploraciones y descubrimientos de los años recientes han trastornado los conocimientos geográficos: el mundo ya no es lo que era una veintena de años, y por tanto es preciso revisar y actualizar las cartas y los mapas. Con ese propósito a cuestas, todo el pequeño monasterio se ha abocado a la tarea. La idea es escribir una gran obra cuyo título será *Cosmographiae introductio*, y en la cual aparecerán las recientes novedades.

El hermano Mathias Ringmann es quien lleva la batuta del proyecto. Hace poco menos de un año ha caído en sus manos una pequeña obrita compuesta por cierto florentino llamado Amerigo Vespucci. Allí se anunciaba que la tierra de Colombo no era el continente asiático, sino un mundo nuevo, una vasta región hasta entonces oculta a los ojos de Europa. Y el hermano Ringmann se ha quedado fascinado con la noticia. De inmediato ha escrito un poema laudatorio y vertido la obrita del florentino al idioma alemán. Poco después los otros monjes han tomado cartas en el asunto. Es preciso incluir las noticias de ese Vespucci en la edición de la *Cosmographiae introductio*. Con ese propósito, Basin de Sandaucourt ha traducido las páginas de Amerigo al latín. Ringmann y Lud han escrito una completa introducción al nuevo libro. Y el hermano Martín Waldseemüller, alias Ilacomylus, se ha puesto a dibujar un mapa de la nueva faz del mundo conforme a los testimonios y descubrimientos del florentino.

Ahora el hermano Ilacomylus se inclina una vez más sobre su escritorio y observa el bello planisferio que está dibujando. A su lado hay cartas, manuscritos, viejos pergaminos y libros de cosmografía que le ayudarán en la composición del mapa. El suyo es un trabajo que requiere de una gran finura y perfección. Cada línea debe trazarse con sobriedad y elegancia. Además, es preciso tener gran cuidado y el pulso bien sereno, ya que una línea fuera de lugar o una ligera mancha de tinta arruinarían el trabajo por completo. Pero el hermano Ilacomylus es casi un artista de la pluma, y aunque todo su cuerpo tiritita a causa del frío de los Vosgos, su puño se mantiene con gran firmeza sobre el papel.

En su escritorio, mezclada entre el farrago de libros y tratados, hay también una copia del mapa que Vespucci ha compuesto con sus propias manos. Allí es donde aparece dibujada la nueva tierra que el florentino ha revelado al mundo. Ilacomylus la observa detenidamente y procura reproducirla en su planisferio trazo por trazo, línea por línea. Él mismo se descubre fascinado, suspendido en el tiempo al iluminar los contornos de ese nuevo mundo.

Después de muchos días de trabajo el planisferio está casi listo. Sin embargo, hay algo que aún falta: es preciso inventar un nombre para aquella nueva parte del planeta. Hasta ahora algunos la han llamado la India Nueva, la Tierra de los Papagayos, el Nuevo Mundo, o la Tierra de Santa Cruz, tal como aparece en los mapas portugueses. Pero ninguno de esos nombres resulta adecuado. Entonces el monje se detiene un instante a pensar. Entre sus papeles tiene ante sí una traducción al latín de la obrita en la que el tal Vespucci anuncia su descubrimiento. Allí el nombre del navegante florentino se ha latinizado: *Americus Vesputius*. El hermano Ilacomylus observa detenidamente esas palabras, y de pronto ve alumbrarse una idea en su cabeza. Si aquella parte del mundo ha sido revelada, por Americus, justo será bautizarla como la tierra de Americus. Poco después, Ilacomylus moja su pluma en el tintero, se reclina sobre el mapa y con una exquisita caligrafía anota: «América». Luego seca la tinta con leves resoplidos y se detiene a observar su obra una vez más. El nombre le resulta agradable y sonoro. Quizá goce de cierto aprecio por parte de los cartógrafos de Europa.

Algunos días más tarde el planisferio del hermano Ilacomylus ya está terminado. Hay gran satisfacción en el monasterio, ya que el trabajo parece impecable. Otros monjes han introducido sus artes pictóricas en la obra, de modo que toda ella parece un delicioso muestrario de colores y miniaturas. En el ángulo superior izquierdo hay un esmerado retrato del gran Ptolomeo. Viste ropas orientales y sostiene un cuadrante astronómico en sus manos. Del otro lado, sobre el ángulo derecho, asoma la figura de Amerigo vistiendo túnica italiana. Ambos presiden el inmenso plano del mundo. Una abigarrada profusión de dibujos ilumina los bordes. En conjunto, el mapamundi de los monjes de Saint Dié es un bello tributo al arte y a la geografía. Ahora hay que darlo a la imprenta, hacer varias copias y echarlas a volar por toda Europa.

Buenos Aires, abril del año 2000

NOTA



Durante siglos la figura de Amerigo Vespucci se ha visto enredada en numerosas discordias y polémicas. Aún no se habían enfriado sus huesos cuando ya el padre Bartolomé de Las Casas, llevado por el fuego de su pluma, no dudó en tildarlo de ladrón y usurpador del Nuevo Mundo. El indignado fraile acusaba a Amerigo de hacer a un lado al almirante Colón y atribuirse a sí mismo el descubrimiento del nuevo continente. Los motivos de semejante acusación aún no están del todo claros, pero lo cierto es que el padre Las Casas cometió varios errores al cargar las tintas sobre el florentino. En primer lugar, Amerigo jamás se consideró a sí mismo como «descubridor» de las nuevas tierras. Lo que hizo fue advertir que se trataba de un continente nuevo, y no de Asia, tal como suponía el Almirante. En segundo lugar, ignoraba el fraile lo ocurrido en el monasterio de Saint Dié. Los inquietos monjes que bautizaron con el nombre de América al nuevo continente lo hicieron sin que Amerigo lo sospechara siquiera. Ni aun en sus últimos años de vida llegó a enterarse el florentino de lo sucedido en aquel perdido monasterio de los Vosgos, razón de más para dispensarlo de toda posible intención al respecto. Si América fue bautizada con su nombre y no con el de Colón, aquello fue sin la anuencia ni la voluntad de Amerigo. En tercer lugar, si alguien debía mostrarse ultrajado ante Amerigo, ese alguien debía ser el propio Cristóbal Colón. Sin embargo, es conocida la amistad que ambos mantuvieron hasta la muerte del segundo. Existe además una carta escrita por Colón a su hijo Diego en la que pondera a Amerigo como navegante, se condele de

ciertos padecimientos que ambos deben sufrir como pilotos al servicio de España y se deshace en elogios hacia él. «Siempre tuvo deseo de me hacer placer —escribe Colón acerca de su amigo—, es mucho hombre de bien». Cabría pensar, no obstante, que Vespucci esperó a la muerte del Almirante para adueñarse de su gloria. Pero en ese caso, ¿por qué Hernando Colón, el otro hijo del genovés, nada dice acerca de ello en su libro *Historia del Almirante*, escrito mucho tiempo después de la muerte de su padre? Hernando sabía que muchos llamaban América a las nuevas tierras. Sin embargo, aun cuando en su libro arremete contra los muchos envidiosos que atacaron a su padre, jamás dice nada ingrato acerca de Amerigo. En resumen, la rivalidad Colón-Vespucci nunca existió entre ambos, pese a que el padre Las Casas escriba: «Estoy sorprendido de que Hernando Colón, hijo del Almirante y hombre de certero juicio [...], no tomó para nada noticia de la injusta usurpación que Vespucci cometió en la persona de su ilustre padre».

Pero hay aún otro punto más espinoso en las acusaciones de Las Casas. Alegaba el fraile que había sido Colón y no Amerigo quien por primera vez había pisado la Tierra Firme del continente americano. Como se sabe, en sus dos primeros viajes Colón desembarcó en las islas del Caribe. Fue en el tercero, en 1498, cuando sus naves alcanzaron el continente propiamente dicho. Pero ahí estaba el primer viaje de Amerigo, quien, según lo narrado en su carta, había desembarcado en la Tierra Firme en 1497. Aquello resultaba inaceptable a los ojos del padre Las Casas. Como apologista y defensor del Almirante, sostenía que Amerigo había inventado aquel viaje, o al menos alterado la fecha para anticiparse al genovés. Las razones del fraile podrían buscarse en meras simpatías personales hacia Colón, o quizás en ciertos motivos oscuros que mencionaremos enseguida. Pero lo cierto es que sus argumentos calaron en varios cronistas de la época y continuaron siendo repetidos durante siglos. Palabras más, palabras menos, Amerigo quedó como un astuto oportunista, un maestro en el arte de atribuirse glorias ajenas.

Las sospechas vertidas por el padre Las Casas, desde luego, llevaron a la inevitable suposición de que la carta en que el florentino anunciaba su viaje debía de ser apócrifa. Bien podía ser que se hubiera adulterado la fecha o que la expedición nunca se hubiera hecho a la vela. El propio Martín Fernández de Navarrete, prolijo compilador de documentos referentes al descubrimiento, sostuvo que Amerigo nunca pudo haber viajado en 1497, pues cierto Libro de Gastos de la Armada, compuesto por aquella época, registraba la presencia del florentino en tierra española entre los años 1495 y 1498. Como se supo después, en aquel libro no se hacía la menor constancia de ello. Navarrete estaba equivocado, o quizá se había dejado llevar por razones emocionales. El hecho es que algún tiempo después, nada menos que Alexander von Humboldt se tragó aquel argumento y pasó a formar parte de la lista de los detractores de Amerigo.

A todas luces, Las Casas, Navarrete y Humboldt constituían una tríada de peso en el asunto, y ello atrajo a muchos otros historiadores y especialistas en Vespucci que

tomaron partido en su contra. A partir de ese momento la figura de Amerigo quedó ensombrecida para la historia durante mucho tiempo. Pero la cosa no terminó allí. Supuesta ya la falsedad de la primera carta, nada costaba extender el engaño hacia las demás. Desde esa postura se adujeron varios motivos. Uno de ellos hizo de las cartas del florentino algo así como un mero negocio editorial. Es sabido que los relatos de viajes entusiasmaban a una buena cantidad de lectores en esa época. En tal caso, ciertos editores ávidos de dinero habrían visto el potencial de lo escrito por Amerigo y falsificado relatos en su nombre. El argumento gozó de cierta aceptación, y desde entonces surgió todo un rosario de opiniones acerca de la veracidad de las cartas del florentino. Hubo quien juzgó falsos el primer y segundo viajes de Amerigo al Nuevo Mundo, aunque dio por ciertos el tercero y el cuarto; asimismo, hubo quien negó severamente los cuatro; y casi ninguno aceptó la existencia del quinto.

Naturalmente, una vez puesto en duda todo lo referente a los viajes, salieron al tapete otros muchos puntos oscuros. El propio Navarrete insistió en la falsedad del primer viaje, pues, a su juicio, el rey Fernando jamás habría puesto las riendas de semejante expedición en manos de, según sus palabras, «un aventurero que todavía no tenía carta de naturaleza en España». La razón se cae por su propio peso, ya que varios extranjeros servían a Castilla por entonces, y baste mencionar a Colón por todo ejemplo. En cuanto a lo de «aventurero», no es más que una exageración infundada, ya que Amerigo era uno de los pilotos de mayor pericia técnica y responsabilidad con que podía contar España.

Pero la tumba de Amerigo aún recibió azotes desde otros frentes. Muchos historiadores portugueses y brasileños pusieron el grito en el cielo ante la posibilidad de que hubiera sido el florentino quien viera por primera vez las costas del Brasil. Para la historia oficial portuguesa, aquel honor estaba reservado a Pedro Alvares Cabral, que había tocado el Brasil en el mes de abril del año 1500. Pero una vez más allí estaba una carta de Amerigo, en la que hacía referencia a su desembarco en el cabo Sao Roque en junio de 1499. La sangre portuguesa hirvió ante la usurpación. ¿Quién podía aceptar que un italiano a las órdenes de España fuera el descubridor del Brasil? La solución al fastidioso asunto fue bien simple: algunos historiadores sencillamente negaron el viaje de Amerigo, mientras que otros dieron por falsa la fecha. No obstante, allí no acabó el asedio. Visto ya que Amerigo era un impostor, algunos historiadores portugueses no aceptaron siquiera la veracidad del tercer viaje, aquel que había hecho por mandato del rey de Portugal. El padre Ayres de Casal adujo razones de índole patriótica. ¿Cómo, teniendo tantos buenos pilotos en su reino, don Manuel I iría a contratar a un florentino para enviarlo a las Indias? Olvidaba Casal la gran necesidad de pilotos que tenía la corona portuguesa por entonces, amén de la fama de Amerigo, cuya destreza como navegante y cosmógrafo lo hacía un bocado muy apetecible a los ojos de Manuel. Por otra parte, no era extraño que muchos pilotos cambiaran de un reino a otro en esos días o prestaran servicio a distintas coronas, y para demostrarlo están los nombres de Gaboto, Magallanes, Díaz

de Solís, López de Portilla, Sánchez de Tovar y varios más. Pero las diatribas de Cazal hicieron escuela y desde entonces una buena porción de historiadores portugueses y brasileños han considerado a Amerigo un personaje fatuo, mentiroso y aprovechado.

Luego vino el insidioso análisis de sus textos. Con pasión casi detectivesca muchos especialistas se pusieron a husmear en las cartas de Amerigo para descubrir la supuesta materia prima del fraude. Es cierto que en algunas de ellas existen contradicciones, errores en las fechas, vaguedades o pequeños deslices sin importancia. Pero como ya la fama de Amerigo rayaba los infiernos, los analistas no hicieron más que interpretar los yerros como signos de una indudable falsificación. Se escribieron ensayos sobre el lenguaje de Amerigo, sus hispanismos y las supuestas coincidencias de sus narraciones con las de Marco Polo. Se adujo también que el lenguaje de algunas cartas no se correspondía con el que habitualmente manejaba el florentino. Pero además, injustamente se le imputaron errores ajenos. Es sabido que en aquellos siglos la impresión de libros estaba sujeta a demasiadas imperfecciones y descuidos. No era sencillo trabajar con imprentas cuyos tipos se rompían fácilmente, del mismo modo que era engorroso transcribir un texto a la luz de un candil, con una pluma de ave y un tintero que a cada rato amenazaba con volcarse. En la edición de un libro podían colarse errores del copista, del amanuense, del traductor si fuera el caso, del tipógrafo y del impresor. Esto por sí solo explicaría las muchas incoherencias en las cartas de Amerigo. Sin embargo, los analistas prefirieron adjudicarlas a la pluma del florentino.

Otros críticos, ya en el terreno de las sutilezas, apuntaron hacia el decoro y las buenas costumbres. El italiano Alberto Magnaghi tuvo por falsas dos de las cartas de Amerigo, pues a su juicio no era aceptable que un florentino educado escribiese de temas tan escabrosos como ciertas costumbres sexuales de los indios. No le parecía sensato a Magnaghi que Amerigo, con todo el recato que debiera esperarse de un hombre culto, de un humanista, de un discípulo hecho en la escuela de Dante y Petrarca, se pusiera a describir la lujuria irrefrenable de las indias. Pero el argumento es demasiado resbaladizo. De ser así, habría que desechar una punta de relatos similares de la época, muchos de ellos salidos de la pluma de hidalgos, gentilhombres y cronistas demasiado cuidadosos de las formas que, no obstante, hablaban sin miramientos de una buena cantidad de temas indecentes.

Otra de las acusaciones dirigidas hacia Amerigo ya es bastante más compleja y arriesgada. Se supone que él habría formado parte de una gigantesca maquinación en contra del almirante Colón, tan gigantesca que acaso ni el propio florentino habría sabido de ella. La idea central de este argumento supone que los Reyes Católicos de España utilizaron a Vespucci para arrebatar los derechos que Colón tenía sobre el Nuevo Mundo. Como se sabe, de acuerdo con las Capitulaciones de Santa Fe, los reyes habían concedido al Almirante los títulos de virrey y gobernador de las tierras que descubriese. Lo habían hecho quizá sin demasiadas esperanzas, es decir,

ignorando que el genovés iría a toparse nada menos que con un continente varias veces mayor que la propia España. Ahora bien, una vez consumado el descubrimiento, los reyes se habrían arrepentido de haberle otorgado tales mercedes. Acaso les pareció una desmesura el otorgar a un solo hombre el gobierno de tan vasto territorio. Por lo tanto, habrían decidido fraguar toda una gran maquinación para usurparle sus derechos. La idea era demostrar que ya algún otro navegante había llegado primero a la Tierra Firme, con lo cual el genovés y sus hijos perderían todas sus potestades.

Con ese propósito, nada menos que Gonzalo Fernández de Oviedo, autor de la clásica *Historia natural de las Indias*, intentó probar que ya muchos siglos antes de Colón, el nuevo continente había sido hallado y puesto bajo el dominio y la jurisdicción españoles. Para ello Oviedo se remontaba a la vieja leyenda griega de las Hespérides, un grupo de islas que debían su nombre a Héspero, un antiguo rey español de los tiempos helénicos. Tal parecía ser, a juicio de Oviedo, que las Hespérides no eran otra cosa que las Indias, y que por tanto su descubrimiento había sido muy anterior al del genovés. Si bien contenía mucho de leyenda y mitología, el argumento fue esgrimido en contra del Almirante en los muchos pleitos que debió afrontar en su vida.

Pero además, y con el mismo afán de arrebatarle sus derechos, la corona española echó mano de otras ardidés. Y es aquí donde aparece la figura de Amerigo Vespucci. Según parece, los reyes habrían alterado sus cartas para demostrar que había sido él quien tocó primero la Tierra Firme en 1497. En tal caso, el genovés quedaría tan sólo como el descubridor de algunas *islas*, pero no del continente propiamente dicho. Y, por tanto, ni él ni sus herederos tendrían derecho alguno sobre la Tierra Firme.

Desde luego, dentro de esta hipótesis Amerigo queda excusado de toda culpa y cargo. Las falsificaciones, en tal caso, habrían corrido por cuenta de los reyes. Sin embargo, fue el pobre florentino quien acabó pagando los platos rotos.

Un último argumento es el del historiador argentino Dick Edgar Ibarra Grasso. Sostiene que Colón no sólo fue el primero en pisar la Tierra Firme, sino que lo hizo nada menos que en su primer viaje de 1492. Desde siempre se ha supuesto que en ese viaje Colón alcanzó únicamente las islas del Caribe. No obstante, Ibarra Grasso afirma que debió de haber fondeado frente a las costas del continente. Su explicación es que en el *Diaño de a bordo*, hallándose supuestamente en la isla de Cuba, dice el Almirante haber visto «*cabezas de hueso que le parecieron de vaca*». El padre Las Casas, a través de cuya pluma conocemos la única versión existente del *Diaño de a bordo*, anota que debían de ser cráneos de manatí. Pero Ibarra Grasso rechaza tal argumento, pues, en su opinión, nadie podría confundir la cabeza de una vaca con la de un manatí. Conjetura en cambio que aquéllos debían de ser huesos de bisonte. Y dado que no hay ni jamás hubo bisontes en la isla de Cuba, sostiene Ibarra Grasso que el Almirante debía de hallarse en realidad frente a las costas de Estados Unidos, más concretamente, cerca de lo que hoy es el estado de Florida, donde sí iban a pastar

esos animales. Se desprende entonces que ya en ese viaje de 1492 Colón habría llegado a la Tierra Firme. Pero los reyes de España, siempre empeñados en quitarle sus derechos, decidieron ocultar o al menos desviar aquel descubrimiento. Y como parte de ese ocultamiento, siempre según esta hipótesis, habrían mandado falsificar las cartas de Amerigo, «cuyos viajes —afirma Ibarra Grasso, categórico— no existieron».

Pero felizmente vinieron luego las reivindicaciones. A partir de mediados del siglo XIX se descubrieron nuevas cartas de Amerigo, se reinterpretaron las viejas, hubo estudios severos y amplísimos acerca de sus viajes y por fin comenzó a asomar una imagen distinta del piloto florentino. Es inevitable mencionar al respecto al historiador argentino Roberto Levillier, quien en su monumental obra *América, la bien llamada* (1948) se empeñó en un tan minucioso análisis de las cartas y viajes de Amerigo que a partir de entonces ya sería casi absurdo seguir poniéndolos en duda. Levillier cotejó infinidad de mapas de la época, enfrentó los testimonios de Vespucci con los de otros cronistas y concluyó que no había falsedad posible en las cartas y viajes del florentino. Todo es correcto en cuanto a fechas y lugares, ya que cada uno de los datos aparecidos originalmente en los escritos de Vespucci pudo ser confrontado con fuentes ajenas que no permiten discusión.

Hoy en día, pues, aun cuando sobreviven algunos errores y prejuicios, Amerigo Vespucci ha quedado definitivamente reconocido como uno de los pilotos más importantes en una época de enormes navegantes como lo fue la del descubrimiento de América.





MIGUEL BETANZOS (Buenos Aires, 1962). Cursó estudios universitarios en las Facultades de Ciencias Exactas y Filosofía y Letras de la universidad bonaerense. Su pasión por la ciencia histórica le ha llevado a emprender una fecunda labor de exploración del pasado. En 1996 apareció su primera novela: *La máquina solar*, basada en la vida de Galileo Galilei. Más tarde publicó *Las tierras exuberantes: en busca del Paraíso Terrenal* (1998), *Matar al Virrey: historia de una conspiración* (1999) y *Las cárceles de Dios: una novela sobre la Inquisición* (2002), esta última de próxima aparición en esta misma colección. También ha escrito cuentos y relatos breves, entre los que cabe citar *El lugar donde reposa lo eterno*, *Tiempo adicional* y *Antropocentrismo*. (E-mail: betanzos44@yahoo.com.ar)

Notas

[1] Aunque creían estar frente a Asia, los viajeros habían llegado en realidad a las costas de Centroamérica. Se supone que el sitio de arribo pudo haber sido algún punto de las actuales Costa Rica, Honduras o Nicaragua. (*N. del A.*). <<

[2] Desde luego, Vespucci se refiere a las iguanas. (*N. del A.*) <<

[3] Se trata del río Amazonas. (*N. del A.*). <<

[4] Se trata de la isla de Cubagua, frente a las costas de Venezuela. (N. Ad A.). <<

[5] Hoy en día llamada Curaçao. (*N. del A.*). <<

[6] Se trata del extremo oriental del actual Brasil. (*N. del A.*). <<

[7] Actual Dakar, en Senegal. (*N. del A.*). <<

[8] Dicho sitio se encuentra aproximadamente a la altura de la actual ciudad de Cananeia, a unos doscientos kilómetros al sudoeste de Sao Paulo. (*N. del A.*). <<

[9] Se trata del sitio donde luego se alzaría la ciudad de Montevideo. (N. del A.) <<

[10] Naturalmente, se refiere al Rio de la Plata. (*N. del A.*). <<

[11] Una vez más, recuérdese que Vespucci creía estar en Asia. En el mapa de Ptolomeo esa porción del continente asiático se extendía hasta los 35° grados de latitud sur aproximadamente. Y, sin embargo, la expedición descubría con sorpresa que las tierras aún seguían más al sur de lo previsto. (*N. del A.*). <<

[12] Se trata de la actual isla Fernando de Noronha, que pertenece a Brasil. (*N. del A.*).

<<